Tatiana M. Alonzo

VANESA

ENTRE LIOS



NovaCasa | Zelá

Contents

1. Escribe tu final feliz
2. Dedicatoria
3. Prefacio
4. Capítulo 1
5. Capítulo 2
6. Capítulo 3
7. Capítulo 4
8. Capítulo 5
9. Capítulo 6
10. Capítulo 7
11. Capítulo 8
12. Capítulo 9
13. Capítulo 10
14. Capítulo 11
15. Capítulo 12
16. Capítulo 13
17. Capítulo 14
18. Capítulo 15
19. Capítulo 16
20. Capítulo 17
21. Capítulo 18
22. Capítulo 19
23. Capítulo 20
24. Capítulo 21
25. Capítulo 22
26. Capítulo 23
27. Capítulo 24
28. Calamity Vanesa mode off
29. Calamity Vanesa mode off
30. Calamity Vanesa mode off
31. Capítulo 25
32. Capítulo 26
33. Capítulo 27
34. Capítulo 28
35. Capítulo 29
36. Hackeando
37. Capítulo 30
38. Capítulo 31
39. Capítulo 32
40. Capítulo 33
41. Capítulo 34
42. Capítulo 35

43. Capítulo 36
44. Capítulo 37
45. Capítulo 38
46. Capítulo 39
47. Capítulo 40
48. Capítulo 41
49. Capítulo 42
50. Capítulo 43
51. Capítulo 44
52. Capítulo 45
53. Capítulo 46
54. Capítulo 47
55. Capítulo 48
56. Capítulo 49
57. Capítulo 50
58. Capítulo 51
59. Capítulo 52
60. Capítulo 53
61. Escena Extra
62. Escena Extra
63. Escena Extra
64. Sobre la autora

Landmarks

1. Cover
2. Table of Contents

Publicado por:
Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com
© 2023, **Tatiana M. Alonzo**
© 2023, de esta edición: **Nova Casa Editorial**

Editor
Joan Adell i Lavé

Coordinación
Edith Gallego Mainar | M&C

Portada
Natanael Heredia Cárdenas (Nattlenya)

Maquetación
M&C

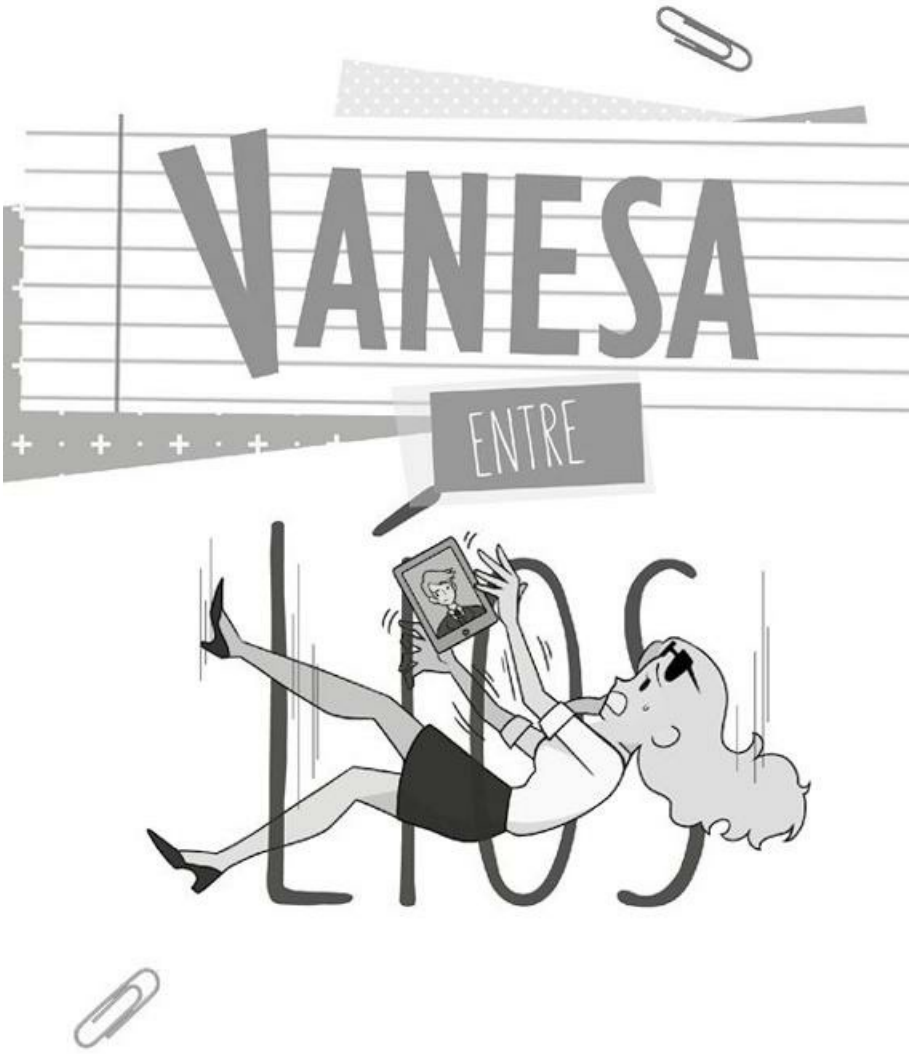
Corrección
Carla Rubal

Impresión
Masquelibros S.L.

Primera edición: 2023
ISBN: 978-84-18726-76-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Tatiana M. Alonzo



NovaCasa | Zelá

Escribe tu final feliz

Josué 1:9

Para Vanesa, la mejor amiga
y apoyo que puede existir.

Índice

Escribe tu final feliz
Dedicatoria
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Calamity Vanesa mode off
Calamity Vanesa mode off
Calamity Vanesa mode off
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Hackeando
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Escena Extra
Escena Extra
Escena Extra
Sobre la autora

Prefacio

19 de diciembre de 2015

Soy, por así decirlo, una escritora novel, *muy* novel. Hasta ahora solo he escrito *fanfics* en la red social Wattpad y estados jocosos en Facebook, pero hoy se me ocurrió hacer algo diferente.

Escribiré una novela erótica sobre mi jefe y yo; o, por decirlo de otra manera, descargaré en una novela la frustración que siento al saberme poco importante para Marco Maldonado, mi jefe.

Al menos en un relato ficticio nuestra relación sí será como yo quisiera.

Capítulo 1



Mamá tiene la loca idea de que si empiezas el día escuchando *I’m alive* de Céline Dion todo estará bien hasta que vuelvas a la cama, y, por lo mismo, no hay día en el que no nos despierte con ella.

When you call on me
When I hear you breathe
I get wings to fly…
I feel that I'm alive

—¡Vanesa, la alarma! —grita de pie al otro lado de mi puerta.

Aprovecho que estoy despierta para dar vuelta a mi almohada.

«Nada mejor que el lado fresquito de la almohada».

—*I get wings to fly! God knows that I'm alive!* —Entra cantando en mi habitación. «Oh, Dios, otra vez olvidé cerrar con doble llave». Abro un ojo a tiempo para ver como agita sus brazos como si fuese un ángel vengador—. ¿Todavía no estás de pie? —pregunta sin tomar en cuenta lo obvio y me saca de encima el edredón—. Por eso siempre hay que dormirse temprano, amor. Eso es importante si quieres levantarte pronto e iniciar con alegría un nuevo día.

Juro que a veces comprendo por qué algunos hijos cometen parricidio.

Miro mi reloj.

—¡Me levanto a las cinco y media y son las cinco con veintiocho! —Me doy vuelta para continuar durmiendo.

«Nada mejor que el lado fresquito de la almohada», vuelvo a reflexionar dándome mentalmente palmaditas en la espalda. Aunque será imposible. Mamá no dejará de cantar y no saldrá de mi habitación hasta que yo ceda. ¿Quién me quiere comprar a esta mujer?

Mis padres se divorciaron cuando yo tenía un año y desde entonces mi vida se ha dividido entre dos polos opuestos. Porque el temperamento de papá lo asemejo a un manantial, mientras, por otro lado, mamá es un vendaval. Papá es invierno; mamá es verano. Papá es juicioso y prudente; mamá juega a cara o cruz antes de tomar una decisión. Papá trabaja para el gobierno; mamá es activista social. La ideología política de papá es ultra derecha; mamá es de izquierdas. La vida de papá parece estar narrada por Jane Austen mientras la de mamá es una comedia romántica de Adam Sandler; y así hasta el fin del mundo. Y yo, Vanesa Salcedo, estoy justo en medio.

—Te voy a preparar un batido de frutas —me advierte con una nalgadita cuando ya estoy de pie y hace su camino de regreso a la cocina.

«Batidos».

Sabe cuánto los odio. Papá simplemente me hubiera dado dinero para comprar lo que yo quisiera.

Esos dos son increíbles y cada vez que decido preguntarles de qué manera se alineó el universo para que, siendo tan diferentes, convivieran; o por qué, incluso, decidieron casarse el mismo día que se conocieron (no, no es broma) sus respuestas son:

Papá: Es complicado.

Mamá: Algo tendrá que ver con las toxinas.

Ella y yo vivimos solas en un pequeño apartamento situado en el centro de Ontiva. Abajo, en el primer piso de nuestro edificio, instaló una tienda de abarrotes[1] a la que llama Mi mundo verde porque todo lo que vende es vegano. Mamá es una *hippie* excéntrica, mientras que papá adora la barbacoa.

Pero ya no hablemos de mis padres. Debo decidir qué me pondré hoy.

Mi habitación no es la gran cosa. Soy propietaria de una cama pequeña, una cómoda saturada de libros y otras boberías y un armario repleto de ropa. Ropa. Por mi trabajo debo vestir lo mejor posible, pero mi bolsillo solo me permite llenar los cajones con cosas de segunda.

Al llegar a la cocina mamá mira con desaprobación mi vestuario. Y no porque sea feo o de baja estofa[2], lo reprueba por ser de fibras naturales.

—Una decena de animales debieron morir para que vistieras eso.

—Me lo regaló papá.

—Vanesa...

Decir eso fue peor.

Me apresuro a beber mi batido de papaya y kiwi, que es mejor que el de piña con fresa, o el de melón con apio, e intento salir con rapidez del apartamento. Ya voy tarde.

—Ve con cuidado —se despide, pidiendo en silencio al cosmos por la vaca que murió para que yo tuviera zapatos hoy.

Le lanzo un beso de «te juro que las vacas van al cielo», y continúo mi camino. Tengo que cruzar la mitad de la ciudad en colectivo[3] para llegar a tiempo a Grupo M, la empresa para la que trabajo.

En el camino aprovecho para revisar mis notificaciones de Wattpad. Tengo más de noventa y nueve entre comentarios y votos en *Me voy a follar a mi jefe*, la novela inspirada en Marco y yo, o al menos eso creen mis lectores. «¡Un momento, paren todo!», respingo en mi lugar al percatarme de que tengo diez seguidores más. Sonrío e intento celebrar con un pequeño baile, sin embargo, me detengo cuando la anciana que hay sentada a mi lado me mira con desaprobación. «Paciencia, señora. Tengo pocas alegrías en la vida, y que a las personas les gusten las tonterías que digo o escribo, es la mejor».

Saludo al portero del edificio y, rápido, estoy frente al elevador. Aprieto el botón del cuarto piso y entro.

Grupo M es una empresa de inversiones. Marco Maldonado, mi jefe, al igual que otros ejecutivos, se reúne con empresarios pequeños u otros que aspiran a crecer en algún mercado, y, si le convencen de que son rentables, invierte con ellos. En la empresa somos un centenar de personas, pero en su equipo de trabajo en particular hay consultores, analistas, mercadólogos, un relacionista público, secretarias, conserjes...

Y luego estoy yo, que le sirvo el café.

Llego a nuestro piso a las siete con un minuto y la entrada es a las siete y media. Tengo veintinueve minutos para preparar su despacho.

—Buenos días, Vane. —Doy un pequeño salto cuando escucho la voz de Gloria, la secretaria de Marco. Me sorprendo porque siempre soy la primera en llegar.

—Ya estás aquí.

—Mi esposo me dio un aventón[4].

Abro la boca en una «O».

—Después echaremos cháchara sobre él —prometo.

Gloria sabe que de momento debo preparar todo.

Nota: Gloria es mi única amiga en este lugar.

Corro de un lado al otro antes de que lleguen todos. El despacho de Marco ya está limpio y su agenda abierta en la fecha de hoy; ya rocié con olor a pino el lugar y en su escritorio ya están los periódicos del día abiertos en la sección de negocios. Por último, no puede faltar un café americano acompañado con un vaso de agua.

Hacer todo eso es mi trabajo en Grupo M, además de ahuyentarle mujeres y familiares incómodos al jefe.

Son las siete con veinte cuando termino de acomodar su despacho.

—El jefe te extrañó ayer —dice Gloria cuando por fin tomo un respiro.

—¿En serio? —Mis ojos brillan.

—Sí. Puso cara de parto cuando probó el café que le preparé. ¿Todo salió bien con tu amiga?

—En parte. —Me encojo de hombros—. La tuvimos que encerrar en una alacena y después en su habitación.

Gloria esboza una mueca.

—¿No están exagerando?

—Eso debió decir algún mal amigo de la chica que el mes pasado murió en manos de su prometido —defiendo—. Sé que es extremo, pero necesito que Carolina...

—¿Y qué si tú hablas con ese tipo?

Gloria siempre me aconseja a mí y yo a ella.

—¿Yo?

—Merece el beneficio de la duda.

—Lo voy a pensar, aunque Carolina ya debe haber excavado un túnel para ir a buscarlo. No la subestimes tanto.

El ruido del elevador interrumpe nuestra conversación. Es Marco; como siempre, uno de los primeros en llegar.

Ni ha notado que respiramos el mismo aire, no obstante, yo sí estoy pendiente de cada paso que da. Por otro lado, mamá tiene razón cuando dice que la discografía de Céline Dion se puede adecuar a cualquier momento de la vida, porque justo en este momento en mi mente suena *The power of love.*

...Cause I am your lady, and you are my man...

Cabello rubio, piel de porcelana, un ojo color café y otro que a simple vista también lo parece, pero no, es gris oscuro —este pequeño detalle pocos lo hemos notado—; Mandíbula cuadrada, barba, hombros anchos… Oh, Dios, ¡ya estoy hiperventilando! Un metro ochenta de estatura y su peso está dividido en músculos y testosterona.

«¿Cómo se respira?».

—Señor —lo saluda Gloria

—Buenos días, Gloria —responde él con su voz de narrador de audio-libros, aunque en ningún momento despega los ojos del móvil.

Mientras, yo espero de pie junto a ella, por si a Marco se le ofrece algo.

—Buenos días, señor. Quería... —titubeo— disculparme por marcharme ayer sin avisarle.

Marco me mira sin comprender.

—¿Te marchaste ayer?

No se dio cuenta. La desilusión me invade. La patada de un espartano me hubiera dolido menos.

Después de mirarme se entretiene otra vez con su teléfono.

—Sí. Tuve que... —Ni siquiera me pone atención—. Bueno, ya no importa.

—Gloria, comunícame con Óscar —pide y continúa el camino hacia su despacho.

—Sí, señor.

—Ah, Vanesa. —Se detiene un segundo para dirigirse otra vez a mí y mis ojos brillan de nuevo.

—¿Sí?

—Pídele al encargado de Mantenimiento que acondicione un escritorio junto al de Gloria.

—Claro.

Siento un pequeño agujero en el estómago. ¿Un nuevo escritorio? Yo no tengo uno.

Luego de que Marco entra a su despacho ocupo el asiento vacío junto a Gloria, pues tiene la amabilidad de compartir su escritorio conmigo.

—Sí notó tu ausencia —dice para levantarme el ánimo—. Mira, esta cara puso cuando probó el café que le preparé. —Entonces hace una mueca graciosa.

Sonrío. Aunque mi sonrisa no disiente mucho de un gesto de tristeza.

—Me podría ausentar una semana y no se daría cuenta.

—Él tal vez no. —Gloria arquea una ceja—, pero no retes al jefe de Recursos humanos.

Lleva la razón ahí.

—¿Para qué querrá un nuevo escritorio?

—¿Para qué? ¿No es obvio? —Sonríe—. Por fin notó que no tienes uno.

Puede que Gloria lleve la razón, pero tengo mis dudas. Llámenle intuición, pero sospecho que hay algo más.

El resto de nuestros compañeros de trabajo entra en grupo o en parejas antes de que el reloj marque las siete y media.

—Por fin alguien tendrá su propio escritorio —me felicita Sofía, una analista, cuando ve al encargado instalar un lugar nuevo.

En este piso de Grupo M trabajan una veintena de personas, todos acomodados en cubículos. Todos excepto Marco, que por ser el jefe tiene despacho. Por lo demás, por el tipo de lugar en el que estamos, usualmente *todos* estamos pendientes de lo que hace el resto. Aquí no hay mucha privacidad.

—Creo que al fin se dio cuenta de que necesito uno —digo a Sofía.

—Sigue así y en unos meses por fin te asignará un cubículo. —Me guiña un ojo.

Sé que ella y los demás que empiezan a bromear con ese tema lo hacen de buena manera porque soy la única sin un lugar fijo aquí; sin embargo, en parte, saberme tan poco importante para Marco me lastima.

Gloria es la única que comprende mi tristeza y cada vez que tiene un momento libre me ofrece apoyo moral... aunque también me felicita porque al fin tendré un lugar fijo.

***

El elevador se vuelve a abrir a las ocho de la mañana. A todos nos parece extraño porque Marco no hace pasar a nadie hasta las ocho y media. Pero quien está llegando es una mujer. ¡Más que eso! Es el clon de Adriana Lima y entra a nuestro territorio sintiéndose la emperatriz de Chanel, y además huele a... «Oh, no, Dios». Perfume *Rock'n Rose Couture* de Valentino.

De inmediato busco mi móvil para contarle a Carolina, pero al instante recuerdo que la encerré. «Mierda». Karma le llaman.

Los demás también miran a la mujer de arriba abajo, pero ella no mira el piso por nadie y viene directa hacia...

—Señorita, no puede entrar sin que yo avise antes.

Gloria intenta detenerla cuando la ve aproximarse hacia la puerta de Marco, sin embargo, la tipa le sacude su larga cabellera en la cara y entra sin avisar. En tanto yo termino de ayudar al de Mantenimiento a acondicionar el nuevo espacio de trabajo.

—¿Qué se cree? —bufa Diana, otra de las consultoras, sacando la cabeza desde su cubículo.

—Igual no cree que el jefe la eche —dice Mateo, el conserje—. ¿Vieron esas piernas? Así le gustan.

Me encojo de hombros una vez más. ¿Qué hace aquí la señorita perfume *Rock'n Rose Couture* de Valentino? «¡Como si no lo supieras, Vanesa!», me regaño. ¿Por qué me tuve que enamorar de un hombre atractivo? Si fuera feo sería solo mío.

Siento el toque de alguien en mi hombro.

—Tienes que entrar a preguntarle si quiere algo de tomar —me recuerda Gloria.

Niego con la cabeza.

—Vanesa...

«De acuerdo». Me armo de valor y me dirijo al despacho de Marco.

Ahí están, de pie uno frente al otro. Ella le está susurrando algo al oído y él sonríe. «Se lo ganó, escupiré en lo que sea que pida para beber».

—Entraste sin tocar antes, Vanesa —me recuerda con molestia Marco, sin quitarle los ojos de encima a ella.

«Mierda».

—Yo... —Fueron los nervios... O tal vez los celos. Cambio mi peso de un pie al otro, arrepintiéndome de haberme puesto tacones altos en lugar de botas.

—¿Quieres algo de tomar, Nicole? —le pregunta, adoptando esta vez un tono caballeroso.

—¿Hay agua con gas? —inquiere ella con una sonrisa de: «Mírame y mírate».

«Sí, maldita jirafa, no soy tu competencia».

—Sí —respondo con un ligero dolor en la mandíbula.

—Pues eso quiero.

Me apresuro a buscar el agua con gas en el pequeño bar que tiene Marco dentro de su despacho. «Escupir o no escupir dentro del vaso, he ahí el dilema». Pero no, al final no me atrevo; mi ética y mi respeto hacia él no me lo permiten.

«Pero te lo merecías, perra».

Huyo en cuanto se lo entrego.

¿Por qué la trajo? ¿Para qué?

¿Cómo pinta esta situación para mí y cómo influirá en la trama de la novela que escribo sobre Marco y yo?

Capítulo 2



Espero al lado del escritorio de Gloria temiendo ver qué me deparará el destino. ¿Estará muy interesado Marco en Nicolasa? «No, él no es de relaciones duraderas». Aquí la pregunta es qué tanto está dispuesta a soportar Nicolasa y si se aferrará o no a él.

Media hora después salen juntos del despacho. Los recibo con una sonrisa triste. Sonrisa que él pasa por alto, como es costumbre.

«Soy invisible para ti».

—Atención todos —nos llama y dejamos a un lado lo que hacemos para ponerle atención al jefe—. Les quiero presentar a Nicole Govea. Hace poco empezó a impulsar su propia empresa, pero hizo un espacio en su agenda para trabajar con nosotros.

«¡¿Qué?!».

—Buenos días. —Saluda a todos con una sonrisita de «tengo el ego hasta las nubes».

—Ella me estará asistiendo en todo lo que haga, así que para cualquier duda o consulta que tengan para mí, acérquense también a ella. Su lugar de trabajo estará a la par del de Gloria.

«¡¿Qué?!». No puedo mirarlo más. Vuelvo los ojos hacia un punto lejano. Llevo suficiente tiempo en Grupo M como para merecer un escritorio propio. «¡Prefiere a Nicole!».

«¡Obvio que la prefiere a ella, tú no eres nadie, Vanesa!», me regaño.

Al terminar la ridícula presentación, Marco regresa a su despacho. El siguiente café que beberá estará frío. Es una promesa.

—¿No puedes conseguirme otra silla? —me pregunta la jirafa observándola con desagrado, que, además, es igual que la mía—. Esta parece de secretaria y yo soy ejecutiva.

Escucharle menospreciar a una secretaria molesta a Gloria:

—Vanesa es asistente del señor Maldonado, no tuya. Consigue tú tu propia silla.

Nicole arquea una ceja en dirección a Gloria.

—Al parecer le tendré que dar la primera queja a Marco.

—No es necesario —intervengo, alejándome—. Veré si encuentro alguna.

No me importa ir a por la silla. Prefiero eso a respirar el mismo aire que Nicole.

***

Nicole no es insoportable, es lo que le sigue a eso. Durante el día lo único que hace es quejarse y solicitar esto y lo otro a todos. A *todos*. También insinuó que le pedirá a Marco asignarle una oficina, lo que en realidad sería una alegría para nosotros, pues no es necesaria en el área de cubículos.

Y yo, además de atenderla a ella, corro de un lado a otro para cumplir las solicitudes de Marco, que hoy, para empeorar todo, se mostró aún más distante conmigo. Actitud que no debe extrañarme, no obstante, algunas veces, *solo* algunas, no es frío.

No lo es, por ejemplo, cuando me pide arreglarle situaciones engorrosas con su familia o con alguna chica con la que sale. Para eso se toma su tiempo.

Y me confunde.

Y me distrae.

Mas no debo olvidar que para él soy necesaria, pero no importante.

—Señor, disculpe... —lo llamo a la hora de la salida. Él camina hacia el elevador.

Nicole también se pone de pie, lo que me ayuda a advertir que se marcharán juntos. Y duele, maldita sea. Duele.

—Dime —responde volviendo sobre sus pasos.

«¿Estás saliendo con ella?».

«¡No, eso no!».

Trago saliva.

—¿Me podría dar el número de teléfono de Daniel Saviñon?

Eso, en definitiva, capta su atención.

—¿Daniel Saviñon?

Coloco un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Dijo que es su amigo.

¿Por qué se muestra desconcertado? ¿Daniel me mintió y no lo conoce?

Como quiere salir con Carolina debo averiguar más.

—Sí, pero no creo que...

—Si quiere puede decirle que es para mí. Digo, si pudiera llamarlo... Por favor.

Marco me da otra mirada de «¿qué rayos?», pero empieza a buscar en su teléfono.

—Vámonos ya, cariño —le dice Nicole.

—No estoy seguro de que vaya a responder —responde, ignorándola. «¡Está llamándolo!». Esperamos—. ¿Daniel? Soy Marco. Marco Maldonado. —Su expresión se suaviza cuando Daniel es amable—. Bien. Te llamé hace… ¿qué? Dos meses... Ajá. ¿En serio? Enhorabuena. Tal vez nos podemos reunir pronto... Sí, yo también. Háblale a Armando y a Arturo. Sí... Sí...

No sé quién de las dos se muestra más ansiosa, Nicole, que quiere marcharse ya... o yo, que temo que Daniel le hable de mi novela. No lo consideré antes y es que Marco se está tomando su tiempo para hablar con él, incluso ríe.

«Quizá Daniel no le dirá nada».

—Sí... Sí... Oye, qué buena idea. No te lo vas a creer, pero con Ivanna Rojo también lo platicamos... Perfecto. ¿Aquí conmigo o en tu oficina? Sí. Tú dime cuándo...

«¿Tú dime cuándo?». Todos deben acomodarse a la agenda de Marco Maldonado, no al contrario. Daniel sí debe ser un buen amigo suyo.

—Perfecto, le diré a mi secretaria... Sí. Gracias por contestar.

Le hago un gesto con la mano para que no se olvide del propósito de la llamada.

—Ah, sí, oye. —Su expresión vuelve a tensarse—. Mi asistente me está pidiendo tu número de teléfono. ¿De dónde diantres la conoces? Sí, Vanesa. —Su boca se abre ligeramente al escuchar que Daniel sí sabe quién soy—. Ajá. No sé si creerte... De acuerdo.

Marco me ofrece el teléfono sin apartar de su rostro la expresión de: «¿qué rayos?».

Tomo el teléfono.

—¿Daniel? —pregunto, nerviosa.

—*Podemos negociar.*

Me pongo en alerta.

—¿De qué manera? Oye, ¿si no te la entrego le dirás a *ya sabes quién.* —Miro a Marco con

cara de *no me mates*— ya sabes qué?

Mi jefe cruza los brazos sobre su pecho y si no estuviera nerviosa por la llamada me tomaría mi tiempo para babear sobre sus zapatos, porque se ve sexi cuando luce pensativo. Debe de estar preguntándose por qué conozco a Daniel.

—*No. Prometí no hacer eso* —dice este.

—Bien.

—*Puedo… no sé... ¿Qué tipo de teléfono tienes?* —Por su tono de voz asumo que está sonriendo—. *¿Quieres un iPhone de última generación?*

Ahora yo intento cruzarme de brazos.

—¿Estás insinuando que soy capaz de facilitarte las cosas con mi mejor amiga a cambio de que me regales un iPhone?

Esto último sí que desconcierta a Marco. Nicole, por otro lado, aún quiere marcharse.

—*De acuerdo, no.* —Ahora Daniel se escucha preocupado. Quiero pensar que sí quiere bien a Carolina—. *Dime qué quieres de mí.*

—Referencias.

—*¿Referencias? Bien. Ahí tienes a Marco.*

Le doy toda mi atención a mi jefe.

—¿Tienes buenas referencias de Daniel Saviñon?

—Sí —responde, aún sin comprender.

—*Pregúntale qué tipo de estudiante era en la Universidad.*

—¿Qué tipo de estudiante era en la Universidad?

—El sabelotodo —ríe Marco—. El que prefería jugar al ajedrez en lugar de salir con nosotros.

—Interesante —digo a Daniel, que también escucha atento la respuesta.

Y para mí suena más que bien.

Marco balbucea.

—Vanesa, ¿qué est...?

No dejo que termine su pregunta y otra vez devuelvo toda mi atención al teléfono en mi mano.

—Accederé, pero te advierto que estarás bajo mi estricta vigilancia las próximas semanas. Y en parte acepto porque alguien de mi confianza. —Miro de reojo a mi jefe— al parecer te conoce bien.

—*De acuerdo. Ahora convence a Carolina de que hable conmigo.*

«Pero si ella quiere hablar contigo». Pongo los ojos en blanco.

—Dame tu número de teléfono —pido.

—*Claro.*

Entonces anoto en el mío el número que me indica.

—En dos horas estaré con ella. Llámame entonces.

Escucho un ligero jadeo de alivio por parte de Daniel.

—*Gracias, Vanesa.*

—Sí. Sí... Oye, ¿iba en serio lo del iPhone? —Me rasco la barbilla.

Ahora lo escucho reír. Tiene una risa bonita, pero no la elogiaré en voz alta hasta que me convenza de que quiere bien a Carolina.

—*Sí. Yo te lo hago llegar.*

Sonrío de oreja a oreja y al colgar miro a Marco. Nicole está jalándole del brazo:

—¿Por qué le prestas tu teléfono a tu asistente?

Entonces le devuelvo el teléfono.

—Gracias —digo con timidez porque quizá hablé demasiado tiempo con Daniel.

Marco quiere decirme algo más, sin embargo, la señorita con hedor a *Rock'n Rose Couture* de Valentino lo arrastra fuera con ella. Me pregunto a dónde irán.

«No pienses en eso, Vanesa».

***

De camino a casa de Carolina entro en mi cuenta de Wattpad para actualizar mi novela.

> Valentina, como siempre, ya esperaba puntual a Carlo en la oficina. Él se encrespó en cuanto la vio.
>
> —Valentina, ¿por qué te fuiste temprano ayer? —le reclamó.
>
> —No pensé que notarías que no estaba —respondió con timidez.
>
> Carlo la cogió entre sus brazos, dejando a un lado su teléfono para prestarle toda su atención.
>
> —¿Cómo no me voy a dar cuenta? —dijo, besándole tiernamente los labios—. Si eres lo más importante para mí.
>
> —Carlo, no deberíamos hacer esto fuera de tu oficina —contesta Valentina—. En cualquier momento puede entrar a alguien y...
>
> Pero la calla con un beso.
>
> —No me importa. Si lo sabe Dios que lo sepa el mundo, Val. Te amo.
>
> Media hora después, a Grupo A llegó una vieja obesa y bajita, muy bajita, aunque con actitud muy prepotente. Esto último fue obvio cuando entró sin avisar a la oficina de Carlo.
>
> Valentina, sentada en su cómodo escritorio, escuchó quejarse a Carlo, por lo que también entró a su oficina.
>
> —¡No! —Le estaba protestando Carlo a la vieja fea y bajita, muy bajita—. ¡Yo amo a Valentina, aléjate de mí!
>
> —Pero Carlo —dijo la otra—. Tú y yo tenemos algo.
>
> En ese momento Carlo se dio cuenta de que Valentina estaba de pie en la puerta.
>
> —¿Algo tú y yo? —dijo, mirando a la hermosa Valentina—. Yo no tengo ojos para nadie más que para mi bella asistente. Anda, sírvele un poco de agua, pero sin gas, que ella no tiene nada que aparentar.
>
> Valentina y Carlo se tomaron de las manos.
>
> —¿Quién es esta mujer? —preguntó ella.
>
> —Nicolasa, y va a trabajar aquí a partir de hoy, pero no hablemos de ella. No es importante.
>
> Después de que Nicolasa salió de la oficina, Carlo y Valentina se besaron de nuevo.

Capítulo 3



Cada noche, si no estoy en mi cama escribiendo, estoy en el viejo sofá de la sala con mamá viendo la televisión. Desde hace mucho solo somos ella y yo, por lo que nos fue fácil adaptarnos a lo distintas que somos.

—¡Eso es injusto! —gruñe al ver a un grupo de zombis atacar en grupo a una mujer—. ¡Son diez contra una!

—Se supone que los zombis no tienen conciencia —gruño—, solo quieren comer.

A mamá no le gusta ver nada que incluya armas, sangre, muertes... Lo que al resto de seres humanos normales nos gusta ver.

—Deberían ser más considerados y sacar primero a la mujer embarazada —regaña.

Desde el episodio uno me arrepentí de mostrar *The Walking Dead* a mamá, sin embargo, como a pesar de sus quejas se enganchó, me toca soportar sus «¡No, el caballo, no!», «están de un lado a otro y esos niños no han comido», «¡no quiero imaginar la factura ambiental de esto», o «¿soy yo o discriminan demasiado a ese asiático? Vanesa, mira en Twitter si solo yo pienso eso». Pero qué importa. En parte me divierte escuchar su voz en *off*.

—Ponle pausa —suplica saltando del sofá—. Iré a por más palomitas.

—Apúrate —la molesto—. Daryl y Rick no podrán salvar el mundo sin tus recomendaciones veganas.

Mamá me dedica un «ja, ja» y se escabulle en la cocina mientras reviso si tengo algún mensaje. Nada, ni siquiera un cobrador. Tendría alguno de Carolina si no estuviera entretenida con «Don me debe un iPhone». De todos modos, estoy por guardar el móvil cuando recibo uno.

—¿Es Carolina? —pregunta desde la cocina al escuchar el aviso—. Dile que el viernes iré a la librería.

Miro de quién se trata.

—No, no es «Carolina desde que tengo novio ignoro a mi mejor y única amiga» —lloriqueo—, es Marco.

—¿Marco? —Su tono cambia a «cuéntame todo», pero la ignoro. Cuanto menos sepa de lo que siento por él, mejor.

Como ya mencioné, parte de mis atribuciones como asistente es socorrerlo cuando está metido en alguna situación engorrosa. En ese momento me convierto en su ángel de la guarda.

Solo en ese momento.

Marco: ¡3312!

Esa es la señal. No fue fácil que accediera a utilizarla, no obstante, le dije que esa era la manera más eficaz que me mostró Disney para pedir auxilio.

Vanesa: ¿Mjm?

Al instante me envía una captura de pantalla. Ahora debo analizar la situación.

«Veamos».

1. Enemigo a tratar: Señorita *me gusta la playita.*
2. Problema: Marco no la ha llamado en todo el día y ya le amenazó con cortarle el pene.

Ya veo el porqué de su desesperación.

Marco: Hemos ido en declive desde que ALGUIEN olvidó que no debía pasarme llamadas de mamá, y, en consecuencia, tuve que pasar las fiestas de fin de año en casa.

Pongo los ojos en blanco.

Vanesa: Ya le expliqué que no fue mi intención :c ¿Qué hacemos? ¿Se quiere deshacer de ella?

Marco: Mmm

De ese «Mmm» depende de si dormiré tranquila o no esta noche.

Marco: Sí, pero no todavía. Antes necesito que su empresa firme unos papeles para Grupo M.

En los negocios se vale todo, supongo.

Como sea, sonrío. Señorita *me gusta la playita* está a punto de pasar a la historia junto con señorita *préstame tu tarjeta de crédito*, señorita *nalgas espectaculares como las de Kim Kardashian* y señorita *me pego a ti como una garrapata*, entre otros especímenes.

Vanesa : Bien. Escríbele...

Pongo mi imaginación a volar.

Vanesa: «Stephania, cariño, ¿por qué te empeñas en arruinar mi sorpresa? ¿Cortarme el pene? Sabes que no harías eso porque ambos lo necesitamos ;)». Envíale eso.

Marco: ¿Sorpresa?

Vanesa: Tú escribe eso.

Espero.

«No debería tutear a Marco durante este tipo de situaciones», me debato. En cualquier caso, él me confunde al hablarme de forma accesible.

Marco: Me pregunta qué sorpresa...

Vanesa: «Tengo dos entradas para el concierto de Sebastián Catalán ;) No te quería escribir hasta que me confirmaran que las obtendría. Nos vemos allí mañana».

Marco: Perfecto. En un concierto se mantendrá callada.

Exacto.

Vanesa: c:

Mamá está de vuelta en el sofá y ahora espera a que otra vez dé al *play* a *The Walking Dead*.

—¿Ya encontraste comprador para tus entradas de Sebastián Catalán?

—No, y si no las vendo tendré que comprarlas yo. —Suspira, triste.

Sé que el dinero servirá para una buena causa. Mi madre *hippie* siempre está apoyando movimientos del tipo: «Salvemos a los mapaches». ¿O era a los pandas?

—Tranquila, ya se las vendí a Marco. —Le guiño un ojo.

Mamá no cabe de la felicidad y me doy un par de palmaditas imaginarias en la espalda. Soy especialista en matar dos pájaros de un tiro.

Marco: ¿Y quién es Sebastián Catalán?

Pensé que nunca iba a preguntarlo.

Vanesa: Canta música contemporánea c:

De protesta contra el maltrato animal y el rescate del medioambiente. Escondo una sonrisa. Marco me matará, pero al menos ayudé a mamá.

—Dale al *play* a *The Walking Dead* —me recuerda.

Lo hago mientras mi teléfono vuelve a sonar, anunciando que tengo otro mensaje. Esta vez sí es de Carolina.

Carolina: Todo va bien con Daniel ♥.♥

Vanesa: ¡Traidora!

Carolina: ¿QUÉ?

Vanesa: Que te quiero, amiga :3

Carolina: ...

No pongo atención al resto del episodio por pensar en Marco. ¿Qué tan ingenua soy si albergo la esperanza de que él me note un poco más? ¿Suena patético? ¿Qué tan patético? A veces pienso que continúo almacenando ilusiones respecto a Marco porque eso es más fácil que conocer a alguien. Porque conocer a otra persona y entregarle tu corazón es un riesgo. Da miedo.

Por otro lado, que tu mejor amiga tenga novio, y tú no, puede llegar a ser deprimente. ¡Azúcar! Necesito azúcar. De modo que engullo una bolsa entera de malvaviscos antes de esconderme del resto del planeta Tierra.

—¿Vas a escribir? —me pregunta mamá, también preparándose para ir a la cama. Es más adicta que yo a la televisión, aunque no lo admita.

—Hasta tarde, así que no me interrumpas, porque si algún día gano un premio Nobel tú serás la más beneficiada.

Niega con la cabeza.

—¿Te pongo música de Céline?

—No. —Pero antes de que diga algo más, ya comenzó a tararear *All by myself*.

Sin duda esta mujer quiere que me suicide. ¿Cómo le tararea *All by myself* a una mujer deprimida?

En la habitación tomo de mi mesa de noche la *tablet* y me la llevo a la cama. De camino a casa de Carolina actualicé mi novela, pero el capítulo lo escribí estando molesta por la invasión de Nicolasa, por lo que mis lectores pudieron haberlo sentido raro.

Entro en mi cuenta de Wattpad y reviso los comentarios.

«¿Nicolasa es un elfo?».

—No, es una maldita jirafa —gruño para mí.

«¡Quiero más sexo entre Carlo y Valentina!».

—Sí, yo también. —Suspiro. Sexo con Marco, aunque sea ficticio.

«Creo que Nicolasa dará problemas».

—Yo también lo creo.

A la mayoría de mis lectores les intriga no saber qué rol jugará Nicolasa en mi historia, pero ni siquiera yo lo sé.

¿Por qué Marco la llevó a trabajar a Grupo M?

Uno por uno, vuelvo a revisar los capítulos que he escrito de *Me voy a follar a mi jefe*. De ocho, en seis hay sexo, pero como la emoción inicial ya pasó, considero que puedo intentar ser más romántica.

> Capítulo 9
>
> Valentina aún no puede creer que su vida esté cambiando tanto. De ser la empleada más ignorada de Grupo A, poco a poco, se ganó su lugar y ahora es la mano derecha del jefe; quien, además, es el hombre de

sus sueños.

Ay, no, qué diabético me quedó eso. Borro lo último que escribí:

... quien, además, ahora le da su lugar.

Sí, eso quedó perfecto.

Vanesa...

Mierda. Otra vez me confundí. Borro «Vanesa» y escribo «Valentina».

Valentina ya no es necesaria solo cuando Carlo necesita un café o se mete en algún lío con la bruja ensiliconada de Estefi. Él incluso ha llegado a decir que no puede creer que hubiera esperado tanto tiempo para admitir lo valiosa que Valentina es para él.

Valentina está sentada en un sofá junto a su seria y críptica mamá, comiendo frutos secos y viendo documentales de History channel, cuando Carlo le envía un mensaje.

Carlo: Te extraño.

Antes de responder, Valentina piensa: «Tengo miedo de sentirme tan feliz. Siento que de pronto algo lo estropeará todo». Pero decide que será mejor enfocarse solo en lo que está sintiendo.

Valentina: Yo también, AMOR.

«Ay, no». Esto último también es demasiado diabético. Es culpa de mamá y Céline Dion.
—*All by myself* eh eh —tarareo.

Carlo: ¿Puedes creer que la bruja de Estefi me llamó hoy para preguntarme si quiero salir con ella?
Valentina: A veces me da pena ajena :c

Estoy en la mitad del capítulo cuando recibo otro mensaje de Marco. ¿En qué hotel lo abandonaron esta vez? Es raro que escriba tan tarde. A menos que...

Marco: Todo salió bn. Stephanie calmo

Vanesa: C:

Marco: A veces t envío mejes sin importar la hra o el lugar n el qu este... pensado debes interrumpir lo q sea que sts haciendo para venir a ayudarme..... Lo lamento. Trtt de encargarme de mi yo mismo. [5]

Leo tres veces el último. Marco jamás, *jamás*, había intentado ser deferente conmigo; aun así, tiene que ver con que está borracho.

Vanesa: ¿En qué bar está bebiendo, jefe? C:

Marco: En nino. Decir, estoy en un bar, pero nestoy BORAS. Consideras q amable contigo solo estando si. [6]

Vanesa: Claro que no, señor c: Y no se preocupe… me da gusto serle útil.

Me gusta no ser invisible para ti.

Marco: Demasiútil[7], Vanesa. No podo vivir sin ti.

«No puedo vivir sin ti». Es cuando hace este tipo de comentarios que caigo más y más dentro de este abismo. Le tomo una captura de pantalla al último mensaje que envió y me recuerdo que mañana lo imprimiré para después colocarlo en mi pared junto a los otros tres:

13 de abril de 2015

A partir de hoy solo tú vas a preparar mi café. Al resto del personal le queda NEFASTO.

2 de noviembre de 2015

Gloria mencionó que hoy es tu cumpleaños. Felicitaciones.

31 de diciembre de 2015

Queilén dejarte Felizl nuevo, solo tu me has ayudado este ls tu jegzd.

Ese último también lo envió borracho. Se siente raro despertar sentimientos en él solo cuando está en estado etílico.

Pero ninguno había sido tan especial como el de hoy. «No puedo vivir sin ti». Pese a que debo recordarme que no debo ilusionarme.

Vanesa: Estoy segura que hay mejores asistentes, jefe :s

Marco: Claro qq no.

Vanesa: ¿En qué bar está, señor?

Marco: Casba. Qieres veeir? [8]

Sí, está borracho. De otra manera nunca...

Marco: Quieen E Ma l jffdmgd akd tu

Vanesa: ¿Llamo a Gabo para que lo espere afuera?

Marco: Peor Hasta las once oleaje V

Vanesa: Está bien. Le diré que a las 11 entre por usted.

Marco: Vanesa...

Vanesa: ¿Sí?

Marco: Estephani me est lllando [9]

Vanesa: Escríbale "Estoy con mi mamá". Eso la detendrá.

Marco: Cierto, gracias Bases es L a meklf No se lo Borracho ye Dkkfk lo importante q eres. [10]

Marco siempre bebe después de que discute con su papá. El señor Maldonado no considera que su hijo menor esté dando la talla frente a Grupo M y siempre lo compara con su hermano mayor y otros ejecutivos.

Vanesa: Usted lo hace bien, jefe. Ya verá que pronto mejoraremos c:

Nunca le he hablado a Marco de algo que no sea café, comida o mujeres, pero cuando siento que me necesita...

Marco: Gr cajas Vane Z. [11]

«Cuídate mucho, por favor», escribo; aunque no lo envío. Mañana cuando esté sobrio lo leería con cara de póquer, de manera que solo llamo a Gabo, el taxista que siempre le auxilia.

> Ojalá Valentina pudiera hacer más por Carlo...

Continúo escribiendo en mi novela.

Capítulo 4



A la mañana siguiente, en la oficina, Marco sale del elevador llevando puesto lentes oscuros. Y por cómo intenta masajear sus sienes advierto que le duele la cabeza.

Me pongo de pie de inmediato. Acabo de terminar de acomodar su despacho como le gusta.

—Buenos días, señor. —Lo saludo, pero no me contesta. Actitud perfectamente normal en él. Me sorprendería si lo hiciera.

—Necesito un café —gruñe. Tiene resaca.

Lo sigo hasta su despacho.

—Ya está en tu escritorio, señor.

Cuando toma asiento le acerco más el café.

El protocolo con él es ambiguo. Al verlo tan joven me resulta difícil tratarlo con demasiada formalidad, por eso a veces lo tuteo. Lo trato de «usted» solo cuando recuerdo que debo hacerlo.

Marco bebe con tranquilidad su café mientras yo espero alguna otra indicación. Cambio el peso de mi cuerpo de un lado al otro. «Tal vez debería ir por pastillas para el dolor de cabeza. No me las ha pedido, pero...»

—Advil —pide, como había anticipado.

Busco en el botiquín que tiene en su despacho, pero dentro ya no hay muchas pastillas. Debo abastecerlo otra vez, aunque eso me tomará un par de horas. «Creo que tengo un par en mi bolso». Cuando salgo a por ellas noto que Gloria y más compañeros ya llegaron.

—¿Todo salió bien con tu amiga? —me pregunta Gloria.

—Se quiere escapar con él —me apresuro a responder y busco en mi bolso.

—¿Cómo?

Encuentro las pastillas pronto.

—Al rato te cuento a detalle.

Gloria se sorprende al ver las Advil.

—¿Son para el jefe?

Me encojo de hombros.

—Anoche bebió.

—¡¿Otra vez?!

Miro de un lado a otro para advertir si alguien más escucha.

—Baja la voz. No es como si lo hiciera seguido.

—Al menos una vez al mes —contesta—. Empezó haciéndolo cada tres meses, después cada dos. Pronto lo veremos cada semana en ese bar.

—No. —Me resisto a creer—. Igual, es culpa de su papá.

—El jefe ya es responsable de sus propios actos, Vane.

Sin ánimo de querer seguir discutiendo con Gloria, regreso al despacho de Marco. Ya hay un vaso con agua en su escritorio, por lo que solo dejo las pastillas junto a este.

—Le quería pedir su autorización para dos cosas, señor.

Coloca ambas pastillas en su boca al mismo tiempo y, con un gesto, me indica que puedo hablar.

—Necesito abastecer de nuevo el botiquín.

Bebe las Advil antes de responder.

—De acuerdo. Utiliza la tarjeta para eso... y para pagar las entradas del concierto.

—Sí, señor.

—Lamento haberte molestado anoche —dice, serio.

—No se preocupe —respondo intentando restar importancia a lo que pasó—. Es mi trabajo.

Marco se frota los ojos.

—Igual no debería... Bueno, ya no importa. ¿Para qué más necesitas autorización?

—Bueno... Le quería pedir permiso para salir temprano hoy.

El rostro de Marco se endurece.

—¿Otra vez? ¿No saliste temprano anteayer?

«Entonces sí se dio cuenta».

—Pensé que no se había dado cuenta —me atrevo a decir.

—Al principio no, pero luego recordé lo terrible que supo mi café esa tarde.

Sonrío feliz. «Al menos me necesita para eso».

Se saca los lentes oscuros y alcanza su periódico, ya abierto en la sección de finanzas.

—Me ofrecí a hacerle un favor a Daniel Saviñon —insisto en otro intento de convencerlo.

Porque tal vez si lo menciono, que es su amigo...

—Aún no me has dicho de dónde lo conoces. —De nuevo tengo un atisbo de su atención—. Daniel no es muy sociable.

No sé qué tanto puedo decir. Carolina no me ha autorizado a comentar.

—Es amigo de una amiga.

Marco no se conforma con esa respuesta.

—¿Están saliendo?

—¡No! —me apresuro a decir colocando un mechón de mi cabello detrás de mi oreja—. Nuestros negocios son... otros.

—Porque no voy a permitir que me quite a mi asistente —bromea.

Entreabro un poco la boca. ¿Marco bromeando conmigo? ¿Y además diciendo que no permitirá que nadie me aleje de él? Siento mis mejillas enrojecer.

Al instante devuelve su atención al periódico. Y eso fue todo.

«Vamos, Vanesa, tienes que aprender a diferenciar un halago profesional de algo más personal», me regaño en silencio.

—¿Algo más que necesite, señor?

Niega con la cabeza y sigue leyendo. No dijo sí o no al permiso. «Rayos». Le tendré que decir a Carolina que deberá arreglárselas sin mí. La idea me entristece porque sé que contaba conmigo.

—Vanesa —me llama cuando estoy por irme.

Miro sobre mi hombro.

—¿Sí?

—Sí puedes salir temprano hoy.

Siento alivio.

—Gracias, señor.

—Y... —Otra vez tengo un atisbo de su atención—. Hazme un favor. Cuando llegue Nicole dile que venga a mi despacho.

Mi sonrisa se borra al instante.

—Sí, señor.

Cuando regreso al escritorio que compartimos Gloria y yo, ella continúa dándome sus razones para sospechar que Marco está a punto de convertirse en un ebrio, pero me niego a creer eso.

—Mira que preferir estar en un bar que con su familia.

—Solo se lleva bien con su mamá.

—Peor todavía.

—Gloria... —Me siento en la silla a su lado.

—Y cada vez come menos. Ya van varias veces que te devuelve a medias la comida.

Es cierto.

Miro hacia el escritorio de Nicolasa. Son más de las siete y media y aún no llega, pero seguro que a ella no la regañan.

—¿Qué tienes? —me pregunta Gloria, preocupada por la tristeza que reflejo.

Cojo mi bolso para sacar la *tablet*.

—Nada.

—Te veo triste.

Gloria coloca una mano sobre mi hombro. Es una sucursal de mi madre en la oficina, aunque sin las bebidas que eliminan toxinas y las camisetas de Greenpeace.

En la *tablet* abro mi cuenta de Wattpad.

—¿Por qué Marco traería a Nicole a Grupo M? Nunca trae a sus conquistas a la oficina.

—Tal vez por eso. Puede que no sea una conquista. Tal vez sí es una inversionista. No la subestimemos. A lo mejor sí sabe trabajar.

Las dos miramos de reojo su cubículo vacío.

—Aunque la puntualidad no es una de sus virtudes —digo.

Pese a que Gloria intenta consolarme con algo de comida y más palabras de ánimo, siempre me hace sentir mejor fisgonear mi cuenta de Wattpad.

> Capítulo 10
> Un grito en su corazón le pedía a Valentía confiar en Carlo. Sin embargo, sabiendo ella tanto de su pasado, no podía evitar dudar. ¿Esta vez era solo ella o aún quedaban fantasmas de otras que vinieron antes que ella?

Niego con la cabeza.

—No debería hacer esto en horario de trabajo —me recuerdo en voz alta y guardo en un borrador lo que llevo del capítulo.

Tampoco debería correr a actualizar mi novela cada vez que me siento mal por algo que hace Marco.

—Espera, espera —dice Gloria con la cabeza sobre mi hombro—. ¿… o aún quedaban fantasmas de otras que vinieron a él antes que ella? —repite leyendo mi escrito.

«Oh, no».

—Gloria, espera... —Intento esconder la pantalla de la *tablet* de ella.

—Me voy a follar a mi jefe. —Lee el título—. ¿Lo escribiste tú?

—No, yo...

Creo que estoy por sufrir un ataque al miocardio, pero ella está sonriendo. «Bebé Jesús». Por más que intento apagar la *tablet*, ya leyó.

Ahora ella también sabe de mi novela.

***

En la cocina que tenemos en nuestro piso alcanzo un vaso y hago mi camino hacia el dispensador para servirme agua. «¡Sí seré idiota!». Carolina tiene razón, soy demasiado imprudente. A este paso hasta Barack Obama leerá mi novela. «Aunque sería genial que él leyera porque... No, no. Aterriza, Vanesa», me regaño. Luego miro hacia el cubículo de Gloria. Tiene mi *tablet* en sus manos y lee todo, boquiabierta. Le abrí el capítulo uno de *Me voy a follar a mi jefe* y desde ahí hay sexo. «Santo Niño de Atocha...»

«Puedes confiar en Gloria», digo en mis adentros. Ya he hecho tratos con la diseñadora gráfica del piso de abajo y con el conserje de nuestro piso, porque también escriben novelas eróticas, y de momento ninguno ha intentado decirle algo a Marco.

«Todo saldrá bien».

Inhalo. Exhalo. Inhalo. Exhalo.

A continuación, para empeorar todo, Marco sale de su despacho con apariencia molesta, pero Gloria aún no se percata. «Mierda. Mierda. Mierda». Está demasiado concentrada en mi novela... y con él delante.

Me apresuro a acercarme.

—¿Dónde está? —pregunta, mirando, malhumorado, el lugar de Nicole.

—Aún no llega, señor —respondo con rapidez para que no se percate de lo distraída que está Gloria.

Marco mira su reloj.

—Faltan dos minutos para las ocho —se queja.

Porque la entrada es a las siete y media. Me encojo de hombros.

—Gloria, en cuanto llegue dile a Nicole que entre en mi despacho —ordena, pero ella continúa abstraída en mi historia—. ¿Gloria?

«Mi Dios misericordioso». En un nanosegundo me coloco junto a ella y le doy un puntapié para que reaccione. Marco no puede creer que deba repetirle algo.

Aun con la boca abierta, por fin levanta la cabeza para mirarle a los ojos.

—Gloria, ¿qué demonios te...?

Pero ella no espera a que Marco formule la pregunta, sus ojos van de la cara a la entrepierna de este y emite un sonido gutural que lo deja helado. «Santa virgen de los autores autopublicados». Me pregunto qué estará sintiendo al ver que su secretaria, que ya ronda los cuarenta años, mira, hambrienta, su entrepierna.

Intento conservar la calma, pero estoy roja como un tomate. «Mierda. Mierda. Mierda. ¡Gloria, concéntrate!».

Sin hacer más preguntas, Marco se vuelve hacia mí. «Mierda. Mierda. *Mierda*». En su cuello puedo entrever su inquietud.

—Que Nicole entre en mi despacho cuando venga —me indica, aunque con un tono de voz más pausado que el de costumbre.

Asiento y cuando se aleja me dejo caer en el asiento junto a Gloria, que otra vez está absorta en mi novela. Le tendré que quitar a la fuerza la *tablet* y obligarla a que lea el resto en un sótano.

Capítulo 5



Marco: veces siento qu en la oficina nadie repuesta... Aún nnev a mi padre. [12]

Vanesa: No, señor. No es así. Le respetamos tanto como a su padre.

Marco: escucho al de cómputo hablar mal.fe mi. [13]

Vanesa: ¿Charlie? No. No. Él habla mal de todo el mundo. No solo de usted.

Marco: como?

Vanesa: Pero es porque es chismoso y cabeza dura.

Marco: kk voy a despedida. [14]

Vanesa: No. No. No. Es un buen trabajador.

Marco: noblo defiendas. [15]

Vanesa: Es la verdad. Incluso cuenta buenos chistes.

Marco: a ver

Vanesa: A ver, ¿qué?

Marco: chiste.

Vanesa: Bueno. Está ese de los pollitos. Jajajajaja Dos pollitos van al McDonalds, y entonces un pollito le dice al otro:

-Pío.

Y el otro le contesta:

-No, tranquilo, pío yo.

JAJAJAJAJAJAJAJAJA

Marco: terrivo terrible VANESA. [16]

Vanesa: No. Es bueno :c Lo que pasa es que usted está de mal humor.

Marco: bjrbjimor.

Vanesa: ¿Ya ve?

Sé que Marco estaría mejor si estuviese acompañado de alguien que se preocupara por él, y, por eso, aunque me duele en el fondo del corazón...

Vanesa: ¿Nunca ha pensado en buscar alguna compañía nocturna? c: Porque estoy segura de que a Stephanie o a Nicole no les molestaría.

Marco: no nknko no es Histérica Y los loca necesito a alguien que ni mr moleste. [17]

Vanesa: Entonces podría llamar a su mamá.

Marco: llamare luego

Eso no me dejó más tranquila.

Vanesa: Señor, siento que ya estuvo bien por hoy. Llamaré a Gabo.

Marco: ya no quires hablar clnmkgo? [18]

Vanesa: Bien c: Pero me sentiré más tranquila cuando esté seguro en su apartamento.

Marco: solo a ti te importo.

Vanesa: No, jefe. Su familia también lo quiere mucho.

Marco: no mientas.

Vanesa: Su mamá me ha escrito, preocupada.

Marco: has dicho akvo??[19]

Vanesa: Nada que usted no me haya autorizado.

Sin importar si está de acuerdo o no, pues es por su bien, marco a Gabo.

—Gabo...

—Quiúbole, güera, ¿cómo la beisbol? [20]

Rasco mi cabeza.

—Gabo, necesito que vayas por Marco a Casbah.

—*Pero fui ayer*.

—Hoy también está allí.

A Gabo lo conozco porque mi madre es cliente frecuente de él. Ella me dio su número la primera vez que necesité que alguien fuera a recoger a un bar a Marco, pues el jefe se niega a depender de un chófer.

—*Ps, ¿qué pasó?*

—Tu pago no incluye derecho a preguntas —le recuerdo.

—Ora. *Qué delicada.*

—La situación anímica del señor Maldonado es privada. Pensé que eso ya había quedado claro.

—*Pero yo no soy chismoso, reina.*

Chasqueo la lengua:

—¿Entonces por qué preguntas?

—*Me preocupa* el güero [21]*. A veces lo veo tan mal que me quedo con él, ya sabes, para beber un par de cervezas un rato más. Es bien filosófico.*

—¿Cervezas? El jefe solo bebe *whisky.*

—*Pero al Gabo le dispara cervezas.*

—Oye, deja de sacarle dinero a Marco.

—*Pssss, si somos* cuates [22]*. Le puedo hablar bien de ti, si quieres.*

—Bueno, ya. Ve a Casbah y me llamas cuando Marco esté seguro en su apartamento.

—*Tampoco soy su niñera.*

—¡Acabas de decir que eres su *cuate*!

—*Su mero cuaderno.*

—Pues ya está. Ayúdalo por el aprecio que dices tenerle.

—*Pero mi jefecito siempre me aconsejó no mezclar los negocios con la amistad.* You know.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya está, te voy a pagar... Siempre te pago.

—*Ahora sí nos entendemos. En unos diez minutos estoy con el jefe. Pero que quede claro que lo haría, aunque no hubiera dinero de por medio.* Haiga *a saber qué sería del* güero *si yo no lo llevo.*

—Sigue así y a la próxima busco otro taxista —lo amenazo.

—*Psss. Hoy estás de mal humor,* güera.

—Sí. Lo que sea.

Lo tolero solo porque mamá lo conoce de años atrás y no le confiaría un extraño a Marco. Me repito eso cada vez que siento ganas de patear a Gabo.

Vanesa: Señor, Gabo ya va para allá.

Marco: ok

Me dejo caer sobre la cama pensando en si Gloria tendrá razón en que ya se le está pasando la mano con la bebida. Últimamente se siente más tenso.

***

—¿Señor? —Lo saludo manteniendo la puerta entreabierta y él, con un gesto de aprobación, me permite entrar en su despacho—. Le traje pastillas —digo. Él tiene ambas manos sobre la cabeza, sosteniéndola como si temiera que se le rompiera. Me preocupa eso, y que desde su llegada me evita—. ¿Necesita otro café?

No me agrada ser ignorada por él, al menos no más de lo acostumbrado.

—Vanesa, lo lamento —dice, aún sin verme.

¿Por qué, si no es la primera vez que lidio con él estando ebrio? Aunque puede que su incomodidad se deba a que ya van dos veces seguidas.

—Está bien, jefe —respondo, sirviéndole más café.

—No, no está bien. Por Dios, el último mensaje que te envié fue a las dos y cuarto de la madrugada.

Dos horas después de que Gabo lo dejó en su apartamento.

—No estaba dormida... y me pareció divertido comentar *Rápido y furioso* con usted.

—Ya no me contestes —dice, esta vez mirándome—. Te hago esto porque eres la única que me pone atención cuando bebo... Solo... no lo hagas. No me contestes.

No podría hacer eso.

Se ve cansado, más de lo habitual. Pero aún guapo. *Muy* guapo. Pero no lo amo solo por eso. Es todo él. Marco es el jefe. Es un ganador. Lo sé pese a que a mí me ha tocado auxiliarlo cuando se siente débil.

—Me sentí culpable —digo para que no sienta remordimientos—. Asumí que fue a beber porque le aburrió demasiado ir al concierto que le recomendé. El de los *hippies.*

—No —niega, sonriendo. La primera sonrisa del día—. Fue entretenido ver a Stephanie aburrida. Cuando se quejaba el tipo del asiento de al lado la callaba.

Me hubiera gustado ver eso.

Marco se mete en la boca las pastillas y bebe agua. «Ya no bebas tanto licor». Alguien toca la puerta, sin embargo, entra antes de ser autorizado. Cualquiera de nosotros, los empleados normales y terrenales, recibiría una llamada de atención por hacer eso, pero esta vez es...

—Marco, hoy vine temprano —entra, coqueta, Nicole.

—Como debes hacer siempre —gruñe él.

—Por supuesto. —Lame sus labios. ¿Cómo puede tener esa actitud tan temprano?—. Te quería platicar sobre DCB.

—¿Ya los contactaste?

Nicole, a diferencia de mí y la mayoría de aquí, sí viste a la moda. Por eso destaca y eclipsa a cualquiera. Y, claro, me mira sobre el hombro en cada oportunidad que tiene.

—Ya puedes retirarte —rumia con mala cara. Después se vuelve hacia Marco—. Estoy en eso.

—Bien. Comentémoslo entonces.

—Yo me retiro, señor —digo, pidiendo permiso a mi verdadero y único jefe. «Ojalá pudiera golpear a Nicolasa».

—Sí. Sí. Gracias, Vanesa. —responde Marco—. Y toma de la tarjeta el pago por lo del concierto y lo del taxi de anoche.

—Sí, señor.

—¿Tarjeta? —pregunta, curiosa.

«¡No es asunto tuyo!».

—Le di una tarjeta de crédito para que costee algunos de mis gastos personales —explica Marco sin dar mucha importancia.

—¿Le entregaste una tarjeta? —Nicole esboza una mueca ridícula—. ¿Y ya revisaste tus estados de cuenta?

«¡¿Qué?!».

—Nicole... —Marco la mira, molesto.

—Tú no la conoces.

—Es mi asistente.

—Y tiene una tarjeta de crédito tuya.

Esto es demasiado incómodo y molesto para mí, por lo que me apresuro a dejarlos solos. «¡Púdrete, Nicole!».

Mis ojos pican. No sé qué más le dirá, pero no quiero oír. No si él demuestra tener dudas sobre si yo le robaría.

—¿Estás bien? —me pregunta Gloria al verme salir del despacho del jefe. Se ve preocupada. Rayos, ¿qué tan mal me veré?—. ¿Vanesa?

No digo nada y me apresuro a caminar hacia el cuarto de baño. Quiero estar sola. «¿Pensará que soy una ladrona?».

Me encierro en un cubículo y lloro. No solo por lo de la tarjeta. Lloro por todo. ¿Por qué tenía que enamorarme de un hombre como él?

Después miro mi rostro en el tocador y me sincero conmigo misma. No soy poco agraciada, al contrario, he tenido suerte con mi físico. Muchos *inclusive* dicen que soy guapa. Entonces ¿cuál es mi problema con él? ¿Que conoce a mujeres muchísimo más atractivas que yo? Porque yo puedo ser atractiva para el hombre común, pero para él, asumo, soy una cara bonita del montón.

No soy nadie comparada con Nicole. O ese considero yo que es el problema, cuando me he esmerado, y mucho, en agradarle; y, aun así, no consigo más que seguir siendo su asistente. Me limpio una nueva lágrima. ¡Faltaba más! ¡Qué estoy haciendo! Nunca dudé de mis atributos, hasta que conocí a Marco. Antes de él me sentía segura y, desde luego, de ninguna manera había caminado sobre arenas movedizas en el tema «hombres». Jamás había lidiado con algo que doliera tanto.

«Ánimo, Vanesa».

El resto del día me encargo de mis tareas y evito a Gloria. Ahora que leyó mi novela y tiene más claro qué tan intenso es lo que siento por Marco temo que me juzgue con severidad, o, peor, le dé pena ajena.

En Grupo M el ambiente es el de siempre: trabajo acumulado, debates sobre clientes, chismes de pasillo, hablar mal de Nicole y echar a perder algo en el ordenador, pero tarde o temprano Charlie viene a auxiliarnos. Al menos con lo último.

—Tienes que dejar de hablar mal del jefe —le digo en lo que termina de revisar el nuevo aparato averiado—. Ya sabe que lo haces, pero alguien podría decirle también que distribuyes *memes* sobre él.

—¿Cómo?

—Lo que oíste.

—Malditos chismosos —gruñe Charlie.

Tanto el físico como su actitud es similar al de un crío de quince años, con acné y todo, pero es simpático. Es de los pocos en Grupo M con los que me llevo bien, por eso me cuenta chistes.

—Tal vez alguien dijo algo sin querer —justifico. Será mejor que no sepa que la chismosa fui yo.

—No he dicho nada que alguien más no diga —asegura—: Maldonado hijo no da la talla. La empresa iba mejor cuando su padre estaba a cargo.

—Charlie...

—Le quedaron grandes los zapatos.

Al mismo tiempo que dice esto, Marco sale de su despacho para hacer su camino hacia el elevador; no obstante, para llegar allí debe pasar a un costado de donde estamos, pero Charlie está demasiado entretenido revisando el ordenador averiado como para poder notarlo.

Intento callarlo, pero Marco ya me está mirando y temo que lea mis labios.

—Un día meterá la pata, en serio —continúa. Yo intento jalarlo de la camisa como señal de advertencia.

Pero es tarde. Marco está a menos de un metro de distancia de nosotros y Charlie sigue hablando:

—No lo defiendas, Vanesa. Marco Maldonado es un muñequito de pastel, un adorno, no un empresario —concluye, captando finalmente la atención del jefe.

«Mi mamá salvando vacas en medio del apocalipsis».

Más empleados que vieron a Marco escuchar a Charlie huyen por sus vidas. Yo también debería huir, pero tengo claro que, en parte, soy responsable.

—Carlos Muñoz, ¿no? —pregunta, acercándose a mi compañero.

Charlie, que aún está con la nariz metida en su trabajo y absorto de lo que está pasando, da un respingo cuando escucha la voz del jefe y prácticamente se hace pis cuando lo ve.

—Señor... sí... yo —balbucea.

—Usted, ¿qué? —pregunta, amenazante.

—Señor... yo...

Atraigo la mirada de Marco y niego con la cabeza, y de esa forma, en silencio, le vuelvo a suplicar que no lo eche. Eso no le haría ganar el respeto de los demás. Al contrario.

Marco frunce los labios, pero cede. Por fortuna, cede. Me hizo caso.

—Sigue con tu trabajo —se limita a decirle y continúa su camino. Hoy comerá fuera—. Igual, yo cuento mejores chistes. —Le escucho murmurar a lo lejos y sonrío.

Le vemos entrar en el elevador e irse.

—¡Eso estuvo cerca! —chilla Charlie cuando se siente a salvo.

—Ya no hables mal del jefe —insisto.

—¡Bah!

—¡Charlie!

Me evade volviendo a su trabajo.

—Vanesa tiene razón. —Escucho que dice alguien a lo lejos. Uno de tantos empleados

asomando la cabeza para escuchar mejor. Así es Grupo M, nada que pase aquí es secreto.

—Ahora que salve tu culo me debes un favor —le digo a Charlie.

Resopla.

—¿Qué quieres?

—Creo que mi *tablet* tiene algún virus. —Esbozo una mueca de dolor.

—¿Otra vez?

—¡Charlie! —No es como si descargara porno.

—Está bien. Vamos.

Llegamos hasta mi bolso y saco el aparato.

—Revísala, por favor.

—Te aprovechas tanto de mí.

—Acabo de salvar tu feo culo —le recuerdo.

Y todo marcha bien, hasta que Gloria, que cuchicheaba con otra secretaria, corre, emocionada, hacia nosotros.

—¿También le dijiste de tu novela? —chilla, feliz, mirando a Charlie, luego a mí y después a la *tablet.*

«Oh, Dios, ella asumió que...»

—¿Qué novela? —pregunta él.

«¡Oh, mierda!».

Capítulo 6



El recuento de los daños: Por más que me negué a decirle la verdad a Charlie, buscó en mi historial de navegación y vio mi novela. Primero se echó a reír, leyó media hoja y prometió no decir nada a cambio de que lo convirtiera en uno de mis personajes «¡*WTF*!». Ah, y un personaje que tenga una relación romántica conmigo. Charlie quiere ser el cuarto o quinto en discordia entre Carlo y Valentina.

—No sé, podrías describirme como el hermano perdido de Tom Cruise —dice batiendo las pestañas, y sé que va en serio.

No asesiné a Gloria. Todavía no. Pero casi. *Casi.* Ahora solo me resta esperar a que Charlie cumpla su palabra de que no hablará. Por otro lado, más urgente aún, también debo enfrentar las posibles dudas de Marco.

Toco su puerta y, a diferencia de Nicole, entro solo cuando él me autoriza.

—Señor —digo.

—Adelante.

—Le traje el café de la tarde —anuncio llevando una bandeja conmigo.

Hoy, además, me tocó llevar a lavar su coche y recoger su ropa en la tintorería, aunque por lo general mi tarea es ser anfitriona de sus invitados.

Está ocupado revisando unos papeles. Hace menos de media hora tuvo una reunión. Siempre es una detrás de otra.

—Justo lo que necesitaba —dice echándole un vistazo al café.

Se ve menos cansado que hoy por la mañana. Incluso parece de mejor humor.

—¿Le fue bien en la reunión? —me atrevo a preguntar.

—De maravilla. —Me sonríe.

«Segunda sonrisa del día».

Lo felicito y espero. A la vez, le hago notar que necesito decirle algo.

—¿Qué pasa?

Saco una nota de mi bolsillo, la que escribí durante mi hora de la comida, y se la ofrezco.

—Le traje por escrito los pagos que he hecho con la tarjeta.

Primero parece confuso, pero no tarda en comprender a qué viene esto.

—Vanesa, yo no te pedí eso —dice, negándose a aceptarla.

No importa. Trato de poner mi cara más digna.

—Yo no hago mal uso de su tarjeta, señor.

—Vanesa, no tienes que aclararme eso.

—Me alegra que ya tenga con usted sus estados de cuenta.

—No me refiero a eso —niega, ofendido—. Confío en ti.

¿Confía en mí?

—Confío en ti —repite—, como mi padre también lo hacía.

Le sonrío, agradecida. Es bueno saber que el padre de Marco tiene una buena opinión de mí.

—Siéntate —me pide; tomo asiento en una de las sillas que normalmente ocupan los invitados —. El día que asumí la dirección de esta empresa. ¿Lo recuerdas? —pregunta y asiento—. Ese

día mi padre me pidió muchas cosas, entre ellas respetar a su equipo de trabajo. Me habló bien de muchas personas, pero en especial me habló bien de ti y de Gloria —asegura, y eso no me lo esperaba—. ¿Cuánto tiempo llevabas trabajando para él cuando yo vine?

—Un año.

—Bien. ¿Y recuerdas el día que nos presentó?

De nuevo asiento. Ese día el señor Maldonado me llamó a su despacho para conocer a mi nuevo jefe: su hijo, Marco. Ese día nos enamoramos, digo..., me enamoré yo.

—Ese día. —Marco deja escapar una risa—. Ese primer día... te miré con cara de: «la quiero en mi cama». Mi padre se dio cuenta y cuando te giraste para servirme..., creo que era un vaso con agua, él, con discreción, se volvió hacia mí y me dijo: «Ni lo pienses. Es una buena asistente, y si te acuestas con ella perderá su trabajo, porque eres un cretino que no puede mezclar trabajo con relaciones personales... y Grupo M la perderá a ella». Y no lo olvido.

Me quedo de piedra y Marco ahora luce nervioso.

—Yo era un cretino antes de asumir la dirección de Grupo M, Vanesa. Aún lo soy un poco —admite. Yo, por otra parte, me estrujo las manos—. Pero tú fuiste mi primera responsabilidad. Mi padre me encargó no «joderte». Por eso, desde ese primer día me he repetido: «No intentes seducir a Vanesa». Y con el tiempo lo comprendí. Tú... —Se pone de pie y se vuelve hacia la ventana— eres una buena asistente. —Es como si le costara decirlo—. Eres leal, responsable, discreta... educada..., guardas tu distancia. —Me mira otra vez—. Eres *muy* capaz. Y a mí me ha costado mucho trabajo... Es decir, mírate…, eres hermosa. «No intentes seducir a Vanesa». Los primeros días repetí una y otra vez el mismo mantra, y fue difícil, pero con el tiempo comprendí lo importante que eres aquí y lo asumí. Asumí que no eres desechable. ¿Me estoy explicando?

Asiento otra vez, pero solo eso. No puedo pronunciar palabra.

—No es que yo esté dando por hecho que tú me hubieras hecho caso. No debo ser egocéntrico, pero si me hubiera encaprichado contigo —me advierte— no hubiera parado hasta... ya sabes. Incluso consideré la posibilidad de pedirte… —Repara en mis senos— no traer ropa ajustada. Pero de un vistazo nadie se muere, ¿cierto? Aunque esto no es acoso sexual —aclara—. ¿Lo sientes como acoso? —Niego con la cabeza—. Yo... —Hace una mueca de exasperación y después pasa una mano por encima de su cabello. ¿Qué le pasa? ¿A qué viene esto?—. Eres un claro ejemplo de que mi padre tuvo razón. Eres buena en lo que haces y aún estás aquí... Yo también estoy aquí... aunque preguntándome por qué estoy diciendo todo esto. —Ahora se cubre la cara con las manos—. Estoy divagando mucho, ¿no crees?

Me mira como si yo debiera entender qué pasa, pero de nuevo asiento. Es lo único que puedo hacer... además de no poder cerrar la boca por completo.

—Lo que intento decir es que... —continúa, todavía mostrándose incómodo— ahora tengo claro que, de intentar acostarme contigo..., te perdería, y no quiero. ¿Dónde encuentro una mejor asistente? ¿Dónde encuentro…? Y con todo esto quiero decir que no me tienes que aclarar nada respecto a la tarjeta de crédito. Confío en ti, Vanesa —termina y asiento con la cabeza por enésima vez. ¿Todo eso fue para aclarar lo de la tarjeta?

Vuelve a ocupar su lugar y me mira como si esperase a que agregara algo a su confuso soliloquio, pero no puedo. Mis neuronas entraron en estado de hibernación.

—Tenemos una buena relación —continúa, ahora uniendo en pares las yemas de sus dedos—. Laboral, quiero decir... Tú. Yo. Gloria; que últimamente está rara, pero bueno, no importa... Sé que a veces me muestro frío, pero... —Así, se pone de pie otra vez. ¿Qué le pasa?—. Así es mejor. Ya sabes... entretanto quehacer olvidarme de que... —Deja la frase en el aire y coge sus

cosas: saco, teléfono móvil, llaves—. Tengo que irme —dice, todavía nervioso—. Quedé en cenar con papá. —«Oh, no», pienso—. Pero no te preocupes, mamá también estará. Habrá paz.

«Al menos tiene claro que me preocupo».

Y sale con rapidez de su despacho, dejándome allí sola... y confundida. Aunque no importa. Mi sistema necesita tiempo, soy un ordenador reiniciándose.

De todos modos, no han pasado ni diez segundos cuando regresa.

—Vanesa —dice desde la puerta. Lo miro, pero continúo en silencio—, no me hagas caso. Estoy nervioso por la cena con mi padre. —Puedo entrever que dice la verdad porque aún luce inquieto—. Me preguntará cómo va todo y... también suele preguntar por ti. Y quiero pensar que lo hago lo mejor que puedo. Porque te trato bien, ¿cierto?

Con su mirada me ruega una respuesta.

«Aunque a veces me ignoras».

Asiento. A estas alturas, de tanto asentir con la cabeza debo parecer uno de esos perros de juguete que colocan sobre el tablero de un coche.

—Bien —continúa y se gira sobre sus pies para marcharse de nuevo—. Te veo luego.

Y esta vez sí se marcha.

Yo intento ponerme de pie, pero no puedo. Me siento como si estuviera hecha de gelatina.

¿Qué, en el infierno, fue todo eso?

Capítulo 7



Días después...

Me encuentro en una cafetería viendo cómo se derrite una bola de helado en mi copa. Marco siempre me ha confundido. Desde que empecé como su asistente la mayor parte del tiempo me ha ignorado. Y, según él, o eso entendí que dijo, lo hace para no caer en algún tipo de «tentación». De cualquier manera, mis sentimientos están de por medio.

¿Debería alejarme de él?

Me he caracterizado por ser, en apariencia, una mujer impulsiva. Pero, vamos, hasta ahora lo mío con Marco era solo una fantasía. Nunca antes se sintió tan real la posibilidad de no ser del todo invisible para él.

¿Qué hacer? No sé, pero necesito el consejo de alguien sensato. Porque de seguir escuchándome solo a mí terminaré metida en problemas. Y, a fin de cuentas, la persona más sensata que conozco es Carolina.

Busco el móvil en mi bolso y le marco a la señorita *estoy estrenando novio*. Espero que esté lúcida.

—Ey. —La saludo—. ¿Estás ocupada?

—*Todo bien. Dime.*

Tengo luz verde.

—No sé cómo empezar.

—*Vanesa...*

—No me juzgues antes de escucharlo todo, ¿quieres?

—*Ok.*

—El otro día Marco estuvo más raro que de costumbre.

—*¿El otro día? ¿Y no me cuentas hasta hoy?*

—Deja. Que. Termine. Se soltó a decir que desde que me conoció se quiso acostar conmigo.

—*¡¿Cómo?!*

—¡Carolina! —Me volvió a interrumpir.

—*Estoy escuchando.*

Cambio el teléfono de una mano a la otra:

—Pero que no lo ha hecho porque su padre le pidió respetarme y valorar mi trabajo.

—*Ok, vamos despacio.*

—Incluso te lo resumí. Él me dio un discurso confuso.

Escucho a Carolina suspirar. Está sacando conclusiones.

—*Esto es bueno y malo a la vez* —dice. Yo, mientras tanto, jugueteo con mi helado—. *En tu novela dejas claro que mueres por acostarte con él porque: A, está guapísimo...*

—Sí, yo sé, pero, si te das cuenta, Valentina se termina enamorando de Carlo. Involucra sentimientos, ya no solo es sexo.

—*Eso también es cierto porque: B, lo admiras; Valentina admira a Carlo y tú a Marco.*

—Es un buen jefe. A pesar de que los demás no lo vean, se esfuerza por alcanzar las metas que su padre le exige.

Me quedo en silencio con Carolina todavía al otro lado de la línea. Me está resultando difícil admitir que mis sentimientos hacia Marco van más allá de un simple enamoramiento. Me preocupo por él, estoy pendiente de él, quiero que esté bien; influye en mi humor, cambia mi día…

«¿Es amistad?». No. No. No. No quieres que un amigo te bese.

También me reprocho si Marco Maldonado merece lo que siento por él. ¿Qué ha hecho para merecerlo?

Vaya, quién lo diría, después de tanto tiempo hoy estoy siendo sincera conmigo misma.

Ahora sé que es «real».

—*Oye, vi que te están atacando en los comentarios de* Me voy a follar a mi jefe *porque empezaste escribiendo muchas escenas eróticas en cada capítulo y a partir del séptimo o del octavo, no sé bien, te pusiste cursi.*

Esbozo una mueca de fastidio:

—¡Es que Carlo también se enamoró de Valentina! Lo suyo empezó como atracción sexual... pero surgió el amor.

—*De acuerdo. Eso lo entiendo yo, pero no tus lectores.*

Rasco la cabeza, pensando: Si los lectores formaran algún tipo de sindicato nos quemarían en una hoguera a todos los autores.

—Está bien, seguiré incluyendo sexo sucio y desenfrenado.

—*Ahora otra cosa* —continúa Carolina—. *¿Qué es lo que* tú *quieres, Vane? ¿Acostarte con Marco? Porque él ya te insinuó que está dispuesto.*

¿Vamos al grano?

—Pero también dijo que de hacerlo me tendría que ir de Grupo M. Él no puede mezclar relación laboral con sexo.

—*¿Entonces qué quieres?*

Siento dolor en el pecho.

—Yo...

—*Puedes ser honesta conmigo.*

Observo a las demás personas dentro de la cafetería: Hay madres con niños pequeños, parejas, estudiantes, algún que otro hípster solitario...

—Que se enamore de mí —digo—. No sé... Si él quiere empezar con algo solo sexual está bien, pero quisiera... que con el tiempo me ame.

Y ahí lo confesé.

Se siente aún más «real» cuando lo dices. Cuando lo admites.

—*Eso solo sucede en las novelas, Vanesa.*

—Sí.

Aunque su escritor favorito se enamoró de ella.

—*¿Cuántas veces has visto a Marco en una relación formal?*

—Nunca.

—*A todas las desecha. A él también lo desechan.*

—Dice que su prioridad es Grupo M y que no está listo para formalizar, pero es que yo tampoco busco que se case conmigo.

—*Vanesa...*

—Bueno, no inmediatamente.

—*Vane...*

—Yo solo quiero que me ame.

—*¿Pese a que…?*

—Es imposible, lo sé.

De pronto no puedo parar de llorar.

—*No, imposible no. Es difícil. Porque de acostarte con él estarán bien uno o dos días y después le pedirá a su asistente que te aleje.*

—¡Pero yo soy la asistente que le aleja mujeres!

—*Por lo que alejarte a ti resultará más difícil e incómodo. Creo que acaba de mejorar mi opinión de Marco luego de saber que guardó su distancia para no hacerte eso. Es un cretino, pero al menos reconoce que te necesita.*

—Pero como su asistente —me quejo.

—*Sí.*

—¿Por qué eres tan cruel conmigo?

—*No estoy siendo cruel, soy razonable. Admítelo, Vane. Al principio estarías feliz porque Marco te metió en su cama, pero dos segundos después...*

—Son las doce de la noche y el carruaje de Cenicienta se convierte en calabaza.

—*Sí. Perdóname, ¿quieres?*

—No. No. Está bien. —Me limpio los mocos—. Necesitaba que alguien fuera claro conmigo.

—*¿Marco te ha dicho algo más desde aquella tarde?*

—No, ha seguido ignorándome.

—*¿Ves?*

—Ya sé, ya sé.

—*¿Y qué vas a hacer? ¿Renunciar?*

—¡No!

—*¿Entonces?*

Miro mi helado, que termina de derretirse en mi copa.

—Hacer como que Marco nunca me dijo nada. Prefiero ser su asistente de toda la vida que un polvo de un día.

Capítulo 8



Marco

Estoy en el mismo bar de siempre a la misma hora insana de siempre. Prometí no venir otra vez, pero la realidad es que no tengo a donde más ir. Si voy a casa a buscar a mamá ahí estará papá para preguntarme cómo va todo en la empresa y mi respuesta no le gustará. Será hostil hasta conseguir que me enoje y entre los dos haremos llorar a mamá. Por otro lado, si busco a alguno de mis amigos también me preguntarán cómo me va en la empresa y harán bromas sobre si el puesto de presidente me quedó grande. Y serán eso, bromas, y no sé fingir que no; cuando papá me pidió hacerme cargo me sentí feliz de que confiara en mí, pero después me enteré de que fui su segunda opción. Antes le ofreció la presidencia de Grupo M a Salvador, pero este no aceptó. Él es su primogénito (como suele llamarlo a pesar de no ser su hijo), pero yo he estado más pendiente de Grupo M. Eso es obvio para cualquiera, pero papá prefiere a Salvador.

—Tráeme un *whisky*, Efrén. Uno sin hielo —pido al mesero.

Frecuento tanto este lugar que ya conozco al personal por nombre y apellido. Debería comprarlo. Tal vez lo dirija mejor que a Grupo M. Aun cuando las cosas van bien allí. He mantenido a flote la empresa, hemos alcanzado las metas.

«Pero no las has superado, Marco», dice papá. «Haces las cosas bien cuando podrías hacerlas excelentemente bien».

Efrén me trae el primer vaso de la noche.

—Ahorrémonos las molestias —digo—. Tráeme de una vez la botella completa.

—Enseguida, señor. —Asiente y miro con tristeza mi vaso. Hoy, de nuevo, terminaré borracho e invitando a cervezas al taxista que suele enviarme Vanesa.

«Vanesa». Le sonrío a mi móvil. Si no estuviera pendiente de mí hace mucho me hubiera estrellado contra algún muro. Siempre, al día siguiente de escribirle borracho, reviso mensaje por mensaje nuestras pláticas y me río solo. «Vanesa». Es una buena asistente.

«¿Qué estará haciendo en este momento? ¿Qué hace cuando no tiene que soportarme?».

Decido asustarla un poco:

Marco: Ey...

Ella, como siempre, no tarda en responder:

Vanesa: Buenas noches, jefe. ¿Algún problema? c:

Marco: Tiene q haber algún problema para que decida escribirte??

Eso es. Como omití letras asumirá que ya estoy ebrio. Porque normalmente así es, pero hoy me encuentro aburrido.

Vanesa: Eh... sí c:

Vuelvo a reír.

No quiero parecer débil frente a mis amigos y de escribirle a mamá me llamaría de inmediato y se pondría a llorar conmigo. Solo me queda Vanesa.

Vanesa: ¿Llamo a Gabo?

Marco: Todavía no.

Y me veo metido en el lío de no saber qué escribirle ahora. Soy más espontáneo cuando sí estoy ebrio.

Vanesa: ¿Sabe? tengo mejores chistes que el del pollito.

Pero ella hace esto fácil.

Marco: A ver.

Vanesa: Toc toc

Marco: Qn es?

Vanesa: Nadie.

Marco: Nadie qien?

Vanesa: ...

Marco: Eh?

Vanesa: ...

Marco: Ah, ya entendí.

Y también es terrible, Vanesa.

Vanesa: Ouch.

Aun así, de nuevo, sonrío.

Marco: Además, q t hace pensar q quiero leer chistes??

Espero un rato, pero no responde. Me pregunto si dormirá ya. Es lo más probable porque ya son más de las once.

Mi teléfono vuelve a vibrar, avisándome de que acaba de llegar un nuevo mensaje. Lo tomo enseguida, pero me vengo abajo cuando veo que se trata de Stephanie.

Stephanie: Ola, bb.

No, ella no necesita estar ebria para escribir de esa manera.

Stephanie: Es tarde. Sé que ya viste mi mensaje.

Maldita sean los avisos de «visto».

Decido volver a escribir a Vanesa. ¿La despertaré?

Marco: Stephanie me acaba de enviar un mensaje.

Esta vez no tarda en responder:

Vanesa: Dígale que está conduciendo su coche.

Marco: Me preguntará a dónde voy.

Vanesa: Dígale que...

A casa de sus padres, y que tiene poca carga; que apagará el teléfono y por eso ya no responderá.

Marco: Pero mirará a qué hora fue mi última conexión.

Vanesa: ¿Está hablando con alguien más?

«Sí, contigo».

Vanesa: Mmm. Déjeme pensar. Dígale a Stephanie que tiene en la otra línea a su abuela y odia que usted tarde en responder. Que a ella (Stephanie) la llamará más tarde.

Marco: Eso la enojará.

Vanesa: Lo sé.

Marco: Perfecto, Vanesa.

Vanesa: c:

Marco: Una cosa más. ¿Por qué no me respondiste el por qué me enviaste un chiste? Un chiste muy malo, por cierto.

Vanesa: Le diré cuando usted me explique por qué ahora escribe correctamente.

«Mierda».

Marco: ¿Autocorrector?

Vanesa: …

Jefe...

Marco: ¿Sí?

Vanesa: Respóndale a Stephanie.

Marco: ¿Se enojará más si la hago esperar?

Vanesa: Sí.

Marco: Perfecto.

Me sirvo otro trago de *whisky* en lo que espero el siguiente mensaje de Vanesa.

Vanesa: Autocorrector, eh.

Mejor no digo más.

Vanesa: Avíseme si tengo que llamar a Gabo.
¿De acuerdo?

Marco: Ok.

Vanesa: Y trate de no beber tanto. Por favor.

Ese es el último mensaje que leo antes de embriagarme en serio.

Capítulo 9



Nueva entrada en Wattpad:

> Cuando Valentina empezó su relación con Carlo lo suyo era simplemente sexo. Sexo en la sala de estar, en el pasillo, en un edificio abandonado... y cómo olvidar aquella épica vez que lo hicieron en el baño de un McDonald's. Naturalmente, Valentina y Carlo sienten una increíble atracción física el uno por el otro, pero, ¿y el amor?
>
> Carlo le ha expresado a Valentina en una innumerable cantidad de veces que la desea y que no tiene ojos para alguien más que no sea ella. Pero, ¿la ama? Valentina últimamente se lo pregunta a sí misma todo el tiempo, y por esta razón ha decido pedirle tiempo a Carlo. Tiempo para reflexionar.

Luego de publicar el nuevo capítulo de *Me voy a follar a mi jefe* las quejas no se hacen esperar:

«Estás tan cursi últimamente».

«Eso es, Valentina, tú te mereces algo más que solo sexo».

«Oh, por Dios, Carlo va a sufrir demasiado :(Yo lo puedo entretener en lo que Valentina ordena sus sentimientos 7u7».

«Últimamente tardas en actualizar y ahora nos vienes con ESTO».

Cierro la *app* de Wattpad en mi *tablet* y me recuesto sobre la cama. También necesito razonar más. Marco no me ama y nunca me amará, pero no me siento lo suficientemente fuerte como para alejarme de él. ¿Qué hacer?

Mi historia en Wattpad ya tiene setenta mil lecturas. De tener solo cuatro seguidores ahora tengo casi cuatrocientos. No obstante, ya no me importa, al menos no de la misma forma que me importaba hace un mes. Ver a Carolina feliz con Daniel me hace querer más. Deseo que alguien me ame.

***

Es culpa de mamá que la mitad del día tararee canciones de Céline Dion, lo que no ayuda cuando pretendes evitar pensar en el amor.

De camino a Grupo M compro fruta y té. Odio el café, me irrita el estómago. Lo contrario a Marco, que necesita beberlo todo el tiempo. También odio leer en el diario cualquier cosa que no sean noticias sociales o espectáculos. En eso también soy diferente a él.

1. Odio el café.
2. Odio leer sobre finanzas.

¡Bien! Decidí enumerar las razones por las que no debería estar enamorada de Marco. Eso me ayudará a olvidarlo.

3. No tengo un apellido influyente.
4. A mí sí me gusta el arroz.
5. No colecciono cosas raras.

Y sigo enumerando mis razones cuando en la entrada de Grupo M encuentro a quien menos imaginaba volver a ver.

«El horror».

Sin querer tropiezo con él.

—Tengo novia y aún la amo mucho —dice cuando también me ve.

Es Armando Calaschi, el mejor amigo de Daniel. Hago girar los ojos y continuo mi camino, ignorándolo, pero me sigue.

—Oye. —Escucho que me llama, sin embargo, me apresuro a dejarlo atrás—. Vanesa, ¿cierto?

El camino de la entrada de Grupo M al elevador que me llevará a mi piso es sumamente peligroso a esta hora, todos corren para llegar a tiempo a su puesto.

Armando me pisa los talones, pero intento ser rápida. Hasta tengo que empujar a alguna que otra colaboradora. De todos modos, es en vano, Armando me alcanza frente al elevador. «Malditos tacones altos que no me ayudan a caminar más rápido».

—Hola —me saluda, esta vez más cordial.

—Hola —respondo, haciendo a un lado mi cabello.

Armando Calaschi es un abogado elegante: traje completo, camisa blanca y corbata. También trae un maletín costoso y un iPhone. Me estresa verlo.

—¿Puedo saber qué hice para merecer esto? —pregunta señalando una distancia imaginaria entre nosotros.

Frunzo los labios antes de decir algo.

—Saludarme descortés.

—¿Qué?

—Y es la segunda vez. —Hago memoria.

La primera fue en la presentación del nuevo libro de Daniel.

Suelta una risa sarcástica.

—¿Tengo que recordarte en qué situación nos conocimos?

Ahí lo enfrento. Rápido, me vuelvo hacia él.

—De hecho...

—Me lanzaste un teléfono móvil a la cara —protesta.

—Intentaba proteger a mi amiga —le recuerdo en voz baja porque tampoco pretendo que las personas a nuestro alrededor me miren raro—. Creí que eras cómplice de un criminal.

—Daniel es buena persona.

—Entonces no lo sabía. ¿Y qué haces aquí de todas formas?

—Vine a ver a Marco —responde con tono de hombre de negocios.

—¿Para qué?

Sé que no debería preguntar eso, pero me salió espontáneo.

—Eso es personal.

Merecida respuesta a mi inapropiada curiosidad.

Lo que sé de Armando es que es un abogado respetado y amigo de Daniel Saviñon. Pero eso es todo. No viene a mi mente ninguna razón por la que quiera platicar con Marco.

—¿Tienes cita? —le pregunto a la vez que entramos al elevador—. No recuerdo haberte visto en la agenda de Gloria.

—No, no tengo cita.

—Entonces Marco no te atenderá. —Sonrío, altiva—. Él es preciso con su agenda.

—Me atenderá —responde, también sonriendo. Lo noto demasiado seguro—. Y no solo eso.

—Me mira—. Me atenderá antes de tomar su café matutino.

Me río.

—*Okay*.

No quiero pensar que vestir elegante le hace creer que Marco lo considerará, porque será una lástima tener que echarlo.

Nah. La verdad es que no. Será divertido.

Al salir del elevador no reparo en nadie. Como es costumbre, soy la primera en llegar. Siempre ha sido así desde que trabajo aquí.

—Espera aquí —le pido ya en el vestíbulo de nuestro piso.

—Preferiría esperar a Marco en su despacho —responde, serio.

—De ninguna manera.

—Vanesa... —Me mira como si me quisiera ayudar.

—Quédate, *aquí* —ordeno.

—De acuerdo —acepta sentándose en un sofá de la recepción.

Yo continúo mi camino.

Debo desplazarme entre una veintena de cubículos para poder llegar al despacho de Marco. Ahí empiezo mi rutina de todos los días: acomodo los papeles importantes a un lado, vacío el recipiente de la basura, busco la sección de Economía en el periódico que dejó aquí el conserje...

—Qué servicial. —Escucho que me elogia una voz.

Vuelvo la mirada hacia la puerta principal para ver quién es.

Armando.

—Te pedí que esperaras fuera —digo, molesta.

—Es aburrido.

Intento cerrar la puerta en su cara, pero lo evita sin mayor problema. Es más alto y fuerte que yo. Entra con tranquilidad en el despacho de Marco.

—¡Fuera!

—Cálmate.

—¡No, no puedes estar aquí sin autorización!

—Tranquila.

Nos meterá en problemas a los dos.

—Solo si te vas. —Le señalo la puerta.

Me mira como si estuviera gastándole una broma.

—¿Sabes? Daniel me había dicho que eres divertida.

—¡Fuera! —repito.

—Cuánto escándalo —gruñe otra voz.

Marco.

Entra en su despacho después de nosotros. Me pongo nerviosa. ¿Qué pensará de mí al ver que permití la intrusión de un extraño? Por el momento está entretenido mirando su móvil. No parece enfadado.

—Señor Maldonado —lo saluda Armando, sentándose en una silla situada frente al escritorio de Marco. Y lo hace antes de que este le autorice hacerlo.

—¿Señor Maldonado? —ríe mi jefe—. ¿A qué viene eso? —Mira con humor a Armando.

—Tu asistente me regañó por saltarme el protocolo.

Marco resta importancia a la situación.

—Está bien, Vanesa. Lo conozco.

Ahora Armando me regala una sonrisa de «te lo dije».

Si pudiera le sacaría el dedo medio.

—Caballeros —saluda otra voz.

Miro sobre mi hombro para ver quién es. Daniel. Frunzo el ceño, molesta. Otro que viene sin cita previa. Hoy tenemos una invasión.

—¿Yo qué hice? —Él me saluda con un beso en la mejilla pese a mi gesto de molestia.

—Le quitaste a Carolina —dice Armando.

Daniel me dirige una mirada de cachorro pidiendo comida. De esas que le funcionan con Carolina.

—Tú no hiciste nada hoy. Fue Armando —reprocho.

—Sé que puede ser un tonto, pero... —intenta disculparlo Daniel.

—Oh, muchas gracias —protesta Armando.

Marco me pide preparar su despacho como lugar de reunión. Parece feliz de recibirlos. Esos dos, y es algo inusual para mí, parecen merecer su simpatía.

—No pensé que dijeran en serio lo de venir aquí —dice a ambos y los saluda con un apretón de manos—. Me lo tomé a broma. Lo hubiera agendado.

—Intento retomar mi rutina de trabajo —interviene Daniel—. Aparta al menos una hora. Tenemos una lista de pendientes.

Marco accede.

—Vanesa, dile a Gloria que atrase dos horas mi agenda —me pide, mejorando la oferta. Lo que es sorpresivo porque no suele retrasar nada.

Hago lo que me pide y, más tarde, en lo que sirvo bebidas, le envío un mensaje a Carolina.

Vanesa: Tengo en Grupo M a tu peor es nada.

Carolina: Que no le digas así :(

Vanesa: Oye, sí parece ser muy amigo de Marco. ¿Segura que no le dirá nada sobre mi novela?

Carolina: No. Y a lo mejor te echa una mano.

Vanesa: Yo no voy a pedírselo.

Carolina: No es necesario.

Menos de un minuto después, el móvil de Daniel suena notificando un mensaje. Él sonríe al responderlo.

«¿Será qué...?».

Mis dudas se aclaran cuando estoy por retirarme y el tema de conversación de los tres cambia a «Vanesa Salcedo».

—Bastante profesional tu asistente —le dice Daniel a Marco.

Marco, al igual que yo, parece sorprendido de que la atención se dirija a mí.

—Sí. Sí lo es —responde, haciendo salir flores de mi pecho.

—Escuché que estudió Administración de empresas —agrega Daniel.

«Esto es obra de Carolina Navarro», advierto.

—¿En serio? —Marco me mira extrañado—. No sabía eso.

No. Él no sabe mucho sobre mí.

—También escribe, ¿no? —dice Armando.

De pronto el tiempo se congela y vuelvo a escuchar la misma pregunta en cámara lenta: «También escribe, ¿no?». A la vez, frases de *Me voy a follar a mi jefe*, del tipo: *Mi jefe me*

acarició tan magistralmente que la imagen de Jesús, que nos estaba mirando, lloró; vienen a mi mente. «¡Mierda!». No obstante, me apresuro a reaccionar y le dirijo una mirada de desesperación a Daniel. Él sabe sobre la historia que escribo en Wattpad. ¿Le diría a Armando? Él, con disimulo, niega con la cabeza.

—¿Escribe? —pregunta Marco, mirándome, y luego a Armando.

—Sí, eso me platicó Carolina. Aunque no me dijo qué. —Armando se dirige a mí—. No sé si artículos, opiniones, novelas...

—Nada de novelas —me apresuro a decir.

Mi jefe la tiene tan grande que deberían demandarlo por sobrecarga de equipaje; recuerdo y trago saliva.

Daniel bebe la mitad de su vaso de agua, arrepintiéndose, creo, de haber tocado el tema.

—Entonces... ¿qué escribes? —me pregunta Marco, genuinamente interesado.

¿Tenía que elegir este momento para interesarse en lo que hago?

—Bueno, eh...

«Piensa, Vanesa. Piensa».

—¿No eran novelas? Eso le entendí yo a Carolina —continua Armando.

—No, eh, yo... —«¿Ahora qué diablos digo?»—. Bueno...

Mis piernas tiemblan. El gesto que Marco me dirige es de desconcierto. Daniel se aclara la garganta para insinuarme que debo decir algo. Decir algo *pronto*.

—Cuentos para niños —suelto por fin, limpiando en mi falda el sudor de mis manos—. Escribo... cuentos para niños.

Daniel intenta disimular una risa.

—¿Cuentos para niños? —Sonríe Marco y mira a Daniel—. Tú tienes sobrinas. Deberías leérselos.

—Lo hago todo el tiempo —dice Daniel—. A ellas... les gusta mucho lo que escribe Vanesa.

En serio, de medir la polla de mi jefe utilizaría como referencia mi antebrazo; sigo recordando y empiezo a sudar frío.

Marco se acomoda de mejor manera en su asiento.

—Menciona alguno de tus cuentos —me pide.

«Mierda. Mierda. Mierda».

—Yo, eh...

Daniel rasca su cabeza, incómodo. Seguro que más tarde ambos le reclamaremos a Carolina por meternos en este lío.

—Bueno, está este de...

—*Un osito saltarín* —termina Daniel por mí.

Esbozo una mueca.

—Sí, ese... Ese es mi favorito —le secundo, intentando ocultar mi nerviosismo.

—¿Así se llama? ¿*Un osito saltarín*? —pregunta Marco.

«¡Vamos, piensa!».

—Eh, no... se llama —sigo balbuceando— *El osito que saltó sobre un arcoíris* —decido, por fin—. Eso es. *El osito que saltó sobre un arcoíris.*

Daniel casi se atraganta al intentar contener de nuevo la risa. Yo tampoco concibo de dónde carajos me salió eso.

—*El osito que saltó sobre un arcoíris* —repite Marco—. Interesante. Prometo buscarlo.

—Bendito seas, Google —dice Armando, sacando del bolsillo su iPhone.

Si googlea «Vanesa Salcedo» le aparecerá un enlace a *Me voy a follar a mi jefe*. «Mierda. Mierda. Mierda».

Corro a quitarle el teléfono.

—Soy autora autopublicada —intervengo cambiando el peso de mi cuerpo de un lado al otro —. Yo misma distribuyo mi historia.

—Deberías ayudarla, Daniel —pide Marco a su amigo.

Mientras, Armando me mira desconcertado. «¿Por qué me quitaste mi teléfono?». Se lo devuelvo.

—Prometo hacerlo —le contesta Daniel a Marco.

No puedo evitar que mis labios tiren hacia los lados con una sonrisa. Marco pidiendo a alguien que me ayude. Ahora solo tengo que pensar de dónde carajos voy a sacar una historia sobre un oso que salta.

***

Estoy fotocopiando unas hojas que le corresponden a Nicolasa cuando Daniel y Armando salen del despacho de Marco.

Daniel, caballeroso como es, se acerca a despedirse, sin embargo, es interrumpido por las hormonas de Nicolasa.

—Hola —lo saluda, coqueta.

«¡Ah, no, aléjate del novio de mi amiga!». Por fortuna, Daniel se porta amable, pero distante. Perfecto. Eso evitará quejas.

—¿Te avisó Carolina de la cena en casa de mis padres? —me pregunta.

Asiento.

—Ahí estaré.

—Bien. Tal vez esa noche puedas narrarnos la historia del osito.

Le saco la lengua.

—No olvides que tú me ayudarás a publicarla.

De esa manera la sonrisa se va de su cara.

Después de ser ignorada por Daniel, Nicole no intenta coquetearle a Armando. Una lástima, porque sería divertido verlo rodeado por el cuello de la jirafa.

—Hasta luego, Vanesa —dice con una sonrisita audaz.

«¿Qué rayos?».

—Hasta luego —me despido, dispuesta a darle de inmediato la espalda. Sin embargo, contrario a lo planeado, antes de que intente algo, Armando me muestra la pantalla de su iPhone:

—Cuando me lo quitaste ya lo había buscado en Google.

Y ahí está, es mi perfil en Wattpad. Veo pasar mi vida delante de mí.

Armando me guiña un ojo.

—Prometo darte votos —se despide.

«¡Jesucristo crucificado!».

Capítulo 10



—¡Oh, mierda! —Cierro con fuerza la puerta del cuarto de baño—. ¿Ahora qué voy a hacer?

Enseguida me siento en el piso de cara al váter. ¿Es buena hora para empezar a rezar otra vez?

«Querido Dios, sé que en la mayoría de mis oraciones me quejo por no ser una de esas mujeres que comen y comen y no engordan...».

Me detengo. Soy terrible con esto. Mejor debería buscar la asesoría de una sacerdote o un chamán. «O debería eliminar mi cuenta de Wattpad».

¡Pero no quiero!

Escondo la cara entre mis manos. Tengo claro que no soy William Shakespeare escribiendo, pero me hace feliz. ¡Y cada vez tengo más lectores! No voy a tirar todo por la borda cuando por fin me dan bola.

Desesperada, saco de mi escote el móvil y envío un mensaje a Carolina.

Vanesa: El número de teléfono de Armando. Ahora.

Carolina: ¿Te gustó? :)

Vanesa: Pero para ponerle la polla de sombrero.

Carolina: ¿QUÉ PASÓ?

Vanesa: No quiero hablar de eso ahora QUIERO SU NÚMERO. YA.

Carolina: Me estás asustando, Vanesa. ¿QUÉ PASÓ?

Vanesa: Después.

Carolina: ¡VANESA!

Vanesa: Sabe lo de mi novela.

Carolina: ¿La porno novela?

Vanesa: Novela ERÓTICAAAAAAAAAA. Y sí. Él sabe, Caro :(

Carolina: Vanesa...

Vanesa: :(

Carolina: ¡VANESA!

Vanesa: ¡Ves! ¡Por eso no quería decirte! ¡Después regáñame! Ahora dame su número de teléfono :(

Carolina: ¿Qué harás?

Vanesa: ¿Rogarle? No sé. Ya veremos.

Carolina: Puedo hablar con Daniel.

Vanesa: NO. Ya nos ayudaste SUFICIENTE hoy.

Carolina: ¿Eh?

Vanesa: EL NÚMERO.

Carolina: De acuerdo.

Me doy de golpes en la frente con la mano.

Carolina: Al menos toma medidas.

Se refiere a que elimine la novela, pero no. Lo único que haré en cuanto hable con Armando es quitar el nombre «Vanesa Salcedo» de mi cuenta.

—Te odio. Te odio. Te odio —repito en lo que le envío un mensaje a Armando.

Vanesa: Ey. Soy Vanesa.

Y no contesta.

Y no contesta.

Y no contesta.

«¡Ni siquiera me deja en visto, carajo!».

Siento la necesidad de matarlo.

Molesta, me incorporo y pateo el váter.

—Mierda. Mierda. Mierda —lloriqueo frotando, dolorida, mi zapato. Subestimé mi fuerza. «No solo tengo ya un par de callos».

—¿Vanesa? —Escucho que me llaman.

Cuando salgo del baño, Gloria me espera frente a la puerta. Luce angustiada.

—¿Qué pasó? Te vi correr hacia acá.

Gloria, mi segunda mamá.

No quiero hablar. Acomodo de mejor manera mi falda y después, con ella siguiéndome, entro de vuelta al baño y me recargo sobre el lavamanos. «Estás muerta, Vanesa». Abro la llave para dejar caer agua y humedezco mi cara. «Tal vez debería decirle a Carolina que sí prefiero que Daniel hable con Armando».

—¿Vanesa? —insiste.

No, debo resolver mis propios problemas. Yo acepté las consecuencias de publicar esa novela y debo empezar este camino aparentando que no estoy preocupada. Como ya mencioné, en Grupo M no hay secretos, las paredes incluso oyen cuando las hormigas hablan.

—Luego te cuento —le digo, buscando con qué secarme. Cojo un pedazo de papel.

Gloria es buena persona. Es la única aquí que me pone atención, pero antes de hablar necesito pensar.

—¿Es sobre la porno novela?

«¡Oh, mierda!».

Salto, doy media vuelta y la miro a los ojos.

—Primero, no es «porno novela» —digo, corrigiendo con paciencia—. ¡Yo no escribo porno, escribo literatura erótica!

Luce apenada.

—*Okay*.

—Es «novela erótica», Gloria —enfatizo—. *Novela erótica.* Segundo...

—Porque el capítulo de ayer estuvo emotivo —dice, interrumpiéndome. Puedo ver que le gusta el tema y eso me hace feliz, aunque al mismo tiempo me abruma tener cerca a una lectora —. Se lo leí a mi mamá y...

—Qué hiciste, *¿qué*?

«La mataré. La mataré...».

—Pero no te preocupes por ella —intenta calmarme—. No sabe nada de internet. Apenas escucha.

—¡Pero tiene amigas!

Empiezo a caminar de un lado a otro. Tampoco quiero que esto se me salga de las manos. Aun así, ¿qué hacer? Porque tampoco quiero renunciar a lo que tanto trabajo me ha costado.

—Ellas también son ancianas. No te preocupes por ninguna, Vanesa. Son abuelas que no tienen idea de qué es Wattpad —afirma, relajada.

Jodidamente relajada mientras yo quiero estrellar mi cara contra la pared.

Alguien toca la puerta y enseguida la abre de golpe, como si pretendiera atraparnos *in fraganti*. Es Nicole.

—¿Qué? —pregunto, molesta, sin embargo, a tiempo me doy cuenta de que se me pasó la mano. No debo ser altanera con ella.

Nicole arquea una ceja.

—Primero, no le hables de *ese* modo a un superior —responde con delirios de grandeza—, o le pasaré la queja a Marco.

Y la mierda sigue cayendo del cielo.

—Segundo. —Nos mira de pies a cabeza—, ¿no creen que ya tardaron demasiado tiempo en el servicio sanitario? *Esto* no es una sala de reuniones.

«¡Odio tu maldito olor a perfume Valentino!».

Luego abre por completo la puerta insinuando que salgamos, y que lo hagamos *ya*. Me siento como una niña regañada por la prefecta de la escuela. No obstante, para no tener problemas con Marco, hago lo que pide.

Aun así, mi paciencia pende de un hilo.

—No solo no haces demasiado aquí, Vanesa, sino que también te das el lujo de perder el tiempo, como si tuvieras derecho a un receso —continúa, *indignada*.

Levanta la voz a propósito para que todos la escuchen regañarme.

—Señorita… —intenta defenderme mi amiga, dirigiéndose a ella.

—Le estoy hablando a Vanesa, Gloria —dice la jirafa de manera diplomática.

La mujer me saca algunos centímetros de altura y su cuerpo es una aguja mientras el mío es una pera. Parece un demon... digo, un ángel de Victoria’s Secret mientras yo, quizá, podría desfilar sobre una pasarela vistiendo de unicornio. Mi maquillaje, comparado al de ella, es sutil al destacar sus voluptuosos labios. Finalmente, visto una blusa y una falda a juego que compré en una tienda de segunda mano, no Dolce & Gabbana. Pero tengo mi dignidad. Mi maldita dignidad.

—Necesitaba utilizar el baño, Nicole —respondo, conteniéndome. Porque si por mi fuera...

A tiempo, mi móvil anuncia una nueva notificación. Lo cojo de inmediato:

Armando: No interrumpas mi lectura ;P

Vanesa: JÓDETEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE

—Soy tu superior. —Escucho piar a Nicole, pero estoy atenta al teléfono—. La próxima vez avísame si piensas tardar una eternidad en el váter.

Armando: Qué carácter. Tranquila, ni siquiera he leído nada. Apenas volví a mi oficina.

Vanesa: No leas NADA.

Armando: Imposible. Ya leí el título y ahora muero de la curiosidad.

—Vanesa, ¿me estás oyendo? —sigue la jirafa.

Vanesa: ¡Ni siquiera sabes usar Wattpad!

Armando: Sí que lo sé. Mi hermano me obligó a abrir una cuenta para darle votos.

Eso es tan yo.

—Vanesa, ¡te estoy hablando!

La jirafa acaba de levantar su tono de voz.

Vanesa: Já. ¿Y qué escribe? ¿Fanfics de Justin Bieber?

Armando: Sí :)

«Oh, mierda».

Miro a Nicole.

—Estoy atendiendo una solicitud del jefe, si no te importa —digo, segura; aunque de preguntarle a Marco si esto es cierto... estoy frita.

De ese modo, la jirafa da media vuelta y se marcha con el orgullo herido.

Otra vez vuelvo mi atención al móvil:

Vanesa: Oye, no es burla. Perdón. Seguro que tiene más votos que yo.

Armando: Ya quisiera. Solo tiene míos y de mi abuela.

Vanesa: Oh.

Ignorando lo molesta que seguramente se pondrá mi «superior» al ver que no estoy «haciendo algo» otra vez, me quedo de pie en una esquina con el teléfono en mano.

Armando: Era broma lo de Bieber. Él escribe poesía, Vanesa.

Vanesa: Ah, bueno. No importa.

Armando: Al menos ya estás más tranquila.

¡Y una mierda!

Le dejo en visto ese último mensaje y regreso al escritorio que comparto con Gloria.

—¿Cómo te la quitaste de encima? —me pregunta mirando de reojo a la jirafa.

—Me excusé en Marco.

Y aquí viene el regaño, porque no es la primera vez que lo hago...

—No juegues con fuego, Vanesa.

Pero es que también me encuentro molesta por lo que dijo Nicole. Es cierto que mi trabajo en Grupo M no es administrativo, pero sí que me canso de andar de arriba para abajo. Soy mil oficios: la mensajera, la mesera, la anfitriona, la...

—No olvides que el jefe tendrá una reunión importante en... —Gloria mira su reloj— una hora, y te pidió tener lista la sala de reuniones.

Y ahí voy de nuevo. A este paso nunca pondré hablar con Armando.

—¿Solo café o también debo pedir comida? —Suspiro.

—Comida para todos. Ve primero a la cafetería y después con el conserje para que te ayude a colocar los manteles, la vajilla...

Tomo nota de todo mentalmente.

Todo eso me ocupará al menos dos horas. Por eso termino con callos en los pies y en las manos.

Armando: Porque sí estás más tranquila. ¿Cierto?

De nuevo, Armando.

Vanesa: .I.

Armando: Mira, reunámonos hoy después del trabajo y platicamos.

Vanesa: ¿Para?

Armando: Para llegar a un acuerdo.

Ah, me quiere chantajear.

Igual no me puedo negar. Cualquier movimiento en falso y mi cabeza terminará en los pies de Marco.

Vanesa: Dime dónde y a qué hora. Llegaré puntual.

Armando: Suena a amenaza.

Vanesa: HORA Y LUGAR.

Armando: Ok. A las seis en Starbucks.

Rayos. Y ahora pasaré el resto de la tarde preguntándome qué querrá Armando de mí.

Capítulo 11



Marco ha tenido dos reuniones importantes hoy y falta una tercera. He tenido que montar y desmontar todo en la sala de reuniones dos veces... y lo que falta.

Me siento cansada. Aun así, no es por halagarme, pero me he caracterizado por ser responsable.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta Gloria al escucharme no querer tomar mi descanso de la comida.

—Estoy bien —respondo y me apresuro a bajar y subir de la cafetería a la sala de reuniones. Debo tener listo el café, las bebidas y los aperitivos para recibir como se debe a los clientes potenciales que visitarán a Marco.

Debo ir un paso adelante siempre.

Pienso en eso mientras me abro paso entre los cubículos y demás personas que salen a comer cuando, de pronto, Nicole se interpone en mi camino. «Señal de alto: Jirafa obstruyendo el paso». Con disimulo, la observo de pies a cabeza. Lo que es mala idea, porque medirme con ella daña mi autoestima. No soy competencia.

—¿Ya tienes montado todo para la siguiente reunión de Marco? —me pregunta cruzada de brazos.

¿Quién le dijo a esta tipa que es mi nueva supervisora?

—Estoy en ello —contesto mirando hacia un lado.

No quiero mirarla a los ojos. Podría percibir mi odio.

Parece indignada.

—Nos estás retrasando a todos —ladra y camina hacia el despacho de Marco dando largas zancadas, a pasarle la queja.

—Nos estás retrasando a todos —repito a modo de burla.

¡Quiero patear algo! Pero me contengo y continúo mi camino. Si Marco le quiere creer a ella, genial... ¡Genial! Quizá hasta sería capaz de echarme con tal de tenerla contenta.

«No, él no sería capaz». O al menos eso quiero pensar.

Mi trabajo no es tan sencillo como parece, como la jirafa cree; hay normas de etiqueta que no debo de pasar por alto a la hora de montar todo. ¿Sabe eso Nicolasa? ¡No soy una simple asistente!

De nuevo en la sala, termino de instalar la cafetera mientras muevo de un lado al otro mi cuello. Me siento tensa. Entre Armando y el trabajo me están agotando y tan solo es mediodía. Veamos:

1. Debo escribir la historia de un osito.
2. Novela polémica cada vez en más bocas.
3. Jirafa supervisora.

«Todo se te sale de control, Vanesa».

¿Cuál será el final de mi historia? No quiero saberlo. Tal vez termine en algún tipo de reunión de «Adictas a fantasear con literatura erótica». ¿Soy adicta? No. Mi problema es no afrontar con

seriedad la realidad. Por lo mismo escribo novelas sobre lo que deseo. Eso es. ¡Ja! Ni Freud me hubiera analizado mejor.

Ahora debo concentrarme en cambiar. ¡Pero no quiero! Me gusta fantasear.

Cansada, saco el móvil de mi bolsillo y me coloco los auriculares. Escuchar música me desestresa. Busco. Busco. Veamos...

—Pongamos algo de Ed Sheeran —digo para mí—, y con el modo de repetir la misma canción *muchas* veces.

Eso es. Sheeran para combatir el estrés y para contribuir a las fantasías.

Debo limpiar una por una las tazas para el café porque, como experiencia, cuando recién llegué a Grupo M uno de mis primeros errores fue atenerme al cuidado que *supuestamente* da a todo la gente de cafetería; pero un cliente del señor Maldonado encontró mugre en su taza y..., por fortuna, fue un jefe comprensivo.

We keep this love in a photograph
We made these memories for ourselves...

Es más entretenido hacer algo con *soundtrack* de fondo. Hacer el amor, por ejemplo. «Aunque nunca he hecho el amor con música de fondo». Ahora que lo pienso, hace mucho tiempo que no tengo sexo. «Es tu culpa, Marco Maldonado», suspiro. Te quiero a ti y solo a ti.

De cara al lavaplatos, reviso con cuidado cada taza mientras canto y sacudo mis caderas. Debo aprovechar que no estoy en casa para escuchar algo que no sea Céline Dion.

Ed Sheeran partiendo mi corazón desde tiempos memorables... Esta es mi parte favorita:

So you can keep me inside the pocket
Of your ripped jeans
Holding me closer till our eyes meet
You won't ever be alone
Wait for me to come home...

Haciendo notar con mi cuerpo cuán alto llevo la música por dentro, doy media vuelta para coger más tazas cuando… «Mierda. Marco». Doy un respingo y dejo caer la taza que tengo en las manos.

«¡Rayos!».

Genial, mi jefe acaba de verme bailar como si estuviera haciendo una audición. ¿Cuán humillante puede ser eso?

Está de pie frente a mí luciendo tan reservado como siempre, aunque esta vez parezco entretenerle.

Me apresuro a sacarme los auriculares.

—Señor —digo, apenada. Además de que tiré la taza me doy cuenta de que ahora tengo mi ropa mojada.

«¡Cuádruple mierda!». No puedo ser cuidadosa ni siquiera con las tazas. Lo que me recuerda: «¡La taza!». Me arrodillo para recoger lo poco que queda de ella.

«Eres tonta, Vanesa. Tonta. Tonta. Tonta».

—Lo lamento tanto —continúo.

Marco se coloca en cuclillas para ayudarme.

—Es solo una taza, Vanesa. —Lo miro de reojo para advertir qué tan molesto está, pero... sonríe. ¿En serio me sonríe? El mundo, *mi mundo*, se detiene unos segundos—. Nicole se fue a quejar de ti a mi despacho.

Me desinflo.

No es como si no me lo esperara. Suspiro y los dos nos ponemos de pie otra vez. «Maldita jirafa».

—Señor, yo... —intento explicarme.

—Está bien. Sé qué tipo de colaboradora eres.

Y ahí me sorprende otra vez. Pensé que le daría la razón a Nicole, pero no. Aquí hay gato encerrado.

Me muestro prudente. Lo contrario a mí en este momento, él viste impecable: traje completo y zapatos lustrados. También huele a limpio y su cabello está bien acomodado. Él es *perfecto*. Es todo lo que quiero.

«Oh, Dios. Mejor miro hacia otro lado o notará que no me es nada indiferente».

—Hago lo mejor que puedo —digo, considerando mentalmente si lo mejor sería guardar silencio.

Me regala otra sonrisa honesta y, lentamente, acerca su mano a mi pecho. Mi corazón se acelera y mi cuerpo se tensa. No entiendo el porqué de ese movimiento hasta que lo veo acomodar mis auriculares.

—Se van a caer.

Aún contengo la respiración.

—Sí, eso creo.

«¡Qué importa, estabas a punto de tocarme!».

—¿Qué escuchabas?

Bajo la vista al piso. Me siento incapaz de mirarlo a los ojos. No después de que me viera bailando. Qué vergüenza.

—Ed Sheeran —respondo, sintiéndome tímida. Recordemos que él y yo no pasamos de un mísero «buenos días».

—¿Y ese... —Intenta imitar mis movimientos. «¡Muero!»— baile que hacías?

Cierro los ojos. «¡Sáquenme de este mundo, por favor!». De momento mis piernas están hechas espaguetis.

—Creo que iré al baño a suicidarme —digo e intento huir, pero me bloquea el paso.

—Anda, mírame —pide y niego con la cabeza—. Vanesa...

—¿Es una orden? —pregunto con una mueca.

—Tómalo como quieras.

No suena a amenaza, pero me siento cobarde, ¡e idiota! No obstante, me armo de valor y, una vez más, lo miro. Hay un brillo especial en sus ojos. Le divertirá verme bailar, supongo.

—Perdón —mascullo.

No es que considere que me echará por bailar tontamente, pero, vamos, hacer eso *aquí* no es profesional de mi parte.

—Lo haces bien.

—¿Mi trabajo? —pregunto, mordisqueando la uña de mi dedo meñique. Esto es incómodo.

Él ríe.

—Muchas cosas, Vanesa. Haces bien muchas cosas.

«Pero si apenas lo notas».

Mis hombros se relajan.

—Gracias, jefe.

«Jefe». Porque no debo olvidar que es eso.

Silencio incómodo. Nos miramos un par de segundos, hasta que recuerdo que todavía tengo mucho por hacer y me vuelvo hacia el lavaplatos... con él mirándome.

Luego de unos minutos no sé si Marco continúa detrás de mí, pero *me niego* a averiguarlo. Se vería raro. No obstante, cuando termino de acomodar todo y me giro de nuevo puedo confirmar que ya no está.

Ya no está.

Perfecto. Me siento más segura con él lejos.

—Tonta, Vanesa —me regaño.

«Haces bien muchas cosas», dijo, pero no sabe que hago mal la más importante: No verlo solo como un jefe.

***

Armando: Llegué primero. ¿Te pido un café?

Vanesa: Chocolate.

Llego puntual a la reunión con Armando, aunque él llegó antes. ¿Punto en mi contra? Tal vez.

Me espera en una mesa.

—Aquí está el chocolate —dice, mostrándome el vaso.

Gracias a las obsesiones naturistas de mamá, detesto el café, pero amo el chocolate. Puedo tragarme una caja completa si me lo propongo.

Creo que Armando esperaba a que me acercara a saludarlo, pero tomo asiento con rapidez. Estoy molesta y quiero demostrárselo.

—¿Qué tal tu día? —me pregunta.

—Bien hasta que vi.

Sonríe. Por lo visto jugará el papel del «amigo».

Quiero saber qué quiere de mí. Qué hará con la información que obtuvo.

Por lo demás, Armando no está mal físicamente. Es tan alto como mi tormento eterno, pero no es rubio; su piel es olivácea, tiene ascendencia italiana, que se apellide «Calaschi» lo confirma. Parece un integrante de Il Divo. Me río por dentro al imaginarlo cantando. El punto es que… es guapo, pero no es Marco.

Me mira atento.

—Eres menos serio de lo que pareces —digo tomando mi vaso para sorber chocolate.

«¡Mierda, está caliente!». Me lagrimea un ojo y me apresuro a remojar una servilleta en el vaso de Armando para después mojar mi lengua con esta. Y, de esa manera, hago el ridículo por milésima vez este día.

—Claro que puedes servirte de mi vaso —dice, burlón.

Siento teñir mis mejillas de rojo.

—Trae acá. —Se lo arrebato—. Te pediré uno nuevo.

Me lo impide.

—Está bien. Era solo una servilleta.

De acuerdo, no insisto. Y para tener algo con lo que entretenerme en lo que explica qué quiere de mí, soplo mi chocolate.

Armando, por otra parte, pidió un café americano acompañado de un vaso con agua. Otro hábito que me recuerda a Marco.

«¡Deja de compararlo con él!», me regaño.

—Dinero no tengo —digo, ya que está callado.

—No te lo estoy pidiendo —responde mirando mi vaso.

«Piensa que hablo del chocolate». No, si tampoco iba a pagárselo.

—Me refiero a... —Tengo que encontrar un modo de que las palabras salgan— mi novela en Wattpad. Si quieres que pague por tu silencio...

—Me ofendes, Vanesa —responde sin perder el humor en su tono de voz.

Ja.

—Tampoco... ya sabes. —Nos señalo—. No voy a...

Espero que entienda la insinuación de «no voy a acostarme contigo».

—Vanesa, no te estoy chantajeando —dice categóricamente. Esta vez serio—. Te pedí reunirnos porque quise... —Relaja sus hombros— ya sabes, tranquilizarte. Hacerte ver que tu secreto está a salvo conmigo.

—Eso pudiste decírmelo en un mensaje —me quejo.

Finalmente, me atrevo a darle otro sorbo a mi chocolate. Exquisito.

—¿Y perder la oportunidad de verte? —bromea. Creo.

Está bromeando, ¿cierto?

Guardo silencio. Después miro mis manos. «Mmm... ya me toca un retoque de uñas». Y estoy pensando de qué color me las pintaré esta vez cuando...

—Tengo novia y la amo mucho. —Le escucho decir.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar de decir eso cada vez que me ves?

—Imposible. Es mi mantra.

Lo miro con mala cara.

—Si te sientes infiel por estar conmigo puedes irte —aclaro—. No te detendré.

Le señalo la puerta. No pretendo ser «la otra». Sueña en grande si cree que le haré caso.

—Estoy bien.

Pero a mí no me lo parece.

—¿A ella no le molesta que estés aquí conmigo? Porque es raro que me cites si quieres evitarte problemas.

Armando niega con la cabeza y se le ve un poco tímido al responder:

—Hace mucho que a ella no le interesa nada de lo que yo haga.

Eso me da en qué pensar.

—¿Cómo?

—Que no le intereso.

—¿Por qué?

Armando no parece mal tipo. Me cuesta creer que su novia no quiera tenerle cerca.

—Nos dimos un tiempo. —Luce avergonzado. Tal vez lo presiono. «Eres una entrometida, Vanesa»—. Ella considera que debemos salir con otras personas y ver si...

«Oh, no».

—Amigo, te cambiaron —respondo, seria—. *Esa* es la forma más diplomática de mandarte al carajo.

Mira su café y se distrae jugando con él. *Okay*, quizá fui un poco cruel.

—O tal vez sí quiere tiempo —agrego.

—No. Tú tienes razón.

Ahora parece agradecido por mi honestidad.

—No me gusta tener razón. Al menos no con esto —admito.

Sin embargo, la petición de Armando de citarnos sigue sintiéndose extraña hasta que...

—Quería pedirte un favor —confiesa.

¿Quiero escuchar qué favor?

—Dime. —Aunque, insisto, no sé si quiero escuchar esto. Él y yo nos conocimos hace poco.

Armando se tensa.

—Verás. —Luce incluso más avergonzado—, Daniel me aconsejó salir con alguna chica para intentar olvidar a... Bien, eh... Si te pregunta, ¿le podrías decir que esta reunión fue por...? Bueno, que yo te...

—¿Que me invitaste a salir?

Dios, quiero reír.

—Sí. —Ahora sus mejillas se tiñen de rojo. Me da pena verlo—. ¿Me podrías ayudar con eso y yo, como «pago». —Hace comillas con los dedos— ofrecerte mis servicios como abogado cuando Marco te demande por daños y perjuicios?

Esbozo un gesto de alarma, casi regurgito el chocolate, pero pronto me doy cuenta de que Armando bromea.

Creo.

Espero.

Pero acepto ayudarlo.

—¿Sabes? No deberías sentirte presionado por Daniel.

—No. Está bien. Solo intenta ayudarme. Mi novia ya está saliendo con alguien.

—Exnovia —lo corrijo.

—Sí. Mi exnovia, a la que amo mucho. —Esta vez lo dice sarcásticamente.

No la supera.

—¿Ya no la quieres?

«Ahí vas otra vez de entrometida, Vanesa».

—A veces no lo sé. ¿La costumbre es más fuerte que el amor? Al menos eso dice una canción.

No me voy de inmediato de Starbucks. Armando parece ser un tipo que necesita consuelo y yo... bueno. No está tan mal el chocolate una vez deja de estar caliente. Hablamos un rato. Un laaargo rato. Nos reímos. Nos quejamos. Él me cuenta todo sobre Heydi (a quien, por perra, a partir de hoy llamaré *la hiena*) y yo le hablo de Marco.

Le cuento a Armando todo sobre él.

—Tiene suerte de que alguien lo quiera como tú lo quieres —opina, y sé que es honesto.

—Soy como una «fan». —Intento que suene gracioso, pero en realidad es patético. En extremo patético.

Armando toma mi mano como muestra de apoyo. Eso me hace querer seguir aquí con él. Qué bien, de odiarlo ¿ahora quiero abrazarlo? Al menos no me juzga. Entiéndase, no es Carolina Navarro.

—Y es un imbécil por no darse cuenta —agrega, intentando animarme.

Bajo la mirada.

—Es que no soy el tipo de mujer para él. Soy la asistente, soy... una especie de loca que escribe novelas que...

—Has escrito capítulos completos sobre lo «perfecto» que es. Eso es increíble, Vanesa. Es...

—Estúpido.

—Es hermoso —corrige—. Heydi ni siquiera me llamó alguna vez por un apodo cariñoso. Por Dios —ríe—, no creo haberle inspirado ni siquiera algún tipo de poema. Y luego estás tú...

—Ya no regreses con ella —lo aconsejo por cuarta o quinta vez, interrumpiéndolo.

—Créeme que lo estoy considerando.

¿Considerando? Algo es algo, supongo. Es lo más que ha avanzado luego de las dos horas que llevamos platicando.

—Debe ser hermosa si te enamoró.

Quiero saber más de su relación con la hiena.

—Tiene lo suyo.

Siento un nudo en la garganta.

—En cambio, yo al lado de Nicole...

—Eres el tipo de mujer para cualquiera, Vanesa —afirma—. Cualquiera de buena manera, quiero decir, porque también debes ser exigente.

—¿Yo? —me río. Aunque involuntariamente mis ojos se llenan de lágrimas. Qué pena. No me había dado cuenta de lo sensible que estoy hoy. ¿Me dicen que valgo la pena y me rompo?—. Mierda. Pensarás que soy patética.

Segunda vez que utilizo esa palabra hoy.

Intento reír, pero no. Mi pena aumenta. Avergonzada, desvío mi atención hacia otro lado. «No me juzgues, por favor. No me juzgues. Solo soy una mujer enamoradiza que vive de fantasías».

Él no ha soltado mi mano.

—En realidad pienso que eres muy tierna.

Ante eso me permito sonreír un poco, pero solo un poco.

—Pero antes insinuaste que estoy demente.

—También —afirma y suelto una risa—, pero demente de buena manera. Amas de manera apasionada y eso está bien.

—¿En serio lo crees?

—Sí, y hazme otro favor, *nunca* te avergüences de tus sentimientos.

¿No?

—¿Aunque suenen ridículos?

Tanto que ameriten una novela cursi.

—¿Ridículos?

—Es que...

Ahora Armando luce molesto.

—Mira, si alguna vez decides ser clara con él y, aun así, Marco te hace sentir que tus sentimientos hacia él son ridículos..., yo...

—¿Qué?

Niega con la cabeza. Es como si se debatiera qué hacer.

—Solo sé que... —Se sienta derecho—. Solo sé que todo estará bien.

«Todo estará bien».

Y le creo porque luego de esta sincera conversación me siento a salvo con él.

Capítulo 12



Me sorprendió que Armando Calaschi fuese lo opuesto a lo que pensaba que era: un embustero chantajista sediento de sexo por despecho. Pero no. Resultó ser un noble caballero que, además de pagar él solo la cuenta, me trajo a mi apartamento. Insisto, todo un caballero.

Cuando bajé de su coche ya estaba esperándome afuera con un paraguas. La lluvia nos sorprendió, pero el bueno de Armando siempre está preparado.

—Entonces, ¿nos vemos luego? —Se despidió de mí en la entrada de mi edificio.

Le hubiera invitado a entrar, pero se vería raro. Lo nuestro no fue una cita romántica.

—Supongo... porque Daniel cree que tú y yo...

O al menos no para nosotros dos.

—Sí.

Si yo fuera él mandaría al carajo a Daniel y a todo aquel que considere que puede decirme qué hacer, pero el bueno de Armando no nos merece. Él es un tipo correcto.

Me despido de él con un beso en la mejilla y entro en mi edificio.

El elevador está averiado. Debo utilizar la escalera. Maldigo mi suerte y empiezo a subir.

Desde que conocí a Marco le he dedicado tiempo valioso de mi vida. Pienso en él al amanecer, durante el día, al anochecer. Sueño con él. Mi mundo es Marco. «Rayos, sueno como una *fangirl*». Hoy no es diferente. Este día también fue una oda a él. Sin embargo, a diferencia de los demás días, hoy me exijo honestidad. Hablar con Armando me ayudó a comprender que no debo avergonzarme de quién soy o de qué siento. También empecé a considerar ser franca con Marco. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Quedarme sin trabajo? No es que ser asistente en Grupo M sea precisamente el trabajo soñado. Mi salario no es competitivo y mi horario es una bofetada a los derechos humanos. Además, de pedírselo, papá me ayudaría a encontrar un nuevo trabajo. Pero ya no vería a Marco.

Cansada, entro en mi apartamento a eso de las ocho y media. Mamá está en la cocina preparando algún brebaje digno de una bruja.

No me importa lo que sea, me lo beberé sin chistar. Tengo sed.

—Vienes tarde.

—¿Estás regañándome? —jadeo. Mi corazón trata de recuperar el balance. «Malditas escaleras».

—Al contrario. —Sonríe—. Me alegra que decidas distraerte con algo más. Me preocupa que estés todo el día pegada a tu teléfono, a la *tablet* y a la *laptop*.

—¿Y cómo sabes que a donde fui no estuve pegada a mi teléfono?

—Eres un caso perdido, Vanesa —se queja.

—Además, trabajo, mamá. Gano mi propio dinero. Tengo derecho a ocupar mi tiempo en lo que quiera.

—Hablando de dinero, no olvides que me debes cincuenta dólares desde el mes pasado. Y te aconsejo ocupar algo de tu tiempo en tu armario.

—*Okay*, ya entendí —la detengo.

Como dije, mi trabajo no está bien remunerado.

Mamá tiene en sus manos dos vasos llenos del brebaje que acaba de sacar en coágulos de la licuadora. Ya me arrepentí de querer un poco. Tal vez si le digo que ya cené me salve de beberlo.

—Ya cené —digo, ignorando con cautela los vasos.

Desde pequeña he lidiado con la onda naturista de mamá.

—Mejor. —Sonríe—. Este batido es un aditivo para después de cada comida. —A continuación deja ambos vasos sobre el desayunador y empieza a palpar su cutis con los dedos —. Sirve para prevenir espinillas, piel grasa y...

—Toxinas —termino por ella. Creo que lo mejor será resignarme.

Y por más que espero y hago tiempo para que me deje sola y así poder tirar el batido en el fregadero, ella espera. «Me conoce bien». Lo bebo todo. Por fortuna no sabe a nada. No como el de plátano con aguacate o el de melón con tomate.

—Llamó Carolina —me informa—. Dijo que no respondes tu teléfono.

Intento no hacer ningún tipo de arcada.

—Lo apagué para poder platicar tranquilamente con Armando. —Le devuelvo el vaso y abro la nevera para buscar algo que comer.

Muero de hambre. Observo todo dentro. Vegano... vegano... vegano... Todo es vegano. Ni hablar. Si subo y bajo de peso constantemente es porque como porquerías en la calle, porque en casa todo es saludable.

—¿Quién es Armando?

Dejo salir un resoplido.

—Un amigo.

No es que no me guste hablar de hombres con mamá, pero Armando no es «ese tipo de chico».

—¿Qué tipo de amigo?

¿Ahora quién la detiene? Yo, Vanesa Salcedo.

—Uno con el que tengo sexo ocasional. —Saco una caja de fresas de la nevera.

Mamá esboza un gesto de molestia.

—¿Tienes que ser tan explícita?

Es que si no es así, ¿quién la calla?

Cojo algunas fresas y también una manzana. Después le muestro la lengua.

—Tú empezaste.

Pero dos pueden jugar el mismo juego.

—Oye, ¿no es muy complicado eso? —pregunta, fingiendo seriedad—. Porque puedo hablar con tu padre y llegar a un acuerdo. Total, los problemas que tuvimos no incluían su buena disposición en la cama. Tal vez podríamos...

—¡Ay, mamá! —Le doy la espalda.

Esta mujer olvida que mi imaginación está a cien. Cojo mi bolso, mis fresas y mi manzana y merecidamente la dejo hablando sola.

—¡Yo también soy de carne y hueso! —suelta, pero por fortuna ya estoy lejos.

Mañana me castigará bebiendo algún batido de remolacha con guayaba.

Hambrienta y agotada, me encierro en mi habitación y busco mi *laptop* para enseguida colocarla sobre mi regazo. Soy consciente de que debo actualizar *Me voy a follar a mi jefe*, pero no tengo ánimos de escribir un capítulo nuevo. Publico una disculpa a mis lectores y después le envío un mensaje a Carolina. Para el chismorreo siempre tengo tiempo.

Vanesa: Me llamaste.

Carolina: ¿Dónde estás?

Vanesa: Ya estoy en casa. Salí con Armando.

Carolina: ¿En qué quedaron? ¿No le dirá nada a Marco?

Vanesa: No. En realidad es buen tipo. Y si tu novio pregunta, él y yo estamos saliendo.

Carolina: ¿??????

Vanesa: Ayuda con eso. ¿Para qué me llamaste?

Carolina: La mamá de Daniel organizó una cena para presentarme a su familia y a sus amistades :)

Vanesa: Cool. Que te la pases bien.

Carolina: No seas pendeja, estás en la lista de invitados.

Vanesa: Pero no quiero compartir con estirados.

Carolina: Irá Marco.

Vanesa: ¿Eh?

Carolina: Recuerda que su familia es cercana a la de Daniel. Y también estará Armando. No sé... los tendrás a ambos.

Vanesa: ¿Me estás llamando zorra?

Carolina: ...

Vanesa: De acuerdo. Iré.

Carolina: ...

Capítulo 13



Marco salió a una reunión acompañado de Sofía, una de las mejores colaboradoras en Grupo M. A su regreso le dicta a Gloria las modificaciones que tiene que hacer en su agenda durante los próximos quince días. Yo también escucho con atención y anoto todo. La agenda de Marco es mi agenda.

—Nos fue bien —me dice Sofía, al ser la más cercana a ella. Las dos esperamos la siguiente orden de Marco.

—Eso es fantástico.

Marco sonríe al ver mi emoción.

No me cohíbo si se trata de celebrarlo. Que todo marche bien en la empresa significa menos dolores de cabeza para él y, por tanto, razones para beber. Hoy podrá llamar a su padre para decirle cuánto más ha logrado.

—Superaremos la meta de este mes —celebra Sofía conmigo.

Es una de las personas de confianza de Marco. Ella y su esposo le asesoran desde que tomó el timón de este barco llamado Grupo M. Aun así, a ella y a otros ejecutivos les he tenido que demostrar que soy parte del equipo. Tal vez no una parte indispensable o importante, pero sí leal.

Como ya he mencionado, muchos aquí no creen en Marco y quieren verlo tropezar, pero yo no soy una de ellos. Al principio Sofía y demás allegados a Marco me subestimaban por ser la rubia en minifalda que sirve el café, pero me he ganado mi lugar.

—Hoy vamos a celebrar —me cuenta—. Y Marco quiere que vengas.

Eso me ha tomado por sorpresa. Es la primera vez que ella o alguien más me invita a una celebración de la empresa. Debo de estar haciendo algo bien, mucho más de lo acostumbrado, ¿cierto?

—¿Por la tarde no acordaron ninguna reunión? —pregunto a Sofía.

—No, Vanesa —responde Marco por ella.

Me sorprende que se esté dirigiendo a mí en público y no solo cuando está borracho. En definitiva, estamos avanzando.

Él me sonríe.

Yo le sonrío.

—Enhorabuena, señor.

Mis manos tiemblan. Me siento tan feliz por él y por Grupo M que quisiera abrazarlo.

—¿Vendrás hoy? —me pregunta en lo que espera a que Gloria termine de anotar más cosas en la agenda.

«¿Me está invitando directamente?».

Sus ojos repasan los míos con curiosidad.

Puedo ver parte de mi vida en cámara lenta: Marco y yo conociéndonos; yo tropezando con él la segunda o tercera vez que le serví café; yo mensajeando con él estando borracho; todo mientras suena de *soundtrack Because you loved me* de Céline Dion, cae lluvia de algodones de azúcar y dos ángeles nos tiran flores.

«¡Me está invitando!».

Hoy llevo puestas botas en lugar de tacones altos, pero aun así siento que me caigo. Encima me debo ver rara porque todavía no respondo nada.

—¿Tu asistente vendrá con nosotros? —Escucho ladrar a Nicole rompiendo mi burbuja.

Poco a poco salgo de mi ensoñación.

Sofía mira con molestia a Nicolasa, recordándome que la jirafa no es del agrado de nadie. En su hoja de vida no debería incluir: «Buenas relaciones interpersonales».

—¿Y cuál es el problema? —le pregunta Marco, molesto.

Sofía y yo lo esperábamos pacientemente. No como a Nicole, que vino a interrumpirlo.

Sofía se acerca a mi oído:

—Aquí entre nos, ella se invitó sola a la reunión de hoy.

—¿Que cuál es el problema? —repite Nicole con tono antagónico—. Es tu asistente, Marco. Tu asistente. Es...

Como es costumbre, me examina de pies a cabeza. ¿Por qué le molesta mi presencia?

—Ella es parte de mi equipo de trabajo —le hacer saber.

Sofía me da unas palmaditas en la espalda a modo de felicitación. Es oficial: En mi mente estoy bailando el *gangnam style*. Marco por fin me notó.

Gloria me guiña un ojo. Ella, más que nadie, sabe lo feliz que me siento al ser tomada en cuenta.

—Oye, por cierto —añade Marco, mirándome—... no me mostraste tu historia.

—¿Historia? —pregunta Sofía.

Palidezco. Esto es como cuando todo va bien, pero de repente se va el hada madrina y la realidad se convierte en calabaza.

—Sí, Vanesa es escritora —le cuenta Marco y el tono de admiración que utiliza me halaga… al mismo tiempo que me alarma.

Ahora Sofía me mira con nuevos ojos: Vanesa es escritora. Nicole, por el contrario, es demasiado obvia al tratar de disimular una risa. En tanto, Gloria salta de emoción. ¿Mi lectora número uno en acción?

«Oh, no».

—¿Que Vanesa qué? —Se acerca a escuchar Emiliano, el contador. Él también es parte importante del equipo de confianza de Marco.

Más compañeros le siguen. No es usual que el jefe esté de pie frente a los cubículos y no encerrado en su despacho, por lo que quieren saber qué pasa.

«Mierda. Mierda. Mierda».

—Es escritora —repite Marco a Emiliano y a quienes no habían escuchado.

Es oficial, otra vez me quiero morir.

—¿Vanesa, escritora? —repite Nicole como si la sola mención de eso fuese ridícula. Pero nadie le pasa balón.

Todos esperan a que yo diga algo, pero no puedo pronunciar palabra, ni hoy ni nunca. Mi peor pesadilla se ha hecho realidad: Mis compañeros de Grupo M enterándose de mi novela.

Pero uno siempre puede contar con Gloria.

—¿A tantos les hablaste de tu novela? —pregunta, emocionada.

Y, como siempre, no sabe que metió la pata.

—¿Novela? —Marco se muestra desconcertado—. Dijiste que escribes cuentos para niños.

—¡Cuentos para niños! —ríe a lo lejos el conserje.

«Oh, mierda». Tendré que visitar uno por uno a quienes saben de *Me voy a follar a mi jefe*.

Entre ellos el conserje.

Como si me estuviese ahogando, pero de pronto salgo a respirar mi último aliento de vida, miro de Marco a Sofía, de Sofía a Emiliano y después al resto de compañeros de trabajo…

—Es-Escribo cuentos, señor. Lo que pasa es que Glo... Gloria no sabe diferenciar un cuento de una novela.

Me imagino siendo echada por el mismo Marco a una fosa común. ¿Hasta aquí llegó Vanesa Salcedo?

—No, yo sí... —quiere aclarar, pero la codeo—. No, yo no —me secunda ahora—. Ni idea de qué es un cuento y qué es una novela.

Para mi alivio, Marco no pregunta más.

—Soy una ávida lectora de Charles Dickens y Hans Christian Andersen —dice Sofía—. Me encantaría leerte, Vanesa.

Marco me guiña un ojo en respuesta. Está seguro de estar haciéndome un favor al hablarles a todos de mi «afición».

—Sí. Genial —respondo queriendo encogerme para no ser el centro de atención de tantas miradas—. Yo te daré a leer mi historia.

—Se llama *El osito que saltó sobre un arcoíris* —continúa platicándole Marco a Sofía y a los demás.

¿Ahora es mi vocero oficial?

Creo que voy a desmayarme.

—Oye, esa historia no me la has mostrado —me reprocha Gloria—. Yo solo he leído...

La vuelvo a codear. ¿Está claro por qué a veces quiero asesinarla?

—Pronto la leerán todos —me comprometo.

Marco parece contento.

—Perfecto —dice y después se vuelve hacia el resto del grupo—. También les quería contar que el día de hoy Sofía y yo tuvimos una reunión importante y todo salió excelentemente bien —informa y nosotros aplaudimos. Yo en particular, pues agradezco ya no ser de quien todos hablan —. Aclaro que este no es un logro de Marco Maldonado o Sofía Baltodano. Es de todos nosotros. Todos —concluye y le aplaudimos con más efusividad.

Esto es una bofetada para todos los que aseguraron que a Marco le quedó grande el cargo de jefe. A mí me enorgullece verlo. Con los meses ha pasado de ser un jefe a convertirse en un líder. En mi opinión, es cuestión de tiempo que supere a su padre, el señor Maldonado.

Estamos avanzando.

Cuando todos regresan a sus puestos de trabajo, prácticamente me desmayo sobre el asiento de Gloria. Eso estuvo *tan* cerca.

—Oye, ¿qué fue todo eso? —me pregunta—. ¿Saben o no saben de tu novela?

Froto los dedos sobre mis sienes. «Ay, mi cabeza».

—¿No lo escuchaste? —Hago un mohín—. Marco piensa que escribo cuentos para niños. ¿Puedes creerlo? ¡Cuentos para niños!

Lo cual también es culpa mía, pero era eso o decir la verdad.

—Pero... —De pronto se queda en silencio y muy atenta a lo que sea que esté viendo de espaldas a mí.

Miro sobre mi hombro para ver qué es. Nicole, la jirafa con olor a perfume de Valentino, está escuchándonos, pero al ser pillada disimula recoger unos papeles para después llevarlos a la fotocopiadora.

—¿Habrá escuchado? —le pregunto a Gloria. De nuevo estoy preocupada.

—Si escuchó no entenderá de qué hablábamos —le resta importancia.

Aun así, visito a los demás que saben de mi novela: el conserje y Charlie, el de cómputo. A los dos les hago jurar sobre una Biblia que no dirán nada. De acuerdo, no encontré una Biblia, pero utilicé una antigua guía telefónica.

—Pero prometiste incluirme como un personaje. Tampoco has cumplido tu parte —me recuerda Charlie.

Un momento...

—¿Estás leyendo mi novela?

Me sorprende. Pensé que se olvidaría de ella.

—No solo eso. —Me da un golpecito en el hombro como manera de felicitarme—. Te he recomendado.

—¡¿Que tú qué?! —Casi me voy de espaldas.

—Pero a nadie que esté en Grupo M —jura—, solo a amigos de mi barrio. Les gusta leer porno.

—¡No es porno!

Aun así, con el conserje no me va mejor.

—Prometiste darle votos a mi historia —se queja.

Mi trato con él fue que yo le daría votos y comentaría su historia a cambio de su silencio. Él escribe novelas LGTBI.

—Pero ya lo hice —me defiendo.

—A los primeros tres capítulos, y ya publiqué cinco.

No me di cuenta.

Él es sensible, lo que no me sorprende, los escritores somos así.

—Bien. Hoy por la noche leo y voto lo demás.

—Así sí nos entendemos.

Nos damos la mano a modo de cerrar el trato.

—Pero ya no te rías de mí frente al resto de nuestros compañeros —lo acuso a la vez que me muevo de un lado a otro para facilitarle fregar el piso.

Se carcajea otra vez.

—Tienes que admitir que es divertido que el jefe piense que escribes cuentos para niños.

—De acuerdo, sí, es un poco divertido. Pero vamos a reírnos lejos, muy lejos de su oído. ¿Quieres?

—Bien.

Por último, dejo a Armando. Es el último que supo de *Me voy a follar a mi jefe*:

Vanesa: ¡3312!

Armando: ¿Qué pasó?

Vanesa: Marco estuvo a punto de enterarse de la existencia de *Me voy a follar a mi jefe* :(

Armando: Sé prudente, Vanesa.

Vanesa: :(Recuérdame que estás de mi lado.

Armando: Estoy de tu lado.

Ahora respiro, tranquila. Todo sigue estable con quienes ya saben.

Armando: Mi día tampoco va fenomenal.

Vanesa: ¿Qué pasó?

Armando: Tengo en mi oficina a un amigo que tenemos en común Heydi y yo. Me está platicando que ella irá a la cena de Daniel y Carolina acompañada de «alguien». El tipo con el que sale.

Vanesa: ¿DANIEL LA INVITÓ?

Armando: Tiene que hacerlo. Es su prima. Su nombre es Heydi Saviñon.

Vanesa: Oh, mierda.

Armando: Lo sé. Lo gracioso es que ahora Pablo (así se llama nuestro amigo), me está preguntando con quién estoy mensajeando, porque dice que me mira distraído. Le diré que con una chica linda. Con suerte me cree.

Vanesa: ¿Con suerte te cree que SOY una chica linda?

Armando: ¡No! Con suerte me cree que tú o alguien más me escribiría. No soy muy bueno tratando con chicas. Ya ves que Daniel me tuvo que presentar a su prima. De otra manera sería sacerdote o monje.

De pronto se me enciende el foco de las ideas:

Vanesa: Ya sé. Dile que salimos y que ahora estoy obsesionada contigo. Con suerte le dirá a Heydi.

Armando: Eso no lo va a creer.

Vanesa: Dile que te envié fotos provocadoras. Lo creerá si lo ve. ¡BAM! Le muestras las fotos.

Armando: ¿Qué fotos?

Me apresuro a correr al cuarto de baño y dentro echo doble llave. No quiero que nadie (y por nadie entiéndase: la jirafa) me atrape haciendo poses ridículas frente a una cámara. Rápido, me miro en el espejo del tocador y acomodo un poco mi cabello. Después me aplico la máscara y un sensual labial color rojo. Saco el móvil de mi escote y activo la cámara frontal. Una... Dos... Tres... Cuatro... Cinco... En total me saco cinco *selfies* en diferentes poses provocativas: enviándole un beso a Armando, abriendo un poco mi escote, rozando mi lengua con la boca, mordiendo mis labios y, por último, guiñándole un ojo. Total, solo él y el tal Pablo las van a ver...

Vanesa: Te voy a enviar las fotos y después un mensaje sensual. Eso también muéstraselo a Pablo. Avísame cuando haya mirado todo.

Armando: Ok. Por cierto, eres todo un caso, Vane. Y puedo hablar con experiencia de casos complicados porque soy abogado.

Vanesa: :P

Envío una por una las fotos al WhatsApp de Armando acompañadas del siguiente mensaje:

Vanesa: Ayer me la pasé de lo mejor en el café, amor. Veámonos otra vez ;) ¡Pero ya! Me urge llenarte de besos. ¡MUAH! XXXXXXX

Como broche de oro, le envío una última fotografía con una: «A+V= ♥» dibujada con lápiz labial en mi antebrazo.

Eso es. Si Heydi aún lo quiere le caerá como balde de agua fría enterarse de esto.

Alguien toca la puerta del cuarto de baño. Y por la poca sutileza que escucho advierto que solo puede ser...

Me apresuro a sacarme un poco de lápiz labial y abro la puerta. Será mejor evitarse problemas.

Nicole.

—¿Otra vez en conferencia? —pregunta con altivez.

Quisiera saber por qué me sigue.

—O sea que ya no puedo venir al baño —devuelvo.

¡Poder utilizar el servicio cada vez que quiero es uno de mis derechos!

—No es para venir a encerrarte aquí, *escritora.* —Lo escupe despectivamente.

Eso sí que no...

Salgo del baño y ella me sigue en medio del pasillo que separa las filas de cubículos.

—¿Estás molesta porque tú no escribes? —le pregunto, enfadada. Porque me molesta que pretenda humillarme por tener un pasatiempo que nada tiene que ver con ella.

—Claro que escribo.

Me tengo que reír en su cara. Hoy no tengo ánimos para bajarle la mirada.

—No cuentan los estados en Facebook o los *tweets* —me burlo.

Pero algo me dice que esto me costará caro. Muy caro.

La jirafa tampoco baja la mirada.

—Mejor aún —dice con una sonrisa arrogante—. A mí me gusta escribir cartas de despido.

«¡*Touché*!».

Después de decir eso, se ríe en voz alta de mí y continua su camino. Un día la voy a arrastrar desde su escritorio hasta el elevador y no me importará perder mi trabajo.

Por lo menos me distrae recibir un mensaje nuevo de Armando.

Armando: Sin palabras.

Vanesa: ??????

Armando: No soy responsable si hago cosas sucias con esas fotografías.

Arqueo una ceja.

Vanesa: ¡Son para darle celos a Heydi!

Armando: La verdad, no sé si quiero regresar con ella.

Vanesa: Da igual. Tienes que vengarte de que ya esté saliendo con alguien. ¡Eso no se hace!

Armando: Pablo se quedó boquiabierto. Nunca imaginó que yo provocaría eso en alguien. Bueno, no realmente. Tú me entiendes.

Me río y me tomo otra *selfie* para enviársela también.

La celebra más de lo que esperaba.

Armando: Cristo bendito. Vanesa, no soy de palo.

Vanesa: Jajajajaja

Armando: Pablo vio que puse una de las fotos como fondo de pantalla.

Vanesa: ¡Perfecto! *aplausos* Heydi morirá cuando lo sepa.

Armando: Sí, Heydi...

Vanesa: Ya verás.

Armando: :)

Capítulo 14



Al salir de Grupo M con Marco, Sofía y otros compañeros, vinimos a un bar llamado La Toscana. Este, en palabras del jefe, se caracteriza por ofrecer exquisitez en vinos y quesos. Aunque, la verdad, a mí no me pregunten sobre eso, no es mi fuerte, quien cree saberlo todo es la jirafa.

—Yo viví en Roma —dice a nadie en particular. Todos ocupamos una única mesa y quiere hacerse escuchar, pero los demás la ignoran.

No sé con exactitud qué diantres hace Nicole en Grupo M. Hubiera jurado que Marco la llevó y que de alguna manera está liado con ella, pero con el tiempo he descubierto que no. Hay algo más detrás de la misteriosa llegada de la jirafa.

Por otra parte, Marco continúa sorprendiéndome.

—¿Quieres tomar algo más? —me pregunta al ver mi vaso vacío.

Yo no me senté a su lado, fue él quien buscó sentarse en una silla junto a la mía. Aun así, no quiero ilusionarme. Se lo atribuí a las casualidades.

—Estoy bien —respondo, sintiéndome tímida.

Es bueno que no estemos solos porque de otra forma no sabría cómo comportarme. Me desconcierta su repentino interés en mí.

En el bar hay pocas personas y el ambiente es tranquilo. Es un buen lugar para platicar. También se ve sofisticado. Con papá he visitado lugares así, pero es diferente estar acompañada de Marco y compañeros de trabajo. Con ellos temo decir o hacer algo malo que probablemente me deje en ridículo. Esta no es mi gente y no es mi ambiente. Me cuesta ser yo.

—Estás bastante callada, Vanesa —dice Emiliano en voz alta. Los demás en la mesa dirigen su atención hacia mí. «No otra vez, por favor»—. ¿Por qué no nos hablas de tu historia?

—Sí, Vanesa —le secunda Óscar.

«Oh, no».

—Sonaba interesante —agrega Sofía.

Al mismo tiempo, Marco coloca su mano en la parte baja de mi espalda. Me recorre una corriente eléctrica. Estoy que me deshago.

—Primero dejen que se relaje —pide a los demás y me sirve otro trago.

No sé si lo prudente sea beber más. Los demás no le hacen caso.

—¡Que hable! ¡Que hable! —me piden.

Soy la sensación del momento. Todos quieren escucharme hablar de mi faceta como escritora. Tomo un respiro. «Oh, Dios, no debí salir de la cama hoy». Me apresuro a beber todo lo que está en mi vaso.

—¿Tienes sed, Vanesa? —se burla Nicole.

Tal vez si me embriago será más fácil decir la verdad.

—Yo...

—¿Cómo surgió la historia? —pregunta Sofía.

«De mis calenturas nocturnas».

—¿La del osito? —pregunto con torpeza.

—¿Hay más? —inquiere Marco, interesado.

«¿Por qué ahora, Dios?».

Le paso mi vaso para que me sirva otro trago.

—Oh, sí —digo—. Está el del gusanito que hizo amistad con un pajarito y el de una oruga que soñaba con ser león. —Me burlo de mí misma.

—Qué interesante —interviene Emiliano—. Suena... filosófico. Tus cuentos seguramente incluyen mensajes que te invitan a reflexionar sobre la vida.

Me atraganto con mi trago.

—Despacio —me dice Marco, dándome un par de golpecitos en la espalda.

—Filosóficos, sí —respondo y me sirvo más *whisky*.

—Con cautela —insiste, susurrando en mi oído—. No quiero tener que sacarte de aquí cargada.

Escucharle decir eso me hace sonrojar de forma alarmante.

—¿Cómo?

—Aunque sería justo devolverte el favor.

¿Devolverme el favor? ¿Se refiere a Gabo? Y, por segunda vez en el día, me guiña un ojo. Ahora más que nunca sé que algo cambió entre nosotros.

—¿Y cuándo los podremos leer? —pregunta Sofía.

El resto insiste en saber de mis cuentos que son solo cuentos.

—Sí, Vanesa, ¿cuándo? —anima más la jirafa. Le gusta verme en apuros.

—Mañana —prometo—. Los llevaré a la oficina mañana.

«Me toca desvelarme escribiendo».

—No se diga más —dice Marco, poniéndose de pie. Tiene su vaso en una mano. «Oh, Dios, ¿va a brindar?»—. Por el talento de Vanesa.

«Sí, mi talento para describir en una novela tu entrepierna».

—Por el talento de Vanesa —repiten los demás.

¡De nuevo me quiero morir! ¡No! Es peor que eso. Saco el móvil de mi bolso y abro Wattpad. Tengo que borrar la novela. Es mi vida y mi reputación o esta novela. La busco... Ya tiene más de cien mil lecturas. Un momento, ¡¿tiene más de cien mil lecturas?! Si apenas hace algunos días tenía... Jesús. Y tiene más de veinte mil votos. Casi me caigo de la silla.

—Vanesa, ¿te sientes bien? —me pregunta Marco. Vuelvo mi atención a él—. Te ves...

¿Entre feliz y preocupada?

—Estoy bien —repito con voz temblorosa y una sonrisa torcida.

¡Mierda! ¡La novela tiene más de cien mil lecturas! Pero si no la borro ahora...

Abro el último capítulo publicado para leer los comentarios que me han dejado:

«¿Ya vas a actualizar? ¡Nos tienes abandonados!».

«Valentina es una indecisa».

«ACTUALIZAAAAAAAAAAA».

«¡Si no actualizas pronto, me volveré lector fantasma! NO MÁS VOTOS, ¿oíste? NO MÁS VOTOS».

Ya están color de hormiga las amenazas. Ahora que lo pienso, últimamente he tardado en actualizar. ¿Será la excusa perfecta para ya no hacerlo más? Miro de reojo a Marco. Él aún está mirándome. ¿Qué pensará que estoy viendo en mi teléfono? Sin importarme, cojo aire y otra vez vuelvo mi atención a Wattpad. «Debo borrar mi novela».

Me tiemblan los dedos cuando estoy a punto de hacerlo porque no quiero. No quiero.

¡No quiero!

Y ahora es Sofía quien se pone de pie.

—No olvidemos a quién debemos esta plácida velada —dice alzando su copa hacia Marco—. Por Grupo M y por Marco Maldonado —brinda.

Los demás le seguimos.

—Por Grupo M y por Marco Maldonado —repetimos en coro y después aplaudimos.

—Este es solo el inicio —interviene otra vez Emiliano, también dirigiéndose a Marco—. Ya terminamos de calentar motores. A partir de ahora haremos negocios en serio. ¿Me escucharon? Negocios en serio.

Aplaudimos de nuevo y esperamos a que Marco diga algo.

—También brindo por eso —responde alzando su copa en dirección a Emiliano.

A mi jefe se le ve cansado, pero satisfecho. Sé que para él es importante ganarse un lugar. Quiere enorgullecer a sus colegas, a sus amigos y a su familia.

Ahora mi novela. De nuevo, la miro en plan de hacedor y verdugo. «Debo borrarla... No, Dios, no».

Decido escribir a Carolina.

Vanesa: Voy a borrar mi novela.

Carolina: ¿El fanfic de *La cama*? Sí, Daniel me habló de pagarte con tal de que borres eso.

Vanesa: De ninguna manera, es el mejor fic gay de internet. Hablo de *Me voy a follar a mi jefe*.

Carolina: ¡Pero ya tienes muchos lectores!

Vanesa: ¿Y si alguien más se entera?

Carolina: Pensé que tenías un plan B por si acaso, el cambio de nombres.

Vanesa: Fui muy obvia con eso.

Carolina: ¿Te lo dije?

Vanesa: ¡No me regañes!

Carolina: Cambia tu seudónimo. De esa manera, si alguien busca tu nombre en Google no les aparecerá la novela.

Sí, ya lo consideré antes. Sin embargo:

Vanesa: Pero mis lectores ya me llaman “Vanesa”.

Carolina: Está bien, entonces bórrala.

Vanesa: NOOOOOOOOOOOOOOOOOOO

Carolina: No te entiendo.

Vanesa: No quiero.

Carolina: Sigo sin entender.

Vanesa: Debo, pero no quiero.

Carolina: ¿Y si la terminas este fin de semana y les das a tus lectores un tiempo de gracia para que puedan terminarla?

Vanesa: Carolina eres una genia. Cambio mi seudónimo y la borro una vez mis lectores la lean. TE AMO. Te ha hecho bien tener sexo.

Carolina: -.-

Vanesa: Aunque solo he publicado la mitad :'(Necesito tiempo para poder terminarla.

Carolina: ¿Vanesa?

Vanesa: ¿Sí?

Carolina: Al final del día es tu decisión qué hacer con tu novela.

Guardo otra vez mi teléfono y observo a mis compañeros y a Marco. Somos un grupo de adultos jóvenes vistiendo traje de oficina. Cada uno con diferentes metas. «Tenemos toda una vida por delante», reflexiono. Por lo mismo, no debería considerar si debo o no borrar mi novela. Escribir, sea buena o malo haciéndolo, es lo que me hace feliz. Es lo que hace felices a otros. Debería estar dispuesta a atenerme a las consecuencias. Por ejemplo, el enojo de Marco. De cualquier manera, como dijo Armando, debería sentirse halagado de ser el héroe de mi historia.

—Elegiste mal el lugar —le reclaman—. Aquí no se puede bailar.

—Tal vez pongan música si lo pedimos —propone alguien más.

De improviso, siento un cálido aliento en mi oreja izquierda. Oh, cielo, es Marco.

Me quedo de piedra.

—Tienen razón en decir eso —dice.

—¿Qué?

—La falta de música. Yo quería verte bailar.

«¡Mi mamá en tanga!».

—Yo...

Me distrae tratando de imitar el movimiento que me vio hacer con la canción de Ed Sheeran.

Me suelto a reír.

—Qué vergüenza —digo y bebo otro trago de mi vaso. Creo que ya perdí la cuenta de cuántos llevo.

Un instante después Marco estira su brazo alrededor de mis hombros.

«¡Me abrazó!».

—¿Por qué? —pregunta con actitud cómplice.

Lo miro de reojo.

¿A qué juega? Somos jefe y asistente. Puedo percibir que ya no soy invisible, pero ¿flirteo? Mis piernas tiemblan.

«¿No es esto lo que querías, Vanesa?», pregunto en mis adentros.

Marco, además de rodearme con un brazo, está ligeramente inclinado en dirección a mí. Los demás pensarán que compartimos algún tipo de secreto. Sí, pero no... O bien pensarán que flirteamos. ¿Flirteamos?

En serio necesito saberlo.

—No estoy acostumbrada a bailar frente a extraños —respondo.

Está a pocos centímetros de mi cara. Su aliento con sabor a licor mezclado con olor a colonia importada es un contraste que atrae.

—No somos extraños. Ya hemos trabajado juntos un rato.

«Pero hasta hace poco no me notabas».

—Bueno, sí...

A modo de liberar tensión, me distraigo un segundo de lo que me está diciendo y echo un vistazo a lo que hacen los demás en la mesa: Algunos platican, otros le ponen atención al móvil, pero Nicole…, Nicole está mirándonos a nosotros. ¡¿Qué no tiene a alguien más para vigilar?!

Es oficial, ella y yo estamos en guerra.

—Hiciste que me regañaran dos de mis mejores amigos.

Me vuelvo a él sin comprender.

—¿Yo?

No obstante, aún me distrae la mirada inquisidora de Nicolasa. ¿Qué quiere la versión barata de Keira Knightley?

Me disculpo con Marco y pregunto por el baño. Sofía me señala dónde encontrarlo y escapo. ¡Necesito un respiro! Aunque eso sí que le molestará a Nicolasa. Me pregunto si también intentará sacarme de este servicio.

Lo único que necesito es mojar la cara. Solo he bebido dos vasos de *whisky* con *Ginger Ale* pero ya me siento mareada. Estoy más acostumbrada al vodka y a la cerveza.

Aprovecho para escribirle otra vez a Carolina.

Vanesa: Creo que me estoy embriagando jeje.

Carolina: Tienes un par de años de no hacer eso. Desde tu último novio si mal no recuerdo.

Vanesa: ¿Tenías que recordarme que llevo siglos soltera?

Carolina: :)

Vanesa: Creo que Marco está flirteando conmigo.

Carolina: ¡¿Estás con Marco?!

Vanesa: Y otros compañeros de trabajo. No estamos solos.

Pero algo es algo. Él me pone más de atención que al resto y eso tiene molesta a Nicolasa.

Carolina: Solo no bebas más. En ese tipo de situaciones lo mejor es estar cuerda.

Sobre todo en la guerra con la jirafa.

Vanesa: Cierto.

Carolina: Come algo.

Vanesa: XOXO.

Estoy en guerra. En eso Carolina y yo estamos de acuerdo. Aunque no sé por qué motivo es la pelea. ¿Marco? Nicole debería tener claro que a él no le van las relaciones a largo plazo. Yo misma he tenido que espantar a otras de su tipo.

Retoco mi maquillaje y salgo del baño. Tampoco quiero que piensen que padezco algún tipo de incontinencia por pasar largos ratos cerca de un váter. Sin embargo, me llevo un susto de muerte al darme cuenta de que afuera me espera Marco.

—Soy yo —dice, evitando que grite o salte.

¿Este es su lado acosador?

—El baño para hombres está al otro lado —señalo, considerando que pueda estar aquí por error.

—No, estoy bien. Te estaba esperando.

«¿Eh?». Afuera de un baño. Qué romántico. Pero no pido más.

—¿A mí?

—Te noto rara.

Se nota que no me conoce bien. Vanesa Salcedo es todo menos ordinaria.

Coloca su mano sobre mi espalda baja y me hace caminar junto a él.

—Estoy bien —insisto.

—«Estoy bien». Eso es lo único que dices, Vanesa.

Trueno los dedos.

—Señor...

—Tienes problemas con Nicole.

No me sorprende que lo sepa, pero sí que le interese. Por otro lado, ¿a qué viene eso?

—¿Y quién no? —pregunto, ofendida, pero no tardo en arrepentirme de salirme de mis casillas. Hablo con mi jefe.

Pero al contrario de lo que espero de él, le divierte mi comentario.

—Sí, todos, pero en especial tú.

—Algo.

—¿Algo poco o algo mucho?

¿Por qué le interesa?

—Algo mucho.

En realidad, estamos a nada de caernos a golpes.

Marco se muestra pensativo:

—Espero que no esté mucho tiempo con nosotros. Mañana llamaré a papá para decirle que ya no es necesaria.

¿El señor Maldonado llevó a Nicole a Grupo M? Pensé que era un hombre inteligente.

Nos detenemos a un par de metros de nuestra mesa. Él quiere decirme algo más.

—También quería agradecerte.

—¿A mí?

—Sí, a ti. —Parece dolerle que dude—. Quiero agradecerte por ayudarme.

Niego con la cabeza.

—Pero no hago mayor cosa en Grupo M.

Un momento, ¿le estoy dando la razón a la jirafa?

—Sí que lo haces. Facilitas mi trabajo y también me echas una mano… personalmente.

«Personalmente». Habla de la innumerable cantidad de veces que Gabo lo ha ido a traer a bares y de las tipas que le he quitado de encima.

—No tiene por qué agradecerme, señor.

—Nunca lo hago, Vanesa. Ya sabes por qué te ignoro, pero lo he pensado y tampoco es razón para ser un maleducado contigo.

«Ya sabes por qué te ignoro». ¿Habla del soliloquio del otro día?

«Decidió mantener distancia», me recuerdo y automáticamente doy dos pasos hacia atrás, porque también es cierto que debí decidir entre ser asistente o una noche más.

—Eres como mi ángel guardián, Vanesa.

Y no estoy acostumbrada a recibir ese tipo de atención de su parte, y lo demuestro mal.

—De verdad, es una lástima que aquí no se pueda bailar —agrega e intenta tomarme la mano.

Y estoy asimilando qué pasa cuando...

—Marco. —Escucho que lo llaman.

No tardo en reconocer esa regia voz. Es el señor Maldonado, ex presidente de Grupo M y padre de Marco.

Marco aparta la mano y busca con la mirada a su padre, pero no hace falta, el señor Maldonado se abre camino hacia nosotros.

—Buenas noches, Vanesa —me saluda.

—Señor. —Miro el piso.

El señor Maldonado es un hombre respetable. Cuando estuvo al frente de Grupo M era digno de admirar, casi un dios, pero se retiró por consejos de su médico. Padece del corazón.

—Buenas noches, Marco —saluda de manera escueta a su hijo.

Los dos se dan la mano. Físicamente, Marco se parece al señor Maldonado. Y debo admitir que, si se verá como su padre ya entrado en el tiempo, le quedará bien aquel dicho que reza: El vino se pone mejor con los años.

«¡Enfócate, Vanesa!».

—Papá... —saluda Marco.

—Vamos a donde están los demás.

¿Por qué tengo la sensación de estar en problemas?

Marco y yo seguimos al señor Maldonado hasta la mesa que ocupamos con los demás en el bar. Todos se sorprenden al ver a nuestro antiguo jefe. No lo esperaban. Lo saludan y lo reciben de pie, lamentan sus últimos quebrantos de salud y enseguida le ofrecen un asiento.

Insisto, todos parecen sorprendidos de ver al jefe. Todos... excepto Nicole. Ella parece confiada. Exageradamente confiada a pesar de que la mirada molesta de Marco la acecha. Al parecer, pronto sabré qué hace ella en Grupo M.

«¿Qué hace Maldonado padre aquí?», empiezan a preguntarse todos e intercambian miradas de confusión. Pero, más que eso, sorprende verlo más serio. Antes me sentía en confianza con él, ahora me asusta. No sé si será su salud o que se le ve enojado.

—Señor, por favor, siéntese —le pide Sofía ofreciéndole de nuevo un asiento. Sin embargo, el señor Maldonado se limita a dirigirse a nosotros.

—¿Cómo van las vacaciones? —pregunta, sarcástico, incomodando más a Marco. ¿A qué viene esa actitud?—. Me han dicho que últimamente no tienen mucho trabajo.

No tanto como cuando estaba él, pero... pobre Marco. En la mesa, Sofía mira a Emiliano y Emiliano a Marco:

—Señor, hoy Marco hizo un trato con...

—Ya sé —interrumpe a Emiliano y después mira de reojo a su hijo—. Yo les llamé antes de que te reunieras con ellos —confiesa.

Nunca olvidaré la mirada de dolor de Marco.

—¿No confiabas en que yo pudiera? —pregunta, avergonzado.

Mi pena por él aumenta.

—Cualquier logro mío es de todos. ¿No es así? —celebra para sí el señor mirándonos a nosotros, ignorando su pregunta.

Pero nosotros guardamos silencio. A excepción de Nicole, que se le ve fresca, los demás nos sentimos mal por Marco. El señor Maldonado vino con ansia de pelea.

—Pronto habrá más cambios en Grupo M —avisa—. Después de leer el informe que me entregó Nicole, veo necesario que Marco reciba la ayuda de su hermano, Salvador.

¿Qué informe? ¿Nicole? ¿Su hermano, Salvador?

Marco le dirige una mirada de odio a Nicole. ¡Esa maldita jirafa pendenciera!

—¡Salvador no quiso hacerse cargo de la empresa! —espeta a su padre.

Eso no es noticia para nosotros.

—Cambió de opinión y aceptó venir como tu asesor para demostrar, así, su buena voluntad.

—¿Buena voluntad? —Marco ríe, pero es una risa de dolor. Lo traicionaron—. No me jodas, papá.

—Silencio —pide el señor Maldonado, todavía mirándonos a nosotros pese a ser una discusión familiar. Esto debieron hablarlo en privado.

Sea como sea, Marco no parece querer callarse. Todo su cuerpo tiembla.

—¡Salvador es todo menos una persona con buena voluntad, papá!

—Es tu hermano —devuelve, molesto.

—¡Medio hermano!

Nunca antes lo escuché tan enojado. Por otro lado, ¿medio hermano?

El señor Maldonado alza la mano para abofetearlo. «Oh, no». Todos contenemos el aliento.

—¡Anda, hazlo! —le reta y se acerca más a él—. ¡Dolerá menos que esta traición!

No obstante, el señor Maldonado baja la mano.

—No es traición, Marco.

—¡Lo prefieres a él!

—Ten humildad para reconocer que fallaste.

—¡No es falta de humildad, es...!

—Orgullo. Temes no ser tan bueno como lo es Salvador.

«¿Qué clase de padre le dice eso a su hijo?».

—¡Pero papá...!

—Ya deja de gritar, Marco. —El señor Maldonado coge una servilleta de la mesa y se limpia las manos con ella—. Mira el lado positivo, compartir responsabilidades de la empresa te dará más tiempo para galantear con tu asistente.

El señor Maldonado lo mira acusador y después a mí. No quepo de la vergüenza.

Mi jefe se vuelve a irritar:

—¡Es la primera vez que...!

—No quiero saber. Solo te aviso que mañana presentaré a Salvador en Grupo M.

Un nuevo jefe. Dos jefes.

—¿Mamá lo sabe? —pregunta, dolido.

—Sí, pero su opinión es la de una madre, no la de una ejecutiva.

No conozco a Salvador Maldonado, solo a los señores Maldonado y a Marco. Pero, por el tipo de temperamento que tiene la señora Maldonado, puedo asegurar que no está de acuerdo con esto.

Sin decir más, el señor Maldonado da media vuelta y se marcha. Después Nicole también se pone de pie:

—Marco, solo quería decirte que...

—¡Lárgate! —la echa, sorprendiéndonos a todos.

Puedo jurar que no soy la única que asumió que ellos tenían algo. De todos modos, no puedo disfrutar de este momento porque me siento mal por él.

—Del bar, si así lo quieres —responde, altiva—, porque tengo que estar en Grupo M mañana. Soy la asistente de Salva.

¿Salva? Y le dijo al señor Maldonado de esta reunión. ¡Es una espía!

—¡Fuera! —la vuelve a echar Marco.

Así, sin perder la costumbre de sentirse de pie sobre una pasarela, la jirafa se marcha contoneando sus huesudas caderas. ¡Mamífera desleal!

—Váyanse todos, por favor —pide Marco a continuación.

Es la primera vez que lo veo roto.

—Marco... —intenta decir Sofía.

—¡Por favor, Sofía!

Su orgullo no le permite que lo veamos en esta condición.

Quiero correr a abrazarlo para decirle que yo no soy desleal, pero a mí también me ordena que me marche.

Capítulo 15



Marco

Por unas horas me sentí el rey del mundo. Estaba seguro de que este sería mi primer gran logro. «Marco Maldonado consiguió demostrar que es un buen ejecutivo».

Me creí tan invencible que me sentí capaz de cruzar la barrera, romper las reglas y flirtear con Vanesa, pero todo era una trampa.

Yo no metí a Nicole en Grupo M. A ella la enviaron para hacerme daño.

Siento ganas de correr con mamá y llorar sobre su regazo como cuando, de niño, veía a papá preferir a Salvador. Pero hacer eso les daría la razón a todos: soy débil.

«Tal vez debería renunciar». Me cuestiono si es una opción. Aunque si lo hago admitiría que Salvador ganó y echaría de Grupo M a mi gente de confianza. Y no. No puedo irme sin dar guerra. Doy un golpecito en la mesa y le pido al mesero otra botella. Necesito algo fuerte. Algo que me haga perder la razón.

«Soy un fracaso».

Desde que éramos niños, Salvador es el favorito de papá. Él es el resultado de un matrimonio previo al de papá con mamá. La madre de Salvador murió cuando él tenía un año y mi madre lo crio. Creo que por eso papá le tuvo más consideración. Lo convirtió en víctima y le facilitó la vida. Mamá no tiene preferencias, pero es consciente de que el favorito no soy yo.

En un par de horas me bebo más de la mitad de la botella. Cansado, sostengo la cabeza entre mis manos y me obligo a pensar en cómo encarar el problema. ¿Estoy preparado?

Darle batalla a Salvador sería lo peor. Tal vez lo que debo hacer es concentrarme en hacer méritos propios. Debo demostrarle a papá que no soy un imbécil que va a la empresa para seducir a su asistente.

Asistente.

Volviendo a eso, debo disculparme con Vanesa. Papá la avergonzó frente a todos por mi culpa. Y también debería disculparme con el resto. Los eché sin dar mayor explicación, obré mal, pero es que a mí también me tomó por sorpresa todo.

Como puedo, alcanzo mi teléfono.

Marco: io sento much [23]

Vanesa: Está bien, señor. Yo entiendo.

Al menos no está molesta.

Ella nunca está molesta.

Marco: n seduct

Vanesa: Borrón y cuenta nueva.

Marco: repeto

Vanesa: Sí, señor. Hemos respetado a la empresa.

Marco: stoy cavado [24]

Vanesa: ¡No! Mire la llegada de su hermano como una oportunidad para demostrar que usted merece estar a cargo.

Marco: so lo vi yo

Vanesa: Todo saldrá bien. Usted no está solo. Tiene a Gloria, a Sofía, a Emiliano...

También a mí.

Dejo el teléfono sobre la mesa y limpio con las manos mis ojos para leer con más precisión el último mensaje que me envió Vanesa. Leo y escribo pésimo cuando estoy ebrio, sobre todo porque lo suelo hacer con una sola mano mientras con la otra sujeto el vaso, pero tampoco exageremos.

«Todo saldrá bien. Usted no está solo. Tiene a Gloria, a Sofía, a Emiliano... También a mí».

Esto es lo bueno de atravesar momentos difíciles: Te permiten ver quiénes están a tu lado.

Marco: jala no hubiera ido [25]

Vanesa: No me fui.

«No me fui».

Echo un vistazo a mi alrededor buscando. Vanesa, para mi sorpresa, está de pie cerca de la entrada del bar. «No se fue». Puedo estar borracho y sintiéndome derrotado, pero aún tengo buen juicio. Y justo me estoy preguntando si acaso Vanesa...

Ella avanza, hace su camino hasta mí y se sienta en una silla junto a la mía. Se ve tímida. Tal vez espera a que la regañe por quedarse.

—No esperaba menos de ti. —Es lo único que se me ocurre decir.

—Es mi trabajo, señor.

No.

—No. Tu trabajo no es estar aquí para mí a esta hora y en este lugar.

Niega con la cabeza. Quiere dejarlo ahí, pero quiero hablar. Quiero preguntarle si acaso...

—¿Por qué, Vanesa? —Mis palabras se escuchan entrecortadas. He bebido en exceso. Tal vez no sea buena idea preguntar esto ahora.

—Señor, yo...

—¿Por qué? —repito, sirviéndome otra copa.

Cuando nos reunimos, Daniel me dijo: «No pones atención». Y cuando le pregunté a qué se refería agregó: «Tienes una buena asistente».

Me fui a casa pensando en sus palabras y, con cuidado, releí los mensajes que intercambiamos Vanesa y yo cuando estoy ebrio, y...

Solo quiero saberlo.

—¿Por qué, Vanesa? —insisto, intentando sonar bien—. ¿Por qué te quedaste?

—Yo...

«Quiero saber si me amas».

—¿Vanesa?

¿Por qué no habla? Cansado de esperar, me acerco más a ella y coloco un mechón de su cabello detrás de su oreja. Ese gesto la deja boquiabierta.

Pero yo necesito saber más.

Y me acerco más.

Hace mucho tiempo que una boca no me llamaba con tanta desesperación...

—No quiero ser solo una noche —dice y se aleja al notar que la intento besar.

¿Que no qué?

—¿Cómo?

—Que ya es muy de noche. —Intenta componerlo.

La ignoro, vuelvo a acortar la distancia entre nosotros y esta vez sí consigo besarla. «Dímelo, Vanesa. Dime si me amas».

Ella corresponde mi beso y eso me hace feliz. Aun así, mi cabeza da vueltas y vueltas, y…

… pierdo el conocimiento.

Capítulo 16



Vanesa: AUXILIOOOOOOOOOOOOOOOO

Carolina: ¿Qué pasa?

Vanesa: Creo que Marco está muerto.

Carolina: QUÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉ.

Vanesa: Me estaba besando y se desmayó.

Carolina: ¿Tu aliento?

Vanesa: No seas pendeja.

Carolina: Entonces eres buena. Guau, ¿besos que desmayan, Vanesa?

Vanesa: ¡¡¡¡!!!!

Carolina: Bueno, ¿qué hago? ¿Qué hacemos?

Vanesa: Pedí un taxi. Vamos a su apartamento.

Carolina: Ok.

Vanesa: TIENES que ayudarme a subir a Marco a su apartamento. El taxista no puede quedarse.

Carolina: ¿Ayudarte YO?

Vanesa: ¿Mejor amiga? .I.

Carolina: Voy, voy...

Vanesa: Pide un taxi y ve también al edificio en el que vive Marco. ¡Es el mismo de Daniel!

Carolina: Ya sé. ¿Debo llevar algo?

Vanesa: Bolsas y una pala para enterrar el cuerpo en algún terreno baldío ¡¡¡!!!

Son las dos de la mañana cuando Gabo aparca frente al edificio en el que vive Marco. Él continúa desmayado. Miro el techo del taxi. ¿Es porque no voy a la iglesia, Dios?

Carolina nos espera en la entrada, trae con ella bolsas y una pala. No sé si abrazarla o abofetearla, pero eso hace una mejor amiga: Bolsas y una pala sin preguntas incómodas.

Se acerca.

—¿De verdad está muerto? —pregunta en lo que yo tomo la billetera de Marco para pagarle a Gabo. No encuentro mi bolso.

Después, entre las dos, bajamos a Marco.

—No seas pendeja —le repito.

—¡No se juega con eso, Vanesa!

Sin embargo, ya con Marco sobre la acera la observo con mayor detenimiento.

—¿Por qué estás en pijama? ¿Viniste desde tu casa así?

A pesar del frío y la oscuridad, puedo medir perfectamente la culpa en el rostro de Carolina. La culpa y la lujuria.

—No estaba en mi casa —admite jugando con las manos.

«Hija de...»

—¡¿Estás durmiendo con Daniel?!

—Shhhh.

—¡Carolina Navarro!

Ella se pone a la defensiva:

—Soy una mujer adulta, ¿recuerdas?

Tengo que reírme.

—Mujer adulta, se le está saliendo un pecho del lado derecho del pijama. —Le señalo y se apresura a acomodarse la ropa—. Así que la están pasando bien —agrego, guiñándole un ojo. También estoy ebria.

—Enfoquemos en ti, ¿quieres? —Se sonroja.

De entre líneas a entre sábanas. Ya era hora, la verdad.

Luego de colocar las bolsas y la pala encima de su pecho, tomo a Marco de los brazos mientras Carolina lo sujeta de los pies. ¡No puede ser más pesado! Entre las dos hacemos un esfuerzo sobrehumano para cargarlo.

—¡Se me van a caer los ovarios! —se queja mi amiga.

Sí, y, por primera vez en mi vida, lamento que mi jefe sea mitad músculos.

—Oye, ¿y no te puso «peros» Daniel?

Carolina suspira.

—No. Cuando salí de la cama solo tuve que decir «Vanesa». No necesitó más explicaciones.

Así que soy la «amiga problema». Me ofendería si no fuera cierto.

—Perdón.

—Está bien —dice ella—. Te toca tener una historia.

«Historia» seré si Marco se entera de mi novela.

Avanzamos unos metros y lo devolvemos al suelo. Este hombre es pesado y Carolina y yo tenemos limitadas las vértebras.

—Duele —protesto, dando golpecitos a mi espalda—. ¿Y si llamas a Daniel?

—No tardará en bajar. Llevaba rato esperándote.

Ah, les eché a perder la «luna de miel».

—Perdón por interrumpirlos.

Carolina niega con la cabeza.

—Dice que te lo debemos.

—¿Por entrometerme?

Sé que en un determinado momento les intenté arruinar todo. Ah, qué recuerdos.

Volvemos a levantar a Marco.

—Igual, quiero que sepas que Daniel te está ayudando. —La mirada traviesa de Carolina me da en qué pensar—. ¿A que tienes mucha atención últimamente?

Un momento.

Dejo caer a Marco.

—¿Cómo así que me está ayudando?

Carolina se para, erguida. Se la ve segura de sí misma:

—Le habló bien de ti a Marco y le pidió a Armando que te invitara a salir.

¡Un momento!

—¿Ahora Saviñon se dedica a hacer de Cupido? —Me molesta—. ¿Por qué, en el infierno, piensa que necesito de su ayuda para salir con alguien?

Apenada, Carolina camina hacia mí e intenta colocar las manos sobre mis hombros.

«Ah, no».

—Vanesa, yo se lo pedí.

La aparto de mí.

—¡Y, claro, él tiene que complacer a su amada lectora!

—¡¿Por qué te enojas?!

—¡Porque pensé que todo ocurría por mérito propio!

Sus ojos se ponen llorosos, pero no me importa. Pensé que Marco se daría cuenta de mi existencia solo, pero no, fue Daniel quien ayudó. Me siento una idiota. En cuanto a Armando, ya lo sabía, pero no deja de enfadarme que se metan en mi vida.

—Solo quise ayudar. Seré completamente feliz cuando tú lo seas.

Esta vez cargamos a Marco hasta llegar a la puerta del elevador.

—¿¡Y quién carajos te dijo que yo no era feliz!? ¡En mi mundo de fantasía sí..., pero feliz!

No tengo idea de en qué piso vive Marco. No sé qué botón del elevador presionar.

—Tu tiempo se dividía entre tu trabajo y Wattpad, Vanesa.

—¿Y qué si yo lo prefiero así?

Además de ebria, ahora también estoy molesta; mala combinación. Y, para colmo, no me decido a presionar algún botón, pero el elevador está bajando. Solo falta que...

—Vanesa, lo siento —insiste Carolina.

Las puertas se abren y ahí está Saviñon. Lo recibo mostrándole el dedo de en medio.

—Yo también te extrañé, Vanesa —dice y pronto se percata de la *no* presencia de mi jefe—. ¿Qué es eso?

—Marco —responde Carolina.

—¿Y por qué...?

—¡Menos preguntas y más ayuda! —protesto, intentando no tropezar con mis pies.

Carolina avanza y se pone de pie sobre la puerta del elevador para que no se cierre. Daniel se hace cargo de Marco.

—¿Al menos puedo preguntar por qué tienen bolsas y una pala?

—¡Menos preguntas y más ayuda! —repito categóricamente.

Daniel mira a Carolina.

—¿Está ebria? —le pregunta con «disimulo».

—Eso creo.

¿Para qué negar lo obvio? Con suerte no he vomitado sobre mis botas.

Daniel negocia con el portero del edificio para que nos facilite entrar en el apartamento de Marco, y, una vez dentro, carga con mi jefe hasta acomodarlo sobre su cama. Yo le quito el saco y los zapatos.

—¿Necesitas que Daniel te lleve a tu casa?

Los tres nos sentimos cansados.

—Ya no quiero molestarlos. Llamaré de vuelta a Gabo —respondo, intentando sacarle la corbata a Marco. Luego lo coloco boca abajo. Varios ebrios se han ahogado con su propio vómito. Yo también debería dormir boca abajo.

—No es molestia —dice Daniel.

—Quiero estar a solas con él —justifico, señalando a Marco.

Daniel resopla.

—Haberlo dicho antes...

—Ustedes regresen a lo suyo.

Sale de la habitación de Marco, pero Carolina espera:

—¿Segura que estarás bien?

Le demuestro que sigo molesta con ella.

—Lo siento, Vanesa —se disculpa otra vez.

—Hablaremos luego.

—Pero bebe alguna sopa o café, ¿quieres? Y por la mañana toma algo para la jaqueca.

—¡Estoy bien!

De esa manera, ella se siente echada y también se marcha.

Me recuesto en la cama junto a Marco. No voy a quedarme, solo necesito procesar todo durante unos segundos. ¿Por qué me besó? Es la primera vez que lo acompaño cuando está ebrio. «Tal vez fue por eso». Suspiro y busco mi teléfono...

«¡Mi bolso!». Me apresuro a incorporarme. No lo traje conmigo y dentro está mi teléfono. ¿Lo dejaría en el taxi? No. Creo que fue en el bar. «Mierda». Tengo la suerte del Pato Lucas.

Bajo de la cama de Marco y busco algún teléfono para llamar a Gabo. Tropiezo a mitad de camino. «Sí, estoy ebria». Me pongo de pie otra vez y sigo buscando. Hay un teléfono junto a la mesita de noche. Camino hacia esta y me vuelvo a sentar en un extremo de la cama. Ahora estoy de espaldas a él. Cojo el teléfono y... ¿cuál es el número de Gabo? No tengo idea. No me lo sé de memoria.

«34416...». «No. Era 3343...». Rayos. Debí aceptar el ofrecimiento de Daniel.

Y en esto estoy pensando cuando...

—¡Qué mier...! —Unos brazos enormes me rodean y enseguida siento una boca sobre la mía.

—Otra vez no te fuiste, Vanesa —balbucea Marco rozando mis labios, todavía borracho. Después me atrae más hacia él.

¡Vine a la cueva del lobo!

Y una hora después continúo en sus brazos. «Deberíamos de poner música de Céline Dion».

—Deseaba esto, Vanesa —dice, explorándome.

«Yo también».

Es un bruto porque está ebrio, yo lo soy también, pero en mi novela la primera vez de mis protagonistas es un tanto salvaje, así que...

De cualquiera manera, solo un par de besos más y me voy a casa.

***

Justo tengo un rayo de luz sobre mis ojos. No entiendo por qué si en mi habitación el sol no pega hasta entrada la mañana. Me doy la vuelta y le quito parte del edredón a Marco. Muero del frío.

«¡MIERDAAAAAAAAAAAAAAAA!».

Espantada, me siento en la cama. Frente a mí tengo un espejo. ¡Mi pelo! ¡Mi pelo es un desastre! ¡Mi labial también está regado! ¿Follé?

Miro a mi alrededor: Marco. Yo. La cama. Mis pechos desnudos. ¡No tengo ni bragas!

«Mierda. Mierda. Mierda».

Intento peinarme el cabello con los dedos y salgo de un brinco de la cama. De inmediato empiezo a buscar mi ropa. Está por todos lados. Aquí hubo sexo desenfrenado.

Me visto lo más rápido posible.

Hago memoria: me acuerdo de venir. Carolina y Daniel me ayudaron a subir a Marco. Ajá. También recuerdo querer llamar a Gabo... Después me dije que solo le permitiría a Marco

besarme un rato.

«La carne es débil».

«¡RAYOS!».

Me pongo mis botas.

—Soy un polvo de una sola noche —lloriqueo, mirando su habitación.

Ahora seguro que me echa de Grupo M. Peor, como yo soy quien le ayuda a echar a las amantes de una sola noche no sabrá qué hacer, y para mí, más que para cualquier otra, esto resultará sumamente incómodo. Quiero llorar.

«Sin embargo, si no me ve aquí tal vez no recuerde nada». ¡Eso es! ¡Gran idea, Vanesa!

Me pongo de pie y corro hacia la puerta. «¡Un momento! ¡Pruebas!». Tengo que asegurarme de no haber dejado nada.

Me toco toda y… «¡Mierda, me falta un arete!».

Me pongo a gatas sobre la alfombra y busco el que me hace falta. Es una argolla con forma de trébol de cuatro hojas. «¿Dónde está? ¿Dóndeeeeeeeeeeeeeee?».

—Vanesa. —Escucho bostezar a Marco.

¿Vanesa? «¡Se acuerda de que estuve aquí!», «¡se acuerda!». Si me ve, mi plan va a fallar.

Todavía a gatas, me desplazo hasta la puerta y la abro con cuidado. Luego miro de reojo hacia donde está Marco. Tiene los ojos cerrados. Salgo.

«¡Carolina! ¡Tengo que buscar a Carolina!».

Me apresuro a salir del apartamento y corro hacia el elevador. Daniel dijo que vive un piso más arriba. Tal vez, si no es muy tarde, la encuentro ahí.

Detrás de mí escucho a Marco salir de su apartamento. «¡Por qué, Dios!». A tiempo, se cierran las puertas del elevador.

«Mierda. Mierda. Mierda». «¿Qué hice, Dios?», me regaño.

Al llegar al piso de Daniel corro a tocar el timbre de su puerta. ¿Será posible que Marco me esté buscando?

Todavía no abre nadie. Toco el timbre como una desquiciada.

—¡Abran, maldita sea! ¡¡Abran!!

Miro hacia el elevador. Las lucecitas indican que alguien sube. ¿Será qué...?

—¡¡¡Abran!!! —Toco otra vez el timbre.

A tiempo, Daniel abre la puerta.

—¿Qué rayos...?

Y el elevador también llega. Ahí está Marco.

«¡Me cago!».

—¿Vanesa? —Lo único que le cubre es una toalla en la parte baja.

Carolina también sale a mi encuentro.

—No había leche —les digo a ella y a Daniel.

Estoy que me muero, apenas puedo nivelar la respiración.

—¿Qué? —pregunta Daniel.

—Vanesa, ¿por qué te fuiste? —inquiere Marco.

Mi corazón pende de un hilo.

—¡Qué sorpresa! —lo saludo—. ¿Dormiste bien?

—Dormí... contigo —contesta, mirando apenado a Carolina y a Daniel. ¡Solo lo cubre una toalla!

Escucho un jadeo de Carolina. «Sí, yo tampoco me lo creo. Follé con mi jefe».

—No —niego, mirando triste a Marco—. Yo dormí aquí... con ellos. —Los señalo—. No en medio de ellos, pero...

—Vanesa, estabas conmigo —insiste.

—No —niego otra vez. ¡No seré un polvo de una sola noche!—. Anoche te dejamos en la cama y yo vine al apartamento de Daniel.

Marco parece confuso. Es buena señal que lo haga dudar.

—¿Entonces por qué estoy desnudo? —pregunta, serio.

—No sé. Yo me quedé en tu sala de estar. Fue Daniel quien te acomodó en la cama —miento rápido.

Marco lo mira y Daniel de mí a Carolina. «¡Ayúdame, maldición!».

—Pensé que te sentirías más cómodo —le dice.

—Tampoco tengo calzoncillos —agrega Marco.

Daniel tose. Está de mil colores:

—Como dije, pensé… Pensé en tu comodidad, hermano.

Marco niega con la cabeza.

—Tú y yo pasamos la noche juntos, Vanesa —insiste.

—No —repito también, hasta que se cansa de preguntar y por fin se marcha.

«¡Ay, Dios!».

Entro en el apartamento con Daniel y Carolina, paso del vestíbulo a la sala y me dejo caer sobre un sofá.

—Tú tienes muchas cosas que explicar —me advierte Carolina.

Capítulo 17



> **El osito que saltó sobre un arcoíris**
> *by Vanesa Salcedo*

Dejo salir un suspiro. «Al menos ya escribí el título». Me senté sobre la cama con papel y lápiz en mano y un cepillo de pelo enredado en mi cabello. Daniel y Carolina me trajeron a mi edificio a tiempo para prepararme y llegar puntual a Grupo M, pero decidí que hoy no quiero ir. Me niego a ir. Llamé a Gloria para reportarme enferma y después me preparé para escribir.

Es lo mejor.

Por otro lado, ¿ahora qué diablos escribo sobre un osito saltarín?

«Veamos…».

> Érase una vez.

Un momento. ¿«Érase» lleva acento? No, creo que no. Lo corrijo...

> Erase una vez en el valle de la alegría un osito lleno de fantasías.

Suspiro de nuevo. A ver... Analizando lo que he escrito: «…en el valle de la alegría» se coloca entre comas, ¿cierto? Eso creo. Y «fantasías» se oye mal, un poco pornográfico. Es mejor «sueños». Vale, sí. Sueños.

> Erase una vez, en el valle de la alegría, un osito lleno de sueños. Pero este no era cualquier osito, era un osito aventurero.

Buen comienzo. ¡Muere de envidia, Roald Dahl!

> —Hola, osito, ¿qué haces? —le preguntó una hormiguita al verlo recoger hierba.
> —Hola, hormiguita —respondió amable el osito—. Recolecto comidita para llevarla al viaje que empezaré.
> —¿Un viaje? —La hormiguita dio saltitos de alegría—. Me gustan las aventuras, osito. ¿A dónde vas? ¿Puedo acompañarte?
> El osito miró más allá de la copa del árbol más alto del bosque:
> —Voy hacia ese arcoíris —señaló, optimista.

«¿Optimista?».

Lo analizo todo otra vez.

«¿Recogiendo hierba? Tuvo que haber sido marihuana si se puso a hablar con hormigas».

«Soy una mierda».

Me termino de recostar en la cama. «En serio, soy pésima en esto. ¡Qué va! No solo con esto. Soy pésima como escritora en general». Debería dejar lo de escribir a personas que de verdad estén inspiradas: poetas, sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial, críticos de la sociedad, filósofos...

Yo no aporto nada a la humanidad.

«Alguien tiene que hacer reír o soñar, Vanesa», me recuerdo para dejar de sentirme fuera de lugar y no ser fatalista. ¡Amo ser yo misma! Aun así, deprimida, me compadezco de mi falta de creatividad, al menos con el cuento, hasta que luego de una hora escucho sonar el teléfono fijo.

A todo esto, ¿anoche dónde dejé el móvil y el bolso? ¿En el bar?

El teléfono suena y suena. «No tengo ganas de atender llamadas». Pero no para de sonar. «Tal vez sea para mamá».

Cansada de escucharlo, me levanto y hago mi camino hasta la sala para cogerlo.

—Diga —respondo, un poco molesta.

—*Vanesa, habla Gloria.*

«Rayos». Me apresuro a toser.

—Hola, Gloria. Sigo mal.

—*Yo sé, pero el jefe ha preguntado por ti unas diez veces.* —Hace énfasis en «diez veces».

—Así que ya no soy invisible. ¿No le dijiste que estoy enferma?

—*Creo que se le olvida.* —En verdad se escucha preocupada—. *En la sala de reuniones falta esto o lo otro y pega un grito preguntando: «¡¿Y Vanesa?!». Tiene a todos corriendo de un lado a otro. ¿No puedes hacer un esfuerzo y venir?*

Arrugo la frente.

—Oye, pero no había ninguna actividad programada para hoy.

Y por eso mismo me atreví a faltar.

—*Es un imprevisto. Nicole dijo que en una hora vendrá el señor Maldonado.*

—¡Mierda! —Salto, recordando. ¿Cómo pude olvidarlo?—. ¡Es cierto! —Inhalo y exhalo—. Hoy nombran a Salvador como asesor de Marco.

—*¿Cómo dices?*

Golpeo la cabeza con el teléfono. «¿Por qué justo hoy lo dejé solo?».

«Porque anoche te acostaste con él y no quieres enfrentarlo», me recuerdo.

Tengo miedo de enfrentarlo. Él tiene que continuar creyendo que lo de anoche jamás pasó, de lo contrario, me echará de Grupo M… de su vida.

«¿Qué hago, Dios?».

—Dile que voy para allá —digo a Gloria y cuelgo.

Mi lealtad puede más que mi instinto de supervivencia.

***

Cuando llego a la empresa percibo rápido cuán tenso está el ambiente. Veo a todos corriendo con listas de inventario y preparando informes de trabajo. Ya saben que hoy viene el señor Maldonado, y no con la actitud amable que recordamos. El reloj marca las nueve y media de la mañana cuando guardo mi bolso en un cajón del escritorio de Gloria. Es increíble que a estas alturas yo siga sin tener un lugar propio. «Me acosté con él antes de conseguir que me diera uno». Pensar eso solo lo empeora todo.

—¡Túúúúúúúú! —Escucho a alguien rugir detrás de mí. Me vuelvo para ver quién es. Nicolasa, y está hecha un caos:

Tiene el cabello de comercial de Pantene despeinado, suda como una cerda, una mancha de café se esparce sobre su prenda de Prada y también se le rompió una pantimedia. Agreguemos a

eso que luce famélica y, por tanto, con ganas de querer matar a alguien.

—¡Túúúúúú! —repite, señalándome. Me mira con odio—. ¿Dónde estabas? ¡Llevo dos horas haciendo tu maldito trabajo, maldita irresponsable!

Debo aprovechar el momento. Me pongo una mano en la cintura y suelto:

—¿Y no que se veía fácil hacerlo?

Con eso le recuerdo cuánto se burló de mí por «no hacer nada» aquí.

Furiosa, la jirafa viene hacia mí con decisión. Parece que por fin llegó la hora de sacarnos los ojos. Arremango la blusa para recibirla. ¡Estoy decidida a luchar! ¡Vamos! ¡Vamos, carajo! ¡Las peleas en la WWE[26] parecerán broma comparadas a esta!

—¡Vanesa, ven! —Escucho que me llama alguien más.

Aquí está prohibido pelear. La jirafa y yo nos detenemos.

Reconozco la voz de Sofía y la busco con la mirada. Está de pie en la entrada de la sala de reuniones. ¿También le toca hacer lo que me corresponde a mí? Hace un gesto con la mano para que me acerque.

—Después —le gruño a Nicole y ella a mí; luego camino hacia donde me indica Sofía.

—Menos mal que llegas —dice. También se la ve tensa—. Hay que terminar de preparar todo para recibir a los señores Maldonado.

«Y yo jugando...»

Sofía y el resto de ejecutivos que esperan a los señores Maldonado dentro de la sala lucen más formales que de costumbre, en actitud y en la ropa. Una vez más, me regaño por querer faltar hoy, o al menos lo hago hasta que miro a...

Marco.

En la sala hay quince personas más, pero él es el único que le da instrucciones a Charlie. Le pregunta en qué carpeta de su ordenador está la presentación con diapositivas que mostrará hoy a su padre. Dará a conocer en qué situación se encuentra Grupo M. Lo observo un instante y después busco qué más hacer.

La sala de reuniones es un salón acaparado casi en su totalidad por una mesa con espacio para veinte personas. Hay lugar para proyectar, servicio sanitario y, escondida de la vista de todos, una cocina (en la que me encontró Marco bailando). Por ser un día importante, se colocó mantel, cristalería y aperitivos. Y el piso lo han encerado. Hacer todo esto es mi trabajo, pero llegué tarde.

Para no sentirme peor, intento acomodar de mejor manera una bandeja, aunque pronto me percato de que Marco me mira, ¡por fin reparó en mí! Mi cuerpo se tensa. Un momento, ¿a partir de ahora así responderé cada vez que me ponga atención? «¡Ubícate, Vanesa!», me regaño.

—Buenas noches —me saluda en voz alta. Está jugando a ser Don Sarcástico.

Los demás en la sala se toman un momento para ver a quién regaña. «¡Sí, humíllame frente a todos!».

—¿Qué tal, jefe? —respondo con cuidado, sin apartar la vista de la mesa.

¿Por qué quiere hacer esto difícil para nosotros?

—¡Salgan todos! —ordena sin quitarme los ojos de encima.

Sofía salta.

—Pero no hemos terminado de...

—¡Ahora!

Ahora soy yo la que está sudando como una cerda... Uno por uno, los ejecutivos salen de la sala. Y yo quiero colarme entre ellos, pero...

—Tú quédate, Vanesa —me ordena.

«Mierda. Mierda. Mierda».

Intento mostrarme seria.

Cuando el último en salir de la sala cierra la puerta, Marco me acorrala. ¿Soy su presa?

—Tú...

Está mirándome como si desde lo que pasó anoche hubiera desarrollado algún tipo de sentido de pertenencia.

—Es la primera vez que vengo tarde —me apresuro a decir.

—Que hayas venido tarde justo *ahora* me importa una mierda, Vanesa.

En serio se ve poseso. Da dos pasos hacia adelante, yo doy dos hacia atrás. Él da dos pasos hacia adelante... yo sigo atrás... atrás... hasta que termina arrinconándome.

Viste un traje completo color negro, camisa blanca y corbata a rayas. Yo blusa blanca, una falda negra tipo tubo, pantimedias y tacones altos, muy altos, porque, sin esfuerzo, puedo alcanzar su boca, pero no es el momento ahora. Atrás quedó mi momento de gloria.

—¿Por qué, Vanesa? —pregunta, todavía acorralándome.

¿Por qué, qué?

Intento toser.

—Estaba enferma.

—¿Enferma? —devuelve, molesto—. ¿Por qué enferma? ¿Tan mal estuve anoche?

Me cago.

Hablando de anoche, les puedo asegurar que estuvo *wow*. Debería de dar cátedras de... «¡Concéntrate, Vanesa!». Intento coger aire.

—Mire, yo sé que usted piensa que nosotros...

Los ojos de Marco se entrecierran.

—No quieras hacerme quedar otra vez como un idiota.

«Uy». ¡Es que si insiste con ello quedaré como un polvo de una noche! Y pensar eso me da el valor necesario para mostrarme digna frente a él.

Trago saliva.

—Entre usted y yo no pasó nada, señor.

—Nosotros...

—Nada. —Muestro seguridad.

Los ojos de Marco parpadean. ¿En serio le estoy haciendo dudar?

—Yo te recuerdo. Vanesa, yo...

Me cruzo de brazos.

—Ah, ¿sí? Entonces dígame cómo llegamos a su apartamento.

Mira hacia otro lugar. Quizá busque algún recuerdo sobre eso, y no lo va a encontrar...

«Debo hacerlo dudar más».

—No tengo idea, pero...

Ya lo admitió.

—¡Ya ve!

—¡Pero de lo demás sí me acuer...!

—¿Quién lo desvistió?

Marco me mira de pies a cabeza. Solo de pensar que ya vio qué hay debajo de esta falda...

—Tú. Yo. Entre los dos —responde con convicción.

—¿En serio? —Enarco una ceja en su dirección. «Es ahora o nunca, Vanesa»—. ¿Lo podría

jurar, señor? —Le hago un juicio con la mirada—. ¿Lo podría jurar sobre una Biblia en la que esté escrito el nombre de Dios?

Se queda boquiabierto. Está bien, me pasé.

—Yo... —duda. Estoy ganando.

—No recuerda cómo llegó a su apartamento —empiezo a enumerar—, no recuerda quién le ayudó a subir al elevador, no recuerda que vomitó...

—¡¿Vomité?! —pregunta, preocupado por su aliento.

«No, no vomitaste, mi amor, pero que no recuerdes eso está a mi favor».

—Sí, señor. Y después le hizo bromas a Daniel Saviñon sobre una enciclopedia.

Marco se muestra desconcertado.

Lo de la enciclopedia no es cierto. ¡Nada de eso lo es! Entró inconsciente en su apartamento, pero Daniel me asesoró para preparar bien mi defensa.

—Sí... yo le hacía bromas sobre eso en la universidad —admite. ¡Sigo ganando!—. A él le llamábamos la enciclopedia y...

—¿Se da cuenta? Después quiso llamar a Stephanie. ¿Tampoco recuerda eso?

—Ni borracho la llamaría.

«Mierda».

—Pues... —Pienso en qué decir ahora. Que Marco hubiera estado borracho no significa que no se conozca—. Usted... usted quería llamarla para escupirle que estar con ella fue estúpido.

Guarda silencio unos segundos y al final dice:

—Eso sí tiene sentido.

¡Menos mal!

—Después Daniel lo llevó hasta su habitación, y ahí lo dejó. Yo me fui con él y con Carolina a su apartamento.

Niega con la cabeza.

—Pero anoche...

Ahora el tiro de gracia:

—Usted pudo haber tenido sueños húmedos conmigo, pero...

—Vanesa. —Se sonroja.

—Y por lo visto bastante vividos.

Intento no perder el equilibrio.

—No fueron sueños húmedos —insiste, pero duda.

¡Duda!

—¿Seguro, señor? ¿Lo jura?

Si él responde «sí», me jodí.

«Vamos... vamos...».

Su aspecto es el de un hombre acorralado. Ahora él es la presa.

—Aunque pudo ser...

—¡Ajá! —sentencio. Marco está preocupado—. Piénselo, señor. ¿Por qué nos acostaríamos si antes de hoy éramos poco menos que extraños?

Y se acerca más a mí antes de responder:

—Porque hace mucho quería esto, Vanesa.

De ese modo mi mandíbula se cae al piso recién encerado.

—Desde hace mucho —vuelve a decir—. Por eso pensé que tal vez...

¿Tal vez? «¡Tierra llamando a Vanesa! ¡Tierra llamando a Vanesa!».

Estoy hiperventilando.

—Que tal vez tú y yo...

«¡No lo digas!».

—No, señor —consigo hablar de nuevo. Mi voz tiembla.

«¿Qué estoy haciendo?».

Ya admití que tengo miedo. ¡No! Tengo pánico de ser una más en la lista de mujeres que se acostaron con él. Porque de mostrarme anuente a esto, de forma automática estaría a merced del tiempo que deseara dejarme aquí con él. A Marco no le gusta tener cerca a mujeres que tuvieron que ver con él. Lo sé mejor que nadie. Y me mataría no estar cerca de él. No puedo dejarlo. Como ya he dicho: Prefiero ser su asistente de toda la vida que un polvo.

Marco, concentrado en lo que sea que esté pensando, se sienta en una de las sillas de la sala. No me dice más. ¿Me creyó? ¿Creerá que no pasó nada?

—Entonces tú y yo no... —dice por fin, aunque no está mirándome.

—No —repito y lo haré hasta el cansancio.

Por más increíble que fuese lo de anoche, pertenecerá siempre al pasado.

Alguien toca la puerta.

—Adelante —indica.

Es Emiliano. Se le ve preocupado de poder estar interrumpiendo algo importante.

—Ya está aquí tu padre —informa rápido.

«Oh, rayos».

Mi jefe se incorpora y me da una última mirada antes de salir a recibir a su familia.

«Por favor, créeme».

Yo salgo detrás. Observo al señor Maldonado y a quien viene con él, es Salvador Maldonado, aunque no puedo juzgarlo porque sería maleducado de mi parte solo quedarme mirando. Sin embargo, sé que habrá mucho tiempo para eso. Está aquí para quedarse.

Marco, el señor Maldonado, Salvador y demás ejecutivos se encierran en la sala. El resto del personal y la jirafa nos quedamos fuera. En diez minutos tendré que entrar a ofrecer café y bebidas, pero de momento necesito un momento para pensar y recuperarme de lo que acaba de pasar.

¿Me creerá Marco?

Doy mi atención a los cubículos que ocupan el resto de mis compañeros. De lo que pase ahora mismo dentro de la sala depende nuestro futuro. Me pregunto si todos seremos conscientes de eso. Tengo mucho en que pensar en este momento: El futuro de Grupo M, mi situación sexual fantasmagórica y...

—¡Dios mío! —Escucho que ríe alguien a lo lejos. Es Sandra, la secretaria de Sofía.

Esa mujer es la típica compañera de trabajo que se pasa el día reenviándote correos graciosos y te actualiza, para bien o para mal, sobre los chismes de la oficina.

—¿Ahora qué? —pregunta, curiosa, Gloria. Otra chismosa. Es mi amiga, pero es cotilla.

—¡Ven! —la llama Sandra.

La veo doblarse de la risa mientras da clic al ratón y mira su ordenador.

«¿Qué pasó?», se empiezan a preguntar todos.

Gloria se acerca al lugar de Sandra. También lo hacen Charlie, Constanza, que es la asistente de Emiliano, y más compañeros. Muchos más... La única que se queda rezagada es la jirafa, que nunca ha encajado ni encajará con nosotros.

—¿Qué pasa? —insisten en saber todos al escuchar cuánto más ríe Sandra. A mí también me

da curiosidad.

Nos acercamos al lugar de ella, pero yo guardo mi distancia. No me puedo distraer durante mucho tiempo porque debo ir a servir bebidas.

—Mi hermana me envió el enlace a una novela —arma el alboroto Sandra. Todos miran, expectantes, la pantalla su ordenador—. Me escribió: «Te puedo asegurar que trata sobre el dueño de Grupo M».

Un momento.

—¿El señor Maldonado? —pregunta alguien más.

—Marco Maldonado. —Sonríe, pícara, mirando de reojo a todos.

«No, no puede ser... ¿Cuáles eran las fases de la muerte? ¿Negación, negociación? ¿Qué más? Porque la estoy viendo de cerca».

—¿Qué es eso? —pregunta Constanza—. ¿Es algún tipo de red social como Facebook?

—Se llama Wattpad —responde Sandra.

«No, no puede ser que...». Hay, al menos, diez personas rodeándola, aun así puedo ver el logo naranja de la plataforma. Otra vez estoy hiperventilando. «No, Dios».

«No puede ser mi novela».

«No puede ser mi novela».

Vamos, en Wattpad tiene que haber más historias sobre Marco Maldonado. «¡Díganme que sí, por Dios!». Allí hay, no sé, ¿un millón de historias? ¿Menos? ¿Más? Tal vez hay dos sobre Marco. La mía y la de alguien más.

—¿Por qué te pusiste pálida, Gloria? —pregunta alguien.

Charlie también me mira preocupado. De recordar que los dos ya saben...

A continuación, Gloria se aparta del grupo que rodea el escritorio de Sandra y me mira como si estuviera frente a una sentencia a muerte.

Mi boca se seca.

—¡Por Dios, es cierto! —dice alguien.

—Sí, miren los detalles...

—¿Y cómo se llama la novela? —siguen las preguntas.

«Debiste borrar ayer la novela, Vanesa», me confronto un segundo antes de escuchar:

—Aquí dice que... se llama... *Me voy a follar a mi jefe*.

Ahora sí que comience mi velatorio.

Capítulo 18



Miro fijamente hacia donde está Sandra y el resto de mis compañeros de trabajo. «Esto no es una alucinación. Esto no es una pesadilla. Esto en realidad está pasando», trato de convencerme.

—¿*Me voy a follar a mi jefe*? —repite Constanza.

Mis manos sudan.

—Curioso nombre, ¿no? ¿Quién la escribió? —Escucho que preguntan.

Se acabó.

Llegó el momento. Está ocurriendo. Cierro los ojos para no ver el mundo arder bajo mis pies.

«Debiste eliminar esa novela, Vanesa».

Escucho que alguien camina rápido hacia mí. Es Gloria. Lo sé porque de inmediato siento su mano de apoyo sobre mi hombro.

—No cierres los ojos. *Tienes* que estar atenta a todo, Vanesa —me aconseja agudizando la voz. Los abro otra vez—. *Aún* podemos hacer algo.

Miro a compañeros. Todos me prestan atención.

Ya lo saben.

Ya saben que fui yo quien escribió esa historia.

—¿Qué cosa, Gloria? —le pregunto en voz baja, asustada y soportando no bajar la mirada. No puedo con la pena—. Es tarde. Ellos ya lo sab...

No he terminado de decir eso cuando se desmaya.

—¡Gloria! —grito y me arrodillo junto a ella. ¿Qué diablos le pasa? ¿Se desmayó cuando la que está en problemas soy yo?—. ¡¿Gloria, qué pasa?!

Estamos entre la puerta que lleva a la sala de conferencias y los cubículos del resto del personal. Personal que, en su mayoría, *ya* saben de mi novela.

Entonces abre un ojo e, intentando ser discreta, me susurra:

—Acércate.

Le hago caso.

—¿Estás fingiendo? —pregunto, asustada.

—Aún podemos salvar el pellejo. Cuando la atención de todos se vuelva hacia mí vas a por gasolina e incendias todo el edificio.

«¡¿Que haga qué?!».

Después empieza a convulsionar. «Oh, Dios».

—¡Gloria, no! —la regaño mirándola y después al resto de nuestros compañeros—. Ni siquiera te están mirando.

Es la verdad. La atención de todos aún se divide entre el ordenador de Sandra, que muestra mi cuenta de Wattpad, y yo. Nadie tiene los ojos puestos en Gloria. La mayoría observa a la autora y a su obra.

—¿Segura? —pregunta, todavía convulsionando.

—Segura —respondo, triste, pero agradecida de contar con ella como amiga. Tal vez Gloria entregue mi cuerpo a mamá y a Carolina.

La ayudo a incorporarse y nos preparamos para enfrentar juntas el caos. Cojo aire.

—¿Qué es esto, Vanesa? —me pregunta Sandra señalando con el dedo índice mi novela. Los demás, a su alrededor, nos siguen con la mirada—. Aquí pone tu nombre.

No se ve enojada o dispuesta a gritarlo, más bien parece... preocupada. «Espero que me aprecies, aunque sea un poco, Sandra».

Charlie se cubre los ojos antes de que yo responda. Me pregunto si teme estar en problemas por ser mi cómplice.

—Yo escribí esa historia —confieso con miedo.

La boca de todos se abre en «O». Ahora veinte personas más saben que Vanesa Salcedo es escritora de... eso.

Y como si no fuera posible aumentar más la tensión, la jirafa se acerca.

—¿Qué pasa? —pregunta, mirando de mí a Sandra—. ¿Qué ven?

Era imposible no llamar su atención.

«Que no se entere ella, Dios».

Nicole, siendo la enemiga pública de todo el grupo, fue de las pocas que no vino al ordenador al escuchar las risas de Sandra. Sin embargo, ver el horror en mi rostro despertó su curiosidad y su instinto ahora le pide ser testigo de mi ruina.

Se acerca más. Tiene toda la intención de saber qué diablos pasa. De cualquier manera, para mi sorpresa, Sandra se apresura a quitar de la pantalla mi cuenta de Wattpad para que no vea nada.

«Gracias».

—¿Qué es lo que intentas esconder? —la regaña la jirafa.

Sandra mira a Constanza, esta a Charlie y así todos se pasan la cruz.

—No olviden que *yo* aquí soy el apoyo de Marco —les recuerda con tono altanero y se acerca más al ordenador—. Quiero ver *qué* estaban viendo.

Gloria les dirige una mirada de súplica a todos.

«Que no hablen, Dios», ruego en silencio.

—Resulta que Vanesa... —empieza Charlie mientras los demás callan. Yo cambio mi peso de un pie al otro— se embriagó durante el convite navideño del año pasado y lo estábamos recordando. Con fotos y vídeos.

«De acuerdo, eso es mitad cierto».

Los demás lo respaldan enseguida, sorprendiéndome. ¿No tienen la intención de delatarme? Pero es en vano, la jirafa no se traga esa respuesta y, colocando una mano en su cintura, exige:

—¡Quiero saber qué estaban viendo todos!

Por mi cara sabe que no la libro hoy y quiere ser testigo de ello, por lo que trato de relajarme y fingir que aquí no pasa nada. Si mis compañeros van a ayudarme debo colaborar con ellos y no arriesgarles.

—¿Quieres ver a Vanesa borracha? —pregunta Constanza.

Los demás reímos.

Adoptando una actitud de «a mí no me engañan», Nicole me mira, aunque sin decir nada. Lo único que hace es mostrarme una sonrisita venenosa y pronto regresa a su escritorio. Sé que no se tragó ese cuento.

Ya con Nicole lejos, Gloria se decide y, en voz baja, se dirige al grupo.

—Por favor no digan nada.

Me pregunto si hará falta pedirlo. Ellos ya tuvieron una oportunidad para delatarme y no lo hicieron, aunque puede que quieran decírselo directamente a Marco.

—Yo aun no entiendo nada —dice Gus mirando a Sandra.

«Gus». Hago un recuento de quiénes están presentes: Gloria y Charlie, que ya sabían de la novela; Sandra, Constanza, Gus, Erica, Axel, Isaac, Isabel... y la lista sigue.

«Mierda». Más que ya saben de mi novela. Busco una silla y la ocupo con toda la intención de echarme a llorar.

—No diremos nada, Vanesa —interviene Erica. Ella aquí es contadora o asistente de auditoría, o algo así dijo una vez Gloria.

La miro sin poder creerlo. No he tratado lo suficiente con estas personas como para asegurar que callarán. En Grupo M mi única amiga es Gloria. ¿Debería confiar en los demás?

«¡Elimina de una vez por todas esa maldita novela!».

Sandra se vuelve de nuevo hacia su ordenador y abre una vez más el enlace que la lleva a mi novela.

—*Me voy a follar a mi jefe* —lee en voz baja a los demás para que no escuche la jirafa y se echa a reír con discreción—. Necesito leer esto, Vanesa. Todos, en realidad.

—Sí, queremos reírnos de Marco.

—No, la voy a eliminar —respondo, evadiendo la mirada de horror de Gloria. Siendo una de mis lectoras, la noticia le cayó como una bomba.

—¡Pero yo quiero leer! —suplica Gus. También Constanza.

—Bajen la voz —piden otros para no volver a llamar la atención de Nicolasa.

—Yo también quiero leer, Vanesa —siguen.

—Y yo.

—Yo también, Vanesa.

Cada uno levanta su mano haciendo notar su derecho a leerme. «¡Pero si esto no es una votación!».

Niego con la cabeza.

—Entiendan que me metería en más problemas —imploro y le pido a Gloria su teléfono para abrir desde ahí mi novela. «Debo eliminar esa historia»—. Pueden decirle al jefe, pero...

Erica y Constanza se colocan cada una a un lado de mí para continuar suplicando:

—No diremos nada. Lo prometemos.

—No —insisto, sin dar el brazo a torcer. No voy a arriesgarme de nuevo—. Si Marco Maldonado llega a ver esto...

—Nosotros no le diremos.

También escucho sollozos. Busco de dónde vienen. Gloria, que me da de mala gana su teléfono.

—Quiero saber qué pasará con Valentina y Carlo —gimotea, limpiándose las lágrimas—. Piensa en todos los que ya te leemos.

—Te puedo *spoilear* —propongo.

—No, yo quiero leer hasta el final.

Porque es cierto. Ya son miles de personas las que me leen. Pero... no puedo. «Si Marco llega a ver esto…».

—Y todavía no aparezco en la historia —me reprocha Charlie.

Que no me joda ahora.

—¿Charlie aparecerá en tu historia? —pregunta Sandra con asombro.

—Ese fue el trato que hice con él para que no dijera nada.

Al instante veo rostros resplandeciendo de la emoción.

—¿Yo también puedo aparecer en tu novela, Vanesa?

—¿Y yo?

—¿Y yo, Vanesa?

«Oh, no...».

—Yo también, por favor —me pide Constanza—. Soy, por así decirlo, una escritora frustrada. Para mí sería un honor ser nombrada en tu historia.

«Ya, por favor...».

—Es lo normal —interviene Gus, uniéndose a la petición, y saca su teléfono—, porque, digo... Grupo A en la novela es en realidad Grupo M, ¿verdad?

—¿Qué haces? —le pregunto observando con preocupación lo rápido que escribe en su teléfono. ¿Le estará contando a alguien más?

Entonces me muestra la pantalla del teléfono:

—¿Qué va a ser? Abro una cuenta en Wattpad.

Y los demás siguen su ejemplo. «Oh, Dios, no».

—¿Les digo cuál es mi usuario para que me sigan y yo también seguirlos? —Escucho que les pregunta Gloria.

Cubro los ojos con las manos. «¡Elimina ya esa novela, Vanesa!». Enseguida abro mi cuenta de Wattpad en su teléfono y busco la opción de eliminar.

—No lo hagas, Vanesa —vuelve a suplicarme Constanza—. Te prometemos que nadie dirá nada.

—Ya te sigo, Gloria. —Escucho que dice Isabel.

—También búsquenme a mí —pide Charlie.

¿Mis compañeros de oficina votando y comentando lo que escribo en Wattpad? No, no... Eso altera el orden normal de las cosas.

—Por favor, Vanesa —se une Sandra a las súplicas—. No hay nada que temer. Tú mejor que nadie sabes que aquí todos nos cubrimos las espaldas.

Es cierto. A veces nos tapamos el uno al otro cuando alguien llega tarde o falta. Pero esto es diferente. ¡Esto es *Me voy a follar a mi jefe*!

Escuchamos el abrir y cerrar de una puerta y voces acercándose. Sandra se apresura a cerrar otra vez la ventana de mi novela en su ordenador mientras el resto nos volvemos para ver quién viene. «Mierda, son Marco y Nicole». Salto en mi asiento. ¡¿A qué hora entró ella en la sala?! Oh, Dios, creo que esta vez seré yo quien se desmaye.

Nicole parece traerlo obligado.

—Y no me quieren decir qué estaban viendo —se queja con él como vieja cotillera.

—Dijiste que era una emergencia —la regaña, mirándonos sin hacer nada malo. No parece molesto, se le ve cansado.

Me pregunto qué tanto estarán discutiendo en la reunión. ¿Por qué Nicole lo incordió por esto?

—¿No me escuchaste? Exígeles que me muestren qué estaban viendo en el ordenador de Sandra.

El resto nos dirigimos una mirada de preocupación, aunque cabe recordar que aquí el único culo en peligro es el mío, porque si Marco se entera de esto...

—Vete al demonio, Nicole. ¡Hoy, más que nunca, vete al demonio!

Los demás decimos: «Oh» en coro.

—Pero... —intenta defenderse, avergonzada de que la trate mal frente a nosotros.

—Decidiste estar del lado de Salvador —le recuerda—. Ve y pídele ayuda a él.

—Pero Marco...

La deja hablando sola y camina de regreso a la sala, aunque no sin antes volverse otra vez hacia nosotros.

—Vanesa —me llama y me pongo de pie para mostrarle que lo estoy escuchando. Su mirada no me dice nada, aún parece cansado—. Entra a atender a la mesa.

—Sí, señor.

No dice más y continua el camino de regreso a su propio infierno. Y yo también debo ir, pero antes tengo que... eliminar la novela.

—Por favor, Vanesa —me pide, llorosa, Gloria—. Piénsalo un poco, ¿quieres?

—Gloria...

Miro a todos. Nicole sigue sin entender qué pasa y querrá saber por qué me están rogando.

—Lo haré al volver —prometo y camino hacia la sala.

***

Pregunto a cada uno si prefieren agua o café y al mismo tiempo trato de convencerme de que sí sucedió todo *eso* allá afuera.

«Ahora mis compañeros de trabajo saben de mi novela». El sermón de Carolina será al menos de dos horas.

El señor Maldonado está sentado en la silla principal de la mesa, silla en la que acostumbro ver a Marco, pero esta vez él se sienta a la derecha.

—Y puedo asegurarles que el panorama sigue siendo alentador... —dice el señor Maldonado.

Yo continúo llevando y trayendo tazas y vasos de la mesa.

—Yo quiero agua con gas, Vanesa —me pide un hombre joven que está sentado al lado de Marco. Tendrá, a lo sumo, treinta años—, si no es molestia.

Que me sonría me obliga a sonreírle, aunque lo hago por cortesía.

—En un momento se la traigo, señor —digo en voz baja para no interrumpir al señor Maldonado.

También me sorprende ver la mirada pícara que el hombre le dirige a Marco, aunque mi jefe se muestra serio con él a pesar de estar sentados uno al lado del otro.

—Es guapa —añade en voz baja, pero Marco no dice nada.

Y yo no sé cómo sentirme después de escuchar a este extraño llamarme «guapa». Más cuando es...

—Salvador —lo llama el señor Maldonado.

—Te escucho, papá.

—Ponte de pie, por favor.

Salvador hace de inmediato lo que le piden y yo regreso a la cocina de la sala para buscar la jarra de agua con gas.

—Atenderán una orden de Salvador con la misma eficiencia que atienden una de Marco —pide a todos en la sala el señor Maldonado.

Decido esperar a que la atención sobre este disminuya para acercarme otra vez y servirle el agua.

—No es novedad para nadie que el rendimiento de Grupo M ha bajado desde que me retiré —continua.

Busco con la mirada a Marco y me sorprende darme cuenta de que en lugar de ver a su padre

hablar mal de él... está mirándome a mí, a su asistente.

«Es guapa», le dijo su hermano. Me pregunto si lo estará considerando.

—El compromiso de Salvador incluye ampliar nuestro campo de trabajo e incrementar nuestros resultados, en lugar de mantener estable todo... como hizo Marco —sigue el señor Maldonado, pero Marco aún posa en mí su atención.

Mi respiración se acelera.

Su mirada no es la que un jefe le dirige a su asistente, me mira como si... como si me agradeciera algo, aunque no sé el qué. Mi corazón da un vuelco intentando adivinar. Sus ojos son cálidos y su sonrisa, gentil. Las mariposas en mi estómago, en respuesta, revolotean sin parar.

A continuación me hace una señal que no entiendo: apunta discretamente hacia abajo con su dedo índice. «Pero no comprendo qué». De pronto, siento mis zapatos húmedos.

Asustada, miro hacia abajo. «¡Mierda, estoy regando el agua de la jarra!». Entro en pánico. ¡La ladeé hacia un lado sin querer!

Tan avergonzada como es posible, le miro otra vez. Ríe discretamente.

—Salvador cuenta con más experiencia que Mar... —El señor Maldonado se ve interrumpido por la risa «silenciosa» de su hijo—. ¿Estoy diciendo algo gracioso, Marco?

Este mira desafiante a su padre:

—De hecho sí, papá, pero continúa. Ya llegará mi turno de hablar.

El señor Maldonado guarda silencio durante unos segundos antes de continuar. El ambiente, sin duda, sigue tenso.

Cuando regreso de la cocina con un trapo para limpiar, observo otra vez a Marco. Se le ve más relajado. Y sintiéndome yo también más tranquila, me arrodillo para limpiarlo todo.

—¿Todo bien? —me pregunta un minuto después una voz con la que debo empezar a familiarizarme.

Me giro para verle. Ya terminé de fregar mi regadero.

—Sí, señor.

Salvador me ofrece su mano.

—¿Puedo?

La acepto y le permito ayudarme a ponerme de pie otra vez.

Físicamente es diferente a Marco. El cabello de mi jefe es rubio, Salvador es moreno y de complexión más corpulenta. Parece un *personal trainer*. Le sirvo el agua con gas que me pidió, no obstante, antes de regresar a su lugar en la mesa me dice en voz baja:

—Me da gusto que ahora también seas mi asistente.

Eso se sintió como una amenaza.

Capítulo 19



El señor Maldonado se encuentra frente a todo el personal que trabaja en Grupo M. La reunión en la sala ya terminó y es el momento de presentarnos a Salvador. El señor luce serio y habla con decisión. A diferencia de cuando estaba a cargo, ahora lo vemos con temor. Infunde miedo más que respeto. ¿Qué le pasó? Él no era agresivo.

—Ha pasado un año desde que les presenté a mi hijo Marco y tuve toda la intención de dejarlo a cargo —dice colocando la mano sobre el hombro de Marco, de pie a su izquierda. Salvador está a su derecha—, pero lo podemos hacer mejor. Marco es joven y, por lo tanto, inexperto, pero está aprendiendo. Por eso sé que tiene la madurez suficiente para reconocer que necesita apoyo. Él es mi hijo Salvador —anuncia, mirando de uno a otro—. Él aquí tiene la misma importancia que Marco. ¿Estamos de acuerdo con eso?

»Sospecho que se preguntan si esto será permanente y mi respuesta es *no*. Dejaré a cargo de Grupo M a quien me demuestre estar mejor capacitado. —Señala a ambos—. A partir de hoy los dos están en un periodo de prueba que tendrá una duración de seis meses.

«¿Seis meses para saber si me quedo o me voy de Grupo M?».

—La licenciada Nicole Govea —agrega mirando a la jirafa— será, a partir de hoy, la asistente personal y administrativa de Marco...

«¡¿Cómo?!».

—Mi asistente es Vanesa —lo interrumpe él—. Gloria es mi secretaria y Vanesa nos apoya a ambos.

—Ya no —responde el señor Maldonado sin dar la cara a su hijo—. A partir de hoy será la asistente de Salvador.

No puedo disimular mi sorpresa. Gloria y el resto de nuestros compañeros de trabajo tampoco pueden creerlo. Este sería un buen giro para mi novela si la siguiera.

—De ninguna manera —se opone Marco.

«¡Sí, no permitas que nos alejen!».

—¿Qué te parece si hablamos esto en privado? —le dice Salvador.

El señor Maldonado también le dirige una mirada de advertencia a Marco. ¡Por Dios! lo trata como si fuera un niño pequeño.

—También les advierto que Salvador y Marco no son los únicos dentro de un periodo de prueba —continúa... mirándome—. Si alguien demuestra no estar lo suficientemente preparado para adaptarse a los cambios también se marchará de la empresa. —Los murmullos aumentan—. Eso es todo. Pueden regresar a su trabajo.

Cada uno regresa a su lugar. Por el contrario, el señor Maldonado dirige una mirada apremiante a mí, a Nicole y a sus hijos para que lo sigamos.

Entramos en el despacho de mi jefe.

—¿Cuál es tu problema, Marco? —le pregunta una vez está cerrada la puerta.

Se encuentran uno frente al otro, como si en lugar de platicar midieran fuerzas.

—Vanesa es mi asistente —insiste.

Me siento a salvo porque me quiere de su lado.

—Ese es precisamente el problema y el motivo por el que te la estoy quitando —responde, molesto, el señor Maldonado—. Vanesa es una colaboradora más, no tu propiedad... A menos que tu atención en ella vaya más allá de los intereses colectivos de esta empresa.

«Mi Dios, si responde que sí caeré muerta aquí».

Trato de ocultar mi inapropiada emoción.

—Me restaste autoridad dentro de esta empresa... —cambia de tema Marco.

—Dije que la compartirás, no que...

—Es mi turno de hablar, papá —pide—. Lo único que te falta es partir en dos este escritorio o sacarme a empujones de este despacho.

—Marco, yo no...

—Por lo menos déjame conservar a mi asistente.

El señor Maldonado me mira como si fuera algún tipo de germen y no una trabajadora.

—Te conviene tener en tu equipo a Nicole Govea, Marco. Vanesa es solo una asistente personal. Nicole tiene un título universitario.

Ouch.

—Me quedo con Vanesa.

—No te entiendo —se rinde por fin.

—Nicole no está de mi lado, papá.

—¡Es que no hay lados!

—Sí que los hay, por eso no entiendo qué pasó. Anoche tenías toda la intención de asignarle a Nicole a Salvador.

—Bueno, no tenemos que hacer de esto un espectáculo barato —se interpone este entre los dos mirando primero a Marco—. ¿Qué te parece si compartimos a Nicole y a Vanesa? Nos pueden asistir a los dos.

«No, por favor».

—No quiero a Nicole cerca —les advierte.

Como cambió todo en días.

—Nadie aquí es tu enemigo, Marco.

—No estoy seguro de eso.

Observo a Nicole. No parece sorprendida u ofendida de escuchar el resentimiento que le tiene mi jefe. ¿Qué pasó?

—Me parece justo lo que propone Salvador —interviene el señor Maldonado—. Vanesa y Nicole les asistirán a ambos. ¿O tienes algún problema con eso, Marco?

¿Es mejor algo a nada? Mi jefe se cruza de brazos.

—Supongo que no. ¿Y cuál será mi oficina? ¿O de plano sí cortarás en dos este escritorio?

—No seas ridículo. —El señor Maldonado se dirige ahora a Salvador—. Pídele a Sofía que comparta oficina con Emiliano para que tú ocupes la de ella.

—Como prefieras, papá —responde, obediente.

Me pregunto si juega a ser el bueno para enfadar más a Marco, porque da resultado.

Cuando salimos del despacho intento hablar con el señor Maldonado para saludarlo y preguntarle qué hice que le molestó, pero me ignora. Eso me duele. Fui su asistente antes de ser la asistente de Marco y él, ayer y hoy, me trata como si no mereciera respeto o su atención.

—Confío en que se llevarán bien —dice colocando una mano sobre el hombro de Salvador y otra sobre el de Marco.

—Esto no es una escuela, papá.

—Yo no estaré cómodo hasta que tenga mi propio escritorio —interviene Salvador, buscando con la mirada si habrá alguno perdido.

«¡A la cola!».

Puedo asegurar que es la primera vez que viene a Grupo M.

Ahora nos encontramos frente a la puerta del despacho de Marco, en el campo de visión del resto de mis compañeros, lugar perfecto para que evalúen si prefieren estar de lado del jefe nuevo o seguir con él.

—Ya sabes qué hacer —se despide de Salvador el señor Maldonado y se marcha sin decir algo a nadie más.

Marco no lo acompaña a la puerta y yo quisiera saber en qué me equivoqué. ¿Por qué ya no soy de su agrado?

—Aprende a ver dónde está tu lugar, *asistonta* —se burla Nicole al darse cuenta de que el jefe mayor me ignora.

Pero ahora que el señor Maldonado se marchó puedo enfrentarla:

—¿Cuál es tu problema?

—¿De qué hablas? —Sacude su cabello en mi cara.

Nuestra pelea de gatas empieza a llamar la atención de Salvador y de Marco, todavía cerca.

—¿Por qué me odias? —le pregunto—. ¿*Qué* te hice?

—Miauuuuu —maúlla alguien a lo lejos y los murmullos se incrementan. La gente pide pelea.

—Señoritas, tranquilas. —Nos separa Salvador a las dos—. Ya oyeron a papá, trabajarán con ambos.

«¡No es por eso por lo que peleamos!».

Con delicadeza, me aparto de él.

—Ahora regresen a su lugar, por favor —pide.

La jirafa vuelve, arrogante, a su lugar y yo me quedo en mi silla junto a Gloria.

—A tu lugar de trabajo, Vanesa —repite.

—Este es mi lugar, señor —respondo frunciendo los labios.

Los ojos de Salvador saltan.

—¿No tienes escritorio propio? —pregunta mirando de manera significativa a Marco.

Este asiente.

—Sí lo tiene. Es... —Lo busca en medio de los cubículos—. ¿Cuál es, Vanesa?

Evado su mirada.

—No tengo, señor.

Salvador resopla.

—¿No le asignaste un lugar de trabajo a tu asistente? —le echa en cara.

Dirijo la atención a Marco, que parece confundido. «Es que apenas ayer notaste mi existencia».

—Increíble. ¿A quién le tengo que pedir un escritorio para Vanesa, Gloria? —insiste Salvador —. También necesito que me acondicionen una oficina propia.

—Al encargado de mantenimiento —responde, nerviosa. Creo que le asusta su amabilidad, esperábamos a un tipo desalmado.

—¿Me harías el favor de ir a buscarlo?

Hace un gesto afirmativo y se marcha en su búsqueda mientras mis ojos siguen puestos en Marco. ¿En serio no se había dado cuenta de que no tengo un lugar propio?

—En cuanto instalen tu nuevo lugar de trabajo vienes a mi oficina para que platiquemos —me

pide Salvador.

—Sí, señor.

Luego pregunta dónde está la oficina de Sofía y se marcha.

Marco no regresa a la suya, ni siquiera me mira a mí o alguien más. Parece perdido. Yo me siento apenada, no quise que se sintiera avergonzado frente a su hermano.

Tal vez no debí decir que no tenía un lugar aquí.

—Me llamaron del bar —dice de pronto. Lo escucho, atenta, al percatarme de que se dirige a mí—. Dejaste tu bolso.

«Dios, menos mal, fue allá y no en tu apartamento».

—¿Me permite ir a por él? —le pregunto levantándome. Necesito mi teléfono.

—No —responde, todavía apenado—. Yo enviaré a por él. Es lo menos que puedo hacer.

«Es lo menos que puedo hacer». ¿Lo dirá por lo del escritorio o por todo lo que he hecho por él?

***

Desde que llegué a Grupo M anhelé tener escritorio propio. No porque odiara compartir uno con Gloria, pues es mi amiga, pero quiero sentir que pertenezco aquí. Acomodo todo: papeles, agenda, bolígrafos...

Mañana traeré fotos y detallitos para darle un toque personal.

Lo bueno: Estoy a la izquierda de Gloria.

Lo malo: A la derecha de Nicolasa.

También recuperé mi teléfono. Llegó a mí sin carga, pero sin daños. Lo mismo con mi bolso, que, para no perder la costumbre, sigue sin dinero. Quien lo encontró habrá pensado que pertenece a alguna vagabunda.

Notificación de mensaje nuevo:

Armando: Imagino que estás ocupada, pero... hay algo que quiero saber. ¿Puedo preguntártelo?

Sonrío al ver que se trata de Armando.

Vanesa: No saco créditos por nadie, te advierto. Igual no te sirvo de mucho porque tengo mala relación con los bancos.

Armando: Jajajajajja. No, no es eso, pero es bueno saberlo. En realidad, es un chisme empresarial.

Vanesa: ¿¿¿???

Armando: Estoy platicando con Daniel y otros abogados y... nos preguntamos si es cierto que Eleazar Maldonado le quitó la presidencia de Grupo M a Marco.

Vanesa: ¿Quién dijo eso?

Armando: Rumores en nuestro círculo inmediato. Y tal vez tú...

Vanesa: No te voy a comentar asuntos privados de mi jefe.

Armando: Eso pensé.

Pero no lo corto enseguida.

Vanesa: Oye, ¿y eso es malo? Digo, legalmente hablando, que Marco, ya sabes... Y no es que en realidad esté pasando.

Armando: Vanesa, nosotros somos sus amigos. También sus abogados. ¿Recuerdas que el bufete de Daniel trabaja

con él? Tarde o temprano lo sabré.

Vanesa: De acuerdo. Es cierto.

Armando: Gracias por decírmelo. Eso me ayudará a documentarme mejor para aconsejarlo.

Vanesa: ¿Como amigo o como abogado?

Armando: Como ambos. ¿Quién está a cargo ahora? ¿Salvador Maldonado?

Vanesa: Los dos compartirán la presidencia.

Armando: No podemos esperar algo bueno de eso.

Vanesa: Ayúdenlo :(

Armando: Veré qué podemos hacer :) ¿Irás mañana a la cena de Daniel y Carolina?

Vanesa: Sí o Carolina me mata. Me amenazó :(

Armando: Jajajjaja. Perfecto. Ahí nos veremos.

Vanesa: Menos mal porque tengo mucho que contarte.

Armando: ¿Qué pasó?

Vanesa: No por teléfono :(

Armando: ¿Nos reunimos hoy?

Vanesa: Mejor mañana. Hoy quiero llegar a mi casa y dormir hasta que sea hora de ir a la fiesta.

Armando: Pero háblame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

Vanesa: Claro, novio falso :) ♥ ♥ ♥

Armando: JAJAJAJAJAJJAAJ ♥

Vanesa: Oye, los novios regalan cosas.

Armando: Cierto. ¿Qué quieres, AMOR? ¿Flores? ¿Una joya? ¿Un bolso? ¿Ropa?

Vanesa: No, eso no me lo puedo comer, CARIÑO MÍO. Necesito comida. COMER.

Armando: Jajajajaja. Perdón. Es que Heydi siempre se quejó de tener que cuidar su dieta.

Vanesa: Uh. Por mí no te preocupes por eso. Ve a alguna tienda de detalles del tipo San Valentín y pregunta «Disculpe, ¿qué tiene con muchas calorías?». Te llevarán a la sección de dulces y chocolates. Sé bueno y tráele de todo a tu novia Vanesa ♥ ♥ ♥. Ella necesita mucho azúcar cuando está muy triste.

Armando: Jajaja. Jajaja. Bien. Bien. Y también te compraré algún conejito, o un osito.

Vanesa: Eso no me lo puedo comer, AMOR. Mejor vamos al Taco Bell.

Armando: JAJAJAJAJA.

Vanesa: Hay refill [27] de bebidas. Piénsalo ;)

Armando: Vamos entonces.

Vanesa: ¡Wuju! Entonces nos vemos mañana, novio falso. O ¿qué se supone que somos?

Armando: Estamos saliendo.

Vanesa: Ah. Igual, no importa. VANESA ♥ TACO BELL & ARMANDO.

Armando: Hasta mañana ♥

Vanesa: ♥

Es la hora de la salida y también es viernes. «¡Gracias, Dios!». Mi cuerpo resiente la jornada de anoche y exige descanso.

«Ahora que lo recuerdo...».

Dejo caer la cara entre las manos. «Anoche tuve sexo con Marco». Se lo puedo negar a él, pero yo lo sé, porque no me haré la inocente o idiota, lo recuerdo. Fue... Dios, fue increíble. Fue

perfecto. Mucho mejor que como lo describo en mi novela, sin embargo... no puedo disfrutar de ello sin sentirme culpable por algo. «¿O sí puedo?». Bueno, puedo hacerlo en silencio: «¡Sí, tuve sexo con Marco!». Sonrío. Debería aplaudirme porque antes de ayer lo veía imposible.

Entonces lo veo salir de su despacho.

Salto en mi asiento.

Él ya se marcha.

Contengo mis pensamientos lujuriosos para cuando esté sola.

—Feliz fin de semana, señor —me despido.

Entonces mira mi escritorio.

—Así que ya... ¿Te sientes cómoda?

—No era necesario. —Intento restarle importancia.

—Era necesario, Vanesa. Lamento no haberlo hecho yo.

—Está bien así, señor.

Niega con la cabeza.

—Igual, ya no importa. ¿Te veré mañana en la cena de Daniel?

—Ahí estaré.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Muero por llegar a casa y dejarme caer sobre la cama. Dormiré quince horas y después disfrutaré del fin de semana. Total, lo de mañana es solo una fiesta y la atención se centrará en Daniel y Carolina. Para mí nada puede salir mal. *Calamity Vanesa* descansa este fin de semana.

Capítulo 20



—No puedo creer que me hayas convencido de hacer esto —le digo a Armando cuando lo veo venir con nuestras entradas.

Me encuentro en la fila para comprar palomitas. Mi plan era hibernar hasta la fiesta de mañana, pero insistió en salir hoy.

Henos aquí.

—La vamos a pasar bien. Además... —Me da un beso en la mejilla— tenemos que conocernos.

Arrugo la frente.

—¿Para?

—Porque estamos «saliendo». —Lo hace sonar obvio.

Esbozo una mueca y miro el lugar en el que estamos.

—Pero en realidad *sí* estamos saliendo.

Armando ríe.

—Pero vamos a hacer esto bien. Debo conocerte lo mejor posible. *Quiero* conocerte lo mejor posible.

—Mmm. No hay mucho que decir sobre mí. —Me rasco la nariz con duda—. Soy una persona ordinaria.

—Vane, tú eres todo menos ordinaria —asegura y estiro aún más la sonrisa en mis labios porque justo esa respuesta esperaba.

Por otro lado… «Vane». Solo Carolina me llama así. Eso me hace sentir en confianza.

—Quítate esa corbata —pido, pero se la quito yo misma—. ¿Quién diablos viene formal al cine?

—¿Yo?

Me río.

—Sí, no sea que necesitemos de un abogado.

—Pórtate bien, Vanesa —responde, serio.

Así que ya no soy «Vane». Le muestro mi mejor cara de: «pero si soy un ángel».

—Y aun así te haces llamar «ordinaria». —Niega con la cabeza y señala el mostrador para pedir comida—. Vamos, es nuestro turno.

Hora de pedir un agrandado de todo.

***

Armando escogió ver una comedia romántica. Una *estúpida* comedia romántica.

—¿Es en serio? —me quejo mientras miro el cartel publicitario en la entrada de la sala. No quiero ver a Katherine Heigl encontrando el amor verdadero por enésima vez.

—Estamos en vísperas de San Valentín y se supone que estamos saliendo.

Finjo estar convencida de lo que dice, aunque exagero. Armando vuelve a reír. Me gusta escucharlo así. Sé de buena fuente que es un hombre serio, pero se ve encantador cuando se

relaja. Sobre todo así, vistiendo esa ropa de oficina, aunque llevándola con una actitud despreocupada y sin corbata. Así se ve sexi.

Buscamos las butacas con la mejor vista y tomamos asiento. Armando solo compró agua embotellada y un helado de yogurt para él, pero yo, Vanesa, alias: «No me inviten al cine si no traen suficiente crédito», traigo conmigo una bandeja con palomitas, gomitas, un perro caliente, m&m's y una coca cola sin hielo.

Armando mira de reojo todo lo que voy a comer. En respuesta me siento más erguida, sintiéndome orgullosa de mí misma.

—¿Qué?

—¿No me vas a dar nada? —pregunta, ofendido.

«O sea, mátate». Me vuelvo hacia él.

—Tú escogiste ser, precisamente hoy, el señor saludable. ¿Un helado de yogurt? —Resoplo—. Ni siquiera sabía que existía eso.

Intenta no reír.

—Es comida sana.

—Oh, Dios. Te llevarías genial con mi mamá.

—Me encantaría conocerla —responde mientras intenta robarme una gomita—. Además, traje agua porque la sal de las palomitas me produce sed.

—Pero no las compraste —le recuerdo apartando mis gomitas de él. Ahora mira mis palomitas —. Ah, no. —Salto—. No sé cómo era tu relación con Heydi, pero Vanesa Salcedo no comparte su alimento.

Entonces enternece la mirada.

—¡No!

—Vanesa...

—N. O. No.

—Vane… —musita, todavía más empalagoso.

Alejo de él el recipiente con palomitas y empezamos una batalla para ver quién de los dos se queda con él; salto en mi asiento y él conmigo. Después coloca los brazos alrededor de mi cintura. Yo levanto lo más alto que puedo el recipiente.

—¡No!

Pero Armando no se rinde y me hace cosquillas.

—¡Basta!

Las palomitas y el perro caen al suelo. «¡Mierda, no!».

A tiempo, empieza la película.

—Shhh —nos regaña alguien y le muestro el dedo medio.

Armando me suelta y le arrojo las pocas palomitas que quedan.

Su risa se escucha por todo el lugar.

—Me quedé sin comida —chillo, dramática.

—Puedo compartir el helado de yogurt —ofrece después de darle la primera mordida y empujo el resto contra su camisa.

Los dos reímos.

—Shhh —siguen mandándonos callar.

—¡Mi novio es abogado! —les advierto a todos.

—¡Vanesa! —me regaña Armando.

—¡Shhhhh! —sigue la gente durante toda la película porque nosotros tampoco nos callamos.

***

—Me la estoy pasando bien. Gracias por la película —digo, sintiéndome otra vez tímida—. Por todo en realidad. Muchas gracias.

No sea que un día de verdad necesite un abogado.

Después de salir del cine decidimos caminar sobre la avenida comercial de Ontiva para comprar un obsequio para Daniel y Carolina, y el camino nos llevó hasta el parque central de la ciudad.

—Ya hasta olvidé dónde dejé mi coche.

—En el centro comercial —le recuerdo.

—Cierto.

Ya vimos una película, visitamos tiendas de boberías y cenamos.

—¿No te aburrí con todo el rollo de Grupo M?

—Para nada. —Coloca una mano sobre mi espalda—. Creo que me diste más detalles que los que jamás me dará Marco. Y los necesito si seré su abogado. Ahora. —Me mira con actitud cómplice— platiquemos sobre ti.

—No.

Tan bien que me la estaba pasando…

—Quiero saber que estás bien —dice, preocupado—. En nuestros últimos mensajes te sentí... no sé. Sabes que puedes decirme lo que sea.

—Armando...

—Te prometí ayudarte. Más si es sobre tu novela.

No quiero hablar de ello.

En el parque hay todo tipo de personas y también entretenimiento con artistas callejeros. «Mejor disfrutemos esto», pienso.

—Marco —digo, respondiendo su pregunta.

—¿Qué pasa con él?

Qué *pasó* con él.

—Es que...

Armando se tensa, pero espera, paciente, a que hable. ¿Pensará que sospecha de mi novela?

No sé si debería platicarle lo que sucedió con Marco. Moriría si no comprende el contexto de la situación por la cual terminé en su apartamento teniendo sexo casual con él.

Ahora me importa la opinión de Armando.

—Soy todo oídos —insiste, recordándome que está escuchando.

—Estoy preocupada por él —respondo, decidiendo no contarle lo del sexo, aunque también esto es cierto.

—Por los cambios que se están dando en Grupo M.

Asiento.

—Es que no se ve contento. Deberías verlo. Nunca antes vi a Marco tan nervioso.

Armando respira sonoramente.

—Hoy por la tarde empecé una investigación —me cuenta. Sorprendida, abro la boca. Qué buen abogado tengo a mi lado—. Mañana le presentaré las preliminares.

—¿Mañana? ¿En la fiesta?

—No podemos perder más tiempo.

—¿Por qué? ¿Tan grave es?

—Es para evitarle conflictos. Por otro lado, ¿sabes? me gustaría que alguien se preocupara por mí tanto como tú lo haces por él —confiesa. Sus ojos ahora lucen apagados.

—¿Heydi no...?

—No, era yo el que me preocupaba por ella. Si bien cuando íbamos al cine me daba de comer lo que ya no quería. Eso...

—Perra. —Resoplo.

—¿Por qué?

¿En serio no lo entiende?

—¡Te daba sus sobras! —suelto, indignada—. Si en realidad te amara te hubiera dado de comer antes que a nadie de lo que tenía, o al menos ofrecerte la mitad de cada cosa.

—¿Y si, por el contrario, no quisiera compartir nada? —Sonríe al recordar nuestro espectáculo de hace un rato.

—Eso no es ser una perra. —Sonrío de lado, aunque me siento mal—. Eso es ser una acaparadora.

Armando ríe y toma mi mano para guiarme hasta donde se encuentra un vendedor de manzanas acarameladas.

—Para que mires que yo sí sé compartir, te invito a una manzana —dice, orgullo de sí mismo.

El vendedor me da una.

—Una para él también —le pido, señalando a Armando.

—¡¿No me vas a dar?!

Muerdo mi manzana.

—Qué maldita gana de querer compartirlo todo —digo con la boca llena—. Primera regla de salir con Vanesa: antes de ti, está mi estómago. Mi estómago siempre va primero. Estás demasiado acostumbrado a las mujeres que se hacen de la de la boca pequeña, amigo.

Entonces toma su propia manzana.

—Eres única, Vanesa —responde antes de morderla.

—Soy honesta —replico limpiando miel que cayó sobre mi camiseta. Armando fue a por mí al apartamento, por eso me dio tiempo de quitarme la ropa de oficina y ponerme cómoda.

Un rato después me sorprende de buena manera cuando empieza a silbar y a tararear:

—Tararara-rá. Tararara-rá...

Sonrío ampliamente.

—No pensé que cantaras. —Lo codeo de forma amistosa.

Él se sonroja, pero continúa.

—Me gusta esa canción. ¿La conoces?

—No —miento.

—No puedes no conocerla.

Termino de comer mi manzana antes de responder.

—Segunda regla de salir con Vanesa —digo con seriedad, esperando ocultar bien mi plan.

—¿Qué? —pregunta, confuso.

—¡Tú sí compartes tu comida con Vanesa! —continúo y le arrebato su manzana. Después salgo corriendo.

Me sigue un par de metros y cuando me alcanza me abraza por detrás y me quita la manzana. Estamos justo delante del grupo callejero que canta la canción que tarareaba.

—*¡Y aunque no siempre lo ande diciendo, es buen momento para decirte que...!* —canto, pero me interrumpo rápido—. ¿Qué caso tiene cantarla si no tienes a quién dedicársela?

Armando arquea una ceja.

—Así que conoces la canción.

—Claro. —De nuevo intento quitarle su manzana.

—Y sí que tengo a quién dedicársela —aclara y le paga al grupo callejero para que vuelvan al inicio.

La cantamos mientras compartimos su manzana acaramelada.

—*¡Y no hay nada en el mundo mundial que ame más que estar contigo!* —entona, codeándome.

Me tapo los oídos.

—Mejor dedícate a ser abogado —digo y los dos reímos.

—Eres cruel.

—No, yo también canto para la mierda.

—Nada de eso —responde, todavía abrazándome por la cintura—. Sin duda tienes estilo.

Niego con la cabeza.

—Hasta como escritora soy una mierda.

—¡Por Dios, Vanesa! —me regaña y me deja morder otra vez la manzana.

Ahí, de pie, frente al grupo callejero, me recuesto sobre el pecho de Armando. Estoy recordando...

—*Siempre estás presente, aunque no pueda verte...* —canto, pero trato de alejar las lágrimas de mis ojos. No puedo.

«No ahora».

—Sí, esa parte es buena —ríe, pero se detiene cuando se percata de mis lágrimas—. ¿Qué pasa? —pregunta limpiando de mi cara un poco del caramelo de la manzana.

—Por favor, ayúdalo. —Es la tercera vez que le suplico.

Sus ojos se vuelven a apagar. «¿Él también está preocupado por Marco?». Después me abraza más fuerte y acaricia mi cabello.

—Así será —murmura en mi oído.

—¿Tú también piensas en ella cuando escuchas esto? —le pregunto para que no piense que solo me importan mis problemas.

—Sí —contesta, dudando. La canción sigue sonando—. Al escuchar esto solo puedo pensar en... ella.

Lo abrazo.

—Gracias por todo, Armando.

Besa mi cabello y nos quedamos un rato más abrazados.

Capítulo 21



Marco: to difcill [28].

Vanesa: Estoy de acuerdo con eso, pero hay que verlo como una oportunidad y no como un problema.

Marco: cuedo vane [29].

Vanesa: Sí. Salvador no tiene idea de lo que representa estar a cargo de Grupo M. Ya verá que terminará reconociendo que usted es el mejor para eso.

Marco: no immmpor esa impersaa.

Vanesa: Y es increíble e injusto que todos, a excepción de su papá, nos demos cuenta :(

Marco: no todos vaness.

Vanesa: Yo sí me doy cuenta ♥

Paciente, espero otro mensaje, pero dejan de llegar. Tal vez ya no quiere platicar conmigo sobre los problemas de la empresa.

Vanesa: ¿Llamo a Gabo?

Nada.

Vanesa: ¿Sigue ahí, jefe?

Marco: xq Vanesa [30]?

¿A qué se referirá? Lo pienso... A Grupo M, por supuesto.

Vanesa: Porque esto es un reto. Ya verá que en un futuro lo verá como una experiencia.

Marco: no hable d impensa[31]

¿Entonces de qué?
Oh, ya sé.
Rayos.

Vanesa: :)

Eso es. Solo responderé con una sonrisita.

Marco: Vansaa.

Vanesa: Dígame, jefe.

Marco: teneos q hbla [32].

Vanesa: ¿Sobre la empresa?

Tengo que hacerme la que no sé nada.

Marco: No tu sabs q [33].

Vanesa: Señor, ya es tarde. Estoy llamando a Gabo.

Marco: Ok.

Hablar. ¿Sobre lo que pasó entre nosotros? No se me ocurre qué más puede ser. Tal vez no lo engañé sobre que no me acosté con él.

Llamo a Gabo para que lo recoja.

Es bueno que mañana sea sábado y no deba madrugar porque estoy recostada sobre mi cama y no he dormido nada. Armando me trajo a casa a las diez y pronto recibí el primer mensaje de Marco. Está bebiendo otra vez.

Tal vez debería hablar con su papá y decirle un par de verdades. «O podría buscar a su mamá...».

Me muevo de un lado al otro en la cama, pensando. A la señora Maldonado sí la he tratado, pues visita con frecuencia la oficina. «A lo mejor yo podría...». Mi teléfono móvil vuelve a vibrar. Lo tomo y miro la hora. Dos y media de la madrugada. ¿Quién será?

Otro mensaje de Marco. Me incorporo. ¿Habrá pasado algo?

Marco: DEFINI, TEM HABLAR

¿Definitivamente, tenemos que hablar?

Vanesa: Señor, duérmase.

Marco: TU tmbe estas desperté [34].

Vanesa: Es que no tengo sueño.

Marco: Entonces jablemos te llamo?[35]

Mi corazón se acelera.

Vanesa: ¡No! Qué cree. Al parecer ya me dio sueño Zzzzz Zzzz.

Marco: notecreo.

Vanesa: Me estoy durmiendo, señor. ZZZzzzzz Lo siento. Tengo solo un ojo abierto. ZZZZZZZZZZZZZZZZ.

Marco: Vanesaa.

Vanesa: Zzzzzz Descanse xxx.

Marco: ¿xxx?

¡Le mandé besos! ¿Se puede morir de vergüenza?

Vanesa: Ya ve. Ya ni sé qué hago. Zzzzzz zzzzzzzz.

Marco: Tnmos qu hablaaa vsnsa[36].

Apago el teléfono, otra vez me acomodo en la cama y abrazo la almohada. Ahora menos tengo sueño.

Trato de contar ovejitas para poder dormir. Una ovejita, dos ovejitas, tres ovejitas...

«¿De qué querrá hablar conmigo Marco?».

Cincuenta ovejitas...

Setenta...

Cien...

Intento recordar lo que pasó la noche del jueves. El bar. El taxi. El elevador. El apartamento de Marco. «Oh, cielos». Cuando intenté utilizar el teléfono él me atrajo. Nos besamos. Acarició mi cara, mi cuello, mi espalda... Me sacó toda la ropa. Estaba como hipnotizada. No inconsciente, pero sí encandilada. Parte de mí se negó a creer que eso en realidad pasara y otra parte no podía pensar con claridad porque, sin duda, por tratarse de una fantasía hecha realidad, lo estaba disfrutando.

Lo hicimos un largo rato. Quizá cuando desperté apenas habíamos terminado. ¿Ahora qué haré? Aparentemente, él estaba más borracho que yo, pero fue quien tomó la iniciativa. Tiene que recordarlo. Es imposible engañarlo.

Salgo de la cama y camino hasta la sala. Ahí busco el control remoto, prendo la televisión y me recuesto sobre el sofá. Necesito distraerme. No quiero pensar más.

A las seis de la mañana, cuando mamá despierta, como es costumbre, pone a todo volumen la música de Céline, se asea y después hace su camino hasta la cocina para iniciar su día. Yo sigo despierta.

—Oye, tú nunca te desvelas —dice, extrañada de verme así.

—¿Por qué piensas que me desvelé y no que madrugué? —pregunto, exageradamente ofendida.

—Porque te conozco, Vanesa.

Me froto los ojos y suelto un largo bostezo. Bienvenido, sueño.

—No podía dormir —confieso, poniéndome de pie, lista para regresar a la cama.

Después de dos noches de desvelo, me duele la cabeza, pero ya tengo sueño.

Mamá parece desilusionada.

—Y yo que quería que me acompañaras a una protesta.

—Má. —Hago puchero. No importa si tengo cinco, quince o veinticinco años. A mamá sí le puedo hacer esto.

—Ya sé que no quieres. —Suspira—. Anda, ve a la cama.

En lo que recojo mis cosas del sofá, ella va y viene de la nevera a la mesa preparando otra de sus pociones. Será mejor huir.

Ya mencioné que mamá y yo tenemos diferentes aficiones. Físicamente lo heredé todo de ella, no obstante, ella es pro *fitness*, ecología, y toda histeria que promueva la Nueva Era, mientras yo solo me ocupo de mi culo.

—¿Te dejo un batido? —me pregunta cuando voy de camino a la cama.

—No. Comeré cereal.

***

—Quiero morder tus labios —murmura y me pregunto si el alcohol nos volvió más osados o reprimimos durante demasiado tiempo el deseo.

—Hazlo.

Beso la comisura de sus labios para provocarlo.

Marco me besa con pasión y después sujeta con fuerza mis caderas...

Despierto atolondrada. «¡Mi Dios, fue demasiado bueno para olvidarlo y ahora hasta en sueños lo revivo!». Golpeo la cabeza contra la almohada y miro el reloj. La una y veintidós del mediodía. Dormí casi siete horas y no puedo más con la tentación. Activo otra vez el teléfono.

Más de noventa y nueve notificaciones en Wattpad. «Mierda». Deben ser mensajes pidiéndome actualización. «No, hoy no, por favor. No es buen momento».

Siete llamadas perdidas: tres de Carolina, dos de Marco, una de Armando y otra de mamá.

Ochenta mensajes en WhatsApp.

—Por Dios, ¿quién murió? —Bostezo mirando la cantidad de mensajes.

Una hora después ya me bañé, cepillé dos veces mis dientes, me peiné y busqué otro pijama

porque no pienso salir de casa. Luego curioseo el teléfono.

Mamá: Hay pastel de zanahoria en el microondas ♥

Menos mal, porque muero de hambre. Sigo revisando qué más hay:

Carolina: Vane...

VANESAAAAAAAAAAAAAA

Vanesa :(

Los mensajes los envió hoy más temprano.

Vanesa: ¿Qué pasó?

Espero su respuesta.

Carolina: ¿Por qué estás desaparecida? :(

Vanesa: No exageres, solo me ausenté unas horas.

Carolina: Horas antes de la cena en casa de Daniel :(

Vanesa: Pero si es mañana!!!

Carolina: Y no sé qué ponerme.

Vanesa: Ponte, no sé... Ropa.

Caro, tú tienes cosas bonitas.

Carolina: Y no sé si planchar mi cabello o sujetarlo. ¿Debería ponerme uñas acrílicas?

Vanesa: No voy a salir de la cama.

Carolina: </3

Vanesa: No seas cursi.

Carolina: *sensible *mode on**.

Vanesa: Te odio.

Carolina: Te espero aquí en mi casa :)

Vanesa: Iba a hacer maratón de *The Walking Dead!*

Carolina: Con Nat vamos a ver *Pretty Little Liars*.

Vanesa: Es mejor *The Walking Dead*!

Carolina: ¡Te gusta *Pretty Little Liars*!

Mientras busco qué ponerme, continúo revisando los mensajes que entraron hoy en mi teléfono.

Sonrío porque también hay uno de mi novio falso.

Armando: Espero que tengas un lindo sábado :)

Me apresuro a responder.

Vanesa: Igual, bebé. X.

Ahora veré la siguiente conversación.

Es Marco y el primer mensaje, después del visto que le apliqué, entró a las tres y cuatro minutos de la madrugada.

Marco: Nsrio tneemos que hablar [37].

El siguiente entró hoy por la mañana.

Marco: Confirmando si irás mañana a la cena.

Este último está bien escrito. Será mejor responder.

Vanesa: Sí :)

Él responde rápido.

Marco: Ok.

Vanesa: ¿Por qué?

Marco: Ya te lo dije. Necesito que platiquemos.

Esto no está saliendo como esperaba. Se supone que Marco piensa que no nos acostamos. ¿Querrá hablar sobre eso? Aunque, ¿qué más puede ser?

Mensaje nuevo.

Armando: ¿Extrañando a tu novio falso?

De pronto viene a mí una idea.

Vanesa: ¿Frente a quiénes tenemos que fingir?

Armando: Mis amigos.

Vanesa: ¿Entre ellos Marco?

Armando: Sí...

Perfecto.

Armando: Pero si no quieres está bien. Vamos como amigos :)

Vanesa: No. Está bien.

Armando: ?

Vanesa: En la cena te cuento.

Eso es. Armando será mi excusa para evadir a Marco.

Capítulo 22



Toco la puerta.

—¿Quién es? —pregunta una voz que me cuesta reconocer.

—Vanesa, la amiga mala influencia de Carolina —respondo y escucho risas.

La hermana de Daniel abre la puerta.

—Creo que ya nos conocemos —me saluda. Tiene una mirada maternal y se ve tan elegante como los demás que me he topado desde que llegué a esta casa.

—Eso creo.

Me deja pasar.

—Hola —saludo a todas.

En la habitación se encuentran Carolina, Natalia, Mónica (hermana de Daniel) y más mujeres que no sé quiénes son... y Heydi, la exnovia de Armando, entre ellas. La reconozco por una foto. Disimulo mal una mueca de fastidio.

—Traje los zapatos que me pediste —le digo a Carolina.

Ayer pasé la tarde en su casa, pero hoy me pidió venir temprano para ayudarla a prepararse. Estamos en la casa en la que será la fiesta, de manera específica, en una habitación dispuesta como salón de belleza. El ambiente huele a esmaltes de uñas, peróxido y perfumes caros, también hay planchas de pelo, rizadores de pestañas y limas de uñas por todos lados. «Taller de enderezado y pintura» lo llamó Armando.

Carolina me agradece haber traído los zapatos y me pide sentarme junto a ella. Entonces me acerco a su oído.

—¿Es solo una cena normal o...? —musito, asustada.

Carolina suspira.

—No digas más.

—No te propondrá matrimonio, ¿o sí?

Carolina casándose. Solo de imaginarlo lloro.

Ella se acalora.

—Esa era la idea inicial de Daniel... —acepta, también asustada.

—¿Genial?

Mi amiga está sentada en un banco y una chica la maquilla.

—No porque le dije que no lo hiciera.

—¿Por qué?

Mira de reojo a su hermana.

—Mamá no vino porque dice que aún es muy pronto.

—¿Y qué?

—En parte tiene razón, Vanesa. —Se encoge de hombros—. Ya habrá tiempo para el... para el...

—Matrimonio —termino yo por ella.

Luce nerviosa.

—Ni siquiera estoy segura de querer hacer esto. Es un gran paso presentarme formalmente a su familia y a sus amigos. Yo prefiero ir despacio.

Lo medito.

—Sí, tal vez sea lo mejor —divago mirando el hermoso vestido color verde esmeralda que lleva puesto—. Ya ves que yo siempre meto la pata por no ir despacio.

—¿Por qué? ¿Qué pasó ahora?

—Señorita, no se mueva, por favor —le pide la maquilladora.

Está mal todo: Marco, la novela que aún no he eliminado... Por el momento solo le resulto de ayuda a Armando, y por eso evalúo a Heydi. Ella también retoca su maquillaje.

—¿Ves a la chica de allá? —le pregunto en voz baja a Carolina.

—¿La del vestido color vino?

Asiento.

—Creo que Mónica me mencionó que es la exnovia de Armando.

Me acerco más a Carolina.

—Vino con pretendiente nuevo —chismorreo.

—Pero si apenas terminó con Armando.

Carolina tampoco puede creerlo y por eso es hora de que Vanesa enorgullezca a su nación:

—Ahí es donde entro yo.

—Oh, no.

—La haré sufrir, Caro.

—Vanesa...

—Yo vengo acompañando a Armando.

Carolina suspira.

—Prométeme que no te meterás en problemas.

En apariencia Heydi no es espectacular, o, cuando menos, en mi opinión no lo es. Es en extremo delgada, castaña, no muy alta... Sin embargo, por cómo la describió Armando, me imaginé compitiendo contra Gal Gadot o Miranda Kerr. Pero con Heydi puedo.

—Vanesa —insiste Carolina.

Niego con la cabeza.

—Tranquila, todo está bajo control. Hoy, en lugar de Vanesa, me llamo «Prudencia».

***

Observo a Heydi durante una hora y al mismo tiempo le escribo a Armando.

Vanesa: Ni siquiera es tan bonita.

Armando: ¿No?

Vanesa: No. Y yo soy más alta.

Armando: JAJAJAJAJAJ.

Vanesa: #TeamVanesa.

Armando: Oye, ya llegué. Estoy estacionando mi coche.

Vanesa: AL FIN! Ya no soporto estar aquí.

Armando: Pero ahí está Carolina.

Vanesa: Que también tiene que platicar con su suegra, su hermana y su cuñada. Qué aburrimiento.

Armando: De acuerdo. Ven.

Le doy una última mirada de: «No sabes con quién te metes» a Heydi y prácticamente bajo corriendo hasta el vestíbulo de la casa.

—Te ves hermosa —me dice Armando al verme.

Qué bien porque no ocupé ningún turno para sentarme frente a algún estilista. Me preparé en casa. Traigo puesto un vestido color mostaza de corte sencillo, zapatos de tacón, accesorios modestos y dejé suelto mi cabello. Armando, por otro lado, viste un traje completo color café. Combinamos bien.

Saludo con un beso en la mejilla a mi novio falso.

—Escuché un par de cosas sobre ti ayer que pasé la tarde con Carolina.

—Ah, ¿sí? —Se muestra extrañado, aunque no sé si es porque estuve con Carolina o porque alguien me habló de él.

—Sé que tus padres murieron. Por cierto, lo lamento.

—Oye, me investigaste bien.

—Hice mi trabajo de campo para la misión «novio falso».

Toma mi mano y nos hacemos a un lado. Gente del servicio va y viene con bandejas de comida y no queremos estorbar su paso.

Nos quedamos en el vestíbulo de la casa de la familia Saviñon. Aquí esperaremos hasta que los anfitriones nos indiquen a nosotros y a los demás invitados pasar al salón en el que será la reunión.

Sé que en total somos cincuenta personas, pero es temprano y no ha llegado ni la mitad. Tenemos tiempo para platicar.

—Insisto en que te ves hermosa —repite Armando.

—Usted también se ve bastante bien, abogado.

Le guiño un ojo. «Empecemos a convencer a los invitados que ya llegaron».

Creo que Armando está de acuerdo porque insiste en tomar mi mano.

La hermana de Daniel nos acompaña un rato y nos platica sobre la casa. Miro todo boquiabierta. El piso, los muebles y piezas de decoración parecen de catálogo. Conclusión: Cualquier cosa aquí vale más que yo e iré a prisión si rompo algo.

—Esta casa de verdad es increíble —le digo a Armando cuando Mónica se marcha y echo otro vistazo. También hay un jardín y una piscina—. Estoy segura de que solo en el vestíbulo cabe mi habitación.

—También la mía.

Nos miramos.

—Así que no eres un esnob.

—¿Un qué? —ríe él.

—Que contigo no tengo que utilizar un tenedor para la ensalada, otro para postres... Y que, de hecho, puedo comer sin utilizar nada de eso.

Él continúa riendo.

—Me encanta que lo mires de esa manera. Usualmente las mujeres huyen cuando se dan cuenta de que tengo poco para ofrecer.

No puedo creerlo.

—¿Es en serio?

—Como me ven con Daniel piensan, no sé…, que yo también tengo dinero.

—Eso es terrible.

Y me molesta saberlo.

—Lo sé. —Suspira—. Y lo peor es que tal vez tú tampoco seas la excepción.

Prácticamente salto.

—¿Perdón?

—Estoy bromeando —se apresura a aclarar y besa mi mejilla como una forma de disculpa.

—No, en serio, dime por qué dijiste eso.

Guarda silencio, pero lo presiono hasta que continúa.

—Es que... —Luce humillado— si te impresiona esta casa, deberías ver la de la familia Maldonado. Es aún más grande, Vanesa.

—¿Y?

—Y tú quieres a Marco.

—No por su casa —replico, ofendida—, la cual estoy casi segura de que no es suya. Es de su papá.

—Pero tiene un bonito apartamento —responde con dolor—. Vanesa, yo no...

El apartamento sí lo conozco, y es cierto, es bastante vistoso, aun así, golpeo su hombro.

—No puedo creer que te creas inferior.

—Lo siento. —Pasa una mano por su cabello—. Es solo que...

—¿Qué?

¿Qué le pasa?

Toma con más fuerza mi mano. La suya está sudando.

—Es que...

—Dime.

—Yo no tengo dinero, Vanesa. Fui a la misma universidad que Daniel y Marco porque era becado.

—¿Y? Eso es impresionante.

Prácticamente le aplaudo, pero continúa de ánimo bajo.

—Yo tuve que luchar por mantener mi promedio —confiesa, avergonzado—. Marco me ayudó, de hecho...

—¿A mantener tu promedio? —pregunto, asombrada porque había escuchado que no fue un estudiante aplicado.

—No —responde con desanimo—. A pagar cosas que necesitaba.

—¿En serio?

Ahora luce más avergonzado y prefiero callar porque no puedo imaginar lo difícil que pudo ser para él.

—Me pagaba por hacer su tarea. Me pagaba bastante bien, en realidad. A veces mucho más de lo que yo cobraba.

—Permiso, por favor —pide alguien y caminamos hacia una esquina. Más invitados llegan y procuramos no interponernos en su paso.

—¿Te pagaba? —repito, asombrada—. Así que compró su título.

—No, no lo subestimes. Su teoría era que los negocios se aprenden mejor en la práctica. Por eso, en lugar de aplicarse, prefirió hacer contactos.

Me cruzo de brazos.

—Sé que le gustaba ir a fiestas...

Armando asiente.

—Él las organizaba. Nos invitaba a mí y a Daniel, pero nosotros íbamos poco. Daniel empezaba con la inquietud de ser escritor y aprovechaba sus ratos libres para escribir artículos. Yo hacía tareas por las que Marco y otros me pagaban... pero lo que quiero decir es que hizo amigos importantes en esas fiestas. Es bueno negociando, aunque todavía le falta confianza y, por lo mismo, no es constante. Le importa demasiado la opinión de su padre.

Trato de imaginar aquello. Daniel y Armando como dos ratones de biblioteca y Marco como el alma de la fiesta.

—¿Y no saliste con chicas?

Niega con la cabeza.

—Te dije que soy tímido.

—¿No hubo al menos una?

—Ya te dije que no era un gran partido. —Suspira—. ¿Quién querría salir conmigo de tener la posibilidad de salir con Daniel o Marco?

Percibo dolor en su voz.

—Algo pasó, ¿cierto?

Mira hacia otro lado.

—No. Es que...

—¿Qué pasó? ¿Por qué te afecta tanto?

Baja la mirada.

—¿Qué te hicieron?

Finalmente, confiesa:

—Una de las razones por las que me dejó Heydi fue por no poder ofrecerle un futuro mejor.

—¡¿Me estás jodiendo?!

—No.

«No puede ser».

—Mejor hablemos de otra cosa —empieza, pero me niego.

—No salías con chicas debido a tu situación económica.

Él asiente.

—¿Y hasta ahora no te enamoraste?

Vuelve a negarse a responder. Tal vez estoy siendo demasiado metiche.

—Quiero saber.

—¿Por qué? ¿Por qué si tú también prefieres a Marco?

«Oh, Dios».

—Te quitó a alguna chica. ¿Cierto? Él o alguien más.

—A muchas. Perdí a muchas chicas por no ser un gran partido. —Lo miro, sintiéndome indignada—, pero no fue culpa de Daniel o de Marco. Ellos tenían dinero y supongo que... eran apuestos. Yo...

Los ojos que me muestra me parten por dentro.

«Tú también prefieres a Marco», dijo.

—No pasa nada. Fue una tontería de universidad...

Pero duele. Sé que aún le afecta y Heydi, la hiena, lo humilló por eso.

Armando y yo nos miramos.

—¡Bienvenidos todos! —saluda el padre de Daniel desde la parte alta de las escaleras. Junto a él está su esposa y también Mónica—. Por favor, acompáñennos al salón donde ya está todo

preparado.

Armando y yo esperamos a que otros invitados se abran paso.

—Lo lamento tanto —digo.

—Te prohíbo sentir lástima por mí —se apresura a responder.

—No es lástima es... indignación.

Besa otra vez mi mejilla. No obstante, mi mirada se endurece al verla a ella. La hiena. No puedo creer que haya dejado a Armando por no tener dinero y ahora lo humille al venir con alguien más.

Armando sigue la dirección de mi mirada y, una vez más, le resta importancia.

—Ya no importa, Vanesa.

Heydi y su pretendiente saludan a todos a su paso. Algunas personas ya miran de reojo a Armando para evaluar su reacción. Esto es humillante.

Abrazo a mi novio falso.

—No tienes que hacer esto.

—Quiero hacerlo.

—¿A pesar de que ahí esté Marco?

¿Cómo?

Lo busco entre los invitados que están llegando. Es cierto. Ahí está, saludando a alguien.

—Lo puedes perder si haces esto. —Escucho decir a Armando.

—¿Cómo puedo perder algo que no tengo?

Sostiene con fuerza mi mano. «Tengo que hacerlo».

Trago saliva y le pregunto:

—¿Y qué tal si ahora te prefiero a ti?

Sus ojos parpadean debido a la sorpresa.

—Me harías un hombre muy feliz.

—Júralo.

—Lo juro, Vanesa.

«Tal vez podría intentarlo. Tal vez...».

—Aunque si tú todavía quieres a Heyd... —Dejando mi frase a medias, Armando me besa.

No me esperaba este final, pero tampoco algún otro. ¿Por qué no darle una oportunidad?

Cuando nos separamos y miro a mi alrededor para ver si hubo alguien que nos notara, me sorprende ver a Heydi liberar fuego. Y, por cómo me mira, presiento que ahora tengo otra archienemiga.

Marco también nos observa.

Capítulo 23



Me separo de Armando y le tomo la mano para caminar hacia el salón donde será la reunión.

—No tienes que precipitarte —dice.

—Estoy bien.

¿Qué acabamos de hacer? ¿Acepté salir con él? Estoy que entro en pánico.

«Tranquilízate, Vanesa, todo estará bien. Lo que necesitas en tu vida es estabilidad. Te hará bien tener un Armando».

—Buenas noches. —Escucho que saluda Marco detrás de nosotros.

¿Por qué me sorprendo si es raro cuando mi día cambia para mejorar?

Armando se vuelve hacia él para saludarlo. Yo hago lo mismo. Ellos se dan la mano. «Al menos...». ¿O qué esperaba? ¿Que se batieran en duelo? Claro que no. Armando se muestra sensato y Marco... Marco, por otro lado, se ve incómodo.

Me pregunto si todavía querrá hablar conmigo.

—Vanesa, te ves bien —me dice, apreciativo.

No soy capaz de sostenerle la mirada.

—Gracias.

Es que... no sé. Me siento como si hubiera hecho algo malo.

Hay gente mirándonos. Algunos saludan a Marco y otros se muestran felices por la nueva pareja que tiene Armando. Yo también me siento feliz por él... y por mí, claro. Sin embargo, me estoy preguntando qué diablos hago. Carolina parece entenderlo y cuando me ve suelta la mano de Daniel para venir hacia mí.

—Les voy a robar un minuto a mi amiga —les dice a Marco y a Armando.

Nos alejamos.

—Explícame qué fue eso.

—¿Qué cosa?

Estoy a punto de tener un fuerte dolor de cabeza.

—¿Qué va a ser? Ese beso, Vanesa.

Por alguna razón, contengo las ganas de llorar.

—Te lo dije antes, estoy ayudando a Armando a darle celos a...

—Ajá, ¿y por qué ahora te mira con ojos de amor?

Desde donde estoy lo observo. Es cierto, mientras plática con Marco me está mirando y luce... ilusionado.

«Mierda».

—Y no pareces muy feliz de que sea así —agrega.

—Sí lo estoy —digo, intentando sonar convincente.

—¿A qué estás jugando, Vanesa? Luces como una niña que quiere correr a buscar a su mamá después de hacer una travesura.

Levanto la mano para poner un *stop* a Carolina.

—Yo sé lo que hago. Todo está...

—La madrugada del viernes te acostaste con Marco. Te pedí una explicación y te rehusaste a...

—¡Porque no tengo que explicarte nada!

Ahora estamos discutiendo.

—Mi intención era ayudarte.

—Carolina, Marco *no* se acuerda de nada.

—No parecía eso.

—Mira, Armando parece buen tipo...

—Precisamente por eso estoy preocupada. —Lo señala—. Daniel lo aprecia como a un hermano. Te prohíbo que lo lastimes.

—Oye, yo no soy...

—Tú no lo quieres.

—¡Pero yo no voy a...!

—¡Tú quieres a Marco! —exclama con enfado—. ¡Desde que...!

—Oye, cál-ma-te.

No dejamos de interrumpirnos la una a la otra y la gente nos está mirando.

—No puedo contigo, Vanesa.

¿No puede comprender por qué hago esto?

—Él no me quiere a mí, ¿de acuerdo?

—¿Y eso en *qué* beneficia a Armando?

—En que nos vamos a dar una oportunidad.

Lo hago sonar tan fácil, sin embargo, Carolina no parece convencida.

—Insisto en que no te entiendo, Vanesa. Te acostaste con Marco. Eso querías, ¿no?

—Esto ya lo hablamos. Yo no quiero ser un simple...

«Polvo de una noche».

—¿Y qué culpa tiene Armando?

—Es que...

—No puedo impedir que te hundas sola, pero ¿arrastrarlo contigo?

—¡No me estoy hundiendo, Carolina!

Seguimos atrayendo la atención de más personas. Deberíamos discutir en otro lado.

—Hablemos luego, ¿quieres? —le ruego—. Hoy disfruta de tu fiesta. Me siento feliz por ti y no quiero echar a perder tu noche.

Carolina luce decepcionada.

—Solo cuídate, Vanesa, y, por lo que más quieras, ponle un buen seudónimo a esa novela.

Regresa a su lugar junto a Daniel y yo busco entre los invitados a mi novio fal... A mi novio. Está sentado en una mesa en compañía de Marco.

¿Es en serio? Dios, ¿por qué me haces esto? «Son amigos, idiota», me recuerdo y hago mi camino hacia donde están.

—Tengo un archivo lleno —le está contando a Marco—. No es la primera vez que el bufete los confronta...

Me siento junto a él y, en consecuencia, frente a mi jefe. En el salón hay diez mesas y nosotros tres ocupamos una.

—¿De qué hablan? —pregunto para no caer en un silencio incómodo.

Armando toma mi mano. Eso llama la atención de Marco.

—Le dije que ya inicié mi investigación sobre lo que pasa en Grupo M.

Armando me mira, y luego a él; yo miro hacia un punto lejano y Marco sigue atento a la mano de Armando sujetando la mía.

—¿Desde cuándo están saliendo? —nos pregunta.

Palidezco y dejo que Armando responda todo.

—Hace poco.

Marco sigue con su atención en mi mano. «¡Basta ya! ¡Tú no me quieres!».

—Enhorabuena. Hermano, Vanesa es una mujer estupenda.

«¿Cómo?». Aparto la vista del punto lejano y le observo. Dijo que soy, ¿qué?

—Doy por hecho eso.

Armando sujeta con más fuerza mi mano. No obstante, Marco ya no la está mirando.

—Platícame qué más investigaste —pide.

Armando, por su parte, adopta una actitud profesional.

—Primero respóndeme algo. ¿Quién llevó a Nicole Govea a Grupo M?

«Menos mal, esta conversación deja de ser personal».

—Mi papá me pidió reunirme con ella para conocerla y casi de inmediato me pidió incluirla como asesora. ¿Por qué?

—¿Salvador se lo pidió?

—Eso creo.

—Ahora analiza bien mis palabras, Marco: Nicole Govea.

Lo mira, confuso.

—Govea —repite.

¿Qué tiene que ver el apellido de la jirafa?

Poco a poco la compresión llega a los ojos de Marco. Yo sigo sin entender qué pasa. ¿Qué hizo la jirafa?

—¿Crees que es posible que...? —Mi jefe luce desconcertado.

—Tú dime si es posible. Es tu hermano.

—Medio hermano —responde, molesto.

—Hermano o medio hermano, mi sospecha es que tiene deuda con los Govea.

—Lo voy a... —Marco aprieta su puño.

—Tranquilízate, vamos a resolverlo de la manera correcta. Ayer y hoy Daniel estuvo ocupado con la cena, pero también está investigando y recolectando documentos. Los vamos a exponer, Marco.

¿A quiénes? ¿Sobre qué demonios hablan? Hago que Armando suelte mi mano y busco mi móvil. En el buscador escribo: Govea. Nada llama mi atención hasta que leo «Casino de juego» y «juegos de azar». Doy clic a un artículo y leo: *El Casino Govea es el más grande e importante de la ciudad.*

Pero sigo sin atar todos los cabos.

—Tenemos que averiguar si Salvador hizo algún trato con Nica Govea y qué tipo de trato —le dice Armando a Marco.

—Lo voy a matar —responde este, incorporándose. Me asusta verlo tan molesto—. ¿Cómo puede traicionar la confianza de papá? Lo voy a confrontar.

—¿Sin pruebas? Te repito que, si vamos a hacer esto, lo haremos bien. Siéntate, te lo pido como abogado y como amigo.

Durante un segundo los ojos multicolor de Marco regresan a mi mano. ¿Por qué? Y toma asiento otra vez.

Lo primero en la agenda es escuchar las palabras de agradecimiento por parte del papá de Daniel:

—Estamos muy felices de estar rodeados de nuestros mejores amigos y nuestra familia. —Coloca una mano sobre el hombro de su hijo y yo me siento feliz por ellos—. Ustedes, mejor que nadie, saben por lo que tuvimos que pasar. Por eso hoy queremos celebrar un nuevo comienzo para Daniel y para una mujer que ahora tenemos el gusto de conocer: Carolina Navarro.

Presenta a mi amiga y le aplaudimos. También me da gusto verla feliz.

«Y ahora tú tienes a Armando, Vanesa», me consuelo y lo observo. Él aplaude con alegría a Daniel. Después giro mi atención hacia Marco. Él... me mira a mí. Lo evado.

Más amigos y familiares de Daniel le dirigen palabras de felicitación. Entre ellos, Armando:

—Eres un gran escritor y excelente amigo. Te mereces lo mejor.

Después me pasa el micrófono a mí para que diga algo por Carolina. «No, yo no soy buena hablando en público». De todos modos, los ánimos aumentan y me animan a ponerme de pie.

—Caro —digo—. Me da mucho gusto verte feliz.

Ella me sonríe, pero es una sonrisa triste. «Por favor, no te sientas defraudada de mí». No puedo soportarlo y otra vez le entrego el micrófono a Armando.

¿Cuál es el problema ahora? Tenía miedo de ser rechazada por Marco y le di una oportunidad a Armando. ¿Acaso no puedo hacerlo? Reconocí que lo mío con mi jefe no tiene futuro y opté por aprovechar lo que ya tenía. ¿Acaso con el tiempo no me puedo enamorar de Armando? Es buen tipo.

Sirven la cena a las siete. Mientras como, le escucho platicar con Marco sobre viejas amistades de la universidad.

«Pon un buen seudónimo a esa novela», me aconsejó Carolina. Y, sí, desde hace rato dije que lo haría y solo le doy largas al asunto.

Busco mi teléfono y abro sesión en Wattpad. Luego busco la opción de *Configuración de la cuenta*.

Nombre de usuario.

Cambiar a: VanesaSilvia.

Eso es. Quité mi apellido y en su lugar coloqué mi segundo nombre. Espero que con eso esté bien.

Amigos de Armando y de Marco se acercan a saludar. Me duele escucharlo hablar tan bien de mí y tampoco puedo sostener la mirada de Marco. Por otro lado, Carolina parece querer bañarme en agua bendita. Estoy en un callejón sin salida. Cansada, busco otra cosa en qué ocuparme y así es como tropiezo con los ojos llameantes de Heydi. Ahí hay rencor. Me pregunto por qué si ella fue la que dejó a Armando.

Las actividades en torno a la celebración continúan una tras otra.

—Tenemos una sorpresa para Carolina y Daniel —anuncia Mónica—. Algunos de nosotros hicimos algunos montajes y vídeos para mostrarles.

—¡Qué cursi eres! —Daniel está sonrojándose.

—Tú cállate y mira.

—Yo les hice un vídeo —me comenta Armando.

—Genial.

Yo sigo retando a Heydi.

—¿Lo tienes listo, Armando? —pregunta Mónica, aproximándose a nuestra mesa.

—Lo tengo en mi teléfono —responde y se lo entrega.

A continuación, Mónica y otro chico intentan conectar el móvil de Armando a un proyector. Los invitados esperan, ansiosos, por el vídeo.

—¿Estás bien? —me pregunta este.

—Sí —digo, poco convencida—. Es solo que no he dormido bien.

—¿No has repuesto tu falta de sueño?

De inmediato, devuelvo mi atención a Marco. No está mirándonos, pero es imposible que no esté escuchando.

—Supongo que no —respondo. Él asiente, comprensivo.

«¡No merezco a este hombre, Dios!».

—¿En qué carpeta está el vídeo, Armando? —pregunta Mónica. Los invitados siguen esperando.

Todos queremos ver la sorpresa que preparó para Daniel y Carolina.

La luz del salón es tenue. Lo único resplandeciente es la pantalla del proyector que instaló Mónica para poder mostrar a todos los montajes y los vídeos. La conexión se logra y en la pantalla aparece lo que muestra el teléfono de Armando. Ahí se puede ver a Mónica intentando encontrar el vídeo. Una carpeta la lleva a otra...

—No esa no es —indica Armando desde su lugar—. Creo que lo puse en esa...

—¿Esta? —pregunta e ingresa en la nueva carpeta.

—No, es la otra —responde, preocupado. Pero es tarde...

La sexi sesión de fotos que le envié el otro día ya está a la vista de todos. Ahora sí me matará Carolina. No la culpo. Nada más porque estoy sentada no caigo desmayada.

La mitad de los invitados me reconoce y se vuelven para verme. No como Marco, que continúa contemplando fijamente las fotos. Seguro que reconoció el cuarto de baño de Grupo M.

Ahí estoy yo con cara de pato mostrando mi escote a Armando, después está la foto en la que le envío un beso y a continuación aquella en la que dibujé sobre mi antebrazo una A + V.

«¡Dios, llévame de una vez!».

Se supone que esta cena iba a ser tranquila para mí y ahora, como siempre, soy polémica. Armando toma mi mano, pero, a propósito, dejo caer un tenedor al piso y me escondo debajo del mantel que cubre nuestra mesa para «buscarlo». Con suerte me puedo quedar aquí hasta que todos los invitados se marchen.

—Ya todo está bien, Vanesa —me llama luego de un rato.

¡No voy a salir hasta que me digan que inició el Apocalipsis!

—Vanesa...

Salgo debajo de la mesa y otra vez ocupo mi asiento, me sorprende ver que Marco ya no está.

—Dijo que lo esperaban en otro lugar —responde al ver en mi rostro la duda—. ¿Estás bien?

¿Por qué se marchó? Dijo que quería hablar conmigo. ¿Sobre qué? Aunque tal vez es lo mejor si todavía quiere aclarar... aquello.

Me disculpo con Armando y busco el baño.

—¿Todo está bien, Vanesa?

No le respondo y continúo caminando. A mi paso algunos invitados voltean a verme.

—Disculpe, ¿el servicio sanitario? —pregunto a un mesero.

Al reconocerme intenta contener la risa.

—Al fondo a la derecha.

Más invitados se voltean.

«Sí, aquí va la chica que envió a Armando una foto de su escote. ¡Ahora sigan comiendo!». También veo a Heydi apartarse de su mesa y caminar hacia la nuestra.

«Uy».

Entro en el baño y busco alguna cuerda para colgarme, pero no hay nada. Me siento a esperar. Solo quería... apartarme de todo.

«¿Qué estás haciendo, Vanesa?», me sigo preguntando. «¿En cuántos problemas serás capaz de meterte antes de hacer algo bien?».

Tal vez debería hablar con Armando y decirle que esperemos. De todas formas, ¿sobre qué estará hablando con Heydi? O tal vez debería hablar con Marco...

Espero media hora y salgo. Sin embargo, palidezco al darme cuenta de que afuera me espera *él*.

Mi jefe.

Capítulo 24



Ya es extraño que alguien siempre custodie mi visita al servicio sanitario. Primero la jirafa y ahora él. Menos mal que no suelo hacer mucho ruido.

—Marco... —digo, precavida.

Está de pie sobre la parte más oscura del pasillo que lleva de vuelta al salón, donde se encuentran los demás invitados. Su postura es desgarbada, pero sus ojos miran fijamente hacia donde estoy.

Me acerco despacio...

—Te comportas como si me tuvieras miedo —responde, amenazador. O quizá soy yo quien le ve así porque temo que insista en saber si él y yo...—. Acércate más.

Y no puedo negarme porque lo pide con educación. «Dios, ¿qué quieres?».

Mi vestido resalta en la oscuridad, a comparación de su traje negro. Pero no me comparo, no soy más que una plebeya en la corte del rey Marco.

—Señor, yo...

Hace un gesto para que me detenga. Quiere hablar primero.

—Solo quería devolverte esto —dice sin rodeos y saca de su bolsillo mi arete con forma de trébol de cuatro hojas.

«¡Me cago en...!».

Contengo la respiración.

«Disimula, Vanesa, disimula. No podrá probar nada si lo niegas».

—Ese no es mi...

—No lo hagas.

—¿Que no haga qué, señor? —Mis ojos parpadean con rapidez.

«¡Conserva la calma!».

—Negarlo, Vanesa.

En cuestión de segundos, Marco acorta la distancia entre nosotros. Ahora su boca está a tan solo un centímetro de la mía. Es como si viviera un *déjà vu*... Este momento es igual al primer encuentro que describo en mi novela, cuando Carlo se da cuenta de que Valentina...

—Vamos a dejar algo en claro —continúa, peligrosamente. Ese tono me aterriza de vuelta al planeta Vane. «¡Esto es la realidad, no ficción!»—. Este arete lo encontró la señora que hace el aseo en mi apartamento.

Debo tener los pies bien puestos sobre el suelo.

Eludo su mirada acusadora para que, según yo, no se me dificulte mentir.

—Nunca lo había vis...

—No mientas, Vanesa —demanda y coge mi barbilla. De esa manera, lentamente, me obliga a mirarlo de vuelta. Qué tortura—. Yo no llevo mujeres a mi apartamento.

¡Aire! ¡Necesito aire!

—Tal vez...

—El arete lo encontraron entre las sábanas de mi cama. —Es firme con su respuesta.

—Marco, yo... —Me estoy ahogando.

Me sostiene por la espalda y me acerca más a él. Respiro su delicioso aliento.

—Y dudé en si recordaba o no con claridad si es de tu pertenencia...

—Jefe...

Cierra los ojos y frota los labios contra los míos.

—Pero es tuyo, Vanesa.

«Dulce señor».

No lo sigo negando. Al contrario, tomo un respiro y lo miro directamente. «Sí. La verdad es que sí nos acostamos».

Él se relaja al ver que ya no lo evado. Tomo el arete de su mano y lo guardo.

—¿Por qué? —pide saber. Sus ojos destellan resentimiento—. ¿Por qué lo negaste? ¿Por qué el empeño y desesperación en que no me diera cuenta de lo que en realidad pasó?

«Maldita sea, porque te amo». «Porque no quiero ser una más en la lista». «¡Porque temo pedirte algo que quizás no me quieras dar!».

Aquí es cuando mi conciencia se divide en dos. Por un lado, mi cuerpo me pide arriesgarme y decirle a Marco: «¿Sabes qué? Sí. Nos acostamos. Ahora dime si me voy para no volver a verme jamás o si me quedo para más». No obstante, por otro lado, también está Armando. Carolina está segura de que lo voy a lastimar, y, ciertamente, esta es mi oportunidad. Puedo hacerlo. ¿Quiero hacerlo? Es por eso que debo decidir entre lo que quiero y lo que debo. O lo que quiero y lo que merezco. O lo que necesito más que el aire que respiro... o lo que es positivo.

Aunque la verdad a veces pienso que ni siquiera yo sé qué demonios quiero o necesito.

—Te estoy esperando, Vanesa.

—Por Armando —respondo, aunque eso hasta hoy es cierto—. Insistí en que no recordaras nada porque no quiero lastimarlo. Lo que pasó fue un error, Marco... Perdón. Digo, señor.

—No. Tutéame. —No le molesta mi falta—. Es una estupidez que me llames «señor» después de...

Ni siquiera podemos decir qué es.

—¿Le vas a decir a Armando? —pregunto, preocupada.

—¿Cómo crees? —Niega... Él niega, pero se ve que le pesa—. Tú misma viste que tuve la oportunidad y...

—Sí, lo vi.

Veo dolor en su mirada, y eso me confunde. Aun así, trato de enfocarme en lo que ya decidí, y eso es darme una oportunidad con Armando. Es lo mejor para mí. Temo ir por otro lado. Temo exponerme y que me lastimen.

Marco se acerca una última vez a mis labios. «No, Dios, ¡me pones frente a mi debilidad!».

—Es solo que creí que... —Su voz es un susurro.

¿Acaso me estoy equivocando?

—¿Qué? —pregunto, tratando de conservar la calma, pero quiero abrazarlo. Quiero besarlo.

«Armando. Debo pensar en Armando».

Tengo a un centímetro de mis labios la boca del hombre que me inspira escribir una novela y no puedo poseerla. Por cuánto tiempo soñé con este momento y ahora…

Él se aleja de mí. Cierra los ojos y se aleja.

«No, por favor».

Y se marcha. Así, sin más para decir, se marcha. Siento ganas de llorar. Hay algo lastimando mi pecho. Es mi corazón pidiendo que regrese.

No sé definir cómo me siento. Oh, Dios, estuve a punto de obtener lo que siempre quise, pero

puede que con las consecuencias que nunca deseé. Pero, al mismo tiempo, me siento culpable porque si Marco no se hubiera alejado le habría sido infiel a Armando.

Soy una mala mujer. Lloro. Carolina tiene razón en que soy nociva para Armando. Basta ya. Debo ser más juiciosa y pensar antes de actuar.

«Hay algo que quiero, pero no debo, pero hay otra cosa que, al parecer, merezco. Estoy entre lo que necesito como el aire que respiro y lo que es positivo para mí».

Ese monólogo no deja de dar vueltas en mi cabeza.

***

Tropiezo con Carolina en mi camino de vuelta a la fiesta.

—Vane —dice, asustada—. Vi a Marco venir...

—No le fui infiel a Armando, si es lo que te preocupa.

—No, no es eso. —Se muestra dolida de que la señale por juzgarme.

—Debo regresar a mi lugar.

Hago mi camino de vuelta a la mesa.

—Vanesa...

La ignoro y continúo caminando. En algún lugar de aquel pasillo dejé mi corazón.

Armando todavía está en compañía de Heydi cuando regreso, pero se porta como un caballero. En los ojos de ella hay lágrimas, sin embargo, en los de él hay decisión. *Decisión* que a mí me falta. Me da confianza para que me siente junto a él y eso marca la pauta para que ella se aleje.

Estuve a punto de fallarle y él me acaba de dar mi lugar. Me siento una ingrata y una zorra.

—Lo lamento.

—No, está bien. Ella... ya se iba —dice, acariciando mi mano. Busco sus ojos, son buenos y sinceros.

No tiene idea de que lo que realmente lamento es casi haberle fallado. Tengo que ser la mujer que merece tener.

«Tengo que ser la mujer que él merece tener.

Tengo que ser la mujer que él merece tener.

Tengo que ser la mujer que él merece tener».

Me lo repito como un nuevo mantra.

«Tengo que ser la mujer que Armando merece tener».

¿Tengo o debo? ¿O es lo que estoy obligada a ser o es lo que quiero ser?

¡Basta ya de tanta confusión!

—Vanesa.

—¿Sí?

Estaba distraída.

—Te preguntaba si quieres. —Me muestra la botella.

—¿Qué cosa?

Él sonríe. Es demasiado paciente.

—Champaña.

Asiento.

—Por Daniel y Carolina, también por ti y por mí. —Brindamos.

La cena culmina con un baile y ellos son los primeros. Los contemplo y me pregunto cómo.

¿Cómo estar seguro de que alguien realmente es tu felicidad? ¿Cómo planear a futuro sin esperar a alguien más? A alguien mejor, quizá. ¿Cómo sabes quién es el indicado? Porque, a pesar de cómo se miran, sé que no se estaban buscando…, pero se encontraron. Por otro lado, yo... Yo tengo junto a mí a un hombre increíble y... debo amarlo. Sé que debo hacerlo.

—Armando es un buen muchacho —me dice la mamá de Daniel cuando este nos presenta—. Es un partidazo.

Lo mismo hacen otras personas:

«Te sacaste la lotería con Armando». «Te puedo dar buenas referencias de él. Para mí es como un hermano». «Es muy unido a su hermano y a su abuela». «Es un gran abogado». «Metería las manos en el fuego por él». «Tienes a un gran hombre a tu lado».

Al llegar al apartamento, esquivo a mamá y me encierro...

«Este hombre ha luchado». «Sé buena con él, ha sufrido mucho».

Enumero una por una las cosas buenas que me dijeron sobre Armando:

«Nunca lo he visto borracho». «Es bueno con mis hijos».

Conversé con muchas personas durante la fiesta y no hubo nadie que me dijera una cosa mala sobre Armando Calaschi. Entonces me pregunté si yo realmente estoy a su altura. Me abrumo.

Y, como si faltara algo más, recién cuando me despedí de él, me besó y me dijo: «Te amo».

Lloro y no espero que alguien comprenda. «Estoy entre lo que quiero y lo que debo. Entre lo que...»

No. No. No puedo decirme eso cuando ya tomé una decisión. No más *Calamity Vanesa.* Hasta el día de hoy lo he echado todo a perder y debo esforzarme en hacer esto bien.

Calamity Vanesa mode off



Me manda a pedir un café y cuando se lo sirvo me ignora.

Calamity Vanesa mode off



Hoy no vino y, como cosa rara, no me dejó ningún aviso.

Calamity Vanesa mode off



Hoy tropezamos; me ayudó a recoger los papeles que se me cayeron al suelo, pero de inmediato se marchó sin decir «hola» o «adiós».

Capítulo 25



Estoy ayudando a Gloria a ordenar unos archivos cuando, sin previo aviso, me veo rodeada por la mitad de mis compañeros de trabajo... y lucen enfadados.

No tengo idea de qué es lo que pasa hasta que me enseñan un teléfono que muestra mi perfil en Wattpad.

—¿Hoy tampoco vas a actualizar? —pregunta Sandra, en parte triste y en parte enfadada.

No actualizo mi novela desde hace una semana.

Reparo en sus caras que esperan algún tipo de repuesta. Se hallan molestos y tienen razón... pero no voy a escribir más de esa novela.

Ya ni me importa si Marco se entera. No me importa nada. De hecho, antes de ponerme a hacer esto, envié mi hoja de vida a otras empresas.

Me largo.

—Ya no —digo y los evito.

«Márchense, por favor».

Al igual que a mis lectores de Wattpad, no les quiero dar la cara. ¿Qué les digo? ¿Que ya no vale la pena escribir nada?

—¿Qué pasa, Vanesa? —pregunta Gloria, apenada. Ella fue la primera en insistir en que continúe mi novela.

—Se acabó —respondo sin darle importancia.

—¡No! —exclama Constanza, horrorizada—. ¿Cómo? Si en el último capítulo Carlo y Valentina estaban separados por culpa de aquella modelo...

—Pues ya está. Ya no se reconciliaron después de eso.

—¡No!

—Pero, Vanesa...

—¡Eso no!

—¿Es en serio?

—¡Por Dios!

Más reclamos.

«Sí, mátenme todos, pero se acabó». No más novela. Aunque tal vez debería abrirla por última vez y borrarla, o poner: «Fin... No todos los finales son felices, ¿saben?».

Alexander Donoso tenía razón.

—Oye, está bien —añaden, ahora en plan conciliador—. Vamos a esperar, pero ese no puede ser el final.

«Ese no puede ser el final».

Al decir eso me enfadan.

—Miren —contesto haciéndoles frente y agito las manos para que se den cuenta de que no estoy jugando—. No puedo entrar a actualizar. Ahora tengo un novio maravilloso con el que salgo al cine, a cenar, a pasear. No-me-da-tiempo-de-actualizar. —Se ven decepcionados, pero no me importa. Estoy cansada—. Lo lamento, pero se acabó.

«Se acabó».

La mitad de los que están a mi alrededor regresa a sus respectivos escritorios. La otra mitad me mira con odio.

—Hasta creamos un grupo de WhatsApp —confiesan, dolidos—. Ahí comentamos los capítulos.

—¿Por qué, Vanesa?

Y como no digo nada más, se marchan.

Mi teléfono vibra y lo saco para ver quién es.

Carolina: ¿Hoy tampoco me vas a hablar?

La ignoro y vuelvo a guardar mi teléfono. ¿Qué quiere? ¿Qué más quiere de mí si ya estoy haciendo lo que dijo? Ahora soy Vanesa, la novia fiel y perfecta. La que no se equivoca. La que hace lo que es mejor para ella.

Eso quería, ¿no? Que me diera cuenta de qué es lo que más me conviene. Que dejara de meter la pata. Y con Armando ya platicamos sobre la importancia de buscarme un nuevo trabajo.

Debo estar lejos de Marco.

«Madurar». Debo madurar y comportarme como una mujer adulta, no como una niña obsesionada.

Mi teléfono vuelve a vibrar.

Carolina: Extraño a mi mejor amiga.

La vuelvo a ignorar.

***

Después de salir de la oficina llego a una cafetería a esperar a Armando. Pido un café cargado. Usualmente pido chocolate, pero... se ve mal para alguien que debe madurar.

Miro un punto fijo y pienso... y pienso... La mitad de las personas que me conocen me explicaron que esto es lo mejor: Dejar de estar obsesionada y empezar a valorar a quien de verdad me ama, pero ahora vienen y me dicen que no. Que diga qué me pasa, que esta no soy yo.

Pero sí soy yo. Soy yo… siendo lo que todos quieren que sea. Porque así es la gente, ellos saben qué es lo que más te conviene.

Capítulo 26



Escucho a Armando hablar sobre casos que tiene pendientes cuando solo se interrumpe para decirme:

—Oye, ¿te gustaría ir a mi casa en...?

—Armando... —Creo que debo detenerlo.

—¿Qué? —Toma mi mano.

No sé por qué tiene la costumbre de pensar que algo malo está pasando. Aunque puede deberse a que tiene claro que soy una calamidad andante.

—Por favor, vamos despacio. —Nerviosa, juego con mi cabello. Me siento incómoda diciéndole esto—. El otro día me dijiste que me amas y ahora *esto*. Estoy aquí, contigo. No me estoy yendo con Marco. A veces parece que compites, y no.

Algo en sus ojos me dice que tengo razón.

—No tienes que ir rápido —insisto—. Te repito que no me estoy yendo a ningún lado.

Ya tomé una decisión.

—Sí, yo...

Con todo el dolor de mi corazón, por primera vez en días, le explico cómo me siento.

—Lo lamento —dice.

«Ay, no».

Baja su mirada y eso me alarma. Lo estoy arruinando.

Ya metí la pata otra vez. Siempre echo a perder todo.

Cojo aire y esta vez soy yo la que toma su mano.

—Está bien. Hagámoslo. Vamos con tu familia.

—No, está bien. —Trata de resolverlo, pero tengo claro que ya lo eché a perder—. Tienes razón, iremos despacio, lo que me recuerda que mejor iré a esconder el arreglo de flores que dejé en mi coche.

Disimula que intenta ponerse de pie, pero rápido se sienta otra vez.

Me río.

—Ahí está, te hice reír. —Parece aliviado.

«¿Por qué es tan bueno conmigo?».

—Gracias —digo.

—¿Por qué?

¿En serio no entiende por qué?

—Por tenerme paciencia.

—No pasa nada. A mí me gusta *Calamity Vanesa* —responde y siento un nudo en la garganta —. Y, mira. —Abre su maletín y saca un periódico—, aquí encontré otras opciones de trabajo. Vi tu hoja de vida y creo que tienes perfil para... —Empieza a señalar tareas para las que me preparé en la universidad.

La universidad. Un año. Solo me falta un año para terminar, pero no tengo ganas de retomar.

«Debes regresar. Recuerda que ahora haces todo de la manera correcta», me reprocho.

—Voy a regresar a la universidad —anuncio.

Armando me mira esperanzado. «Sí, no soy del todo un caos».

—Eso es estupendo, falta poco para iniciar nuevo semestre. Tal vez puedes inscribirte mañana mismo.

—Sí. Lo haré —decido.

Se ve esperanzado e ilusionado.

No puedo lastimarlo. Debo ser la mujer que merece tener.

—¿Quieres seguir estudiando Administración u optarás por algo que te funcione, como escritora?

¿Escritora? ¿Lo dice en broma?

—Administración —respondo, seria.

Ahora me mira como si hubiera dicho algo mal. ¿Qué hice ahora?

—Pero a ti te gusta escribir.

—No, ya no.

—Vanesa...

—Creo que es mejor terminar lo que empecé.

—Bueno, en eso tienes razón. Y sabes que te apoyo en todo.

Esboza otro gesto amistoso y esta vez saca de su maletín un resaltador para señalar más ofertas de trabajo.

Es lo mejor, alejarme de Marco. De todas formas, no íbamos a ningún lado.

Capítulo 27



Marco me hizo a un lado como su asistente. Desde lo que hablamos en la cena cualquier cosa que necesita se la pide a Gloria. Solo me permite acomodar su despacho antes de que llegue y preparo su café porque a nadie más que a mí le permite prepararlo. De cualquier modo, su lejanía solo me confirma que llegó el momento de marcharme y buscar trabajo en otro lugar.

Aun así, sigo teniendo mucho que hacer. Salvador me pidió proponer actividades que mejoren el capital humano de la empresa. Sí, yo, Vanesa, a cargo de algo realmente importante, y he estado tan ocupada con eso que hasta he tenido que llevar trabajo a casa, pero no me importa, me siento más útil que antes.

¿Por qué Marco nunca me confió algo más importante que preparar café o limpiar tazas? Me duele pensar que no me crea capaz. No como Salvador, que me llamó a su oficina y, frente a mí, solicitó al departamento de Recursos Humanos mi historial de trabajo.

—Excelente hoja de vida —dijo, complacido—. Siempre llegas media hora antes que los demás y a veces te quedas hasta muy tarde. No tienes ninguna falta o error y a quienes les he preguntado aseguran que manejas excelentes relaciones interpersonales.

Creo que Recursos Humanos aún no sabe que la mitad de la oficina me detesta por no actualizar mi novela. Y ni hablar de la jirafa.

—Vales mucho, Vanesa.

El primer día de Salvador en Grupo M fue tranquilo. Esperábamos a un ogro y ahora muchos le consideran poco menos que un amigo. Yo tengo mis dudas. ¡Serias dudas! Y no comprendí a qué venía su interés en mí hasta que agregó:

—Por eso no entiendo por qué Marco no te ha dado un ascenso.

Directo al corazón.

Procuré controlar mis emociones para que no sospechara cuánto me afectó escucharle decir eso. No solo ya me siento desanimada porque Marco no me toma en cuenta y ahora viene este a decirme que le valgo igual a *nada*.

Duele.

—¿Y tú qué opinas? ¿A qué crees que se deba que Marco no aprecie tu trabajo a pesar de haberle demostrado lealtad? Eres puntual, nunca te quejas de nada... Vaya, ni siquiera has pedido algún aumento.

No respondí.

Me sentí incómoda al escucharle decir todo eso, pero al mismo tiempo también me cuestioné el porqué. Sí, ¿por qué no gano lo que merezco?

—Tienes el peor salario de la empresa, Vanesa. —Resopló Salvador—. Y realmente no comprendo por qué estás en esta situación.

Lo que pasó fue que cuando solicité trabajo en Grupo M la encargada de Recursos Humanos me informó que solo tenía disponibles vacantes para practicantes. Evaluamos opciones y, de acuerdo a mi capacidad, califiqué para asistir a un ejecutivo. Eso me animó, pues ese era el señor Maldonado. En ese entonces el hombre más importante en la empresa.

—*Por el momento solo servirás el café* —dijo ella—, *pero aprenderás mucho, y cuando el señor Maldonado lo considere conveniente, te cambiaremos a un puesto mejor.*

¿Cómo decir que no a eso?

Hablamos sobre mi plan de carrera en la empresa y ella me propuso que, al finalizar mis prácticas supervisadas como asistente personal del señor Maldonado, sería asistente administrativa, y al concluir mis estudios universitarios podría —si me esforzaba— ser una ejecutiva. Me emocioné y esforcé en poner todo mi empeño en servir con eficiencia a todos. No obstante, dos meses después de ingresar a la empresa, la encargada de Recursos Humanos se jubiló y mi expediente, a manos del nuevo jefe, se fue traspapelando. Y el día en el que por fin me animé a recordarle al señor Maldonado que solo era «pasante» y que ya consideraba conveniente demostrar que puedo estar a cargo de tareas más importantes, dijo: «Vanesa, mi respuesta es *sí*, pero, te lo ruego, dame un poco de tiempo hasta encontrar a una asistente igual de eficiente». El señor Maldonado era tan amable, respetuoso y considerado que acepté, pero se ocupó de más cosas y el tiempo fue pasando hasta llegar al día en el que me presentó a Marco.

Y no volví a pedir algún otro cambio porque... no quise alejarme de él.

—Es increíble que tengas el salario de un pasante —dijo Salvador mirándome como si se preguntase si le estaban gastando una broma—. Sabes inglés, tienes nivel medio de francés, ganaste el primer lugar en un seminario en la Universidad de Ontiva, e, increíblemente, fue sobre Recursos Humanos.

Sí, no era tan mala en la universidad, pero tuve que dejarla porque ya no quise recibir ayuda de papá. El problema era: «Vanesa, no hagas esto o aquello, recuerda que yo te ayudo con la universidad».

—¿Te llama la atención el área de Recursos Humanos? —me preguntó, mostrándose interesado en mi buen punteo de seminario.

Hasta ese momento había permanecido en silencio a pesar de tener mucho que explicar sobre mi situación laboral, pero esta vez quise aclarar.

—Sí —dije, intentando recordar las razones por las que decidí solicitar empleo en Grupo M. «Crecimiento laboral, personal...»—. Estudiaba Administración, pero quería especializarme en Capital Humano.

—¿*Querías* especializarte en Capital Humano?

No me esperaba responder esa pregunta a un extraño. «Quería». Si me lo hubiese preguntado hace un mes mi respuesta hubiera sido: «Sí porque ahora quiero estudiar para ser escritora». Pero ya no sé. Me prometí que finalizaría mis estudios universitarios.

—Todavía quiero —le respondí a pesar de no saber el porqué de su interés.

«Recién toma el mando de esta empresa. ¿No tiene cosas más importantes que hacer que prestar atención a mi historial de trabajo?».

—Quiero ascenderte, Vanesa —dijo, pillándome en medio de un monólogo interior sobre mi plan de vida—. Has hecho demasiados méritos. Y aunque sé que será una gran pérdida para mí y para Marco, porque nos facilitas el trabajo, estás capacitada para algo más que montar el mobiliario y preparar café.

Y después de decirme eso me encargó redactar tres propuestas para mejorar nuestro capital humano.

Eso era lo que amaba hacer en la universidad: proponer. Por eso me fue tan bien en aquel seminario, pero ¿ahora qué? Cambié.

«¡Tú puedes, Vanesa!», me animo. Esta es la oportunidad que tanto esperé tener. Con todo y

eso, no puedo evitar preguntarme: «¿Por qué le interesa a Salvador Maldonado que ascienda?».

La respuesta me la dio Sandra:

«Él trae una propuesta de trabajo enfocada a potencializar el capital humano». Y me costó creer hasta que vi a Salvador llamándonos uno por uno a su oficina. Grupo M está haciendo una «reingeniería».

A Charlie le subió el salario. A Constanza le adelantó sus vacaciones (Una petición que le negó Marco). A Hugo le hizo un préstamo para ponerse al día con un préstamo hipotecario. Y muchos otros, al igual que yo, tienen ahora la promesa de un ascenso.

Desconfío. Hace un momento Gloria me platicó que Salvador le ofreció un bono especial para cuando decida tramitar su jubilación, y saber eso me hizo preguntarme: «¿Por qué motivo querría quedar bien con ella y con todos los demás? Esto va más allá de una reingeniería».

Y eso no es todo. Hay más. Nicole: «Yo sí entro dentro de una prenda XS» ahora nos trata bien a todos. A todos. Y cuando digo *a todos* es a todos, porque me incluyo. Sí. Nicole me está tratando bien a mí. *Vanesa*. Y eso me bastó para sospechar que aquí hay gato encerrado y vamos a sacarlo.

Por eso al llegar a casa le escribí a Armando.

Vanesa: Hola.

Armando: ¡Hola! ¿Salimos hoy?

Temí que preguntara eso. Me saco los zapatos y me dejo caer sobre un sofá.

Vanesa: Muero de cansancio. ¿Podemos dejarlo para mañana?

Me siento mal por decirle que no, pero el cielo sabe que me he esforzado. Lo estoy intentando, pero hoy no. Aún es temprano, pero quiero ponerme el pijama, meterme en la cama y dormir.

Armando: No hay problema :)

Vanesa: otra vez agradezco tu paciencia.

¿Cómo va la investigación sobre lo que está pasando en Grupo M con Nicole y Salvador? En la fiesta mencionaste estar buscando información.

Armando: Sí. Pruebas. Aunque, lo lamento, por ser abogado de Marco mi ética profesional me exige confidencialidad.

Vanesa: Ten tu confidencialidad .I.

Armando: :O

Vanesa: …

Armando: Pero estoy seguro de que tú eres de fiar...

Vanesa: Chico listo. Muy listo.

Armando: Nicole Govea es hija de Nica Govea, dueño de un casino aquí en Ontiva y hombre temido. Salvador es un gran apostador. Al inicio, mi hipótesis fue que Salvador adquirió una deuda enorme con Govea y que decidió entrar a Grupo M a competir por la empresa —Tal como lo hace ahora—, para poner en aprietos a Marco y cederle a Govea su parte de la empresa para pagar esa deuda. Pero resultó ser mucho más complicado.

Vanesa: ¿Por qué?

Mi temor es que Marco esté en riesgo.

Armando: Marco me recordó que Eleazar Maldonado todavía no ha heredado a él y a Salvador. Maldonado sigue siendo el propietario de Grupo M, pero Marco, por ser el presidente, le representa legalmente. Es decir, su firma está registrada en bancos por si es necesario hacer depósitos, retiros o traslados, y también puede firmar otros documentos.

Se rumora que Nica Govea necesita lavar dinero, y nada mejor que una empresa sólida como Grupo M para hacerlo. Por eso necesita que el representante legal de la empresa esté de su lado.

Vanesa: Marco no le ayudaría.

Armando: No.

Verás, hasta hace un par de años Eleazar era el único a cargo de esa empresa. Ni a Salvador ni a Marco les interesaba hasta que Eleazar enfermó del corazón. Primero ofreció la presidencia a Salvador, pero este no aceptó alegando tener otros proyectos. Entonces Marco aceptó (Siempre le ha pesado no haber sido la primera opción) Eleazar, por sus problemas de salud, se desentendió de todo y la empresa ha decaído porque Marco carece de experiencia. Es ahí cuando aparece el "salvador" de todo.

Salvador puso a Eleazar en contra de Marco. Le ha llamado incompetente y ha convencido a su padre de ser una mejor opción para dirigir a Grupo M.

Vanesa: MENTIRA. MARCO ES UN BUEN JEFE.

Armando: Lo siguiente que hará Salvador es presentar a Eleazar un proyecto que prometa mejorar la empresa y entonces, este, convencido de que es lo mejor para todos, le cederá la presidencia.

Vanesa: Ya lo está haciendo :(El proyecto.

Armando: Lo sabemos, Marco nos informó. La recomendación que Daniel y yo le dimos fue permitirle hacer lo que quisiese. Salvador no debe sospechar que nosotros sabemos de su trato con Govea. Lo que necesitamos es tiempo, Vanesa.

Vanesa: ¿Tiempo? ¿No se puede actuar ya?

Armando: No. Todo lo que te he mencionado es circunstancial. Necesitamos pruebas. No tenemos un caso. Sin embargo, Daniel y yo no queremos que Marco tenga que resolver esto de forma legal. Si él le prueba a Eleazar lo que pretende Salvador, este le echará.

Vanesa: Pero todavía no tienen suficientes pruebas.

Armando: No. Pero las tendremos.

Vanesa: ¡Pero Salvador ya tiene de su lado a todos mis compañeros de trabajo!

Armando: Y les hará dejar en mal lugar a Marco. Su objetivo es que Eleazar dude aún más de la capacidad de Marco y le ceda a él la presidencia. Todo esto ya lo platicamos con él.

Vanesa: ¿Alguien está asesorando a Salvador?

Armando: Nicole. Ella está ahí para cuidar los intereses de su padre y vigilar que Salvador lleve a cabo lo acordado. De lo contrario...

Vanesa: ¿?????

Armando: Los Govea tienen un casino, Vanesa. Se manejan con negocios ilícitos. Salvador debe estar siendo coaccionado a pagarles lo que debe o facilitarles Grupo M para lavar dinero porque, de lo contrario, posiblemente lo maten.

Vanesa: Debería pagarles. Es hijo de un millonario.

Armando: Eleazar Maldonado es el que maneja los ingresos de la familia y Salvador tendría que justificarle para qué necesita una suma grande de dinero. MUY GRANDE, según lo que sabemos.

Vanesa: Dime que Marco no corre riesgo.

Armando: Es parte de la junta directiva. Si Salvador consigue su propósito y lava dinero en la empresa, y posteriormente es atrapado, todos los directivos se verán involucrados.

Vanesa: NOOOOOOOOOOOOOOOO.

Imaginarme a Marco en prisión rompe en mil pedazos mi corazón.

Armando: Todo estará bien, Vanesa. Necesitamos tiempo para juntar más pruebas. Lo resolveremos.

Me duermo con el teléfono en la mano mientras platico con Armando. Tratamos durante horas el tema de la empresa. Por otro lado, al despertar y leer de nuevo la conversación entro en razón

de que no me cohibí al pedirle a Armando por Marco. Le pedí a Armando —mi novio— por el hombre que supuestamente estoy olvidando.

«Mierda».

Capítulo 28



Llego a Grupo M media hora antes, como he hecho siempre. No espero encontrarme con nadie, pero… ¡Oh, sorpresa! Al salir del elevador veo a Salvador y a Nicole preparando una mesa de cóctel en un pequeño espacio en medio del área de cubículos. Son descarados, ni siquiera disimulan que traman algo.

«Precaución», me digo, recordando todo lo que me explicó Armando. No quiero tener ningún tipo de relación con ellos, pero tampoco puedo dejar entrever que sé que traman algo.

Me acerco a saludarlos.

Ambos, Salvador y Nicole, apestan a perfume caro. El de ella ya sé que es Rock Rose Couture de Valentino. Pero el de él… no sé, debe ser Hugo Boss mezclado con 7 Machos.

—Vanesa, querida —me saluda Salvador. *«¿Querida?»*—. Temprano, como siempre. Insisto en que eres ideal para ser parte del departamento de Recursos Humanos. Se lo he dicho mucho a Nicole. ¿O no, Nicole?

Salvador, con ese cabello engominado y esos zapatos bien lustrados, mira de mí a la jirafa.

—Sí —responde ella, utilizando un tono encantador. Inquietantemente encantador—. Vanesa es una buena colaboradora, Salvador.

¿Cómo? ¿De verdad cree que no sospecharé? Esta mujer no me engaña. Me odia. No obstante, le sonrío y agradezco su comentario para no poner en riesgo a Marco.

—¿Y qué es esto? —pregunto observando la mesa de cóctel que preparan.

Nicole también coloca globos. Yo acabo de recordar que el montaje de mobiliario es mi trabajo, pero nadie me avisó de esta actividad.

—Vamos a festejar el día del empleado —responde Salvador—. Es sorpresa, claro.

Luce animado. Hasta ahora no lo hemos visto enojado, lo que me da miedo porque si tiene un corazón perverso, enojado debe ser más colérico que Marco.

Mi jefe cuando está molesto el enojo no le permite hablar con claridad y tartamudea.

—¿El día del empleado? —repito. No hay nada de eso en mi calendario.

¿Qué quieren? ¿Qué esperan de nosotros?

—Sí. —Salvador coloca su brazo alrededor de mis hombros. «Qué incómodo»—. Cuando Marco llega a la empresa pasa de largo hacia su despacho y sin saludar a ninguno de nuestros empleados, pero eso se acabó. Yo sí les daré la atención que merecen.

Eso sonaría bien si no supiera qué hay detrás de sus intenciones. Y por eso siento la necesidad de defender a Marco.

—El jefe no saluda a todos cuando llega porque es el primero en entrar.

Solo yo he venido cuando él entra.

—Entonces debería salir a saludar —responde Salvador sin dar ningún crédito a su hermano.

Los dejo solos y hago mi camino hacia el despacho de Marco. Ahí acomodo todo y después preparo su café. Mi jefe no inicia bien su día si primero no bebe uno. Lo dejo sobre su escritorio.

—Nada más vine a confirmar que haces lo que, en mi opinión, le corresponde a una mucama —dice la turbia voz de Salvador desde la puerta. Me vuelvo hacia él para ver qué quiere—. Es

cierto que todo empleo es digno, pero alguien con tu preparación debería hacer algo más importante, Vanesa.

—No me estoy quejando de mi trabajo —respondo con educación.

Él me está quitando el tiempo y debo terminar de preparar todo antes de que llegue Marco.

—Por supuesto que no. —Parece ofendido de escucharme dudar de que lo dijo—, pero el salario es malo, lo que me hace pensar que solo lo haces por estar cerca de mi hermano.

«Oh, mi Dios». Con lentitud, me hago a un lado. No puedo creer que haya dicho eso. *Eso*. Temo que pueda sospechar que yo...

—Claro que eso es imposible —continúa a modo de dar a entender que lo dijo en broma—. ¿Quién en su sano juicio querría estar cerca de mi hermanito?

—Te escuché —dice una voz seca. Es Marco, que ya cruzó el laberinto de cubículos y ahora está frente a la puerta—. Si no te importa...

Salvador se aparta para permitirle entrar.

Ahora que los veo juntos puedo notar que Marco es más alto y atlético que su hermano. Y es rubio, lo contrario a Salvador, que es nervudo[38] y moreno. Además, viste estrafalario. Es como si al salir de casa se echara encima cualquier cosa que le hiciera notar que es millonario. Marco es más distinguido y discreto.

Bajo la mirada cuando estoy frente a él. ¿Escuchó lo que dijo Salvador? Espero que no.

—Con permiso —digo y me retiro para dejarlos solos.

***

«Ya quiero ver cómo será venir a la oficina cuando solo él esté de presidente». «Él es más considerado». «Será mejor que la época en la que el señor Eleazar Maldonado era presidente».

Muchos de mis compañeros no disimulan preferir a Salvador, pero yo me pregunto: ¿de qué manera nos piensa cobrar esto?

La reunión por el «día del empleado» estuvo animada. Salvador se mostró encantado de escuchar a muchos decir que él es «mejor que Marco». Sin embargo, prestó especial interés a lo que Gloria y yo teníamos que decir sobre su forma de tratar al personal. Gloria, para sorpresa de nadie, me miró esperando que yo hablara por las dos, pero me quedé callada. Es mejor eso a meter la pata. Después me alejé del grupo para escribir a Armando.

Vanesa: Organizó una “fiesta” para quedar bien con nosotros.

Armando: Los Govea lo están presionando. Obsérvalo con cuidado. A simple vista tal vez no se nota, pero está desesperado. Marco avisó a Daniel que citó a la junta directiva. Se reunirán mañana.

Vanesa: Pero se reunieron hace una semana.

Armando: Está desesperado, Vanesa, y no actúa con precaución. Eso juega a nuestro favor. Quiere que Eleazar escuche a sus empleados de confianza hablar mal de Marco. Ten cuidado. Salvador está dispuesto a todo con tal de obtener la presidencia de esa empresa.

«A todo».

Al regresar a la reunión, tal y como me dijo, observo a Salvador. Es cierto. ¿A qué viene ese afán de quedar bien con todos?

Horas después eso también me lo explica Armando.

Armando: Firmas. Allí hay contadores... Necesita que firmen documentos una vez esté en proceso el lavado de

dinero. También necesita tener de su lado a contadores, el relacionista público o expertos en informática. Busca cómplices, gente que sea fácil de comprar.

Tampoco quiere trabajar. A Salvador le gusta la buena vida y apostar. No me sorprendería que, de quedarte como su asistente, tú manejes Grupo M mientras él se marcha a la playa.

Me preocupan mis compañeros. Con Salvador están Sandra, Constanza, Charlie, Gloria... Dios, no quiero que los estafe y terminen en la cárcel, pero ¿qué hacer? Solo puedo confiar en que Armando, Daniel y Marco resolverán esto rápido. Aun así, siento que debería alertar a los demás.

Firmas. Solo de imaginar que Gloria, tan despistada como es, firme algo que le sea perjudicial... No. Debo avisarla.

Me encuentro en mi cubículo pensando cómo cuando se acerca Nicole.

—Salva quiere que vayas a su oficina —dice con tono de ejecutiva.

Antes de responder la miro a los ojos en búsqueda de algún rastro de malicia, pero esta mujer es cínica. Es como si le estuvieran pagando por ser amable conmigo. De cualquier modo, ¿por qué conmigo? Me río y busco un cuaderno y algo con qué anotar antes de ir a la oficina de Salvador.

Sé que Nicole me vigila. Y, no sé, tal vez puede que sea delirio de persecución, pero... ¡No! ¡Es que no es normal que la jirafa ni siquiera me saque la lengua!

Toco la puerta y aviso que soy yo.

—Adelante.

Entro.

La oficina de Salvador no es ni la mitad de lo que es el despacho de Marco, pero es temporal. Quien se quede con la presidencia de Grupo M obtendrá también el despacho del presidente.

—Buenas tardes, Vanesa —me saluda. Su sonrisa de *Joker* me pone de los nervios—. Siéntate, por favor. No te quitaré mucho de tu tiempo, pero quiero que estés cómoda al escuchar.

«¿De acuerdo?». Me siento y espero.

—Te noté distraída durante nuestro festejo —dice jugando con sus manos. Es como si estuviera buscando algo. Entonces coge una hoja de papel sobre su escritorio y la mete en un sobre de manila—. No te sentirás fuera de lugar, ¿o sí, Vanesa?

—Eh...

Temo decir algo, cualquier cosa que pueda arruinar lo que planea Armando.

—¿No te caigo bien? —presiona.

Su sonrisa titila.

«No. No me caes bien. Eres el Scar de mi Mufasa».

—Yo... es solo que no le conozco bien, señor —respondo, tratando de equilibrar el tono de voz.

¿Puede notar que lo detesto?

—Haces bien en ser prudente, pero ten en cuenta algo, te conviene estar del lado ganador.

«¿*No* era que no había lados?».

No digo nada a eso.

—Y por eso quiero que te lleves contigo esta información. —Me entrega el sobre de manila—. Y la repases con cuidado. —Miro el sobre preguntándome qué es—. Y nada de decirle algo a Marco.

Eso sonó a amenaza. «Lo es, tarada».

Se sienta erguido, un tanto atemorizado, quizá, sin embargo, de inmediato intenta acomodarse otra vez a modo de lucir cómodo. ¿Qué quiere ocultar? Después intenta prender un cigarrillo,

pero su mano tiembla y se le cae el encendedor que tiene grabada una luna llena.

—¿No vas a preguntar nada?

Niego con la cabeza.

—Ten mucho cuidado con tus decisiones, Vanesa —me advierte al mismo tiempo consigue prender su cigarrillo—. Ya puedes retirarte.

Me pongo de pie rápido. No puedo disimular que quiero marcharme ya.

—No olvides repasar esas hojas para mañana —me recuerda jugando otra vez con su encendedor.

Miro de Salvador al sobre de manila que me entregó y… siento temor.

No lo sé. Hay algo que no...

Salgo de la oficina y, bajo la mirada expectante de Nicole, camino de regreso a mi cubículo. Ahí abro el sobre y mi preocupación va en *crescendo* una vez leo:

«Acoso sexual en el trabajo. Qué es. Cómo evitarlo».

Es una hoja impresa por ambos lados explicando todo sobre el acoso sexual en el trabajo.

¿Qué quiere de mí Salvador?

Capítulo 29



Siento que me falta el aire.

¿Qué rayos pasa? Guardo otra vez la hoja dentro del sobre y trato de explicarme qué intenta Salvador. Me dejó en jaque. Nerviosa, cualquier cosa que coja de mi escritorio salta de mis manos y cae al piso. Mi cuerpo no está sintonizado con mis pensamientos.

Maldito Scar. Sí, «Scar», porque Salvador y Scar empiezan con «S» y Marco y Mufasa con «M». ¿Coincidencia? No lo creo. ¿Me estoy metiendo en más líos ahora mismo? Seguramente.

«¿¡Qué quieres de mí, Salvador!?».

Busco mi teléfono. Tengo que avisar a Armando.

¿Y si le dice a Marco? Salvador me advirtió que mi jefe no debe saber. O, peor, ¿y si Armando piensa mal? Maldita sea. Acoso sexual. ¿Por qué acoso sexual?

—Una plática instructiva. —Escucho que dice alguien.

Miro hacia el lugar del que viene la voz. Es inconfundible, pero mis ojos tienen que asegurarse de que sí es Nicole.

—¿Perdón?

—Que te relajes. Salva solo quiere que te prepares para... dar una charla.

—¿Una charla?

Se acomoda por encima de mi cubículo.

—Está considerando que seas parte del departamento de Recursos Humanos, ¿no? —pregunta y asiento—. Quiere que tengas tu primer acercamiento con todos los colaboradores.

—Pero yo... Yo. —Estoy tartamudeando—. Yo...

—Y si dijo algo más es porque se siente tenso. —Juega con un anillo que saca de su dedo—. Citó a la junta directiva para mañana y se tiene que preparar. Te conviene estar de su lado, Vanesa —agrega, seria.

—¿Por qué tú también repites eso? —la reto, pero no coge el guante. Está decidida a que no peleemos.

—Por nada en particular —ríe, despreocupada—. O, mejor dicho, pronto lo sabrás.

Eso también sonó a amenaza.

Y después de decir eso se marcha.

Lo que dijo no me relaja. Vamos. ¡Salió de Nicole!

N. I. C. O. L. E. Aun así, elijo no llamar a Armando. ¿Para qué preocuparlo? ¿Y si Nicole tiene razón? Solo lo preocuparía en vano y ya lo agobio demasiado con consultas gratuitas. Tal vez pueda averiguar más yo... Por eso, por el rabillo del ojo intento ver qué hace Nicole. ¿Llamando? Tiene el teléfono en la mano. Quizá solo está viendo un catálogo de zapatos.

Vuelvo la atención hacia mi ordenador e intento concentrarme en el trabajo. Estoy ideando una novela policíaca y todavía no termino la última propuesta sobre capital humano que presentaré a Salvador. Y tal vez Nicole tenga razón. Tal vez por lo que dijo Armando estoy predispuesta y me preocupo demasiado.

No pasa mucho tiempo cuando pillo que Salvador salió de su oficina, saluda a todo el que encuentra a su paso y otros se acercan a agradecerle la celebración que nos preparó hoy.

Preocupada, miro de reojo como después de estrechar algunas manos hace su camino hasta mi escritorio. Dios, ¿ahora qué querrá? Al menos se le ve más relajado.

—Te recomiendo acomodar toda esa información en una presentación —pide con su turbia voz —. Diez diapositivas máximo, por favor.

—Sí, señor.

Entonces Nicole tiene razón. Quiere que dé una charla. ¿Pero por qué tiene que ser sobre acoso sexual?

Salvador me mira como si esperase a que yo diga algo más e insisto en que prefiero callar.

—¿Te sientes con demasiada carga laboral, Vanesa? —pregunta, pero no espera respuesta—. Tómalo con calma. Una vez demuestres tu capacidad contrataremos a alguien más para que le sirva el café a Marco.

Mi corazón se arruga al imaginar a alguien más preparándole el café. Y al parecer no lo disimulo muy bien porque los ojos de Salvador titilan con diversión.

—¿O lo vas a extrañar?

Escucho a Nicole carraspear. Miro de él a ella. ¿Traman algo? ¿No exagero al imaginar que estoy dentro de algún tipo de novela policíaca?

—Mejor me voy o me van a regañar —ríe. Y después de saludar a Gloria, él y Nicole salen a comer.

«¿O lo vas a extrañar?». No, él no puede saber. Es poco probable que tenga una cuenta en Wattpad. ¿Y si la tiene? Dios, me siento dentro de un torbellino.

—¿Estás bien, Vanesa? —me pregunta Gloria y se acerca con algunas hojas en la mano. No solo yo tengo mucho trabajo—. Te ves...

¿Nerviosa?

¿Preocupada?

¿Aterrada?

—Pálida —decide.

No es para menos.

A continuación, veo a Marco salir de su despacho. A tiempo escucha a Gloria preguntarme qué me pasa. Justo el tipo de atención que no necesitaba...

—¿Necesitas que haga algo por ti? —agrega.

Marco repara en mí unos segundos, niega con la cabeza y después camina hacia el dispensador de agua. En ningún momento pregunta si es verdad que algo me pasa. «¿Tanto me odias?».

Cierro los ojos para no ver nada. Lo que extraño de escribir es que ese mundo es más llevadero que el de aquí.

—Vanesa. —Escucho que me llama Gloria—. ¡Vanesa! —repite en voz alta y me empuja.

Abro los ojos. Lo primero que veo es una mano sujetando un vaso con agua. «Me lo está ofreciendo Marco». Lo acepto y bebo despacio. Con eso llamo la atención de todos. Miro de reojo. Gloria, Sandra, Constanza... La mayoría están atentos a lo que pasa conmigo y con Marco.

—¿Necesitas ir a casa? —me pregunta. Su entrecejo se arruga despacio. Está preocupado.

—Estoy bien —miento.

«Te lo explicaría, pero primero tendrías que ver *El Rey León*».

—Vanesa, puedo pedir que te lleven —insiste.

Admito que no suena mal. No quisiera estar aquí cuando Salvador regrese de comer. ¿Y si me pide algo más?

Acepto.

Marco sonríe, aliviado.

—Debería llevarla usted, señor —propone Gloria.

—Por favor —dice alguien más.

Olvidaba que tenemos público...

—Piense en Vanesa —les secunda Constanza.

—Seguro que se siente mejor si usted mismo la lleva.

«¿Qué mierda...?».

Los compañeros de trabajo que leen mi novela se muestran entusiasmados con la idea de que Marco me acompañe a casa. Miro a cada uno con gesto de alarma. Él, por su parte, aún no dice nada.

—Esto es como ver la novela —gesticula Gloria en mi dirección.

«Oh, Dios. No. No. No».

—Me encantaría, pero no puedo —se disculpa con nosotros—. Tengo que... —Busca una excusa, aunque nada viene a él—. Estoy ocupado.

Nuestro público se lamenta.

«Dios, que no me echen de cabeza».

Marco se sonroja. ¿Qué pensará sobre su personal haciendo de Cupido con nosotros?

—Baja en cinco minutos a recepción —me pide—. Le iré a pedir a Hugo que te lleve.

Le agradezco.

Cuando se marcha me vuelvo hacia mis compañeros.

—¿Perdieron la cabeza? —reclamo. Sandra mira sus manos y Gloria limpia una lágrima—. Solo faltó que le dijeran sobre la novela.

Estoy enojada.

—Es que... —Constanza mira al resto del grupo para pedir apoyo moral antes de hablar—. Queremos... Bueno… Queremos saber qué pasa.

«Oh, no».

—Sí, Vanesa... —empiezan todos.

—Por favor.

—No seas mala.

Me reacomodo en mi lugar.

—No saben lo que piden. —Dejo caer mis hombros.

Constanza prácticamente se arrodilla delante de mí.

—Aunque no tenga final feliz —suplica.

—Piedad, Vanesa —empiezan de nuevo todos.

Me hacen sentir culpable. Dios, ¡hasta desinstalé Wattpad de mi teléfono! Debo tener miles de notificaciones de quejas por dejar en pausa esa novela.

Contemplo sus caras, lucen tristes.

Mi novela... No puedo eliminarla y traumarlos a todos como me pasó a mí con la de *La cama*. «¡Aún te odio, Alexander Donoso!».

Aunque, hablando de *La cama*...

Viene a mí una idea.

—¿Seguro que no les importaría que la historia no tenga final feliz?

Mis compañeros no se muestran seguros de su respuesta, pero, como están en plan de negociación, aceptan.

Entonces cojo aire y propongo.

—Vamos a hacer algo. —Me estoy arriesgando, pero debo cerrar ese ciclo—. Hoy publicaré el último capítulo —anuncio y celebran—. Y mañana publico el epílogo.

—Pero Vanesa...

—Eso o nada. ¿Aceptan? —Callan y asienten con la cabeza—. Solo no vuelvan a insinuar nada frente a Marco.

—Gracias, Vanesa.

Verlos queriéndome otra vez me hace sentir mejor. Todo por una novela. Gloria y Sandra incluso me acompañan hasta la recepción a buscar a Hugo para que me lleve a casa.

***

No aviso a Armando que vine temprano a casa porque no quiero que me distraiga. Me ocupo trabajando en la presentación que me pidió Salvador. Además, si voy a escribir y publicar el último capítulo de mi novela no quiero entretenerme con nada. Requiero concentración.

Activo el modo *silencio* en mi teléfono y tomo asiento frente a mi *laptop*. «Acoso sexual en el trabajo». Leo con atención lo que está escrito en la hoja que me entregó Salvador y también la información que encuentro en Wikipedia.

> El acoso sexual es, genéricamente, la manifestación de una serie de conductas compulsivas de solicitud de favores sexuales con distintas formas de proceder dirigidas a un receptor contra su consentimiento.

«¿Por qué Salvador quiere que hable de esto?», sigo dando vueltas al asunto.

Al terminar la presentación la cierro y me obligo a concentrarme en mi novela porque si me pongo a imaginar cosas en mi cabeza sobre qué pasará mañana (la novela policíaca), tendré un ataque de ansiedad.

Que pase lo que tenga que pasar.

Abro Wattpad. Como sospeché, muchos de mis lectores ya me desearon una horrible estadía en el infierno. Me río al leer los mensajes. Hoy los sorprenderé.

«Veamos...».

Ya tengo frente a mí la página en blanco. El último capítulo. Ahora debo decidir qué escribiré.

No será un final feliz. Eso lo sé. No tengo la inspiración necesaria para unir a Carlo y a Valentina en un final feliz. Me sentiría estúpida escribiendo eso sabiendo que...

«No, no pienses en eso».

Le crearé un «Armando» a Valentina. Haré que Carlo le destruya el corazón y que se aleje para siempre. No obstante, enseguida conocerá a Román, un apuesto abogado del que se enamorará. Eso es. Ese será mi final.

«Pero mis lectoras aman a Carlo…». Rayos. Debo pensar en razones para odiarlo. «Deben odiarlo o no aceptarán ese final», me pongo como reto.

Pienso...

«¡Lo tengo!».

Primero, una nota de autora:

> Hola, lectores. Lamento la demora en publicar, pero a la tía de un primo de mi papá, que también es mi madrina, la asaltó un ladrón con pinta de secuestrador y mi familia y yo hemos estado resolviendo eso.

Ya no puedo continuar la novela. Espero me comprendan, pero como no quiero dejarles con la curiosidad sobre lo que va a pasar, decidí dejarles hoy el capítulo final y mañana publicaré el epílogo.

Gracias por leer.

Los quiere,

Vanesa. X

Capítulo 20

Valentina se siente intranquila debido a sus sospechas sobre si Carlo la engañó o no con aquella guapa modelo. Nicolasa se lo aseguró, pero ella sabe que no puede confiar en esa enana. Es por eso que decide llamar a Gema, su amiga, que también es secretaria y personal de confianza de Carlo.

—Gema, dime la verdad —pide, temiendo la respuesta—. Tú, que eres la secretaria de Carlo, dime si es cierto que salió temprano el otro día y se fue en compañía de Stephania.

—Sí, Valentina —responde, sin dudarlo—. Carlo se marchó con esa maldita mujer.

Valentina cuelga y empieza a gritar: ¡Por qué! ¡Por qué! Dime, Dios, ¡por qué eres tan cruel!

Y cae desmayada.

***

Cuando Valentina despierta se percata de que ya no está en su casa. Se halla sobre algún tipo de cama. «¿Dónde estoy?», se pregunta. Preocupada, mira que todo a su alrededor es blanco y pronto su aliento se impregna con un sabor aséptico. «¿Un hospital?», duda. Pero lo confirma al darse cuenta de que a su lado está de pie un médico. Un médico apuesto.

Mmm… Tal vez podría cambiar la profesión de Román de abogado a médico.

—Señorita, mi nombre es Román —se presenta él. Tiene una voz sexi. Valentina no puede evitar imaginarlo desnudo en una cama—. Le hice algunos exámenes y déjeme decirle que...

—¿Qué? —pregunta, asustada.

—Usted está embarazada.

En solo un segundo el mundo de Valentina se cae a pedazos. ¿Ella embarazada de Carlo? ¿Embarazada del hombre que la ha engañado? ¿Acaso podría ser peor su situación?

Vanesa llora sobre el hombro de Román y este le ofrece llevarla de vuelta a su casa.

Al siguiente día Valentina llega —como lo hace siempre— temprano a la oficina. Está decidida a encarar al hombre que la ha defraudado. Lo ve entrar y lo sigue hasta su elegante despacho.

—Carlo —le llama—. Debo decirte algo.

Él la mira sin contestar nada. No cabe duda de que no le deja la culpa.

—Habla —pide con la mirada baja.

—Carlo —ella se arma de valor—. Estoy embarazada.

La reacción de Carlo no es la que ella esperaba. Por un momento pensó que a él le alegraría la noticia y le suplicaría perdonarle cualquier daño causado. Pero no. Carlo le da la espalda a Valentina y, con actitud altanera, dice:

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Qué no puedes, Marco?

—Hacerme cargo de esa criatura.

Valentina apenas puede creerlo. ¿La está abandonando?

—Pero es tu hijo, Carlo. Hasta ya le he puesto nombre.

—Valentina, por Dios.

—Se llamará Marco. El pequeño Marquito, le dirán.

Los hombros de Marco se cuadran aún más. Valentina advierte que no le gustó escuchar que el bebé se llamará como él.

—Ni siquiera sabes si es un niño.

—Es un niño —asegura ella—. Me lo dice mi corazón.

—¡Vete, Valentina! —explota Carlo—. Entiende que como presidente de Grupo A tengo ya tengo demasiadas preocupaciones. No estoy listo ni tengo tiempo para la paternidad.

Vanesa, sintiéndose defraudada de Carlo, se marcha sin dudarlo de ese horrible lugar.

Afuera del edificio de Grupo A llueve. Pero a Vanesa no le importa. Carlo la ha echado.

—¡Si supiera él que ni siquiera tengo para comer! —grita al cielo—. Acabo de utilizar el poco dinero que tenía para comprar vitaminas que harán bien al bebé. Y ahora me he quedado sin trabajo. Él me ha echado.

Preocupada por el bienestar del bebé, Valentina se ve obligada a buscar sobras de comida en un cesto de basura.

—Saldremos adelante, Marquito —dice al bebé que lleva ahora en su vientre—. Mañana empezaré a buscar otro trabajo y podré comprarte ropita y pañales.

¡Pero eso no sucede!

Pasan las semanas y Vanesa sigue sin nada. Y como no puede pagar el alquiler también la echan de su casa.

Así, la pobre mujer se ve obligada a mendigar comida y cama.

Pasan los días, los más lluviosos de la temporada, y, hambrienta, espera afuera del edificio de Grupo A a que Marco salga. Espera a que él le ayude a comprar más vitaminas para el bebé. Sin embargo, no pasa mucho tiempo cuando lo ve salir de ese edificio en compañía de la otra mujer.

Ahora doy clic en «publicar».

—Qué final. —Sonrío y cierro la página de Wattpad—. Quedó mejor de lo que esperaba.

Bostezo. Mierda, estoy cansada. No es para menos, anoche no dormí bien y hoy me tocó trabajo pesado. Además, hice la presentación que me pidió Salvador y, por si no bastara, escribí el final de mi novela.

Necesito paz.

Cojo mi teléfono y miro la hora: 19:33. Vuelvo a bostezar. Aún es temprano, pero...

Camino hacia el armario y saco un pijama. Después camino hacia la puerta y la entreabro.

—¡Mamá, dormiré temprano! ¡No cenaré!

—¡Esa gastritis, Vanesa!

—¡No tengo hambre! —le lloro desde donde estoy y la escucho resoplar.

No insistirá.

Apago la *laptop* y me meto entre las sábanas de mi cama. En la pared todavía están las fotografías que le he tomado a escondidas a Marco y los mensajes que imprimí deseándome feliz Navidad y feliz cumpleaños. Debo arrancar eso.

Bostezo.

Cierro los ojos, aunque los abro otra vez al recordar a Armando. Cojo el teléfono y abro WhatsApp. Tengo mensajes nuevos... Mis compañeros de trabajo me agregaron a un grupo.

«Lectores de *Me voy a follar a mi jefe*».

Lo abro para leer qué comentan.

Sandra: ¡Estoy llorando! ¡Qué será de Valentina!

Charlie: Y el bebé. ¡Que alguien piense en que será de ese pobre bebé sin apoyo económico!

Constanza: Vanesa, no quiero preocuparte, pero varias veces confundiste los nombres de Valentina y Carlo con Vanesa y Marco.

¿En serio? Ah, mierda, pudo ser por lo cansada que estoy, aunque no es la primera vez que mis lectores me corrigen eso.

Miro de reojo la *laptop*. «No, no te encenderé de nuevo».

Bostezo. Me estoy cayendo del sueño.

Vanesa: Muero de sueño. Por la mañana lo arreglo.

Gus: ¡Buen capítulo, Vanesa! Aunque bastante dramático.

Sandra: Cállate, Gus. Estuvo perfecto.

Gloria: También estoy llorando. Odio a Marco. Digo, a Carlo.

Constanza: ¡Es un hijo de puta! Mira que abandonarla con un bebé. Oigan... ¿será por esto que están distanciados? ¿Es por esto, Vanesa?

Sandra: Sí. Últimamente el jefe no te pide nada, Vanesa. ¿La historia está basada en hechos reales?

Arrugo la frente. *«¿Qué mier...?»*. No. No tengo tiempo para esto. Salgo del grupo y reviso el resto de mensajes de WhatsApp.

Carolina: Veo que actualizaste la novela :)

Por enésima vez, no la respondo y abro la conversación con Armando.

Vanesa: Tuve un día pesado. Me voy a dormir temprano. Hablamos luego. X

Coloco el teléfono debajo de la almohada y me rindo ante el sueño.

HACKEANDO

CAPÍTULO 21

HOLA A TODOS. COMO SABEN, MI NOMBRE ES VANESA Y SOY LA ESCRITORA DE ESTA HISTORIA.
NADA MÁS LES QUERÍA CONTAR QUE TODO LO QUE ESCRIBÍ AQUÍ ES REAL.
CARLO ALTAMIRANO EN REALIDAD ES EL EMPRESARIO MARCO MALDONADO.
AMBOS TRABAJAMOS EN GRUPO M.
DIRECCIÓN DE GRUPO M:
5TA AVE. 4TA CALLE. CIUDAD DE ONTIVA.
PBX: 5463
EXT. 1 Y 4.
NO DUDEN EN VISITARNOS.

Capítulo 30



Como ya es costumbre de mamá, *I'm alive* de Céline Dion suena antes de que yo despierte. Cielo santo, incluso antes de que medio edificio despierte. Me saco la almohada de debajo de la cabeza y la coloco encima de mi cara. «¿Por qué? ¿Por qué me haces esto, madre?». No dormí bien.

—Vanesa —llama como si fuera una princesa de cuento de hadas.

No comprendo a quienes se despiertan de buen humor por las mañanas.

—Despierta, nena.

La escucho abrir mi puerta.

—*I get wings to fly! God knows that I'm alive!* —Entra cantando.

¿Por qué a mí? Ruedo sobre mi cama.

—Te odio —digo limpiando baba de mi cara. ¿Cuánto tiempo dormí? ¿Dos horas?

—No te quejes, que te acostaste temprano. Eres una floja, *ciela.*

Sin ánimos de negociar un minuto más de sueño, salgo de la cama y me encierro en el cuarto de baño. Con un ojo cerrado y el otro medio abierto me doy una ducha, me cepillo el cabello y me depilo las cejas. Cuando salgo y me preparo para vestirme miro el reloj. «¡Ya me agarró la tarde!».

No debería quejarme de que mamá me despierte. Sin ella no haría bien nada. Ahora que recuerdo... ¡Mi teléfono!

Lo busco por todos lados. ¿Dónde lo dejé? Pienso... Pienso... ¡Debajo de la almohada! Busco y lo encuentro entre las sábanas. Está descargado. Anoche estaba tan cansada que olvidé conectarlo. No importa. Lo cargaré en Grupo M.

Guardo el teléfono en mi bolso junto con el cargador y me apresuro a vestirme. Estoy lista para salir de casa. Salgo primero de mi habitación y trato de recorrer el pasillo en silencio.

«Tal vez pueda salir a hurtadillas y evitar...».

—¡Tu batido, nena! —me llama.

«Dios, ¿por qué?». Pongo los ojos en blanco.

—Voy tarde, má —intento despedirme, pero ya sujeta en sus manos una botella *Tupperware*, que encima me mata si la pierdo.

—Te lo puse para llevar —me advierte.

Me armo de valor y voy a por la botella.

—¿Qué toca hoy? —pregunto mirando con recelo lo que debo tomar.

—Espinaca, mandarina y papaya. —Sonríe.

¿De dónde saca esas ideas? Le sonrío de vuelta (a la fuerza) y salgo de casa.

En el camino a Grupo M bebo mi batido. Lo tiraría a la basura, pero desde niña mamá me traumatizó con el discurso: «Los niños de África no tienen ni qué comer, Vanesa», y luego no puedo con los remordimientos. De todos modos, en un quiosco afuera de Grupo M me compro un chocolate caliente y una dona rellena.

Entro en el edificio. A mi paso encuentro a un policía, al encargado de mantenimiento y a la recepcionista. Ellos madrugan igual o más que yo. Nosotros debemos estar aquí antes de que

llegue Marco. Doy los «buenos días» y hago mi camino hacia el elevador. Este también se encuentra vacío. Sea como sea, en media hora harán cola para subir.

Bebo un sorbo de mi chocolate y doy un mordisco a mi dona. Con suerte, terminaré todo antes de que Marco llegue.

El elevador por fin se detiene en mi piso. Saludo a la nada y hago el recorrido hacia mi cubículo. Ahí dejo mis cosas y me apresuro a terminar mi dona para después...

—Buenos días, Vanesa —me llama una voz.

Es la voz… de Salvador. Me vuelvo hacia él intentando ocultar mis escasas ganas de verle.

—Buenos días, señor.

Él, como siempre, viste estrafalario. No sé qué pretende. Una cosa es ser original y otra ridículo. Y otra muy distinta, y de eso está muy lejos, ser elegante como Marco.

—Hoy también madrugaste —dice acercándose a mi cubículo.

Se ve feliz. No parece preocupado de que hoy haya reunión de junta directiva. Al fin y al cabo, ¿por qué estaría preocupado si él los citó?

—Tengo que preparar el despacho del señor Maldonado —explico. Debo prepararle el café, acomodar el periódico...—. Y después me haré cargo de mover el mobiliario para...

—Nada de eso, Vanesa —me interrumpe y su sonrisa se ensancha—. Tú y yo tenemos que platicar.

«¿Qué?».

—Pero... —No sé ni qué responder a eso.

—Acompáñame a mi oficina —pide dando media vuelta. «Quiere que lo siga».

—Pero Marco se molestará si yo no...

—Marco entenderá —contesta con naturalidad—. Sígueme, Vanesa.

Lo veo caminar hacia su oficina, y ya debería estar detrás, pero conecto mi teléfono al cargador antes de seguirle. ¿Qué demonios quiere?

Cuando entro en la oficina de Salvador me sorprende ver dentro a Nicole. ¿La jirafa madrugó? Ella sonríe al verme. Sigue jugando a «pretendo que me caes bien».

—Buenos días, Vanesa —saluda.

—Buenos días —respondo, confusa—. Pensé que era la única —le digo a Salvador.

—Nosotros también tuvimos que madrugar hoy —responde por los dos.

Él se encuentra de pie frente a su escritorio. Nicole tampoco está sentada.

—¿En qué le puedo ser útil, señor? —pregunto, sintiéndome incómoda.

¿Querrá saber sobre la presentación? Tal vez debí traer conmigo el dispositivo en el que la guardé. Porque sí la hice.

—En qué me puedes ser útil... —Sonríe—. Qué buena pregunta, Vanesa. Esa actitud servil tuya nos ahorrará muchas más preguntas. ¿Preparaste la presentación que te pedí?

—Sí.

Hace un gesto con la cabeza a Nicole y esta camina hacia la puerta. Le pone seguro y eso me pone en alerta.

—Vamos al grano. Resolvamos esto antes de que los demás lleguen. Verás, Vanesa, no es una sorpresa para nadie que Marco sea incapaz de manejar esta empresa —comienza—. No como la manejaba papá. Tú estuviste aquí cuando él estaba a cargo, ¿no es así?

Asiento.

—Por eso *tenemos* que hacer algo —continúa—. Tenemos que salvar esta empresa, Vanesa, y solo lo haremos si quitamos del camino a Marco. —Cambio de un lado al otro el peso de mi

cuerpo—. Pero no me mires así, no hablo de matarlo —ríe y no encuentro la gracia en sus palabras—. Hablo de buscar la manera de que papá le quite la presidencia. Tenemos que...

—Desprestigiarlo —termina Nicole por ambos.

Ella ahora luce impaciente.

—Esa palabra es demasiado fuerte, Nicole —objeta Salvador. Después regresa su atención a mí—. Vanesa, necesitamos... ¿Cómo explicarte? —Chasquea la lengua—. Queremos que papá deje de confiar en Marco. Ya no quiere que esté a cargo, tú misma lo oíste, pero necesitamos empujarlo a que termine de tomar la decisión. Y tú puedes ayudarnos.

No.

—No entiendo de qué me habla, señor —miento.

Debo encontrar la manera de huir de estos dos.

Salvador suelta una risa seca y saca su teléfono móvil del bolsillo. Acto seguido, lo coloca sobre el escritorio y me pide sentarme en la silla frente a este.

—Necesito que sigas mis instrucciones —dice mirando de reojo a Nicole. ¿Por qué está tan seguro de que cooperaré?—. Voy a activar la grabadora de voz de mi teléfono y, de acuerdo a lo que estoy seguro que aprendiste al leer la hoja que te entregué ayer, vas a acusar a Marco de acoso.

—No.

Salvador camina de un lado a otro. Planeó esto con tiempo.

—Lo harás quedar como un jefe pervertido que le insinúa cosas sucias a su asistente.

Le regalo mi mejor cara de «vete al infierno». ¿Qué le hace pensar que haré eso?

—¡Señor, yo no puedo...!

—Papá los vio bastante cariñosos la otra noche —continúa, como si recordase algo importante.

Fue la noche del bar.

—Pensó mal —trato de explicar, pero titubeo—. Marco nunca... Él no...

Sus ojos brillan con malicia.

—Pero yo necesito que papá confirme sus sospechas de que Marco viene a esta empresa a galantear contigo.

—Eso no es cierto, señor. Yo... —Procuro levantar más la voz.

—Haz esto por las buenas, Vanesa.

No comprendo por qué se comporta con tal descaro. ¿Por qué está seguro de que le ayudaré en algo tan sucio? Yo jamás...

—Felicitaciones. —Escucho decir a Nicole—, acabas de llegar a treinta mil seguidores en Wattpad.

Siento que mi presión baja, o sube, no sé... pero me siento mareada. Lentamente, me vuelvo hacia ella. «No, Dios, la jirafa no». Sonríe de oreja a oreja.

—Más tarde te puedo dar una crítica constructiva de tu novela.

Al instante el mundo se derrumba ante mis pies.

Escucho que Salvador tamborilea los dedos sobre el escritorio.

—¿Tengo explicarte más, Vanesa? —me reta.

Mis ojos están sobre Nicole, que me muestra la pantalla de su móvil, donde tiene abierta mi cuenta de Wattpad.

Ellos saben de mi novela.

—Lo sé desde aquel día en el que los demás en la oficina te descubrieron —dice ella—. No fueron lo suficientemente discretos. Todos repetían Wattpad aquí, Wattpad allá. No soy tonta,

Vanesa, até cabos, pero fui paciente y esperé hasta tener la mejor oportunidad para echarte en cara esto. —Mira con curiosidad su teléfono—. Anoche *hackeamos* tu cuenta —explica y busca algo más en el teléfono. Ahora me muestra la tabla de contenidos de mi novela—. ¿Ves este mensaje? —pregunta y leo:

> HOLA A TODOS. COMO SABEN, MI NOMBRE ES VANESA Y SOY LA ESCRITORA DE ESTA HISTORIA.
> SOLO LES QUERÍA CONTAR QUE TODO LO QUE ESCRIBÍ AQUÍ ES REAL....

Mis ojos se humedecen.

—No llores —se burla Nicole con actitud de niñata—. Está en «borrador», pero ¿qué pasa si doy clic en «publicar»?

Es mi fin.

—¿¿Cómo pudiste?? —inquiero con dolor.

«No llores». Siento un enorme nudo en la garganta. ¿De todos, por qué tenían que enterarse estos dos?

—Pero no hay por qué alarmarse —dice Salvador—. No habrá necesidad de llegar a tanto, ¿verdad, Vanesa? Porque vas a cooperar.

Miro de Nicole a Salvador. Mi suerte es esta, si no hago lo que me piden Marco sabrá de mi novela, pero si lo hago les ayudaré a desprestigiarlo. Debo escoger entre mi bienestar o el bienestar de él.

Mis pies y manos tiemblan. Además del vértigo, muchos «hubiera» pasan por mi cabeza, pero ahora no valen nada. Yo ahora no valgo nada.

Cojo aire antes de hablarles.

—No los voy a ayudar.

Salvador, en apariencia cansado de esta situación, igualmente coge aire.

—*Tú* mejor que nadie sabes lo especial que es mi hermanito con su privacidad —dice y se coloca en cuclillas al lado de mi silla—. ¿Qué crees que pensará de ti después de leer eso? —Señala el teléfono de Nicole—. Que eres una puta sucia y barata...

De mis ojos empiezan a caer lágrimas.

—Que estás enferma —continúa—. A Marco no le será difícil odiarte. Es más, en esa novela tú hablas de nuestra empresa. Te puedo asegurar que hasta te va a demandar.

«Demandar». Escucharle decir eso me hace recordar que al menos cuento con Armando. Tengo que llamarlo.

—Irás a la cárcel y ninguna empresa te volverá a contratar. Te vamos a desprestigiar, Vanesa. ¿Escuchaste sobre el caso Saviñon? Al pobre tipo se lo comieron tanto los medios de comunicación que se volvió un ermitaño. Ese es tu destino, Vanesa, pero tú, en lugar de ser acusada de posible asesina, serás señalada como acosadora, como una pervertida...

—Necesito hacer una llamada —le interrumpo.

Nunca me había sentido tan humillada.

Salvador niega con la cabeza.

—Por Dios, ¿acaso piensas que todavía cuentas con algún tipo de privilegio? —Escucho reír a Nicole—. Estás acabada, Vanesa. ¿Escuchas eso? La gente ya está llegando a la empresa. —Señala la puerta—. También tenemos a dos policías detrás de esa puerta. Tus compañeros te verán salir de aquí esposada. A menos que...

A menos que entregue a Marco.

Lloro tanto que también estoy temblando.

—No lo haré —repito.

Salvador, furioso, golpea la mesa con el puño y después me coge del cabello. Grito.

—¡Salva! —grita Nicole, asustada.

—No me enojes, Vanesa —me advierte sujetando mi cabello con fuerza. Está fuera de sí—. No eres más que una puta. ¡Compórtate como tal y di tu precio!

—¡No haré nada!

Escuchamos que alguien toca la puerta. Salvador me libera, tiene que hacerlo por el momento, pero siento terror. Esto sobrepasa cualquier otro lío en el que me haya metido.

—¡Cállate! —me grita al escuchar que no paro de llorar.

—¿Quién es? —pregunta Nicole.

—*Gloria* —dice mi amiga al otro lado—. *Traigo la correspondencia del señor Maldonado.*

—Que te la dé en la puerta. Que no entre —le ordena Salvador a Nicole.

No obstante, cuando abre yo me vuelvo hacia esta. Nada más son tres segundos, pero, para mi fortuna, Gloria consigue verme entrando en pánico antes de que Nicole cierre la puerta y la asegure de vuelta.

¿Qué pensará que está pasando?

—La reunión de la junta directiva empieza en media hora —me hace ver Salvador—. No me hagas perder el tiempo, Vanesa.

Nicole coloca la correspondencia de Salvador sobre el escritorio y enseguida se sienta frente al ordenador. En este también abre mi cuenta de Wattpad. Luego la miro hacer copia y pega de Wattpad a un archivo Word. Va a imprimir mi novela.

—Les adjuntaré una imagen del perfil y el resto de esta manera porque de otra forma no se puede imprimir —le dice a Salvador.

—¿Ves? —me sigue amenazando él—. Le vamos a mostrar a mis padres y a Marco tu novela.

«No, Dios...».

—Empieza a cooperar o a rezar, Vanesa. —Salvador se inclina sobre mí hasta quedar nariz contra nariz. En su mano sujeta su teléfono, este está listo para empezar a grabarme—. Dile a mi grabadora que Marco te acosa.

—No.

Su mano está a punto de golpear mi cara, pero le detiene escuchar que otra persona toca la puerta.

—¡¿Quién?!

—*¡Abre la puerta!* —Escucho gritar a Marco y a continuación intentar forzar el picaporte.

Salto.

—¡No te pongas de pie! —me exige Salvador y, por miedo a lo que pueda hacer, obedezco.

—*¡Abre esta maldita puerta!* —le exige Marco y la golpea, si no es que la patea.

Gloria fue a por él.

—Hermanito, estamos ocupados.

Nicole tiene miedo. Ella le teme a Marco. Se apresura a minimizar mi perfil de Wattpad en el ordenador y se acomoda en su silla como si nada pasara.

—*¡Que abras!*

Estoy hiperventilando.

—No hay por qué ponerse tensos, Marquito.

Finalmente, su ímpetu consigue abrir la puerta a la fuerza y le veo entrar, pero me niego a

mirarlo a la cara. En cualquier momento Salvador y Nicole le contarán todo y, como ya dijeron, solo me verá como una «cualquiera».

—¿Qué pasa aquí? —pregunta, molesto.

—Nada —dice Salvador con voz exageradamente calmada—. ¿Pasa algo, Nicole?

—No, nada —responde esta, aunque no tan calmada.

Tiene miedo. Consiguen las cosas traicionando y estafando, pero Marco impone respeto, y en ellos miedo.

Silencio. Solo se escuchan los pasos de Marco, que, de la misma forma que Salvador, se coloca en cuclillas frente a mi silla, pero este, en lugar de sujetar mi cabello..., toma mi mano. Lo hace con gentileza.

—¿Qué pasa?

Se oye preocupado.

«Me odiarás».

Me echo a llorar con mayor intensidad.

—¿Qué le hicieron?

—Nada —finge con descaro Salvador—. De hecho, intentábamos ayudarla. Pregúntale si quieres. La asaltaron de camino a la empresa.

—¿Eso es verdad, Vanesa?

Me cree más a mí que a ellos. No puedo traicionarlo.

No digo sí o no, pero asumo que toma mi silencio como afirmación porque me rodea con su brazo para después sujetarme contra su pecho. Me está consolando.

No puedo traicionarlo. No voy a traicionarlo.

—La pobre pasó por un momento traumático —dice Salvador.

Marco lo mira con recelo.

—¡Ya llegué! —Escucho que anuncia desde el pasillo una voz cantarina. Es la voz de la señora Maldonado, que forma parte de la junta directiva.

Aun así, estando quien esté aquí, no me siento a salvo.

—Ve a saludar a mamá, yo estoy ocupado —bufa Salvador a su hermano.

Marco sujeta con fuerza mi mano.

—Vamos.

¿Quiere ponerme a salvo? No sé si pueda.

—No, Vanesa no se puede ir —explica—. Nicole y yo la estamos ayudando a denunciar lo que le robaron.

Marco me mira esperando a que confirme si eso también es verdad.

«Es la última vez que me verás con respeto».

Vuelve a tomar mi silencio como afirmación y acaricia mi mano como gesto de apoyo. Luego se pone de pie y hace su camino hacia la puerta.

—En media hora empieza la reunión —advierte a su hermano y sale al pasillo.

Lo escuchamos recibir a la señora Maldonado.

—Qué vergüenza, Vanesa —me dice Salvador mientras Nicole cierra la puerta—. Vas a defraudar a alguien que confía en ti.

—Yo soy su asistente. Tú eres su hermano —le recuerdo.

—Medio hermano —objeta—. Y solo estoy haciendo lo que es mejor para la empresa.

Una vez más, empuja hacia mí su teléfono.

—Última oportunidad de hablar —dice y se vuelve a encolerizar cuando me vuelvo a negar.

«Entiende que no lo voy a traicionar».

—¡Dijiste que esto funcionaría! —le reclama a Nicole.

—¡Eres tú el que tiene que hacer que funcione! —le responde con altanería—. Te advierto que mi padre está perdiendo la paciencia.

Salvador se pone más tenso al escuchar la mención del señor Govea. ¿Cuánto dinero les debe?

—Si no cooperas te voy a matar —me amenaza esta vez volviendo a sujetar mi cabello—. A ti. A tu familia... Es más, primero mataré a tu familia para que tú lo veas.

Intento gritar, pero nada sale de mi garganta.

Está desesperado. Quiere golpearme. No es más que un cobarde.

—Espera, tengo una idea —dice Nicole acomodando más hojas en la impresora. Está a punto de imprimir la historia—. Aunque ella no hable, *esto.* —Señala mi novela— nos puede ayudar. Le dirás a tu padre que el único logro de Marco en un año fue follarse a su asistente.

—Él lo negará —responde, molesto, pero suelta mi cabello.

—Claro que lo hará. —Le sonríe—. No nos conviene que lo acepte. La idea es poner en duda a tu papá y que le quite la presidencia a Marco después de leer la historia. Él confía en ti. ¿A quién de los dos le creerá? Además, lo vio coqueteando con ella.

Salvador me mira con nuevos ojos.

—Quién diría que, a fin de cuentas, sí ibas a ayudar.

—¡No, por favor! —suplico, pero me amenaza con abofetearme.

—Le quitarán a Marco la empresa y, de todas formas, te demandará por difamadora, porque esa será su única opción para recuperar la presidencia: gritar a los cuatro vientos que eres una mentirosa.

Entre los dos, sin tregua alguna, me humillan una vez más.

—Me das lástima. —Él mira sobre el hombro mi novela—, mira que escribir sobre tener sexo con alguien por encima de tus posibilidades.

—Mira que llamarme «Nicolasa» —me echa en cara esta—. Porque entre nosotras, cariño, eres tú la que es una maldita enana.

—Fuera de aquí, Vanesa. Tuviste la oportunidad de continuar trabajando para mí y salir bien de esta empresa... pero elegiste estar del lado equivocado.

Esboza un gesto de asco y me señala la puerta para que me marche.

Cuando lo hago, Nicole ya está clasificando las hojas que imprimió de mi novela para colocar todo en diferentes carpetas.

Me deshago en lágrimas al salir de la oficina de Salvador. Siento ganas de golpear contra cualquier cosa mi cabeza. Jamás debí escribir esa novela. Carolina me lo advirtió, Armando me pidió precaución... y ahora estoy en problemas. Verdaderos problemas. ¿Qué le diré a mi mamá cuando la tenga que llamar desde la cárcel? Papá no querrá hablarme y al final mis acciones siempre afectarán a Marco.

Estoy acabada.

Mi estado de ánimo es tan crítico que cuando camino hacia mi cubículo llamo la atención de mis compañeros de trabajo.

Gloria es la primera en acercarse.

—¿Qué pasa? Le dije al jefe que estabas con esos dos, pero no entiendo, ¿por qué llorabas?

—Gracias. Llegó, pero...

Es tarde.

Mi voz se quiebra y mis piernas vuelven a temblar. Lo único que evita que caiga es que ahora

Charlie y Sandra también me rodean.

—Vanesa —dice ella, preocupada.

Más compañeros se acercan.

—Saben lo de la novela.

Uno tras otro ponen cara de alarma. Sin embargo, al mismo tiempo escucho los tacones altos de Nicole resonar sobre el pasillo. Salió de la oficina de Salvador y ahora camina hacia la de Marco. En sus manos sostiene cinco carpetas: las copias de mi novela.

Mis compañeros se apresuran a rodearla.

—¡Y a ustedes los acusaré de complicidad! —los amenaza, pero mis compañeros no dan un paso atrás.

—Déjenla —digo limpiando mi cara—, no podemos hacer nada.

Nicole me sonríe, altanera, y vuelve a mostrar la pantalla de su teléfono. La miro dar clic en «publicar» el aviso que escribió en mi cuenta de Wattpad. Ahora mismo mis seguidores se están enterando de que lo que escribí en *Me voy a follar a mi jefe* es «real».

Sandra revisa sus notificaciones y me confirma que Nicole cumplió su amenaza. Gloria me abraza. «No. Puedo. Más».

Lo último que veo antes de dejarme caer en un abismo de emociones es a Nicole entrando en el despacho de Marco anunciando: «No vas a creer lo que traigo para ti, cariño».

Capítulo 31



No hay vuelta atrás, está pasando. Y quisiera pensar que todo estará bien. No obstante, sin importar cuáles sean mis cartas, sé que debo enfrentar las consecuencias de mis decisiones. Tuve muchas oportunidades para eliminar esa novela y decidí asumir el riesgo.

¿Qué haría de tener otra oportunidad? No lo sé. Siempre sentí injusta la idea de dejar a mis lectores a medias. Y es que... no pensé en que Marco se enteraría de esta manera.

Tengo sentimientos encontrados. Siento preocupación, vergüenza, miedo... Me aflige pensar que a partir de hoy me mirará diferente. ¿Con rencor? ¿Aprensión? O tal vez asco. ¿Qué sentirá al saber lo que escribí sobre él? La historia es una mezcla de ficción y realidad. Ahí narro cómo hubiera querido yo que nos relacionáramos. No solo es sexo, también plasmé de la A a la Z mis sentimientos por él.

«Mierda. Mierda. Mierda».

Nicole entró hace cinco minutos en el despacho. Estoy que entro en pánico. Sandra tampoco puede más con la ansiedad y se recuesta boca abajo frente a la puerta para ver qué pasa dentro.

—El jefe y su mamá están leyendo la novela —dice. Mientras tanto, otros compañeros se cercioran de que nadie se acerque—. Él está leyendo el primer capítulo y ella, creo, le echa un vistazo a cada hoja. No lee de corrido.

¿En dónde meteré mi cara cuando la mamá de Marco me exija una explicación?

Abrazo con fuerza a Gloria. La extrañaré a ella y a todos.

—Todavía podemos quemar el edificio. —Suspira.

—No. Enfrentaré mis consecuencias.

—Todo saldrá bien.

Ni ella misma se lo cree.

Niego con la cabeza.

—Estoy acabada, Gloria.

—No digas eso. —Trata de limpiar las lágrimas de mi cara.

Tengo que dejar de llorar. Debo enfrentarles con la cabeza levantada.

—Marco me odiará —digo.

—Tú qué sabes, a lo mejor le gusta.

Sonrío, pero es una sonrisa triste.

—Sería raro que le guste mi novela.

—El amor es raro, Vanesa.

Y es que en el hipotético caso de que a Marco le guste mi novela, Salvador y Nicole igual la utilizarían para hacerle daño. Y por eso, al final, la odiaría.

—La mamá del jefe apenas lo cree —dice Sandra, aún recostada frente a la puerta de Marco. «¿Qué pensará de mí la señora Maldonado?»—, pero se está riendo, Vanesa.

¿Que está qué?

—Tenemos que escuchar lo que dicen —interviene Constanza.

—Pero no podemos abrir la puerta.

—Solo entreábrela. El jefe está tan entretenido leyendo que no se va a dar cuenta.

«Qué vergüenza».

De ese modo, Constanza lo hace para que escuchemos qué dicen dentro.

Gloria y yo cerramos los ojos y nos tomamos de las manos.

—¿Qué es esto? —Escuchamos que pregunta entre risas la mamá de Marco.

—Una novela sexual sobre su hijo, señora —responde con seriedad Nicole—. La escribió de manera clandestina su asistente. Ya sabe..., Vanesa.

No me sorprende el odio con el que escupe mi nombre.

—¿Vanesa? —pregunta con diversión la señora Maldonado.

—Sí, ella.

—Tengo que llamar a Tuti para contarle —decide.

—¿Qué pasa? —pregunto a Constanza.

—La mamá del jefe se puso de pie y ahora hace una llamada. El jefe ni siquiera se mueve. Está leyendo, pero... no sé si está respirando... Hace estas caras...

Acto seguido, Constanza me muestra una cara con el entrecejo fruncido, después otra de sorpresa y por último una avergonzada.

Marco en serio me debe estar odiando.

—¿*Aló*? ¿Tuti? Adivina que tengo en mis manos. —Ponemos atención a lo que dice la señora Maldonado—, una novela a lo *Cincuenta sombras de Grey*, pero con mi hijo Marco —ríe—. ¿Puedes creerlo? Muero... Sí, te lo juro... La escribió alguien de su oficina... Su asistente... Escucha cómo lo describe: «No existe hombre más fascinante que mi jefe. Él es, por mucho, lo que toda mujer quiere...».

No sé ni dónde meter la cara.

—Esa es mi parte favorita del capítulo uno. —Suspira Gloria.

—Oye, ya es ganancia que no esté enojada. —Me codea Sandra.

Podrá ser, pero todavía tenemos que esperar la reacción de Marco.

—Sí, Tuti. Deja que averiguo dónde y te la paso.

No, antes me mato.

—Le estoy echando un vistazo a todos los capítulos.

—Nicole mira boquiabierta a la mamá del jefe —reporta Constanza—. Les apuesto a que no se esperaba una reacción tan entusiasta.

Por lo menos me queda esa pequeña victoria.

Vemos a Charlie venir corriendo desde el elevador hacia nosotros.

—¡Viene el jefe! ¡Viene el jefe! —avisa.

Todas saltamos y volvemos a nuestros respectivos cubículos. Tres segundos después sale del elevador el señor Maldonado en compañía de un hombre que reconozco como el tío de Marco.

Y es ahí cuando sé que no la libré. Es imposible que el señor Maldonado reaccione igual que su mujer.

—Gloria, llama a cada ejecutivo para recordarles que los esperamos en la sala de reuniones —ordena.

—Sí, señor.

Todos buscamos qué hacer para que no nos mire desocupados. A la vez, Nicole regresa en tiempo récord al pasillo tras escuchar que el jefe ya entró.

—Qué bueno que llegas —lo tutea.

El señor Maldonado y el tío de Marco la saludan con amabilidad.

—¿Cómo te va, Nicole?

—Bien. Le estaba mostrando a tu esposa y a tu hijo este atropello hacia las buenas costumbres e imagen de esta empresa —dice con cizaña—. No sé si tienes un poco de tiempo.

Mirándome de reojo, les entrega una copia de mi novela.

«Te odio, Nicole Govea».

—¿Qué es esto? —pregunta el tío de Marco.

—Lo escribió la asistente de su sobrino.

—*Me voy a follar a mi jefe* —lee en voz alta el señor Maldonado.

No quiero ver su cara. Requiero con urgencia tirarme de un acantilado y, al mismo tiempo, procuro contener más lágrimas.

Los tres están de pie frente al escritorio de Gloria, por lo que estoy en su campo de visión.

—¿La asistente de Marco, dices?

—Sí, Vanesa —responde Nicole.

Después de una lectura rápida escucho reír al tío de Marco. Gloria me sonríe, esperanzada, a modo de decir: «¿Ves? Tal vez no sea tan malo».

—Considero que esto no es para reír, señor —opina Nicole.

—Por supuesto que no. —Está de acuerdo el señor Maldonado.

Ahora yo soy la que le dirijo una mirada a Gloria del tipo: «Nada que ver. Estoy caminando hacia el pelotón de fusilamiento».

—Sí, Tuti... —La señora Maldonado sale del despacho de Marco con el teléfono móvil en mano. Saluda con un beso en la mejilla a su esposo y a su cuñado—. Y yo que odio venir a estas reuniones porque me aburren —ríe—. Sí, mi esposo ya está aquí y también está leyendo la novela.

Glenda es una mujer simpática. Así la describiría de forma rápida. Siempre está en los detalles: es coqueta, amable, elegante y habla tan alto que no necesita micrófono en mano. Supongo que es la costumbre por haber sido comentarista de noticias. No viene a menudo, pero cuando lo hace es imposible ignorarla. Es ruidosa y bromista, pero de forma afable.

—Sí, Tuti, dile a Martita y a Greta que les llevaré una copia empastada.

«¡¿Qué?!».

—Sí, también a mi suegra. Querrá saber que su nieto es el Christian Grey de la ciudad.

Glenda me guiña un ojo y medio me río con ella. No sé si preocuparme o celebrar que al menos uno de ellos está de mi lado.

—Aquí la tengo, frente a mí —dice, mirándome con ternura maternal. «Oh, cielo santo»—. Sí, es guapísima. Rubia natural, ojos color miel y una cara preciosa. —Me hace sentir halagada—, aunque... —Ahora parece preocupada— se ve triste. ¿Qué pasa, amor? —me pregunta directamente.

No sé qué responderle.

—Glenda, esto no es un chiste —le reprocha su esposo.

Ella le da la cara.

—Qué amargado eres, en serio, pero el sábado te voy a llevar a un *spa* que...

—¡Glenda, por Dios!

Sin importarle nada más, lo ignora y sigue hablando por teléfono:

—Sí, Tuti, Eleazar está con el mismo mal humor que se carga últimamente. Aquí también está mi cuñado.

Mi suerte vuelve a empeorar cuando Salvador sale de su oficina para saludar.

—Tío, gusto de verte... Veo que ya estás leyendo, papá. —Les da la mano—. No se detengan

por mí. Vamos, sigan leyendo.

—¿Qué es esto, Salvador?

—¿Qué va a ser, papá? Ahí está detallado a qué vino Marco a esta empresa.

¿Debería decir algo? Abro y cierro la boca con pánico.

—Sí, Tuti, es que está para morirse...

—Denigrante, ¿no? —pregunta Salvador a su padre cuando este ya leyó media hoja—. Yo leí tres capítulos y no pude más. —Él mira con repulsión mi novela—. Marco no tiene límites, papá.

—Deberíamos ir a comentarla a ese restaurante. Ya sabes cuál...

La señora Maldonado continúa paseando de un lado al otro con el teléfono en mano.

—¡Marco! —llama su padre.

Llegó la hora de enfrentarlo.

El señor Maldonado me lanza miradas de enojo, pero no me dice nada.

«Ya no llores, enfréntales con valentía», me repito.

Nicole suprime una risa.

—¿No deberíamos resolver esto en otro lado? —opina el tío de Marco mirando a su hermano —. Aquí estamos frente a los empleados.

—No —responde el señor Maldonado volviendo a la lectura de mi novela—. Quiero confrontar a Vanesa y a Marco aquí y dejar un precedente a los demás. A esta empresa se viene a trabajar, no a... follar.

Siento mi cara enrojecer.

—Sí, Tuti, deja, te leo otra frase. —Escucho decir a Glenda—. Esta también es buena: «Sé que suena estúpido porque él apenas me nota, pero desde que lo conocí comprendí que nací para entregarme a él en cuerpo y alma». Qué cosas, ¿no? ... Sí, sobre Marco.

Sin poner mayor atención a lo que hace el resto, Glenda busca capítulo tras capítulo más frases «célebres» de mi novela.

—¡Marco! —llama otra vez el señor Maldonado. Su enojo aumenta por lo despreocupada que luce su esposa.

Busco con la mirada a Gloria, a Sandra y a mis demás compañeros. Sé que fingen estar ocupados, pero están pendientes de lo que está pasando.

Por fin veo a Marco salir de su despacho y vuelvo a esquivar su mirada. No quiero verle de frente si está enfadado.

—Explícame esto —le pide mirando de él a la carpeta que sostiene en sus arrugadas manos—. Me aseguraste que entre tú y Vanesa no pasa nada.

—Papá, yo... —Marco relame sus labios.

—Te lo va a negar, papá —lo interrumpe Salvador—, pero te puedo asegurar que todo lo que dice esa novela es real.

«¿Perdón?»

Marco mira con sospecha a su hermano. «¡Sí, él planeó esto!».

Debo hablar.

—Señor, déjeme aclararle que yo...

—Silencio, Vanesa —me exige el señor Maldonado y de nuevo mira con disgusto a Marco—. Como responsable de esta empresa, nos debes una explicación a todos. ¿A esto vienes?

Nicole y Salvador intercambian miradas de triunfo.

Marco cambia de una pierna a la otra el peso de su cuerpo, está a punto de responder cuando...

—No. Puede. Ser. —Escuchamos que exclama en un tono de voz más alto Glenda. Un tono

más alto del acostumbrado. Nos volvemos para mirarla. Ella mira estupefacta mi novela.

¿Qué parte está leyendo, Dios? Hoy, sin lugar a dudas, moriré.

—¿Qué pasa, Glenda? —le pregunta con inquietud su esposo.

—Por Dios, Eleazar —se dirige a él apenas consciente de que llama la atención de todos—. Tuti, ¿me escuchas? —dice igualmente al teléfono—. Me acabo de enterar de que voy a ser abuela.

«¡¿Que qué?!». Estoy a punto de caerme.

Las palabras de Glenda causan reacciones en cadena: escucho a mis compañeros de trabajo contener el aliento, Salvador y Nicole saltan, el señor Maldonado mira atónito mi vientre y… por mi parte sofoco un chillido al sentir sobre mí la mirada de espanto de Marco. Ahora sé que me asesinará sin piedad.

—Marco, tú no... —El señor Maldonado apenas puede gesticular las palabras.

—Te voy a explicar, papá. —Se escucha nervioso—, porque en realidad todo es más sencillo de lo que parece.

—Al rato te hablo, Tuti. —La señora Maldonado cuelga y se vuelve por completo a su hijo—. ¡Marco Maldonado! —protesta, acortando la distancia entre ellos. Sus ojos pronto se llenan de lágrimas—. ¿Cómo pudiste abandonar a su suerte a una mujer embarazada?

«¡¿Cómo?!».

—¿Cómo dices, Glenda? —repite el señor Maldonado.

«Oh, mi Dios».

—¡Y esto es tu culpa, Eleazar! —Le señala—. Según dice la novela, Marco se negó a reconocer al bebé porque se siente demasiado presionado por la empresa —explica entre lágrimas—. ¿Cómo pudiste, Marco?

—Mamá, yo jamás...

Está claro q nunca podré volver a mirarlo a la cara.

—¡Vanesa hasta ha tenido que recoger comida de la basura!

Marco se queda sin palabras. Desde donde estoy puedo ver lo sobrecogido que se siente por todo este teatro.

Debo parar todo.

—Señora, le quiero aclarar que...

—No hables, criatura. —Corre a abrazarme—. Con razón estás llorando. ¿Ya desayunaste?

—Yo... este...

«¡Sí, ya desayuné!». Glenda me confunde con tanta lágrima.

—¡Alguien tráigale de comer!

—¿Embarazada? —le pregunta Salvador a Nicole. Su cara es de horror.

—Sí, eso lo escribió anoche, pero no pensé que...

Salvador la coge del brazo y la empuja hacia una esquina. Al parecer esto se les complicó.

—Iremos a comprar alimentos —me promete Glenda—. La mamá de mi nieto no pasará penas.

«Cielo santo».

Al fondo del pasillo escucho más llantos. Son Sandra y Constanza. Gloria también llora.

—No sabía que todo era real, Vanesa —solloza limpiando su cara y saca de su bolso un sándwich para entregármelo—. Come, linda, come. No te preocupes, que no te dejaremos sola.

Después de decir eso le lanza una mirada de odio a Marco.

—Es cierto, Vanesa. —Se acerca Sofía llorando. ¿También estaba escuchando?—. Yo soy madre soltera y sé lo difícil que es... Tú. —Mira a Marco—, ¿cómo pudiste?

Él, sin saber qué más hacer, busca mi mirada, pero me niego a darle la cara. «Mierda. Mierda. Mierda». ¿Ahora cómo demonios aclaro que no estoy embarazada?

Más compañeros de trabajo se acercan a abrazarme. «Me lleva la ching...»

—Estamos contigo, Vanesa —dicen.

Entre todos llenan un sobre con dinero. Genial, ahora creen que lo que digo en mi novela es real. «¡Me cago en todas las generaciones de muertos!».

—Marco, no me esperaba algo así de ti —dice el señor Maldonado a su hijo. Se le ve decepcionado.

El tío de Marco lo mira con dolor.

Mi jefe ni siquiera sabe qué decir. Mientras, todos miran mi vientre como si dentro de mí llevara al mismo mesías y no solo restos de American donuts.

—Te desconozco, Marco.

—Mamá, yo...

—Estos no son los principios que te enseñamos en casa —llora Glenda.

—¿Puede alguien por lo menos escucharme? —reclama a todos.

Me va a desmentir. Es ahora cuando finalmente se cae el teatro. Me siento en mi silla a esperar la guillotina.

—Te sentiste presionado por tu padre y por eso abandonaste a tu bebé —sigue Glenda.

Él pasa una mano por encima de su cabello. Luce cansado.

—Tenía una mejor opinión de usted, jefe —le reprocha al mismo tiempo Gloria.

Busco con la mirada a Salvador y a Nicole. Insisto en que ya no lucen complacidos, sin embargo, Salvador da un paso adelante.

—Así es, papá —masculla, nervioso—. Y no vas a dejar a un irresponsable a cargo de esta empresa, ¿o sí?

—¡Oye! —protesta Marco.

El señor Maldonado duda.

—¿Acaso nadie me escucha? —llora Glenda—. Si Marco abandonó a Vanesa fue porque Eleazar lo presionó. Vamos a cancelar la reunión de hoy. Marco sigue a cargo de esta empresa.

Salvador y Nicole no se lo creen.

—¡¿Qué?! No. No. No. No, mamá. —Señala a Marco—. Él acaba de demostrar que es un papá irresponsable.

—¡Por querer ser un jefe responsable! —le recuerda Gloria.

Está tan molesta con el tema que olvida que se está dirigiendo a los dueños de esta empresa.

—Así es, Gloria —le secunda Glenda.

Salvador camina de un lado a otro.

—¡Papá, tú no puedes...!

—Cálmate, Salva. No es para tanto.

—¿Cómo que no es para tanto? Es el futuro de la empresa.

Observo a Marco, está pendiente de cada movimiento o gesto que esboza su hermano. Creo que ha comprendido cuál era el fin de Salvador y Nicole al exponernos.

—¡Ni siquiera hay un bebé ahí! —me acusa Salvador, molesto.

En sus ojos deja ver las ganas que tiene de golpearme.

—Pero tú mismo dijiste que todo lo que dice esta novela es real —le recuerda el señor Maldonado.

Touché.

—Y no vamos a dejar desamparado al bebé de Marco —insiste Glenda, todavía sollozando—. Vanesa no se irá de Grupo M y Marco seguirá a cargo.

—Pero... pero... —Salvador no puede creerlo—. Pero...

Los ojos de Marco están brillando con diversión.

—Sí, Salvador —interviene con una sonrisa media—. No querrás dejar desamparado a mi bebé.

«¡¿Qué bebé?!».

Salvador mira con odio a su hermano. No puede creer que su treta se volvió en contra.

—¡Ya llegó la cuna! —anuncia el mensajero de Grupo M, interrumpiendo todo. Está acompañado de dos guardias de seguridad que cargan con víveres, pañales y... una cuna. «¡¿Una cuna?!»—. ¿Dónde dejo esto, Vanesa?

«Oh, mierda». Apenas puedo respirar.

—¿Qué es eso? —pregunta Marco—. O sea, sé qué es, pero ¿qué...?

—En la entrada de la empresa hay más pañales y ropa para el bebé, jefe —explica el mensajero —. Hay personas viniendo a Grupo M a dejar su apoyo para… —Lee un papel—: «El pequeño Marquito». Para eso dicen que es.

«¡¿Qué?!». Son mis lectores. Mis amados y odiados lectores.

Siento náuseas y vértigo... pero no por embarazo.

—¿No te da vergüenza que tu bebé esté recibiendo todo tipo de ayuda menos la tuya? —le reprocha Glenda—. Anoche en casa cenamos salmón mientras la madre de *tu hijo* recogía comida de un cesto de basura. Debería darte vergüenza, Marco Maldonado.

«Oh, mi Dios». Una vez más, mi jefe busca mi mirada. Esta vez no lo evado, se ve mitad enfadado mitad conmocionado.

«No me mates».

—Mamá —dice sin apartar su mirada de mí—, Vanesa tiene una tarjeta de crédito mía que puede utilizar como mejor le parezca. Yo no...

—¡Y qué si le tiene miedo! —le recrimina Gloria—. ¡Últimamente usted la ignora!

Tengo que calmar a mi amiga.

—¿Es por la presión de tu padre con la empresa? —insiste en preguntar Glenda.

Marco coge aire antes de responder. Ahora para todos es «el padre irresponsable».

—Sí, en parte, pero...

—¡Eleazar! —le chilla Glenda a su marido.

—Yo solo quiero sentarme —contesta él—. ¿Un nieto?

Me mira como si esperase que le explique los secretos del universo.

Ellos creen que estoy embarazada y Marco no lo desmintió para conservar la empresa. La pregunta es: «¿Ahora de dónde saco a un bebé?». Tampoco veo a Salvador y a Nicole por ningún lado.

—Yo iré a por los demás pañales —anuncia el mensajero.

Mis compañeros de trabajo continúan entregándome dinero y comida para que mi bebé y yo no pasemos hambre. Trato de recibir todo con alegría. ¡En majo lío me he metido!

—Espérenme en la sala de reuniones —pide Marco a sus padres—. Yo iré a mi despacho a... hablar con Vanesa.

Se ve que sí le urge hablar conmigo. Me hace un gesto con la mano para que le siga.

—Creo que necesito acostarme —digo yo en voz baja, pero sin afán de ser tomada en serio.

Aun así, Glenda se preocupa.

—Pobre, han sido demasiadas impresiones para ti —interviene dando palmaditas en mi espalda—. Hablen mañana, Marco. Hoy la llevaré conmigo y con Tuti a comprar ropa de maternidad y más cosas para el pequeño Marquito.

—¿El pequeño Marquito? —pregunta él.

—Así se llama *tu hijo* —le reclama aún sin perdonarle habernos abandonado a nuestra suerte.

Marco se rasca la cabeza. Quiere que hable con él, pero a Glenda no le importa, ya me lleva fuera.

—Tú habla sobre paternidad responsable con tu padre —agrega.

Marco me va a matar. Me echará y luego me matará por hacer creer a todos que es un mal padre.

***

Tuti es tan o más cantarina que Glenda. Las tres recorremos tres centros comerciales comprando lo mejor para bebés y mamás. Todo con la tarjeta de Marco. Y todo marchaba bien hasta que decidí dar un vistazo a mi teléfono. Tengo un total de cuatro conversaciones pendientes.

1.

Carolina: ¿ENLOQUECISTE?

VANESA, EXPLÍCAME.

A eso le sigue una captura de pantalla de lo que publicó Nicole en mi historia.

Carolina: VANESAAAAAAAAAAAA.

¿Voy a Grupo M?

¡Tus lectores se están organizando para enviarte ayuda! VANESAAAAAAAAAAAAA QUÉ ES ESTOOOOOOOOOOO!!!

2.

Marco: Tú y yo tenemos que hablar.

3.

Mamá: ¿SILVIA VANESA, POR QUÉ ESTÁN TRAYENDO COSAS PARA BEBÉ A NUESTRO APARTAMENTO?

4.

Armando: ¿Descansaste? ¿Ya te sientes mejor?

Decido responder a los cuatro:

1. Más tarde te explico.
2. :(
3. Mamá, te vas a reír cuando te cuente. En serio.
4. Sí. Besos. Xxx.

¿Ahora cómo le explico a Armando lo que pasa? «Oye, Armando, disculpa, pero todos creen que espero un bebé de Marco».

¡Mierda!

Los cuatro responden casi al mismo tiempo:

Carolina: Pensé que éramos amigas. ¿Qué está pasando, Vanesa?

Marco: *visto*
Mamá: ¡NO ME ESTOY RIENDO, VANESA! Tengo que salir, pero en cuanto regrese a casa HABLAREMOS.
Armando: Te siento esquiva. ¿Seguro que estás bien?

No le respondo a Armando. ¿Qué hacer? Tal vez antes debería hablar con Marco.

Paso el día con Glenda y con Tuti con el único objetivo de no tener que enfrentar lo demás. Entre las dos me dan consejos de maternidad y me preguntan si prefiero parto natural o cesárea programada.

¿Qué?

En serio, lo juro, ahora sí me quiero recostar. ¿Acaso esto puede empeorar?

Capítulo 32



Glenda y Tuti me dejaron frente a una cafetería situada en la avenida principal de la ciudad. Aquí quedé en reunirme con Armando, Daniel y Carolina; quieren que les explique qué pasa y se los debo. Carolina es mi mejor amiga, Armando es mi novio y Daniel... bueno, Daniel está acostumbrado a la presión pública. Confío en que sabrá qué hacer.

El último mensaje que recibí fue de Armando.

Armando: ¿Por qué mis amigos me están escribiendo para decirme cuánto lamentan que mi novia esté embarazada de su jefe?

Nada en Ontiva es un secreto, y como soy una cobarde de mierda, le pedí a Carolina y a Daniel acompañarme para no tener que enfrentarlo sola.

Entro en la cafetería y busco con la mirada a mi amiga. Me avisó por teléfono que ya estaba aquí.

—¡Aquí! —me llama.

Camino hacia ella, que se pone de pie para saludarme. Nos abrazamos más de lo necesario. La extrañé tanto. La quiero de vuelta, aunque siempre me regañe.

—Tenemos mucho de qué hablar —sollozo.

—Y por eso no comprendo por qué citaste a los chicos.

Nos sentamos. El mesero se acerca, pero le decimos que esperaremos a los chicos para ordenar, aunque yo me siento llena. Glenda me hizo comer más de la cuenta.

—¿Cómo has estado? —me pregunta.

—Mal. ¿No escuchaste las noticias?

—No quiero alarmarme antes de escucharte.

Y yo que no tengo ganas de hablar…

—No quiero enfrentar sola a Armando —admito encogiéndome en mi asiento.

Su mirada de preocupación me indica que ya lo suponía, pero no me juzga. A diferencia de la otra noche, esta vez solo escucha. Habrá confirmado que soy un caso perdido.

—No sé qué hacer —confieso colocando la cabeza entre mis manos. Debo sostenerla para no perderla.

—Primero aclaremos algo —me pide. Habla despacio y con un tono bajo, como si temiera que alguien escuchara—. ¿Estás o no embarazada?

«¡¿Que qué?!».

Salto en mi asiento.

—¡Por supuesto que no!

Todo mi cuerpo tiembla, pero Carolina continúa interrogando.

—Entonces sí te cuidaste el otro día.

Esta vez su tono es de advertencia. «¿Qué otro día?».

—Vanesa —dice mirándome de forma significativa.

Lo pienso. «¿El otro día? ¿Qué otro día?». Pienso. «Oh, mierda». Es cierto, Marco y yo...

Seré idiota.

—¿Se cuidaron, Vanesa? —repite frunciendo los labios.

«No».

—Eh, sí... Por supuesto que sí —miento.

Pero necesito un médico.

No puedo estar embarazada. Sería demasiado irónico, ¿no? Sería... «Mi final». Mi periodo es regular, me quedan tres días para que llegue. Debo estar tranquila, porque me va a bajar. Todo va a estar bien, lo sé. ¿Un bebé? No. No. No. ¿Qué rayos haría yo con un bebé? Cielo santo, ni siquiera puedo cuidarme yo misma.

El semblante de Carolina se suaviza, pensará que lo tengo bajo control.

«No, no estás embarazada», me digo. «Tú lo sabrías. Tendrías antojos, sueño excesivo y todo eso que padecen las embarazadas. Tampoco te ha crecido el vientre o los senos».

—No te vuelvas a alejar, Vane —me pide.

—No, yo... no.

Pero sigo pensando en biberones y pañales.

—Lamento haber sido dura contigo, es que me preocupas. No quiero que te lastimes tú o a alguien más.

Bajo la mirada porque ya es muy tarde para evitar eso. Carolina parece reconocerlo, pero alcanza mi mano y la sujeta con fuerza.

«Todo va a salir bien».

—¿Todo va bien con Armando?

Asiento. Él es lo más estable que tengo. Lo único que he hecho bien últimamente.

—¿Y cómo están tú y Daniel?

Necesito cambiar el tema de conversación. Ya no quiero pensar en bebés.

—Muy bien. —Se sonroja—. Se esfuerza de más para que mi familia lo acepte. Y ellos, aunque no lo admiten, ya lo quieren. Nosotros estamos bien.

Me alegra que salga bien. Al menos para ella.

—Gracias, Vanesa —dice de pronto.

Inclino la cabeza hacia un lado, pensando.

—¿Por qué?

—Desde que nos hicimos amigas cada vez que meto la pata en algo, vas y haces algo peor —ríe—. Y lo haces a propósito para que me sienta mejor.

«Sí, a propósito».

—No digo que ese sea el caso ahora —aclara; menos mal—, pero sé que cada vez que puedes me haces sentir que no soy la única que tiene problemas. Y por eso y más no te dejaré sola en esto.

Mira sobre mi hombro.

—Ahí vienen Armando y Daniel —señala—. Tranquila. Sabrán qué hacer.

Los chicos saludan y después ocupan los dos lugares vacíos en la mesa.

—*Calamity* Vanesa —me saluda Daniel.

Le muestro una sonrisa forzada y luego miro a Armando. Mi novio luce molesto. Le debo una explicación.

—Lamento estar embarazada de otro —digo.

—Pero es ficticio, espero —responde a regañadientes.

Yo también espero eso.

El cabello de Armando es crespo y no cae sobre su frente... a diferencia de Marco. Y no es que los esté comparando... De acuerdo, sí los estoy comparando, pero es que algunas veces me

intimida más que Marco. Su aspecto es el de un hombre demasiado correcto. Demasiado correcto para mí o para cualquier otra. Soy más consciente de eso ahora que me siento una completa idiota.

—Por supuesto. Verás... —Me dirijo solo a él, a pesar de que Carolina y Daniel también escuchan—. Prometí que iba a olvidarme de la novela.

—Yo no te hice prometer eso, Vanesa.

—Lo sé... Me lo prometí yo misma, pero anoche quise darle un cierre... Mi idea era que los lectores se enojaran con el personaje de Marco... digo, de Carlo... por eso inventé lo del embarazo.

—Leí el capítulo, Vanesa —me aclara.

Cojo aire.

—Salvador y Nicole descubrieron la novela y *hackearon* mi cuenta —prosigo. Las miradas de Armando, Daniel y Carolina pasan de confusión a preocupación—. Y hoy más temprano me amenazaron con que debía aceptar poner en mal lugar a Marco a cambio de que no la divulgaran.

—¿Poner en mal lugar a Marco en qué sentido? —me pregunta Daniel.

—Debía acusarlo de acoso sexual.

—Hijos de puta.

—Obviamente no acepté —aclaro.

—Por supuesto que no. —Chasquea Armando. En su tono de voz percibo dolor—. Tú harías cualquier cosa por Marco.

«*Ouch*».

—¡Iba a perder su empresa, Armando! —justifico de inmediato.

—Pero no hay de qué preocuparse. —Suelta una risa seca—, ahora está a salvo. —Me mira con rencor— mientras tu novio es el hazmerreír y cornudo oficial de la ciudad... Otra vez.

«Otra vez». Porque, de alguna manera, le hice lo mismo que le hizo Heydi. Genial, ahora me siento peor.

—No lo había visto de esa manera.

—Por supuesto que no, porque tú solo piensas en Marco.

Doble *ouch.*

Silencio incómodo. Miro de reojo a Daniel y a Carolina. Ellos se miran el uno al otro como diciendo: «¿Nos vamos? ¿Nos quedamos? Esto no es asunto nuestro».

Otra vez cojo aire y tomo las manos de Armando. Está tenso. «¿Qué esperabas? Ante la opinión pública le pusiste los cuernos».

—Eres el abogado de Marco, y también eres su amigo. Y si estoy aquí es porque necesito tu consejo. —Miro a Daniel—. También el tuyo. Quiero que ustedes me ayuden a encontrar una solución.

—Explícanos con más detalles qué pasó —me pide este.

—Nicole les entregó mi novela a los padres de Marco. Glenda, al leer el último capítulo, asumió que estoy embarazada y le reclamó al señor Maldonado ser el culpable de que Marco no se hiciera responsable de nosotros... Lo malentendieron todo, ¿de acuerdo? —Me siento cansada de pensar en eso—, pero Glenda está feliz porque va a tener un nieto y piensa que Marco no debe estar tenso, o algo así, porque evitó que le quiten la empresa.

—¿No intentaste aclarar todo? —me pregunta Carolina.

—La primera vez que lo intenté el señor Maldonado me pidió callarme. La segunda vez Glenda me interrumpió.

—¿Y por qué no hubo una tercera vez? —cuestiona, dolido, Armando.

—Porque Marco no me desmintió. Terminó usando la situación a su favor.

—O perdía la empresa —concluye Daniel.

—Exacto —respondo—. Salvador y Nicole le querían hacer ver como un irresponsable que solo llega a Grupo M a follar con su asistente. Ahora, frente a todos, es quien dará el primer heredero.

Esta vez Daniel se dirige solo a Armando.

—Piensa estratégicamente.

Él niega con la cabeza.

—Créeme que no quiero pensar en nada justo ahora.

—Aún no tenemos suficientes pruebas para exponer a Salvador y a Govea. Marco con esto ganó tiempo.

—¿A costa de qué? —responde con frustración Armando.

Esta vez Carolina y yo nos miramos. «La cagué». «Sí, bastante», me hace ver ella.

—Lo lamento —repito.

Intento reflejar cuán avergonzada me siento.

—Lo hecho, hecho está —interviene Daniel—. Sí, te tocó la peor parte. —Mira Armando y después me señala—, pero Vanesa tampoco iba a poner en mal lugar a Marco. No es ético. Ella asumió su responsabilidad y Glenda malinterpretó todo, pero piensa en que es temporal.

—¿Qué tan temporal? —me pregunta Armando.

Daniel tiene la misma duda.

—Asumo que todavía no platicas con Marco cómo y cuándo aclararán que lo del bebé es mentira una vez se exponga a Salvador y a Nicole.

Esquivo la mirada molesta de Armando.

—No.

—¿Y cuándo...?

—Mañana en la oficina... supongo.

—No te preocupes por Glenda —me consuela Daniel—, ya sabes que fue presentadora de noticias. —Asiento—. ¿Sabes por qué dejó de serlo? —Lo miro dudosa y niego con la cabeza—. Se negó a venderse y hablar mal de mí en televisión. Es una mujer con principios. Primero se sentirá triste, pero cuando le expliquen lo entenderá.

Eso espero.

—Y que la opinión pública no te agobie —continúa—. Mañana algún loco se tirará a la jaula de alguna fiera y dejarás de ser noticia.

Sus palabras, por más perturbadoras que suenen, me tranquilizan.

—Ganamos tiempo —le insiste a Armando—, pero eso no quiere decir que Salvador y Nicole Govea hayan desistido de apartar del camino a Marco.

Mi cara de preocupación por él me pone en evidencia frente a Armando. «Mierda. ¡Piensa primero en tu novio, Vanesa!».

—Pero de eso nos vamos a encargar nosotros —me dice Daniel—. Tú cuida del bebé —bromea, pero solo Carolina ríe.

«No, por piedad, no hables de bebés».

Armando se disculpa y se retira al baño, yo me quedo a solas con Carolina y Daniel.

—Hablaré con él —me promete este—, pero tienes que ser consciente de que tampoco se lo pones fácil.

Asiento.

—Y seguramente me va a terminar.

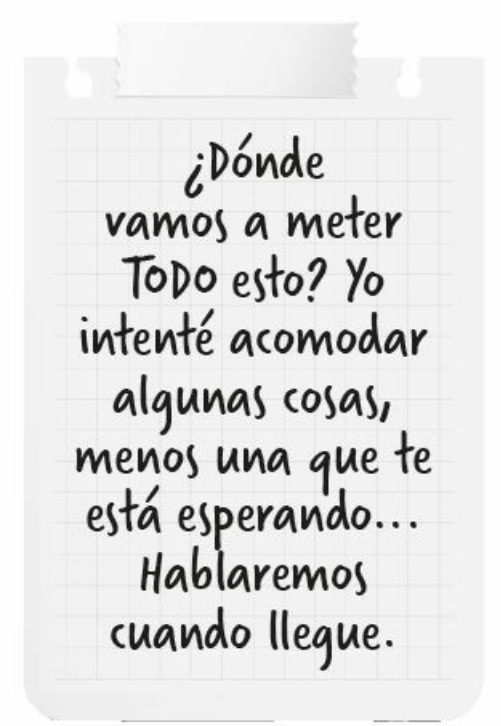
Daniel frunce el entrecejo.

—Él sería incapaz de abandonar a una mujer embarazada.

Carolina le codea.

—Deja de hacer bromas con eso.

Llego cansada a mi edificio. Siete y treinta y cuatro de la tarde. Mamá no está, pero me dejó una nota en la puerta:



Entro en el apartamento. «Mierda». Por todos lados hay pañales, comida envasada para bebé, peluches, ropita, una sillita, caminadores, cunas... Apenas puedo abrirme paso entre tanto. Parte de las cosas las envió Glenda, son las que escogimos en diferentes tiendas y otras tienen notas:

«Vanesa, soy tu lectora. Solo quiero que sepas que no estás sola».

«Estoy contigo, Vanesa».

«La asociación de apoyo para madres solteras se solidariza contigo, Vanesa».

«Me enteré por mi vecina y llamé a Grupo M para pedir tu dirección. Espero que te sirvan estas tres cajas repletas de ropa».

Así que de esa manera supieron mi dirección. ¡Vaya confidencialidad! Pero, ya qué importa, si hasta la recepcionista me felicitó y se solidarizó conmigo al salir hoy de la empresa.

Al ver todo soy más consciente de cuánto la cagué. ¿Qué harán los que donaron cosas al saber que soy una mentirosa?

«Te envío el número y dirección de mi obstetra. Dile que vas de mi parte y la consulta te saldrá gratis».

«Trabajo en una guardería. Le platiqué tu historia a mi jefa y aceptó contratarte. ¡Ya tienes trabajo, Vanesa! ♥ Y lo bueno es que aquí podrás cuidar de Marquito».

«Pertenezco a un grupo de madres cristianas que se reúne en el centro de Ontiva. No te preocupes, te orientaremos para que demandes por daños y perjuicios y manutención a Marco Maldonado. También te enviamos una cuna. Bendiciones para el bebé ♥».

«¿Qué bebé? ¡¿Qué bebé, Dios mío?!».

Me tropiezo con biberones, mecedores, termómetros, pelotas, vitaminas... Y sobre el desayunador mamá dejó sobres que dentro tienen dinero. Los lectores y demás personas que se enteraron pensaron en todo.

Cada vez me siento peor, me va a explotar la cabeza. Agotada, arrastro los pies hasta la puerta de mi habitación. Luego la abro.

Esto todavía empieza. «Intenté acomodar algunas cosas, menos una que te está esperando», explicó mamá en su nota. Y ahora la entiendo, porque sentado cómodamente en mi cama leyendo mi novela... está Marco.

Capítulo 33



¿Marco aquí? Cierro y abro los ojos una y otra vez en menos de un segundo. No, no lo estoy imaginando. *Él* está aquí. Siento estrujar mi estómago y sudar mis manos. Reacciono rápido y doy dos pasos hacia atrás para huir lo más pronto posible de aquí y quizá empezar una nueva vida en Alaska.

—Ni lo intentes —dice sin apartar los ojos de mi novela—. Entra.

Mi juicio final.

Da dos golpecitos con la palma de su mano al espacio vacío que hay a su lado. Quiere que me siente junto a él. «Oh, rayos». Avergonzada, recuerdo que parte de mi pared está tapizada con mensajes que me envió él: Felicitaciones de cumpleaños, Año Nuevo y más. La cuarta parte de mi habitación es un santuario dedicado a la vida y obra de Marco.

Me apresuro a intentar arrancar todo.

—Es tarde, ya lo vi —dice, relajado—. Siéntate, Vanesa.

«¡No, no quiero morir!», pero, por costumbre, hago lo que me pide.

Despacio, me siento a su lado y miro con detenimiento lo que sostiene en sus manos. Es la carpeta que Nicole le entregó con mi novela; la subrayó con tres colores diferentes de resaltador y escribió notas tipo: «Interesante», «preguntar más tarde», «pedir a Vanesa ampliación del tema». Es oficial, me quiero matar.

No dice nada de inmediato. Parece entretenido con lo que lee, o relee, porque la parte que tiene su atención ya la había marcado. Yo espero... espero... No quiero ser la primera en hablar. Quiero saber qué actitud tiene él.

—¿Por qué no me dijiste nada sobre esto, Vanesa? —pregunta, todavía leyendo.

Me encojo de hombros.

—¿Cómo? —respondo e intento imitar un encuentro casual entre nosotros—: «Buenos días, jefe, ¿le sirvo más café? Por cierto, le quiero contar que estoy escribiendo una porno novela sobre usted».

—¿Porno novela? —pregunta sin alterarse nada—. Pensé que era literatura erótica.

«Oh, mi Dios». Por fin alguien lo entiende. Lo abrazaría de no ser contraproducente.

—Sí, eso.

—Igual me hubiera gustado saberlo por ti y no por otros.

¿Y qué decir a eso?

—Yo... pensé que le molestaría —digo, tentativa. Y es que no se ve molesto, pero tampoco parece contento.

—No me hace feliz, te lo aseguro —responde cambiando de página.

«Oh, mierda». Me pongo de pie y me vuelvo en redondo hacia él.

—Yo... lo lamento —titubeo—. Sé que lo que escribí es una falta de respeto. No debí...

Marco aparta su mirada de la carpeta y, por primera vez desde que llegó, me mira a los ojos.

—No me has entendido. No me molestó que escribieras esto, Vanesa, sino el cómo.

—¿Que lo hiciera a escondidas?

—Sí, eso también, pero hay algo más.

—¿Qué?

No lo entiendo. Quiero que me reclame de una vez por todas y termine con esta tortura, pero no, Marco, paciente como es, detiene su lectura y con sus largos y elegantes dedos regresa algunas páginas hasta detenerse en la mitad del primer capítulo.

—Lo leeré textual —dice y se aclara la garganta—: «Sé que no soy suficiente para él, no tengo su estatus ni luzco como esas tipas con piernas largas que parecen jirafas disfrazadas...» —Me mira molesto y después continúa leyendo—: «Yo soy una mujer promedio. Me reconozco guapa, pero no lo suficiente como para ser tomada en cuenta por Carlo...». Hasta hoy me entero de que lees mentes, Vanesa.

—¿Leer mentes? —pregunto, azorada.

—Es eso o asumes que no te considero «suficiente».

Paso de sentirme avergonzada a perder la calma.

—Me ignorabas. De hecho, no estaba del todo segura de que supieras que existía o si era solo un fantasma que se paseaba por Grupo M en falda.

Es la primera vez que le hablo así a mi jefe.

—Pero ¿por qué te comparas, Vanesa?

Aún está sentado en mi cama. Yo, por el contrario, camino de un lado a otro tratando de esquivar sus «balas».

—¡Ese no es el punto! —exclamo, frustrada. «¿Cómo explicarle?».

—Sí lo es. Y ese es el problema contigo y muchas mujeres: se miden entre ustedes y asumen que saben lo que un hombre prefiere.

—¿Que nosotras asumimos? —río, nerviosa—. Discúlpame, pero no creo que la mayoría de hombres prefieran a Melissa McCarthy sobre Angelina Jolie.

Marco se muestra escéptico.

—No sé quién es Melissa McCarthy, pero, sí, estoy de acuerdo en que la mayoría prefiere a Angelina Jolie.

—¡Ves! —A eso me refiero—. ¿Entonces cuál es el...?

Se pone de pie, interrumpiéndome... y camina despacio hacia mí.

—Pero otros preferirían a Megan Fox sobre Angelina Jolie, o a Nicole Kidman sobre Megan Fox, o a Halle Berry... No sé muchos nombres de actrices, pero te puedo asegurar que no todos consideramos «la más guapa» a la misma.

—Pero ¿qué tienen en común todas ellas? —inquiero, sintiéndome intimidada por su cercanía —. Son increíblemente atractivas... y la mayoría de nosotras no somos así.

—¿Y para qué quieres ser una de ellas si eres increíble siendo tú misma?

«Dios».

Empiezo a balbucear.

«¿Yo mis…?».

—¡P-Peero tú no ves más allá de un par de piernas largas! —insisto.

Marco piensa detenidamente lo que siguiente que va a decir.

—Si eso es así, ¿entonces por qué me enamoré de ti? —suelta y mi boca cae abierta. «¿Se enamoró de mí?»—. Y con esto no quiero decir que no tengas unas piernas increíbles. Créeme, soy plenamente consciente de que te «paseas» por Grupo M en falda. —También está balbuceando.

Pero yo sigo concentrada en su primera declaración.

—Dices que tú...

—Sí —repite, como si admitirlo le aliviara—. Y te diré por qué: Tú haces que todos mis días sean buenos. Desde que llego a la oficina tienes todo listo. Tú...

—Eso lo hace cualquier mucama.

—No. Una mucama arreglaría mi despacho y tendría listo mi café. Y solo eso. Pero tú, Vanesa, te encargas de que ese café tenga la cantidad de azúcar exacta.

—Yo...

Quiero entenderlo.

—¿Cuánto tiempo te llevó saber cómo me gusta el café?

—No lo sé, yo... —De nuevo evado su mirada. «¿Por qué me pregunta esto?»—. Los primeros días esperé a verte sorber un poco y te escuché opinar qué tal estaba. ¿Qué tiene que ver eso?

Él asiente.

—Recuerdo que alguna vez dije: «No tengo los mismos gustos que mi padre. Prefiero el café negro, pero este está bien»... ¿Y qué hiciste?

Lo pienso un poco.

—Compré café negro.

—¿Yo te lo pedí?

Niego con la cabeza.

—Ahora explícame por qué después de mi primera semana en Grupo M mis platos de comida dejaron de llevar arroz.

Me encojo de hombros.

—Porque siempre lo dejabas en el plato. No te gusta.

—Fue otra cosa que yo no te pedí que hicieras —dice, pensativo—, pero antes de que repitas: «Eso solo me hace una buena mucama», hablemos de cosas más puntuales. ¿Por qué llegas temprano a Grupo M todos los días?

—Para que todo esté listo cuando llegues.

—¿Yo te lo pedí? —pregunta y de nuevo lo niego—. Tu horario de entrada es el mismo que el de tus demás compañeros. Ahora di por qué me envías un taxi cada vez que me estoy cayendo de borracho.

—¿Acaso no es obvio?

—Recuérdame cómo empezó eso —demanda.

—Fue una vez que me escribiste... Yo deduje que estabas borracho y te pedí que no condujeras en ese estado... y te dije que iba a enviar un taxi.

—¿Yo te lo pedí? —pregunta y lo niego otra vez—. Y se nos hizo costumbre. Después está el asunto de encargarte de alejar de mí a tipas irritantes.

—¡Eso sí me lo pediste! —le recuerdo, ofendida.

—Porque no pensé que aceptarías.

—¡Eres mi jefe!

—Sí, lo soy, pero más de la mitad de las cosas que haces por mí no están en tu contrato de trabajo. Eres una colaboradora con demasiada iniciativa.

Avergonzada, le doy la espalda.

—Ya sabías que estaba enamorada de ti —deduzco.

«¡Es tan vergonzoso!».

—No, pero me lo empecé a cuestionar desde hace un par de semanas cuando Daniel habló conmigo. Creo que ya te había comentado eso... Desde entonces pensé día y noche en ti. Tiempo atrás mi papá me advirtió no acercarme a ti, no perderte como asistente por proponerte algo

casual. Por eso me molesta esto. —Me vuelvo para ver qué es y le veo agitar en sus manos la carpeta que contiene mi novela—. Para ti también soy solo un idiota que busca sexo.

—¡No! —Intento quitarle mi novela, pero no me deja.

—Volvamos al capítulo uno —dice y vuelve a leer—: «Lo amo, pero sé que solo quiere sexo. Y con tal de tenerlo, aunque sea solo físicamente, aceptaré su proposición de acostarme con él. Follaré con mi jefe». Y capítulos después dices: «Ojalá me viera como algo más. Quisiera importarle de distinta manera...».

—¡Basta!

Quiero llorar.

—Tú lo escribiste, Vanesa —protesta—. En esta novela me etiquetaste como un cabrón que solo te quiere para follar.

—Pe-Pero en algunas en partes estamos enamorados. —Trato de que no suene estúpido decirlo. *Trato*.

—«En algunas partes» —repite él—. Dudas de mí en toda la historia. De hecho, en el último capítulo soy un imbécil que te abandonó a ti y a nuestro hijo. —Me sorprende lo mucho que le lastima.

—¡Porque quería que mis lectores...!

—¡Porque esto no es una novela, Vanesa! —me interrumpe, molesto—. Al menos no para mí. Esto es una confesión.

—¡No!

—Sí, lo es. Porque antes del último capítulo solo leí situaciones que tú y yo vivimos, pero que terminan distinto. —Su voz se suaviza un poco—, que terminaron como *tú* hubieras querido. Yo poniéndote atención, yo considerándote la mujer más bella del planeta, yo haciendo de menos a Nicole... Aquí leí lo que jamás me dijiste. Porque, más que leer sobre tú y yo teniendo sexo. —Vuelve a agitar la novela en su mano—, leí lo que opinas de mí.

—No pienso que seas un mal hombre. —Lo digo como disculpa.

—No, pero dudas de mí, y créeme que no te culpo.

—Me ignorabas —repito, lastimándome.

Vuelve a acortar la distancia entre nosotros.

—Mi papá me lo pidió, y también lo consideré prudente… pero me duele que creas que de acercarme a ti lo haría solo para pedirte tener sexo sin compromiso.

—¡No, eso es una novela! —Cubro los ojos con las manos, pero Marco las aparta para que otra vez lo mire a la cara.

—En este punto creo que los dos dudamos sobre qué es real y qué es mentira.

—Marco...

—¿Qué quieres de mí?

—Yo...

—¿Por qué no lo dices? —Lo suplica.

—Yo...

—Dilo.

—Es que...

—Solo dilo. —Su voz ahora es un susurro—. Di que me amas, Vanesa. Di que quieres que te vea como algo más que una noche casual. —Coloca sus manos alrededor de mi cintura y me acerca más a él. «Cielo santo, ¿estoy soñando?»—. Di que tienes miedo de que te aleje de mí después de acostarme contigo.

«Sí que leyó con atención la novela».

Me relamo los labios.

—Yo...

—Aunque ya me acosté contigo…, pero di que necesitas que esta vez sea diferente. Pídemelo.

—Es que...

—Por eso negaste lo que sucedió la otra noche. Tienes miedo porque me crees un cretino.

Otra vez me alejo de él.

—¡Es que eso has hecho con otras!

—¿Acaso no estabas poniendo atención? —inquiere, irritado—. ¡Ellas no tienen la menor idea de cómo me gusta el café! ¡No les importo! ¡Y, en definitiva, no las buscaría de saber que escriben una novela sobre mí! ¡Pero vine a buscarte a ti!

—¿Y qué soy yo para ti?

—Eres... Eres quien me conoce mejor. Eres quien más se preocupa por mí. A ti te importa mi opinión. Te importa. Eres... lo mejor que tengo en la vida. Eso le haces decir a mi personaje en el capítulo cinco y estoy de acuerdo.

—No digas eso —lloro.

—De verdad estoy de acuerdo. —Vuelve a sonreír.

«No digas eso ahora que tengo a Armando Calaschi».

—¡A todos les importo un carajo! Pero tú... tú me haces sentir mejor. Me ayudas a olvidar lo malo. Tú me haces creer que valgo. Tú misma lo crees... lo crees. No es el café, no es el arroz, no es ese taxista que me envías... Eres tú tratando de hacer mi vida mejor. Eres mi café con la cantidad de azúcar exacta. Suena estúpido —ríe—, pero tú eres el azúcar.

—No tienes idea.

—Y perdóname...

—¿Por qué?

—Por no haberme dado cuenta antes —explica—. No te merezco. —Una vez más, echa un vistazo a mi novela—. En esta historia describes mil razones por las que no «estás a mi altura», pero soy yo quien no te merece. Y permíteme insistir: sería incapaz de proponerte sexo casual. No hablo por quien era yo antes, de ahí las dudas, pero sí por quien te mira ahora... Para mí tú vales mucho más que eso. Y, por cómo van las cosas, el resto de mi vida lamentaré no demostrarlo a tiempo.

—Marco...

—Y por eso me enoja que en tu novela nuestra relación haya empezado de esa manera o no dejes de compararte.

—Marco...

—Porque tú me haces feliz sin necesidad de ser Nicole Kidman o Halle Berry.

—No...

—Porque, a pesar de todo, me siento afortunado por inspirarte a escribir esto. No de la manera que quisiera. —Vuelve a reír con nerviosismo y continúa hablando con sus ojos brillando, feliz —, pero, sin duda, levantas mucho mi autoestima describiéndome como… —Busca otra página —: «El mejor hombre que podría existir».

—Es que eso opino de ti —respondo y lo dejo abrazarme. Prácticamente se aferra a mí, como si temiera que huya.

Porque duele.

Duele no poder declararme como lo acaba de hacer él.

***

En la cocina preparo café mientras él rebana un pastel que mamá dejó en el horno.

—¿De qué es?

Me encojo de hombros.

—No preguntes, es mejor no saber.

Estamos más tranquilos y para hacer las paces le ofrecí un café. A él le gusta cómo lo preparo.

Marco sonríe.

—Tu mamá es única. Cuando llegué me ofreció un batido.

—Ay, no, ¿a ti también? —De nuevo siento mi rostro enrojecer.

Él ríe.

—No estuvo mal. Creo que era piña con brócoli, o algo así. Dijo que me ayudará con las toxinas.

«Por Dios, mamá».

Ambos tomamos asiento y comemos tranquilamente en el desayunador. Desde aquí podemos ver los obsequios que han enviado a nuestro bebé ficticio.

—¿Cómo saldré de esto? —pregunto en voz alta.

—Saldremos —responde después de dar un sorbo a su café—. No estás sola en esto. Estamos los dos.

Le agradezco y también bebo un sorbo de mi café. «Aunque preferiría chocolate».

—Entonces... asumo que no hay bebé.

Devuelvo mi atención a Marco sin comprender.

—¿Cómo?

—Es que por un momento pensé... —Ahora él luce avergonzado—. Ya sabes, por lo del otro día.

Ay, no. ¿Acaso intento olvidar eso por negación? Y es que la verdad no tengo idea si hay o no hay bebé.

—No, no hay —respondo confiando en mi suerte y creyendo que eso es lo que quiere escuchar.

Pero da otro sorbo a su café para esconder su reacción detrás de su taza. Y por lo mismo no advierto si está feliz, enojado, desilusionado o confundido de que no exista ese bebé.

—Habrá que deshacernos de todo esto, entonces —dice.

—Aun si hubiera bebé, esto es para una decena de ellos. No lo necesitamos.

—Pero sí algún orfanato —propone.

—Sí. —Suspiro, triste—. Cuando todos sepan la verdad será mejor decir que, a pesar de todo, lo que enviaron fue de mucha ayuda para quienes sí lo necesitan... Entreguemos todo.

Marco se incorpora y busca entre las cosas que le enviaron al bebé. Me pregunto qué hace hasta que lo veo hacerse con una bolsa que está preparada como un obsequio.

—Todo menos esto —dice y coloca la bolsa a su lado cuando regresa al asiento.

—¿Qué es? —pregunto, mirándola con interés.

—Una tontería —responde, de nuevo avergonzado.

No, no lo es. La bolsa está adornada con un hermoso lazo. ¿Acaso es...?

—Quiero ver.

Él niega.

—No —dice alejando de mí la bolsa, pero me apresuro a intentar atraparla—. ¡Vanesa, basta! —me regaña y coloca sobre su cabeza el obsequio.

—Quiero ver.

—¿Por qué?

—¡Porque soy curiosa!

Necesito ver.

—Esa no es justificación para...

Otra vez intento coger la bolsa, pero es más rápido que yo. «¡Quiero ver qué es!».

—No tiene importancia.

Sin embargo, se apiada de mi curiosidad y por fin me la entrega.

—Está bien, mira... pero no te rías.

De vuelta intenta esconder de mí su gesto.

—Déjame ver si entiendo —digo al buscar dentro de la bolsa—. ¿Temes que te juzgue cuando fui yo quien expuso sus sentimientos en una novela? —me río, irónica.

Marco deja de esconderse y espera, paciente, a que yo termine con la bolsa.

—Igual, no te rías.

«¿Por qué habría de reírme?». Busco dentro y saco un gorrito, un *body*, guantes, escarpines... creo que así les dicen a los zapatitos para bebés. Todo es de color blanco y está finamente bordado.

«Marco compró esto para el bebé». Contengo el aliento al ver

—Iba por ahí —dice, desanimado—. Los vi en una vidriera y pensé... —Su voz vacila—. No importa, dices que no hay bebé... pero está bien. Supongo que es mejor que no lo haya. —Mira fijamente los escarpines que compró. Aún no advierte que mis ojos se humedecieron. Él. Compró. Esto. Para. El. Bebé. El hombre al que acusé de ser un mal padre—. No es un momento prudente para tenerlo.

Busca mi mirada, pero me apresuro a ponerme de pie para servirnos más café. Él compró... «Dios, ¿por qué?». Siento el mundo en la garganta.

«Y no llores», me digo, «no ahora». Él... «No, no pienses en eso». Inhalo, exhalo y parpadeo muchas veces para alejar de mis ojos el agua en cataratas y vuelvo a ocupar mi asiento.

—No, no es un momento prudente para traer al mundo a un bebé.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Al parecer no disimulo muy bien.

—No, tuve un día pesado. —Lo que es una mentira a medias.

—Yo también. —Toma mi mano—. Hasta una tía que no veo en años me llamó para pedirme no ser un padre desnaturalizado.

—Lo lamento. —Me echo a llorar sin poder contenerme.

¡Él compró ropita para el «bebé»! ¡¿Por qué?!

Me ofrece una sonrisa amable y me promete que todo estará bien. Niego con la cabeza y meto la ropita de vuelta en la bolsa. Todo excepto un escarpín que, discretamente, escondo en uno de mis bolsillos.

—¿Cómo te fue con tu papá? —pregunto para tener algo más de qué hablar.

—Bien, supongo. Ya me considera mal ejecutivo, ser mal padre debe ser solo parte del paquete.

—No eres un mal ejecutivo.

—Dice que no lo he superado.

Este tema me pone tan molesta.

—Marco, solo has estado un año a cargo —le recuerdo—. Mantener estable una empresa es un gran logro. Solo imagina que, si hoy es así, en unos años lo superarás.

Me mira con ternura, tal como lo hizo en mi habitación y se limita a decir:

—¿Ves? Gracias.

—¿Por qué?

—Por creer en mí. —Lo dice con gratitud y hago todo cuanto puedo para no volver a sollozar —. Eres mi fortaleza, Vanesa. —Y otra vez siento mis piernas temblar, pero nos interrumpe el sonido de mi teléfono.

Lo saco del bolsillo y miro quién es. «Armando».

Debo contestar.

—Ey —saludo.

—*Llamaba para disculparme.*

«Otra vida que destrocé».

—Sí, sí... No hay problema.

Marco se sirve otra rebana de pastel en lo que termino de hablar.

—*¿Todo salió bien con tu mamá?*

—Aún no hablo con ella. Salió. No está en casa.

—*Ah, ¿y qué haces?*

Miro de manera furtiva a Marco. «Di la verdad, Vanesa», me aliento.

—Marco vino a hablar —confieso y espero. Nada. Solo silencio. Continúo esperando a que Armando diga algo.

No dejo de prestarle atención. Él también mantiene su interés en mí. Es imposible que no advierta que se trata de Armando.

—*Ya veo. Te llamo al rato, entonces.*

—Como prefieras.

—*Como tú prefieras, Vanesa* —puntualiza.

Algo me dice que la cagué otra vez.

Suspiro.

—O podemos hablar ahora —me disculpo, mirando apenada a Marco, pero él esboza un gesto de: «No te preocupes» y se pone de pie.

Se va.

—*Mejor te llamo mañana.*

Y, sin decir más, Armando cuelga.

Marco no pregunta nada más. Coge del desayunador el obsequio que le trajo al bebé y lo acompaño a la puerta.

Ahí esperamos unos segundos.

—Hace frío —dice acariciando con gentileza mi pómulo izquierdo—. Regresa a tu cama y descansa. Es justo y necesario.

—Tú también ve directo a tu apartamento. No... No bebas.

Sonríe, pero es una sonrisa triste.

—No te preocupes por eso. Se lo prometí al bebé... Le dije que por él ya no bebería, pero como no hay bebé…

—¡Marco!

Niega con la cabeza y ríe.

—Pídemelo tú.

—¿Qué cosa?

—Que no vuelva a beber.

Miro de él al piso.

—No vuelvas a beber. —Mi voz suena como una súplica.

—Está bien —responde y se acerca hasta quedar a pocos centímetros de mi boca, pero se vuelve sin besarla—. Descansa, Vanesa —se despide y se aleja llevándose con él el obsequio.

Cierro la puerta.

A solas, saco de mi bolsillo el escarpín que guardé. Lo contemplo entre suspiros, lo acaricio y sollozo sobre él.

Merezco todo lo que me está pasando.

«Todo».

Capítulo 34



When I was young...
I never needed anyone.
And making love was just for fun...
Those days are gone...

—No puede ser —mascullo en voz baja y me giro sobre mi almohada. Estaba soñando bonito. Y mejor que Armando no se entere con quién y qué.

All by myself. Don't wanna be...!

—¡Mamáááááá! —me quejo sin abrir los ojos o despegar la cara de la almohada.

¿Por qué a Céline Dion? ¿Por qué si...? Un momento. Esa no es la canción con la que siempre me despierta mamá. Abro los ojos. ¿Por qué no suena *I'm alive*? Salgo de la cama y a tiempo la escucho tocar mi puerta.

—Pasa —digo, extrañada.

Ella nunca toca la puerta.

—Solo es para comprobar que ya estás despierta —responde desde fuera.

—¿Sí? Ya... pasa.

No dice nada.

¿Qué le pasa a mamá?

Anoche no la escuché llegar. Después de despedir a Marco y llorar desconsolada regresé a mi habitación y me metí en la cama. Me dormí casi de inmediato.

Me apresuro a lavarme, vestirme y maquillarme, y cuando estoy lista la busco en la cocina. Está picando fruta.

—Buenos días —la saludo acomodando mis cosas sobre el desayunador.

No responde.

Busco mi batido matutino, ya debería de estar listo en el vaso de la licuadora, pero aún no tiene preparado nada. Ahora sí me preocupé.

—¿Todo bien? —pregunto, pero no me da la cara. Me evita.

Como si suficiente gente no me odiara ya.

—Sí —responde en voz baja, aunque no muy segura, y todavía con su atención en la fruta.

—Hoy no me preparaste ningún batido.

Hoy, cuando más necesito que me consienta.

—No sé si quieres que lo haga.

Suena dudosa.

—Mamá, nunca me has preguntado si quiero o no. Solo lo preparas.

—¿Y eso te molesta? —inquiere, dolida.

—No —me apresuro a decir, irguiéndome—. Claro que no. ¿Por qué dices eso?

Vuelve a bajar la mirada y continúa ocupada con la fruta.

—Como ya no me cuentas nada.

—¡Má! —Camino hacia ella para abrazarla cuando la veo hacer una mueca de dolor—. No, má...

—No me dijiste que estás embarazada —solloza.

«María purísima, no...».

—¡Es que no lo estoy! —exclamo, aunque rápido lo dudo—. O bueno...

—¿Sí o no?

A ella debería decirle la verdad, es mi mamá. La suelto y doy dos pasos hacia atrás.

Entonces la miro a la cara.

—Es que… la verdad no sé si lo estoy.

—¿Cómo no lo vas a saber, Silvia Vanesa?

Mamá pasa de estar triste a estar enfadada en una milésima de segundo. Avergonzada, juego con mis dedos.

—Es una larga historia.

Se muestra escéptica y le cuento cómo pasó todo, desde la noche en el apartamento de Marco, la fiesta, Armando... Wattpad. Mierda, ella no sabía nada de Wattpad. Y ata cabos.

—Estás enamorada de tu jefe —dice, suspirando.

—Sí, bueno...

Me meto a la boca un pedazo de pan. Los nervios me hacen tener un hambre descomunal. Lo bueno es que ahora que estoy «embarazada» puedo justificar sin problema lo de tragar sin parar.

—No es que no lo sospechara.

Salto.

—¡Mamá!

—Vanesa, soy tu madre y vivo contigo. Marco... Solo mira tu pared.

Nada más de recordar que él también la miró. «Qué vergüenza, Dios».

—Pero no pensé que...

—¿Qué? —pregunto.

—Que él te correspondiera. Y no porque piense que no eres buena para él. Nada de eso —aclara. Menos mal—. Solo no pensé que... Dios, hija, te acostaste con él.

Mamá se frota los ojos. Cielos, escucharla decir eso me hace sentir como una zorra.

—Es que...

—¿Y ahora no sabes si estás embarazada de él?

«Tremenda zorra».

—Pero puede que no.

—Esto no es una ruleta rusa, Vanesa. Tienes que hacerte una prueba ya.

Hago un puchero.

—Pero no quiero.

—Vanesa...

La mirada de mamá esta vez es amenazante.

—Es que... —En mis dedos deshago lo que queda del pan— tengo miedo. ¿Y si estoy embarazada?

—Bueno. —Mira sobre mi cabeza y observa las cajas de pañales, la ropita, los biberones...—, al menos ya tienes todo para el bebé. Porque eso de organizar un *baby shower*…

—¡Mamá!

Sonríe. Al menos su humor mejoró. Yo también me doy un respiro y la imito.

—¿Qué vamos a hacer con un bebé? —le pregunto.

Entonces coloca una mano sobre su pecho.

—¿Vamos?

Salto de nuevo.

—¿Nos vas a echar a la calle?

Me da ansiedad solo de pensarlo.

—De acuerdo a lo que dices en tu novela, tienes experiencia en eso de estar desamparada.

—¡Má!

Ella ríe otra vez.

—Me encantaría tener un bebé en casa.

Mi estómago da vueltas. Bebé. Un bebé. Cielos. Me pongo de pie y cojo mi bolso, ya me tengo que ir a Grupo M.

—Tu caso es de opinión pública —agrega—. Entre más pronto sepas dónde estás parada, mejor. Ve y hazte una prueba de embarazo.

—No sé.

—Hoy, Vanesa —sentencia.

«Oh, cielos».

—Está bien. Lo haré —digo, mitad valiente, mitad asustada. Es que solo de pensar en la posibilidad de...—. Compraré una prueba.

—No, es mejor un examen de sangre.

—Pero me van a pinchar. —Sueno como una niña pequeña.

—Vanesa...

—Está bien, pasaré al laboratorio que está cerca de Grupo M.

—Llámame en cuanto sepas el resultado.

Me despido de ella y salgo rezando del apartamento:

—Que no haya bebé, que no haya bebé...

Porque no quiero imaginar la cara de Armando de tener que decirle que en realidad sí estoy embarazada de Marco... y luego está Carolina. Ella me mataría. Me pediría ser la madrina del bebé, pero después me mataría.

Aunque no sé qué será peor. Con Marco no hemos hablado de qué haremos para desmentir todo esto. ¿Qué será peor dadas las circunstancias? ¿Tener un bebé o no tenerlo?

***

La chica que me saca la muestra de sangre me mira con cara de: «no jodas» cuando me quejo del dolor. Tiene razón. No se puede comparar este dolor al del trabajo de parto. Nada más de pensar en tener que pasar un bebé por mi...

Me estremezco.

—Puede pasar a por el resultado en un par de horas.

—¿No puede dármelo ya?

Me muerdo el labio. Me urge salir de dudas.

—Señora, tenemos más pendientes.

¿Señora? Abro la boca. «Sí, debe pensar que estoy casada».

—Bien —digo y me preparo para irme.

¿Señora? Me tendré que acostumbrar de resultar embarazada.

Volveré a mediodía. Bajaré a por el resultado a la hora de la comida.

Camino hacia el edificio de Grupo M haciéndome muchas preguntas. «¿Estoy embarazada?». La posibilidad da vueltas en mi cabeza. También tengo que recuperar mi cuenta de Wattpad. Lo primero que haré al llegar será encarar a la jirafa.

Un bebé... Un bebé...

«No, no pienses en eso. No estás embarazada».

Mi vida ya de por sí es muy complicada. No puedo estar embarazada.

Capítulo 35



Cuando se abre la puerta del elevador, lo primero que veo es una torre de cajas de pañales. Inhalo, exhalo y sigo mi camino. Abajo en recepción hay más cosas que enviaron... y gente esperando. Menos mal, no saben cómo es físicamente «Vanesa».

Mi nombre está en la sección de espectáculos de algunos blogueros: «La asistente que escribe los encuentros sexuales con su jefe». Y un *youtuber* despotricó contra mí en su sección de opiniones: «Por nada hemos avanzado décadas en la lucha por los derechos de la mujer para que venga Vanesa y nos ponga en vergüenza...». Esto porque muchos esperan que demande a Marco.

Gloria envió ayer un comunicado de prensa (redactado por él) para aclarar que ya se está haciendo cargo de mí y del bebé, pero la gente de internet quiere polémica.

—Te trajimos esto... y esto... y esto...

Sandra y Gloria colocan sobre mi escritorio comida, jugos naturales y ropa. Son atentas conmigo.

—Te tienes que alimentar bien.

—De hecho... —Retiro la envoltura de la galleta que traje de comida— no tengo que estar embarazada para comer. Hoy le explicaba eso a mamá.

Sandra me mira escéptica.

—¿Entonces no has pasado hambre?

—No, para nada. Exageré. Ya saben…, por la novela.

Las tres reímos y Gloria se sienta a mi lado para ayudarme a comer lo que me trajo.

—También te queremos decir que «ya sabes quiénes» se fueron temprano ayer y esta es la hora en la que aún no han llegado.

Hablan de Salvador y Nicole, por supuesto. No es que quiera verlos, pero tenemos asuntos pendientes que solucionar.

—Ayer se veían molestos —dice Sandra—. ¿Pasó algo?

Porque claro, ellas no saben de las mentiras y las amenazas. Todo eso lo tratamos a puerta cerrada. Y yo les cuento todo a medias:

—La jirafa quiso utilizar la novela en mi contra y ponerme en mal con Marco y los señores Maldonado. ¿Qué más hay que saber?

—Sí, ¿pero qué...? —Sandra duda.

—¿Qué de qué? —Alzo y dejo caer mis hombros.

—No sé. La jirafa ayer parecía...

—Te quería asesinar con la mirada —termina Gloria—. Intentó pedirle tu expediente al departamento de Recursos Humanos.

—Ah, ¿sí?

¿Ella era la molesta cuando fui yo la acosada? Pero no puedo hacer nada. Como aún no ha venido, todavía no puedo encararla y recuperar mi cuenta de Wattpad.

—¡Vane! —Escucho que me llaman y busco con la mirada quién es.

Es Constanza y se acerca caminando junto a un mensajero que trae en sus manos un enorme arreglo de rosas rojas.

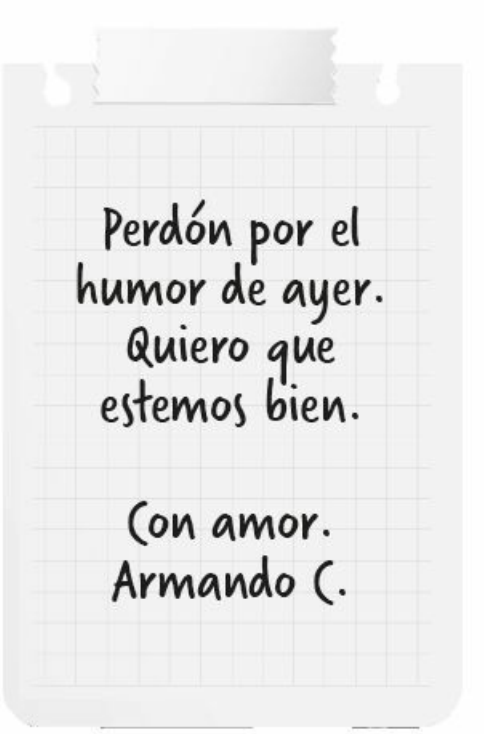
—Qué detallista. —Suspira Sandra mirando sonriente la puerta del despacho de Marco.

Pero yo dudo que el detalle sea suyo.

—¡Sí, mira qué hermoso! —celebra Constanza dando saltitos frente a mí en lo que el mensajero acomoda sobre mi escritorio el arreglo—. También trae chocolates.

Saber eso confirma mi sospecha.

—Por favor, firme aquí de recibido —me pide colocando en mi campo de visión una hoja y firmo. Cuando se marcha leo la nota que viene con el arreglo:



—¿Es del jefe? —pregunta, impaciente, Gloria, esperando a que termine de leer.

—Claro que es del jefe. ¿De quién más va a ser? —interviene Constanza.

—No olviden que Vanesa está saliendo con alguien.

—Mi novio.

—Pero... Pero... —Gloria luce decepcionada— esperas un bebé del jefe.

Su atención se desplaza a mi vientre.

«Espero un bebé hipotéticamente...».

—Que vaya a reconocer al bebé no quiere decir que a mí también.

Debería estar feliz por recibir algo de Armando, pero no es así. La culpa me mata.

La desilusión en el rostro de mis compañeras es notable y no es para menos. Para ellas mi relación con Marco es tan intensa como lo es en mi novela.

El rumor sobre quién me envió las flores se esparce pronto. La mayoría apostaba que Marco y yo volveríamos. Y me siento mal porque ¿qué es real en mi vida? ¿Qué, de ayer para hoy, no es mentira?

1. Armando era mi novio ficticio, ahora es real, pero no mi amor por él.

2. Escribí sobre Marco y yo «enamorados» creyendo que lo nuestro solo se quedaría en papel. No obstante, ahora resulta que él también me ama.

3. ¿Me ama? Apenas lo puedo creer.

4. Estoy embarazada, pero al mismo tiempo no lo estoy, pero puede que sí lo esté.

5. Mis compañeros de trabajo creen que soy la Vanesa de la novela. Ahora dudo que me conozcan bien.

Vivo en una mentira. Me metí yo sola en un callejón sin salida. ¿Ahora qué?

Cuando Gloria, Sandra y Constanza regresan a sus lugares aprovecho un nuevo momento a solas y pienso: «No puedo seguir siendo la misma Vanesa. De tener un bebé debo ser más prudente y arreglar todo para ella o él. No más ficción. No más mentiras. Debo poner orden en mi vida».

Un bebé... Jesús, sé de bebés lo mismo que de aviones, aunque puedo buscar en Google y aprender:

> Cómo saber si estás embarazada.
> Semana uno. Tamaño del bebé.

En el caso de los síntomas: tengo sueño, pero yo siempre lo tengo, por lo que no creo que se deba al bebé.

Veamos...

> Posiciones para dormir que no dañen al bebé. Embarazo.

Como acto reflejo, acaricio mi vientre y continúo buscando:

> En qué mes le empieza a crecer el vientre a una mujer embarazada.
> ¿Duele cuando crece el vientre? Embarazo.
> Cómo saber si el bebé se parecerá a la mamá o al papá.
> ¿Influye el mes de nacimiento en la personalidad del bebé?
> Ventajas de que tu bebé nazca en enero.
> Obstetras.
> Enfermeras de bebés.
> Robos de bebés. Testimonios.
> Cómo reconocer obstetras o enfermeras que roban bebés.
> Cómo reconocer a tu bebé.
> ¿Puede entrar tu mamá o tu mejor amiga a la sala de parto para vigilar que no roben a tu bebé?
> ¿En serio los médicos golpean a los bebés al nacer?
> Cómo evitar que golpeen a tu bebé.
> ¿Se puede ingresar armas al quirófano?
> Demandas sobre malos tratos en la sala de parto.
> Cámaras de vigilancia durante el trabajo de parto.
> Antojos de una mujer embarazada.
> ¿Es riesgoso que una mujer embarazada coma American donuts, McDonald’s o Taco Bell?
> Qué debería comer una mujer embarazada. Ejemplos.
> Qué debería comer una mujer embarazada... que no sea leche, legumbres y hortalizas.
> Qué puede comer una mujer embarazada. Dietas realmente flexibles.
> ¿Comer tamarindo con chile es riesgoso para un bebé?
> ¿En qué mes del embarazo tienen dedos los bebés?
> Etapas del embarazo.
> ¿En qué mes puedo saber si tendré niño o niña? Embarazo.
> ¿Los bebés tienen uñas?
> Cuidados de las uñas. Bebés.
> Cuidado de la dentadura. Bebés.

> Vídeos sobre cómo cambiar pañales.
> Vídeos sobre cómo cambiar pañales. Mejor explicados.
> Tipos de pañales.
> Mejores marcas de pañales.
> Pañales para recién nacido.
> Vídeos sobre cómo cambiar un pañal a un recién nacido.
> Vídeos sobre cómo poner un pañal a un recién nacido. Mejor explicados.
> Cómo bañar a un bebé.
> Cómo bañar a un bebé: nivel inexperto.
> Jabones para bebés.
> Juguetes en la bañera. Riesgos.
> ¿Se puede ahogar un bebé en un centímetro de agua? Bañeras.
> Cámaras de vigilancia para bebés que están en bañeras.
> Consejos para tener siempre vigilado al bebé.
> Qué tan doloroso es tener un bebé.
> Parto natural o cesárea. Ventajas y desventajas.
> Vídeos de parto natural.
> Cesárea.
> Todo sobre cesáreas.
> Di no al parto natural.
> Que el parto natural me dé miedo no me hace mala mamá.
> Razones para no sentirme avergonzada por preferir cesárea.
> ¿Han muerto mujeres durante la cesárea?
> Seguros de vida para bebés.
> Dejar a tu hijo a cargo de tu mamá o de tu mejor amiga en caso de que mueras. Ventajas y desventajas
> Razones para no temer a una cesárea. Testimonios.
> Ropa para bebé.
> Ropa para bebé. Cómo se llama cada cosa.
> Ropa para bebé. Cómo se llama cada cosa + Fotos.
> Cómo cargar a un bebé.
> Cómo cargar a un bebé + Fotos.
> Practicar cargar a un bebé.
> ¿Si dejo caer constantemente mi teléfono móvil significa que no soy apta para cargar a un bebé?
> Testimonios sobre mujeres que dejaron caer a sus bebés.
> Cómo evitar ponerse a llorar en el trabajo.
> ¿Voy a tener niño o niña? Test.
> Nombres para bebés.
> Nombres para bebés que convienen con Marco.
> Cómo saber si seré buena mamá.
> Ejemplos sobre cómo ser buena mamá.

Me distrae un momento ver al conserje fregar el piso, pero continuo mi búsqueda.

> ¿El olor a desinfectante daña al bebé? Embarazo.

A las 11:46 de la mañana veo salir a Marco de su despacho.

—¿Todo bien? —me pregunta al verme colocar dos dedos sobre mi muñeca.

—Sí, sí... todo bien —me apresuro a decir y dejo de comportarme de forma rara.

Intentaba medirme la presión porque leí en Google un artículo sobre preeclampsia, pero es mejor que él no sepa eso.

> Riesgos durante el embarazo.

Cierro Google y observo a Marco. Está mirando el arreglo floral que me envió Armando. No pregunta más. Me da un último vistazo y se marcha.

Suspiro y le saco el envoltorio a otro paquete de galletas. ¿Qué hacer? «Ordenar tu vida, tal vez». Lo sé. Debo terminar con Armando. Esté o no esté embarazada tenerle en esta situación no es justo para él. Más tarde le pediré reunirnos para hablar. Eso es lo primero que debo hacer, creo. Y también saber si estoy o no embarazada.

Cojo mi bolso y me pongo de pie. A esta hora ya debe estar listo el resultado del examen de sangre y debo ir a por él.

—Pensé que almorzaríamos juntas —me dice Gloria cuando me ve coger mis cosas.

—Debo ir a por un pendiente, pero no tardo —aviso y prácticamente salgo detrás de Marco.

Aun así, espero y cojo el elevador después de él. No quiero que piense que lo sigo.

En el elevador hago otra búsqueda en Google:

> ¿Utilizar constantemente el elevador afecta el embarazo?

Cuando la puerta se abre y salgo me sorprendo de inmediato. En la recepción se encuentran Marco y Glenda, ambos hablan con Armando.

¿Debería preocuparme?

Capítulo 36



Ese momento incómodo cuando tienes que dar explicaciones.

—No sabía que pensabas comer fuera —me dice Marco cuando me acerco a los tres. Es el primero que me ve.

—Vanesa. —Armando también se percata de mi presencia y, a modo de saludo, me coge de la mano.

—Hola... Debo... debo ir a por algo —respondo a Marco.

—Puedo acompañarte —interviene Armando con rapidez.

Nerviosa, miro de uno al otro y viceversa. Esto es incómodo, Jesús. Sobre todo porque interrumpí su conversación.

—Yo...

—¿A dónde vas, cariño? —pregunta Glenda, también feliz de verme—. Podemos llevarte.

¡¿Qué?! ¡No! No puedo pedirles que me acompañen al laboratorio.

—Eh... —comienzo a divagar—. Es que, bueno...

Armando también luce incómodo, aunque no por los mismos motivos que yo. A él —con justa razón— no parece agradarle la idea de que me marche a algún lugar con ellos. Él es mi pareja.

Marco parece darse cuenta de esto y se apresura a explicarle a Glenda.

—Mamá, ya te había comentado que mi amigo Armando Calaschi es novio de Vanesa. —Glenda esboza una mueca de inconformidad—. Ella y yo nos separamos, ¿recuerdas? Ahora. —La coge del brazo con amabilidad para llevársela—, ¿qué te parece si los dejamos solos?

Glenda nos observa como si intentara decidir algo.

—No creo que haya ningún problema con que Marco apoye a Vanesa. Tendrán un bebé. Ellos *siempre* se van a ver —le comenta a Armando.

«Oh, cielos». Giro la cabeza hacia otro lado. No puedo objetar nada. Además, no estoy segura de que lo que dijo no sea cierto, justo iba al laboratorio a averiguarlo. Por otro lado, Armando y yo acordamos sostener la mentira hasta poder desenmascarar a Salvador y a Nicole.

—No tiene nada de malo, Glenda —le responde Armando, de nuevo, haciendo uso de su inagotable paciencia—, pero vine a invitar a comer a Vanesa. —Me mira—. Era sorpresa, pero puedo acompañarte a donde necesites ir... si así lo quieres.

Ese «si así lo quieres» me permite saber cómo se siente. Seguro que se pregunta si me quiero ir con Marco o con él.

—No, no... no hay prisa. No es algo urgente. —Me encojo de hombros y me despido de Glenda y Marco—: Nos vemos luego.

Glenda trata de decir algo más, pero Marco la detiene.

—Mamá, basta.

Ella parece decepcionada. ¿Qué intenta? De inmediato, con Armando camino hacia el restaurante más cercano. Él aún me toma de la mano.

—Daniel fue a visitar hoy a un exasesor de Govea —me cuenta en lo que nos abrimos paso entre la gente que sale y entra al restaurante—. No es que esté apresurado por descubrir a Salvador y resolver ya este asunto del embarazo.

Se escucha esperanzado. Yo no dejo de pensar en el examen de sangre que debo recoger. Si hay bebé será mi prioridad antes que él, eso ni dudarlo.

En el restaurante ocupamos una mesa y pedimos para comer.

—No has dicho nada —dice cuando el mesero se retira con nuestra orden.

—Me siento ansiosa —respondo, y es cierto. Tomaría pastillas para la ansiedad, pero no sé si me las permitiría el médico.

«Tengo que buscar un obstetra...».

—Pronto solucionaremos esto —insiste—, pero si quieres un bebé tú y yo podemos... —Me muestra una media sonrisa y yo salto—. Es broma, Vanesa —aclara, suspirando—. Mejor iré a pedir al mesero que te traiga agua, te ayudará con la ansiedad.

Cuando me deja sola observo el resto de mesas. En una hay una familia de tres y tienen un bebé. Dios, desde que acepté la posibilidad de que tal vez esté embarazada me emociona más mirarlos. Es solo que… nunca hago nada bien, no tengo planes para mañana o verdaderas responsabilidades, y… no sé... Tal vez un bebé daría más sentido a mi vida.

Dejo salir un suspiro. ¿Vanesa Salcedo emocionada por la posibilidad de tener un bebé? Quién lo diría.

Marco y Glenda también entran en el restaurante. ¿Por qué me sorprende? Es el más elegante y cercano a Grupo M. Los dos me saludan de lejos cuando me ven y después se percatan de la presencia del bebé. Un risueño bebé. Glenda le pide permiso a la mamá para cargarlo y esta accede. Puede que la conozca. Me da ternura ver a Glenda ilusionada. Trata de entregarle el bebé a Marco y este, aunque al principio se niega, después acepta. Sonrío al verlos reír juntos.

—¿Ves que lo harás bien? —Escucho que lo felicita Glenda. Sin embargo, él se pone serio y, con amabilidad, devuelve al bebé. Luego pide a su mamá buscar una mesa.

Sigo con la mirada el rostro serio de Marco mientras es abordado por el anfitrión. Se veía tan feliz y... «cree que no hay bebé». Tal vez... solo tal vez yo podría devolverle hoy esa sonrisa.

—Aquí está el vaso —dice Armando, ya de regreso.

Lo recibo con una sonrisa tibia. *Tengo* que hablar con él. Esto no funciona, más ahora que mi corazón me grita con más fuerza «Marco».

—Entonces, ¿qué tal el trabajo? —pregunto.

—Bien. Cansado, pero bien. —El mesero regresa con nuestra orden y comemos—. ¿Te han molestado Nicole y Salvador? Hace un rato le pedí a Marco estar al tanto.

—No, ni siquiera llegaron hoy.

Este es el momento adecuado para sincerarme con mi «novio falso», porque haya o no bebé esta situación no es justa para él. Yo no lo amo.

—Necesito decirte algo —digo, sintiendo en la comida un sabor amargo. Esto para nada será fácil—. Armando, yo...

—Yo también necesito decirte algo —responde, preocupado—. Vengo necesitado de tu luz, Vanesa.

«¿Mi qué?».

—¿Por qué?

Él niega con la cabeza.

—No, dime tu primero.

—No, ni hablar. Ahora ya me dio curiosidad.

Me inquietó ver cómo se preocupó.

—No es nada.

—Habla. ¿Qué pasa?

—Es mi madre, está enferma.

«Dios...».

—¿Qué le pasa?

Armando suspira.

—Primero, no hay nada de qué preocuparse. Ya tenemos un médico.

—¿Qué es, Armando?

—Cáncer —confiesa y me quedo sin habla—. Y... debo ir a visitarla, pero no te preocupes, el caso Govea quedará a cargo de Daniel y su hermana.

—El caso Govea es lo que menos importa ahora. —Dejo caer las manos sobre la mesa—. Dios, tu mamá...

Alcanzo su mano para consolarlo.

—Ella está bien, es una mujer positiva. Lo superará. —Su mirada decae y yo acaricio su muñeca—. Ojalá pronto puedas conocerla.

Me siento mal por Armando, muy mal, pero tampoco puedo evitar pensar que ahora menos lo podré terminar.

Esto se sigue complicando.

***

Me despido de Armando fuera del restaurante y me apresuro a hacer mi camino hasta el laboratorio. Me deshice de él diciéndole que debo comprar tampones.

En el laboratorio saludo, digo mi nombre y a qué vengo y la chica de recepción me entrega el sobre que contiene los resultados. Llegó la hora de saber si estoy o no embarazada. Rasgo el sobre, sin embargo, salto cuando alguien detrás de mí me lo arrebata.

«¿Qué mier...?». Me vuelvo para ver quién es.

Nicole Govea.

—¿Tú? ¡¿Qué mierda te pasa?!

La recepcionista me amonesta al escucharme decir palabrotas.

—Te seguí una calle atrás y, por lo que veo, fue buena idea —contesta mirando con curiosidad el sobre ya abierto—. Qué interesante, Vanesa. ¿De Marco? —pregunta, refiriéndose a la paternidad del bebé…, supongo—. O dada tu reputación, lo más probable es que no sepas ni de quién. ¿También hacen pruebas de ADN? —pregunta a la recepcionista.

—¿Mi reputación? Tú no me conoces, Nicole. —La empujo.

—Es solo cuestión de verte. —Me mira de pies a cabeza e intento arrebatarle los resultados de mi prueba de embarazo. Como sea, me esquiva, termina de rasgar el sobre, saca la hoja, la desdobla y lee el contenido. Me siento furiosa—. No sé si sentirme triste o feliz por ti —dice, arqueando una ceja—. El resultado es negativo.

Al escuchar eso mi corazón se rompe. «No hay bebé... No hay bebé...».

—¿Por qué la cara larga? —ríe—. No vas a cambiar pañales. ¡Enhorabuena!

Me incorporo y una vez más trato de arrebatarle la hoja.

—¡Dámela!

—No. No. No. Esto me puede servir. —La guarda—. ¿Marco y tú creen que tienen el juego ganado? Prepárate, más ahora que tengo esto en mi poder —me amenaza e intenta marcharse.

No solo me siento devastada, Nicole Govea por fin agotó mi paciencia. Por eso cuando intenta abrir la puerta de entrada la regreso cogiéndola del pelo.

—¡Dame la maldita hoja! —peleo con ella.

—¡Vanesa!

—¡Dámela, joder!

—¡Ayudaaaaaaaa! —chilla apretando contra su pecho el bolso en el que guardó la hoja.

Dos mujeres que entran en el laboratorio se echan para atrás al verme intentar descuartizar a la jirafa pendenciera.

—¡Será mejor que esta ropa no sea de Prada! —exclamo, rasgándola.

—¡Basta! ¡Bastaaaaaaaaa!

Las mujeres nos miran horrorizadas.

—¡Seguridaaaaad! —grita la recepcionista—. ¡Seguridaaaad!

Nicole se retuerce en mi brazo derecho y consigue hacernos caer al piso. Ahí nos golpeamos, aruñamos e insultamos.

—¡Loca! —Está furiosa por su ropa—. ¡Ordinaria!

—¡¿La loca soy yo cuando fuiste tú la que vino a ladrarme?! —La vuelvo a empujar.

Al final el personal del laboratorio nos separa.

—¡Loca! —me vuelve a gritar—. ¡Te demandaré!

Intenta patearme, pero soy yo la que la vuelve a coger del pelo.

—¡Tengo buenos abogados, idiota!

—¡Aaaaaaaaaaah!

—¡Basta!

Nos vuelven a separar, y aunque intento volver a cogerla del pelo o de donde sea, no puedo. El personal del laboratorio no llama a la policía, pero sí nos piden retirarnos para no regresar jamás. Léase bien: *Jamás*. Y para evitar que volvamos a pelear dejan salir primero a Nicole.

—¡Espero tu demanda! —le grito cuando se marcha.

***

Camino a Grupo M mientras acomodo mi cabello y ropa, al menos la mía no es de marca. Desde la preparatoria no me iba a las piñas con nadie. La última vez, si mi memoria no falla, fue con una chica que acosaba a Carolina, y me río hasta que recuerdo que...

«No hay bebé».

En Grupo M, antes de tomar el elevador, llamo a mamá.

—Hola.

—*Hola. ¿Ya tienes los resultados?* —Se escucha emocionada. Yo no digo nada, al menos no de inmediato—. *¿Vanesa? Te apoyaré pase lo que pase, ¿de acuerdo?*

—No hay bebé, mamá —re spondo limpiando con el dorso de la mano mi nariz y parpadeo rápido para alejar lágrimas de dolor—. Y lo supe de la peor forma.

—*¿Por qué?* —Su tono también me deja entrever su tristeza.

A mí no me engaña, quería ser abuela.

—La jirafa... se burló, mamá.

Vuelvo a parpadear. «No llores, Vanesa».

—*No le hagas caso, amor.* —La voz de mamá también se escucha apagada—. *Oye, ¿y si*

pedimos pizza para la cena? —intenta animarme—. *Tú eliges de qué.*

—Sí, sí... suena bien.

Mamá y sus formas de consolar.

Cojo el elevador, más no puedo seguir conteniendo las lágrimas.

—*Vanesa.…*

—¿Qué pasa, má?

—*Ya llegará tu momento para ser mamá. No te sientas triste, cielo.*

Me limpio las lágrimas.

—No lloro por eso. Lo que pasa es que...

A ella no la puedo engañar.

—*¿Por qué no le pides permiso a Marco para venir temprano a casa?*

—Sí... tal vez lo haga.

Y como me interrumpió ya no digo nada más.

Cuelgo la llamada y presiono el botón del elevador que lleva a la azotea del edificio. Necesito estar sola. Llorar en paz.

Al llegar observo la ciudad y me limpio más lágrimas.

No pensé que me pondría mal saber que no hay bebé.

Por mí… por mamá… por Marco.

Capítulo 37



Vanesa: Ahora que recuerdo, una vez comentamos que tu mamá ya murió.

De vuelta en mi escritorio, y tras pensarlo un rato, cuestiono a Armando.

Él responde rápido.

Armando: También le digo “mamá” a mi abuela. Ella me crio. No soy un mentiroso, Vanesa.

No, para nada. Aquí la única mentirosa soy yo.

Vanesa: X

Armando: ¿Te puedo ver otra vez más tarde? Tengo que viajar.

Vanesa: ¿A lo de tu abuela?

Armando: Sí. ¿Te animas a venir a mi apartamento?

Lo pienso y… lo pienso. «No pasa nada, ya fui al apartamento de Marco».

Vanesa: Claro.

E insisto en que de nuevo Carolina tiene razón: no debí iniciar una relación con Armando. Pensé que era lo mejor y ahora, como siempre, voy de mal en peor. Y es que lo más sano sería terminar con él, pero ¿con su mamá-abuela enferma? Eso sería cruel.

«¡Arregla tu vida, Vanesa!».

Soy un caos, un jodido caos. Nada me sale bien. Y cuando pensé que por fin algo valdría la pena, la jirafa me escupe en la cara que no tendré un bebé.

«O tal vez es mejor que no haya uno».

Sería irresponsable traer un bebé a este… desastre.

—Vane, mira esto.

Constanza se acerca a mi cubículo y me muestra su teléfono.

—¿Qué es?

—Twitter. «Ayudemos al pequeño Marquito» es *hashtag* a nivel regional. La gente sigue trayendo donaciones a Grupo M.

«Me iré al infierno, y me lo merezco».

—Eres famosa, Vanesa —dice Gus, que también escucha.

—Pero no de buena manera —respondo sintiendo vergüenza.

Mi situación, como toda noticia en pleno siglo veintiuno, ahora es viral, soy «la asistente que folló con su jefe», «la mamá abandonada…».

—Y tu novela está por llegar a las doscientas mil lecturas en Wattpad —añade Constanza, esta vez mostrándome mi perfil.

—¿Doscientas mil? —La cabeza me duele como nunca—. La última vez que la vi estaba por llegar a cien mil.

—Y veintinueve mil votos. Mira, Vanesa. —Lo compruebo boquiabierta. «Jesús». Nunca pensé que alguien, además de Carolina, leería mis novelas—. Estás subiendo rápido.

Y entre más arriba estoy en el *ranking* de Wattpad, más abajo caigo en la realidad, pero no es culpa de mi novela, soy yo el desastre andante.

Marco regresa de comer, todavía acompañado por Glenda, y me pide seguirlo a su despacho. «Tenemos que hablar». Me despido de Gus y Constanza y los sigo. Dentro, él se sienta en una de las sillas para invitados y yo a su lado. Glenda, por otra parte, no deja de dar vueltas.

—Organizaré una cena para darle la noticia a nuestros amigos más cercanos —dice con un peligroso entusiasmo—. No más chismes baratos, confirmaremos la noticia a lo grande.

¿A lo… grande? ¿De qué hablaron en el restaurante?

Marco y yo nos miramos. «¡Auxilio!». ¿Qué hacer? Me acerco a él para susurrarle al oído:

—A ella sí digámosle la verdad.

—No, por favor. Mamá no le oculta nada a papá... Esperemos un poco más. Solo un poco.

¿Cuánto más? ¿Cuando llegue al millón de lecturas en Wattpad?

Glenda hace ademanes con sus manos, como si mientras hablara imaginase dónde colocar a cada invitado o arreglo floral durante la cena que planea hacer en su casa.

—El problema es que no podremos presentar a Vanesa como tu pareja —dice, como si de pronto recordara algo que la estresa—. Aún no comprendo por qué se separaron.

Glenda, en definitiva, no acepta lo mío con Armando.

—Mamá...

—¿Qué pasó? —inquiere, molesta—. ¿Cuál fue el problema? —Me mira—. ¿Vanesa?

Pretende que yo le explique.

—Nuestra relación no funcionó, mamá —responde él por ambos—. Se terminó.

¿No funcionó? ¿Se terminó? ¡Ni siquiera empezó!

—Deberían reconsiderarlo. Un bebé merece tener a su papá y a su mamá juntos y enamorados.

—Mamá...

Marco esboza una mueca de frustración.

—Odio los tiempos modernos —continúa—, las parejas se pelean y se separan por cualquier tontería. Piénsalo, Marco, ¿qué dirá tu abuela cuando sepa que la madre de tu hijo no está contigo?

Escuchar eso le preocupa.

—Mi suegra es bastante tradicional —me explica Glenda—. Inténtenlo de nuevo, Vanesa. Hablen, salgan...

Ella quiere que seamos pareja.

—Mamá, Vanesa tiene a Armando.

—Detallitos —opina a la vez que agita su mano con indiferencia—. A él le podemos buscar otra pareja.

—Mamá... —Los ojos de Marco saltan.

—Muchas de mis amigas tienen hijas solteras.

—¡Mamá!

—Solo trato de ayudar, Marco. Mi nieto merece un hogar.

No quiero imaginar su cara cuando sepa que no hay nieto.

—¿A usted no le molestaría que yo estuviera con Marco? —pregunto, tímida.

—¿Por qué habría de molestarme? —inquiere con asombro.

Marco también me mira.

No sé. Los imaginé más… elitistas.

—No lo sé, pero gracias por... ya sabe. —Los miro a ambos—. Por no enfadarles mi…

presencia… en esto.

Glenda parece comprender.

—No tienes idea de dónde venimos, cariño. Al menos yo no siempre lo tuve todo. ¿Es eso lo que te preocupa de esta situación? ¿No sentirte a la «altura»? ¿Por eso terminaron? —nos pregunta a ambos.

—No, no fue por eso —responde Marco, tajante. Después cambia de tema—: Mamá, la abuela tendrá que comprender. Por favor, ya no insistas con eso.

—Pero el bebé...

—Marquito estará bien.

Me da ternura que Marco llame «Marquito» al bebé, aunque no lo haya.

—Dime que irás a la cena —me suplica Glenda.

«Tengo que hablarlo con Armando».

—Le confirmaré en cuento pueda.

Es lo más que puedo hacer.

—Mírense —agrega, sonriéndonos—, muy pronto serán padres. Así que piénsenlo —insiste como «mamá pata»—. Ese angelito merece tener una familia unida.

Se despide y Marco la acompaña hasta la puerta. Luego él regresa a mi lado.

—Ten un poco de paciencia —se disculpa—. Cuando sepa la verdad se calmará... También llamaré a Armando para decirle que lamento lo que le dijo hoy.

«Y si supiera que ahora también le quiere buscar pareja…».

—No hay problema —digo—. Me agrada tu mamá.

—Pero a veces puede ser molesta.

—Como todas las mamás.

Los dos callamos y esperamos a que el otro diga algo. Hay mucho para hablar.

—¿Cómo vamos a salir de esto? —pregunto tratando de encontrar una solución—. Nicole, Salvador, el bebé… ficticio.

Marco está pensando.

—Nicole y Salvador es problema de mis abogados. En cuanto al bebé hay tres maneras: La primera es fingir que lo perdiste. —Niego con la cabeza, eso suena mal—, la segunda es decir la verdad, pero luego de dejar al descubierto a Salvador y a Nicole...

Esa opción tampoco me gusta, pero acepto que es lo mejor.

—¿Cuál es la tercera opción?

—Bueno. —Deja salir un suspiro largo—, no es que sea aburrido hacer bebés.

—¡Marco! —Lo miro atónita, pero pronto los dos reímos.

—Opto por la segunda —dice, ya serio—, será lo mejor. En cuanto tenga a mi alcance las pruebas de mis abogados, me reuniré con papá y les diré toda la verdad.

La verdad.

—¿Cómo crees que se lo tomarán?

Me preocupan nuestras cabezas.

—Mal, pero como tendré contra la pared a Salvador, por el bien de todos, no perderemos la empresa.

—Él padece del corazón —le recuerdo.

—Lo de Salvador le enfermaría de igual forma.

En eso tiene razón. Pase lo que pase esto enfermará al señor Maldonado.

—Y también está tu mamá.

Sentiré pena cuando Glenda lo sepa. Ella se ha portado bien conmigo y mi hijo ficticio.

—Lo superará —responde agradecido de que me importen sus padres.

—Y luego estamos nosotros.

—¿Nosotros?

No es la primera vez que estoy a solas con él, pero es que apenas empezamos a comunicarnos.

—Cuando todo esto termine tendré que irme.

No lo toma bien.

—¿Por qué?

—No me puedo quedar en la empresa. No después de que todos sepan la falsedad que es mi novela.

—Pero...

—Por favor.

No podré mirar a la cara a Glenda o a alguien más y mis compañeros de trabajo me odiarán. No puedo estar aquí una vez sepan que mentí.

Marco se pone de pie, camina de lado a lado y me mira de frente, y, pese a que creo que pretende pedirme que me quede, no lo hace. ¿Sabe que eso es lo mejor?

—¿Por qué, Vanesa? —suelta de pronto, en su lugar.

—Porque es lo mejor.

—No, no me refiero a tu permanencia en Grupo M. Quiero saber por qué... —Parece tener un panal de abejas en la cabeza—. En tu historia dices que me amas. ¿Por qué?

—No comprendo.

—Quiero que eso también lo aclaremos. Por favor... Yo ya me expuse contigo.

¿Quiere que le hable de mis sentimientos? No, me niego.

—¿Para qué quiere saberlo?

Hablar sobre eso no ayuda nada.

—Tengo dudas. Hay... decisiones que debo tomar.

—No me puedo quedar en Grupo M, señor Maldonado.

Ríe sin ganas.

—¿Ahora me llamas «señor Maldonado»?

Ahí me tomó con la guardia baja.

—Siempre te he llamado así —me defiendo.

—Pues dime «Marco». —Y cuando pienso que ya olvidó de qué hablábamos—: Entonces ¿no me dirás por qué me amas o... amabas?

—No es un buen momento para hacerlo.

Me pongo de pie dispuesta a huir cuanto antes. ¿Hablar de mis sentimientos con Marco? ¿Para qué? ¿En qué nos ayudaría eso? Ya tengo suficiente con Armando, la novela, el bebé inexistente... No agregaré más drama con él. Duele.

—Invitaré a Daniel y a Carolina a la cena —dice cuando nota que me marcho, y que además luzco seria—, si es que aceptas ir. Para que no te sientas sola.

—Lo hablaré con Armando y más tarde te responderé qué haré.

También soy tajante. Me incomodó que me pidiera hablar de mis sentimientos por él.

—Gracias —responde cuando estoy por girar el picaporte—. Gracias una vez más, por todo, Vanesa.

—Es todo un gusto, señor.

Salgo del despacho sin mirarlo otra vez a la cara.

Cuando estoy de vuelta en mi cubículo busco qué hacer mientras espero a que regrese Nicole. Ya «hablé» con Armando, confirmé que no hay bebé, conversé con Marco sobre qué vamos a hacer... En mi lista de pendientes ya solo me falta recuperar mi cuenta de Wattpad.

Voy a recuperarla.

Capítulo 38



Sigo a Nicole hasta nuestro lugar especial: el baño. ¿Por qué no? Si a ella le gusta ir a interrumpirme y sacarme de ahí, yo haré lo mismo.

Al entrar se instala frente al tocador y saca de su bolso una máscara y lápiz labial.

—¿Qué quieres? —increpa dirigiéndome una mirada hostil antes de empezar a retocar su maquillaje.

Llegó a la oficina después del mediodía, pero no ha dicho o hecho nada. Dudo que se atreva si no está presente Salvador, a quien nadie ha visto.

—Dos cosas —digo cruzada de brazos—. Quiero el resultado de mi examen de sangre y que me devuelvas mi contraseña de Wattpad.

—¿Y si no te doy nada? —pregunta con tono de burla, aun retocando su máscara.

—Le diré a Marco que te lo pida él mismo.

Sus hombros se tensan, pero, casi de inmediato, ríe.

—Te sientes a salvo por tenerlo de tu lado, ¿no?

—Ayer tú y Salvador me gritaron, me humillaron...

—Y al final todo salió a tu favor, pero ¿hasta cuándo, Vanesa? ¿Qué pasará cuando los señores Maldonado sepan que no hay embarazo?

De eso también quería hablar con ella.

—¿Por qué no les has dicho?

Hubiera jurado que la jirafa le diría todo a Glenda enseguida.

—Para todo hay tiempo.

No tiene sentido. Aunque yo tampoco le he platicado de nuestra pelea a Marco. Antes tendría que ponerlo en contexto… y no.

—No entiendo.

Quiero saber por qué no ha gritado a los cuatro vientos el resultado de mi examen de sangre.

Termina de retocar su maquillaje, lo guarda dentro de su bolso y me mira a la cara:

—Después de platicarlo con papá, Salva y yo decidimos que queremos a Marco al frente de esta empresa.

«¿Es en serio?».

—No... No te creo.

Pero si ayer le hubieran vendido su alma al diablo con tal de sacarlo.

—Como quieras —se burla e intenta caminar hacia la puerta.

—El resultado de mi examen de sangre y mi cuenta de Wattpad, Nicole —le recuerdo dando un traspié para impedirle dar otro paso.

«Tengo que recuperar ambos».

Esboza una mueca, pero no pelea. Conmigo observando todo, coge su móvil y vuelve a cambiar la contraseña de mi cuenta.

—El sobre con el examen de sangre, por seguridad, lo dejé en otro lado —ríe entreabriendo apenas su bolso para que vea dentro—, tal vez en un cajón de mi escritorio, dentro de mi coche o hasta pude enviarlo a Roma.

Luego retoma su camino hacia la puerta.

—¿Me vas a volver a coger del pelo aquí para pelear por él? —me sigue retando a medida que sale—. Arriésgate a que todos escuchen lo que tenemos que decirnos.

Y aunque para asustarla doy un paso adelante simulando que me lanzaré contra ella otra vez, vuelvo a retroceder. Porque no, no me conviene llamar la atención aquí. Por otro lado, no dejo de pensar en lo que dijo. ¿Por qué, después de tanto, decidieron que quieren a Marco al frente de Grupo M?

Debo contarle a Armando.

Borro el aviso que publicó Nicole en mi novela y cambio, una vez más, la contraseña. Es demasiado riesgoso volver a dejarla como «marcoteamo».

***

—Interesante —dice Armando cuando termino de platicarle lo que dijo Nicole—. Más tarde llamaré a Daniel para contarle.

—¿Marco está en peligro?

—Puede ser.

Aunque me escucha, luce distraído. Algo tipo: «¿No tenemos otro tema para conversar?». Me desanimo. No debería platicar sobre esto con él cuando nos vemos, es decir, ¿a quién le gusta escuchar a su pareja hablar y hablar sobre la persona que sabes que le gusta?

«Ya no lo arruines tanto, Vanesa».

—Lo lamento —susurro y me mira de una forma que no sé descifrar. ¿Está preocupado? ¿Molesto?—. Apenas nos vemos y solo vengo a... hablarte de Marco.

Llamé a Gabo para que me trajera al edificio en el que vive Armando. La idea era convivir antes de que se marche, pero lo eché a perder. Ni bien me abrió la puerta empecé a soltar la sopa sobre lo que me dijo Nicole y arruiné todo.

—Está bien, soy su abogado.

Guardamos silencio hasta que alcanza su teléfono.

—¿Tienes hambre? ¿Pido algo de comer?

Asiento.

—Yo siempre tengo hambre, cielo.

Por lo menos escuchar otra de mis tonterías lo hace sonreír, aunque era más fácil hacerlo feliz cuando era espontánea. Ahora cuido mis palabras porque temo meter la pata... como hace un momento.

Mientras esperamos la pizza me platica sobre su abuela. Al morir sus padres ella lo terminó de criar, pero la dejó a ella y a su hermano porque quiso venir a estudiar a la Universidad de Ontiva.

—Seguimos siendo muy cercanos —dice cuando regresa de su habitación con álbumes de fotos—. Mira esto...

Me muestra todo. Miro fotografías suyas cuando era bebé, su niñez, su adolescencia y su paso por la universidad. De esta última etapa cotilleo más.

—Aquí estoy con un grupo de amigos —continúa mostrándome otra imagen—. Entre ellos Daniel y Marco.

Miro con emoción contenida la fotografía. Y es difícil porque Armando está pendiente de mi reacción.

—Qué *nerd* se ve Daniel —digo riendo, pero no me atrevo a decir nada sobre Marco—. Se ve que se la pasaban bien. —Entonces se la devuelvo.

—Daniel y yo no tanto.

Lo que entre líneas quiere decir: «No éramos Marco». Trato de ignorar el comentario y sigo mirando. Por último, me concentro en fotografías de la abuela de Armando.

—Me gustaría presentártela.

—¿En serio? Me encantaría.

Se muestra preocupado cuando habla de ella. No quiero imaginar cómo sería si mamá enfermara.

—Podemos ir juntos a Deya —propone, sorprendiéndome.

—¿A Deya?

—Sí. Allá vive «mamá».

Trago saliva.

Deya... Eso es lejos de Ontiva. Lo pienso... Lo pienso en serio, pero que lo piense un largo rato le enfada.

—No le des tantas vueltas —dice sin verme—. Si no quieres ir, bien. No es que piense obligarte.

Ahora me siento mal.

—¡No, no es eso! Es que Deya... Eso está lejos. Nunca he viajado tan lejos y mi vida justo ahora es caótica.

—Tienes que continuar tu farsa con Marco. Ya sé.

Está enfadado.

—No, no es eso...

Me acerco a él cabizbaja, pero sigue molesto.

—Sí lo es, pero está bien, Vanesa. Está bien.

No, no lo está.

Se pone de pie, coge sus álbumes de fotos y se los lleva de vuelta.

«Soy una idiota». No debí batearlo de esa manera, no ahora que su abuela se encuentra enferma. «¡Ya no lo arruines, Vanesa!».

Cuando está de regreso me disculpo.

—De acuerdo, vamos —digo procurando enmendar mi error—. Llamaré a mamá para que prepare mi maleta. ¿A qué hora sale el vuelo?

Busco mi teléfono para llamarla, sin embargo, me pide que me detenga.

—No. No voy a obligarte.

Se sienta cerca de mí y me ve como si tuviera mil cosas más que decir. ¿Se arrepentirá de estar conmigo? Solo lo hago sufrir.

—No. Creo que sí debería ir.

Niega con la cabeza.

—Es que ese es el problema —dice. Luce desanimado—. No quiero que pienses que «debes ir». Yo esperaba que... quisieras ir.

«Yo esperaba que quisieras ir». Claro, esperaba todo mi apoyo... ¡Dios! Y ni siquiera le he dado las gracias por las flores que me envió hoy más temprano. ¿Qué clase de novia de mierda soy?

—Armando… De verdad, yo... lo siento tanto.

«Solo arruino todo».

No dice nada, solo me mira... y mira. ¿En qué pensará? No me atrevo a preguntar.

—¿Me vas a terminar?

Quiero saber porque ya no soporto tanto silencio.

—¿Eso quieres? ¿Qué terminemos? —pregunta.

En su rostro no hay una reacción clara. Es como si solo esperara.

—No. Claro que no.

—¿No?

—No.

¿Acaso esperaba otra respuesta? Me sentiría fatal si rompiéramos ahora que su abuela está enferma.

—Vanesa...

Está a punto de decir algo más pero el *ding dong* avisa que la pizza llegó y nos interrumpe. Se pone de pie y camina hacia la puerta mientras yo espero... y me enojo... y me regaño. Quisiera ser una mejor novia para él.

Cuando regresa me pide acompañarlo a la cocina y ahí nos sirve pizza, pero no retomamos la conversación anterior. Del mismo modo, cuando me lleva de vuelta a mi edificio nos despedimos sin tanta parsimonia.

—Nos vemos pronto —dice y me besa.

Yo lo abrazo y le deseo que todo salga bien en Deya. Después de eso se marcha.

Y me siento mal, muy mal, no soy ni la mitad de lo que merece.

Cuando entro en el apartamento veo que mamá se encuentra cerca de la ventana... chismoseando. Por otro lado, no veo en la sala las cosas del bebé ficticio. Marco cumplió su promesa de enviarlo todo a orfanatos.

—Pensé que invitarías a Armando a pasar.

—¿Qué?

Pienso en eso unos segundos.

«¡Oh, mierda!».

Llevo ambas manos a mi cara. Sabía que podía empeorar.

—¿Qué pasa? ¿Dije algo mal? —pregunta y se aproxima a mí, preocupada.

Asiento.

—Lo olvidé. Olvidé preguntarle si quería pasar. Soy una idiota, mamá. Soy una novia de mierda.

Cuando le platiqué sobre mi novela también le conté todo sobre Armando y no estuvo de acuerdo.

—Es que tú no lo quieres, Vanesa —me recuerda.

—Sí lo quiero, pero...

—No. No lo quieres de la manera que él quisiera.

Odio cuando tiene razón. Dejo caer mi bolso y me siento en el piso de nuestra sala. No puedo más.

—Vanesa...

—No sé qué hacer.

Mamá suspira.

—¿Por qué no lo terminas?

—No lo merece. Además, su abuela está enferma.

—Es que ese no es tu...

—Ya no digas nada —la interrumpo—. Yo solo... —«No sé qué hacer»— tengo que pensar.

—Vanesa... —Mamá se sienta a mi lado.

—Esto solo empeora y empeora.

—Y no es broma, porque hoy llamó tu papá.

«Doble mierda». Me alarmo.

—¿Ya lo sabe?

Me va a dar una jaqueca.

—Y está molesto —confiesa.

Siento mi estómago revolverse solo de pensar que papá leyó mi novela. Mi relación con él no es buena desde que dejé la universidad.

—¿Qué voy a hacer contigo, Vanesa?

Además, estoy recordando que no le platiqué a Armando lo de la cena en casa de los padres de Marco. Su avión a Deya sale mañana por la mañana y apenas lo hablamos.

«No puedo más». Todo en mi vida es un desastre: Debo cuidarme las espaldas en mi trabajo, no termino con Armando para no lastimarlo, le huyo a Marco para no traicionar a mi *novio*, miento sobre un embarazo...

Y ahora a lidiar con el enojo de papá.

—Vanesa —dice tirando de mí para abrazarme—. Ven... No llores.

—No puedo más. Siento que me asfixio.

Intenta confortarme.

—Ya va a pasar.

No. A veces incluso pienso que todavía puede empeorar.

Capítulo 39



Vanesa: ¿Llegaste bien a Deya?:)

Armando: Sí. Todo bien :)

Puse un recordatorio en mi teléfono para no olvidar desearle un feliz viaje y después preguntarle qué tal llegó. Es lo mínimo que puedo hacer, además de procurar no volver a meter la pata.

Es viernes y Marco me dio permiso de salir temprano del trabajo. Debo prepararme para ir a casa de sus papás. No quería ir, y lo hice ver, pero Glenda insistió tanto que al final me apenó decir que no. «Pero le contaré todo a Armando cuando nos veamos», decido.

Busco en mi armario qué ponerme y elijo un vestido blanco plisado, pero cambio de opinión al darme cuenta de que, conociéndome, lo más seguro es que me eche encima alguna bebida y haga el ridículo de mi vida. Y no, en casa de Marco no. Sigo buscando y cambio el vestido blanco por uno verde musgo y más entubado. Me meto en la ducha, me visto, me peino y plancho el pelo rápido. Quiero estar lista para cuando Carolina y Daniel lleguen. Le tengo que agradecer a Marco invitarlos. En la cena estarán diez personas, además de nosotros dos, pero tendré ahí a Carolina.

Mi teléfono vibra y reviso mis mensajes.

Marco: Preguntarán sobre nuestra relación. Yo responderé, ¿de acuerdo?

Vanesa: De acuerdo.

No sé qué opinarán estas personas sobre el tipo de relación que tenemos. Prefiero no pensar en eso.

También tengo un mensaje de Carolina.

Carolina: Estamos llegando.

Vanesa: Ya bajo.

Meto mi teléfono en el bolso y salgo del apartamento. No puedo con los nervios. Marco y yo nunca fuimos pareja y es incómodo aparentar que sí. Y, por si no me sintiera lo suficientemente idiota, cuando subo a la camioneta de Daniel, Carolina me recibe diciendo:

—Espero que sepas mucho sobre embarazadas.

—¿Qué? —Salto en mi lugar—. ¿Por qué?

—Vane, ¿de qué crees que querrán hablar?

«Mierda».

***

—Sigo sin comprender por qué Marco no fue a por ella —comenta una anciana que me presentan como su abuela y señora de esta casa.

Hasta ahora todo marcha bien. Desde que llegué recibo abrazos. Sin excepción, todos me tratan bien.

—Felicitaciones por el bebé —dicen sus tíos y primos dando palmaditas suaves a mi vientre.

«¿Cuál bebé?».

Carolina se instala a mi lado y cada vez que tiene oportunidad aprieta mi mano. Marco, mientras, platica con Daniel sobre lo que Nicole me dijo en el baño. Armando ya los puso al tanto y espero que Daniel en verdad sea buen abogado.

—¿Quién de todos los invitados es Salvador? —me pregunta Carolina con rencor. Sabe que tiró de mi cabello.

Si también se encuentra aquí, todavía no lo vemos. ¡Mejor! No quiero tenerlo cerca. Nicole me humilló, pero él, además de eso, me hizo daño.

—No lo veo —respondo, recibiendo más muestras de afecto por parte de la abuela y tías de Marco.

—Creo que ya está creciendo esa pancita —dicen.

También doy un vistazo a mi vientre. «Hiciste bien en comerte media tarta de manzana antes de venir, Vanesa», me felicito. Siempre trago como si no hubiera mañana, pero desde que tengo más problemas de los necesarios como y como sin parar... No tendré problemas al fingir un vientre abultado.

Armando tuvo razón al decir que la casa de la familia Maldonado es más grande y elegante que la de los Saviñon. No es que eso importe ahora porque, como el ser patoso que soy, siempre me ha incomodado estar rodeada de gente así. No obstante, Glenda pronto parece recordar que dudé que ellos pudieran aceptarme y, como solo ella puede, se ha encargado de hacerme sentir querida.

—Me da gusto presentarles por fin a Vanesa —dice, animándome a estrechar manos de más invitados—. Asistente de Marco y novelista prolija.

Palidezco. «No, Jesús, que no hable sobre mi novela».

Al menos doce personas me rodean. Glenda, insistente, me presenta a cada uno y después nos guía a todos hacia donde se halla la mesa del comedor. Ya están sirviendo la cena. Le lanzo una mirada de auxilio a Carolina y, tanto ella como Daniel, ocupan los asientos enfrente de mí y de Marco. ¡Esos son amigos!

—¿Todo bien? —me pregunta él.

Asiento. Hoy por la tarde ensayamos lo que diremos, pero no me siento tan segura ahora.

La mesa es rectangular y está cubierta con un mantel blanco y cristalería fina. Ahora que todos nos encontramos sentados puedo contar. En total somos trece invitados. Mi estómago vuelve a dar vueltas. Me gustaría pensar que comeremos en silencio y después nos marcharemos, pero no. Estas personas quieren hablar.

—¿Y cómo surgió el amor? —pregunta una prima de Marco.

Ahí está, la primera pregunta incómoda. Trato de acomodarme lo mejor posible en mi asiento.

—Eh...

¡No quiero hablar!

—Asumo que todos leyeron la novela —dice Marco mientras coloca una mano sobre mi rodilla y la aprieta en señal de apoyo. «Estaremos bien»—. Bueno... así surgió.

—Imaginé que eras apasionado —interviene un tío—. Pero… *wow*, sobrino, vaya que nos sorprendimos.

Es inevitable que me sonroje. Estas personas y miles más leyeron de principio a fin mis fantasías con el jefe.

—Nunca imaginé leerte como el protagonista de un relato porno —le dice alguien más a

Marco—. Y menos uno tan creativo.

¿Dice creativo por no decir sucio o atrevido?

—Novela erótica —lo corrige él—. No es porno, es una novela erótica.

¡Quiero abrazarlo!

Entre los invitados solo hay adultos, por lo que podemos hablar. Aquí solo hay tías, tíos, primos...

—Si *Me voy a follar a mi jefe* te sorprende, no leas *El Marqués de Sade*, te infartarás —comenta una tía de Marco a uno de sus hermanos—. No es por desmeritar tu trabajo, Vanesa. Aclaro —se disculpa.

—No se preocupe, señora.

Lo mío era un *fanfic*, no filosofía de tocador.

La mano de Marco continúa sobre mi rodilla, pero la quita cuando siente los ojos de su abuela encima.

—Marco, háblanos de Vanesa —pide ella.

Antes de hablar, coge un vaso de agua y bebe. Yo busco la mirada de Carolina.

«Todo va bien», gesticula ella. Daniel, del mismo modo, es de ayuda.

—Yo no he leído la novela —continúa—. Quiero saber por ti qué sucede.

«¡Dios mío!».

—Vanesa es una buena asistente, abuela —empieza.

—No te estoy pidiendo que hables de ella como colaboradora —le corrige—, sino como tu pareja.

«Tu pareja». Cuádruple mierda.

—Sí, Marco, cuenta —secunda alguien más.

Todos lo alientan, sin embargo, solo se dirige a ella.

—Abuela, hay algo que debes saber —dice, pero calla cuando Glenda le lanza una mirada de alarma. Algo tipo: «¡Vas a matarla!».

Esto es *tan* incómodo. Marco debe aclarar que estoy «embarazada», pero que, contrario a lo que piensan, no somos nada.

—Te escuchamos, Marco.

Su abuela es una mujer que impone, se sienta en la silla principal de la mesa y se comporta como una reina. Y de esa manera igualmente es tratada, de modo que no puedo juzgarlo por temer hablar.

—¿Dónde están Eleazar y Salvador? —pregunta la mujer a Glenda en lo que Marco termina de responder—. ¿No piensan bajar a cenar?

Porque es cierto. Además de Salvador, en la mesa falta el señor Eleazar.

Glenda se disculpa con su suegra y va a por ellos.

—Abuela, Vanesa y yo estamos distanciados —trata de aclarar—. Verán, ella y yo...

—¿No se reconciliaron después de que te vio con la supermodelo? —pregunta una prima suya.

Hago mi mejor cara de: «¿Qué carajo? ¿Cuál supermodelo?». Ah, mierda, cierto. ¡Ellos creen que todo lo que dice la novela es cierto!

«Ay, Vanesa».

Marco tose.

—Sí —dice, avergonzado—. Ya dejé a la supermodelo.

Me mira y de nuevo se me cae la cara de vergüenza. No debería ser una escritora tan dramática.

—Marco y Vanesa tienen una relación abierta —comenta Daniel a todos para ayudarnos—: Ya ven que ahora, gracias a los tiempos modernos, no es necesario...

—Esas son tonterías —lo interrumpe la abuela—. Nadie en esta familia tiene una relación abierta. ¿O sí, Marco?

Mi jefe agradece a Daniel querer ayudar, pero tiene claro que no hay salida.

—Sí, Marco. Te escuchamos. —Escucho agregar al señor Maldonado y me vuelvo de inmediato. Él, Salvador y Glenda ya terminaron de bajar y pronto ocupan sus respectivos lugares en la mesa. «Mierda. Mierda. Mierda»—. Cuéntanos qué tipo de relación tienes con Vanesa. En la novela esta es un tanto caótica, pero asumo que los escritores a veces exageran o adornan la realidad —añade mirando de reojo a Alexander Donoso, autor de *La cama*.

Carolina se rasca la nariz y Daniel coge más agua. «¡Ay, no, ahora los atraje a mis líos!».

—Verán, Vanesa y yo... —intenta decir Marco, pero olvidó qué y cómo. Se debe de sentir acorralado—. Nosotros...

—Porque supongo que le darás una familia a tu hijo —continúa el señor Maldonado.

«Ay, no». ¡Es una emboscada! Esto, más que una «cena familiar», es una treta para obligarnos a formalizar. Salvador lo sabe y, por alguna razón, eso lo tiene sonriendo. ¿Qué sabe que nosotros no?

—Sí —dice Marco, pareciendo no tener otra opción—. Vanesa y yo vamos a formalizar.

«¡¿QUÉ?!». Necesito un nebulizador y ni siquiera tengo asma.

—¿Estás bien, Vanesa? —me pregunta una tía—. Te ves pálida.

—Es por el embarazo —justifico. Ahora culpo al «embarazo» por todo.

—¿En serio? ¿Cuántas semanas tienes?

En la mesa todos parecen más relajados ahora que Marco confirmó que vamos a formalizar, pero ahora quieren hablar del embarazo. «Mierda. ¿Semanas? ¡Qué sé yo!».

—Bueno, tengo… —Miro mi vientre. ¿Hace cuánto me acosté con Marco? ¿Un mes? Será mejor utilizar esa fecha para no olvidarla—. Un mes —digo con orgullo—. Tengo un mes de embarazo.

—¿Y qué tal de síntomas?

—Pues... —Creo que estoy sudando—. Ya saben, hambre, sueño —me río—. No tardan en comenzar las pataditas.

Miro a Carolina llevar una mano a su cara y a Daniel suprimir una risa.

¿Qué?

—¿Pataditas? —pregunta Glenda—. ¿No es muy pronto?

Me remuevo en mi asiento.

—Porque te explicó el ginecólogo en qué mes comienzan a dar «pataditas» los bebés. ¿No, Vanesa? —pregunta Salvador, mirándonos con humor a Marco y a mí—. O que el tiempo de los bebés se mide por semanas... no por meses.

Me cago.

—¿Tú cómo sabes eso, cielo? —le pregunta Glenda.

—Aquí la pregunta es —dice, mirando a todos— ¿por qué no lo sabe Marco? ¿No llevó a Vanesa con un obstetra o ginecólogo? ¿No saben nada sobre el embarazo?

La abuela ahora está indignada.

—Marco, ¿no la has llevado con un obstetra?

—Claro que sí —se apresura a decir, pero también está sudando. Esto de ser padres es difícil, aunque sea ficticio.

—Entonces cuéntanos lo que sabes sobre embarazos, Marco —continúa Salvador—. ¿En qué semana comienzan las pataditas? Cuenta, Vanesa.

Ahora quiero llorar.

Marco y yo nos miramos. Sabemos de bebés lo mismo que de trenes o submarinos. Un ruido nos sorprende de pronto, es Carolina y parece atragantarse. «¡Ay, no, mi amiga!». Me pongo de pie para ir en su auxilio, pero ella, sin dejar el teatro, dirige su mirada a lo que está cerca de mis manos. Mi teléfono. Los demás invitados y Daniel se aproximan a ayudarla en lo que yo reviso mi teléfono.

Es un mensaje suyo:

Carolina: ¡LOS BEBÉS COMIENZAN A MOVERSE DESPUÉS DE LA SEMANA 15, IDIOTA!

Y además me llama «idiota».

—Por eso digo que aún no se mueve —me corrijo mirando con miedo a la abuela de Marco. ¿Nos estará creyendo?—. Pero espero con ansiedad la semana quince para que empiece. —Miro de uno a otro—. Ya saben... a moverse.

Marco, en caso contrario, no me está mirando; ocupado, busca algo en su propio teléfono.

—Doctor Ruiz —dice casi al instante—. Ese obstetra está visitando Vanesa —informa a todos.

—¿Doctor Ruiz? —pregunta Glenda.

—Pero se cambiarán a la clínica de la doctora Delvecchio —interviene Daniel, lanzándole una mirada significativa—, que es íntima amiga de mi hermana Mónica.

Claro, necesitamos una cómplice para fingir un embarazo.

Carolina parece sentirse «mejor». ¿Qué haríamos sin ella o Daniel? Por eso también anunciamos que serán los padrinos del bebé. Ambos, al tener sobrinos pequeños, saben más de niños que nosotros.

—Entonces sigan contando —pide otro tío—. ¿Qué más les dijo el obstetra?

Aquí vamos de nuevo.

Miro mi cena; cielo santo, apenas vamos por el entremés.

—Tampoco puedo creer que aseguren que el bebé será varón —dice Salvador—. O al menos eso dice Vanesa en su novela —ríe con sarcasmo y me dirige una mirada del tipo Sherlock Holmes—: ¿Cómo puedes estar segura?

Marco responde por mí.

—¿Acaso no lo leíste? Se lo dijo su corazón.

«Sí, mi corazón».

—Y lo llamará «Marco», ¿no? —comenta Glenda, ilusionada—. También lo dice la novela.

—Sí, «Marquito» —digo, otra vez sonrojándome.

«Ay, mi Dios».

La cena continúa, al igual que las preguntas incómodas. Ya recibí consejos sobre qué comer y qué no, qué actividades debo evitar, cómo debo alimentar y bañar al bebé. ¿En serio tenemos que hablar sobre eso a pesar de que falta mucho para que nazca? Y todos me hacen sentir torpe. De acuerdo, lo soy, pero soy capaz de cuidar a un bebé...

De acuerdo, no sé mucho sobre ellos, de hecho, nada, pero puedo aprender. «¡No estás embarazada!», me recuerdo y me deprimo otra vez. Después observo a Marco, pues sé que a él también lo pone triste que no lo haya. ¿Por qué? ¿Por qué quería un bebé? Me gustaría preguntárselo. Voy a hacerlo.

—Debes querer mucho a Marco como para elegir poner su nombre a tu hijo —comenta una de las tías.

¿Acaso esto no era lo suficiente incómodo? Dudo al responder.

—Eh, sí. Eso creo.

—Marco es el papá, ¿qué tiene de extraño? —pregunta el señor Maldonado.

—«Marco Junior», me gusta —opina la abuela—. ¿En qué iglesia lo bautizaremos, Vanesa?

¿Bautizo? ¿En serio tenemos que hablar sobre su bautizo? Miro a Carolina pidiendo auxilio.

—Vanesa es atea —dice. «¡¿Atea?!». Estoy boquiabierta, al igual que todos en la mesa—. No, no. Es broma —aclara, riendo.

Yo sigo con cara de póquer hasta que me percato de que el tema de conversación cambió. Ahora la abuela comenta la importancia de tener una doctrina religiosa. Así que ese era el propósito de Carolina, cambiar de tema. La miro agradecida.

Conocer a la familia de Marco y convivir con ellos también me recordó que cuando sepan que el embarazo es falso todo acabó. Deberé marcharme de Grupo M y abandonar para siempre a mi jefe. No puedo formar parte de su vida cuando se descubra la mentira. Me tacharán de cínica, oportunista y más; y no podré soportarlo. Marco me preguntó cómo y por qué me enamoré de él, pregunta fácil de responder, pero desenamorarme, olvidarlo.... No, no, no. Mi cabeza me recuerda que tengo a Armando, ¡tengo a Armando!, pero mi corazón, estúpido y necio, ya llora el tener que alejarme de Marco.

—A mí me gustaría saber más detalles de tu vida, Vanesa —pide su prima, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Mi vida? —rio, nerviosa—. ¿Para qué? Es una vida aburrida.

—¿Aburrida? No, querida. Aburrida mi vida que siempre cae en rutina. Tú estás embarazada de tu jefe.

Y aquí vamos de nuevo con lo del embarazo.

—Sí, Vanesa —apostilla Salvador, encantado de hablar sobre el «bebé» o la novela—. Queremos más detalles. Publica una trilogía de libros, tal como lo hizo Daniel.

Entonces le observo, parece incómodo de que el tema de conversación ahora sea él.

—Yo no tengo tanto para decir —aseguro.

—Porque Daniel sí que tenía mucho que decir —insiste, mirándolo con burla.

Marco le dirige una mirada de advertencia para callarlo y después coge su teléfono. No tarda en sonar el mío, indicando que tengo un mensaje. Lo alcanzo y me percato de que Marco abrió un grupo de conversación en el que nos incluyó a Daniel y a mí, y después pidió a este agregar a Carolina.

Marco: Lamento por lo que están pasando. Qué pena.

Vanesa: Y gracias por el apoyo, eh :(

Daniel: No importa. Estoy acostumbrado.

Carolina: :) ♥

Daniel: Oigan, ¿en serio seremos los padrinos de Marquito?

Vanesa: ¡No hay Marquito!

Daniel: JAJAJAJAJA

Vanesa: .I.

Carolina: ¡VANESA!

Marco: Igual hay que seguir la corriente al siguiente que cambie de tema.

—¿Qué decían sobre el nombre de la novela? —pregunta Marco, *cambiando de tema*.

—Sí, queremos saber cómo será todo una vez que nazca Marquito —dice Glenda, mirándome.

—Aunque deberías pensar en otro título, Vanesa —sugiere otro de los tíos—. *Me voy a follar a mi jefe* no será apropiado una vez la historia incluya un bebé. Busca algo menos estrambótico.

Pero yo no voy a escribir sobre «Marquito». Solo me falta publicar el epílogo.

—Estoy de acuerdo con lo del título —interviene Carolina—. Piensa en otro por Marquito.

Vuelvo a dirigir mi atención a nuestro grupo de WhatsApp.

Vanesa: ¡QUE NO HAY MARQUITO!

Carolina: JAJAJAJAJA

Vanesa: ¡Caro!

Carolina: De acuerdo, ya.

Daniel: ;P

—Pero no tengo idea sobre cómo llamar a una historia sobre «mi vida» —digo y le dirijo una mueca a Carolina para que no insista en hablar de eso. Cambio de tema. Ya. Ahora.

—¿Qué tal *Vanesa entre líos*? —opina Daniel—. A mí me parece buen título. Apropiado para *este tipo* de heroína.

«¿Este tipo de heroína?».

Vanesa: .I.

La mayoría en la mesa ríe y felicita a Daniel por tan buena sugerencia, incluido Marco; ¡incluido Marco! ¿*Vanesa entre líos*? Já. Si últimamente soy más prudente.

De acuerdo, no, pero deberían de darme un poco de crédito.

Miro a Daniel con cara de «me vengaré» y, sin pensarlo, suelto:

—Por cierto, Carolina me dijo que ella también quiere un hijo. —Al instante miro a Daniel Saviñon atragantarse y toser con urgencia—. Marquito *necesita* un primito.

Pronto, en auxilio de su amor, Carolina me dirige una mirada de «¡Vanesa!» y ayuda a Daniel a recuperarse, hasta que él dice:

—¿Hijos? Diablos, no.

Y sigue tosiendo al mismo tiempo que niega con la cabeza. ¿El señor Saviñon no quiere tener hijos?

—¿Por qué no? —le pregunta ella, dolida.

—Bueno, no de inmediato. Para eso falta mucho.

Momento incómodo.

—¿Y cuánto es «mucho»? —quiere saber Carolina, todavía dolida.

«Oh, no vayas por ahí, amiga».

Le quiero hacer una seña a Daniel para que guarde silencio y ya no lo arruine más. Conozco a Carolina y justo ahora se siente ofendida.

—No sé, algunos años —responde, confundido de que Carolina quiera hablar sobre eso—. Hay que planearlo.

—Sí, en definitiva, hay que planearlo —gruñe y se pone de pie.

A continuación se disculpa y pregunta dónde está el baño. Glenda le indica dónde buscar y la observamos marcharse. Daniel no sabe qué hacer. Marco, como buen amigo que es, con un gesto le indica que la siga y este lo hace deprisa.

¡Ahora sí no puedo con la vergüenza!

—La cagué otra vez, ¿cierto? —le pregunto a Marco.

Me mira con pena y enseguida pregunta:

—¿Segura de que no te gusta el título que propuso Daniel para tu novela?

Media hora después ellos no han regresado a la mesa. Preocupada, busco mi teléfono para enviarle un mensaje.

Vanesa: ¿No le has dicho a Daniel que tu mayor ilusión es tener bebés? :(

Carolina: No.

Vanesa: ¿Y que quieres que te proponga vivir con él?

Carolina: Tampoco.

Vanesa: Lo detuviste con lo del matrimonio. Tal vez por eso no te lo ha pedido.

Carolina: Tal vez.

Vanesa: Ah, pero sexo sí quiere.

Carolina: Vane...

Vanesa: No sé qué le pasa. Quiere sexo, pero no bebés.

Carolina: ...

Quiero bromear con ella para que me disculpe.

Vanesa: Porque yaaaaa LO HICIERON 7u7. Yo los vi juntos en su apartamento y tú misma me lo confirmaste. Picarona. ¿Recuerdas aquella conversación de dos horas?

Carolina: ...

¡Ay, no, continúa seria!

Vanesa: No te hagas la que no sabe. Hasta me diste detalles. ¡Uh, uh!

Carolina: Vanesa...

Entretanto me aparto un mechón de cabello de la cara y rápido me doy cuenta de dónde estoy escribiendo.

El grupo.

Vanesa: AH, MIERDA.

Marco: …

Daniel: Por eso digo que “Vanesa entre líos”.

Capítulo 40



Una vez la reunión concluye, Marco y yo buscamos a Daniel y a Carolina. Lo encontramos a él de pie frente a la puerta del baño en el que, asumimos, se encerró mi amiga.

Apenada, me acerco.

—Hola —musito.

Daniel suspira y me señala la puerta. Me aproximo y toco.

—¿Te hizo mal la cena? —le pregunto a Carolina.

—*Ja ja*.

Sin duda, está molesta.

—En verdad, lo lamento. —Escucho que se disculpa Marco con Daniel. Y supongo que no solo por lo que dije yo, sino por lo incómoda que resultó la cena para todos.

—Está bien —responde este señalando la puerta y después a él—. Es algo que tenemos que resolver.

—Caro, de verdad que lo siento —insisto en disculparme—. Fue sin querer.

Sé que me cree. Está acostumbrada a que meta la pata una y otra vez.

—En realidad nos hiciste un favor. —Escucho decir a Daniel y me vuelvo hacia él—. De no ser por ti no sabría cómo se siente respecto a formalizar y todo lo demás.

En eso tiene razón. Ahora me siento un poco mejor.

Me vuelvo otra vez hacia la puerta del baño y se lo hago saber a mi amiga.

—¿Ves? —Sonrío—. Les hice un favor.

La escucho refunfuñar.

—*Marco, Vanesa te quiere a ti, no a Armando. Si aún está con él es porque no sabe cómo terminarlo.* —Me quedo boquiabierta—. *Ahí está, Vane, te hice un favor.*

Ahora no quiero mirar a la cara a Marco.

—¡Oye, lo mío no fue intencional! —le reclamo golpeando la puerta del baño. Después me vuelvo hacia Daniel, que está serio. Asumo que se debe a que Armando es su mejor amigo, casi hermano—. Carolina tiene miedo de que estés con ella solo por ser la primera opción que se te presentó después de todo lo que pasó —confieso.

—*¡Vanesa!* —Escucho que grita Carolina—. *Marco* —agrega cogiendo aire—, *Vanesa tiene miedo de exponerte sus sentimientos porque no quiere que la botes como haces con tus demás conquistas.*

Creo que estoy de mil colores, pero devuelvo el guante.

—Daniel —digo volviéndome otra vez hacia la puerta para no mirarlo a él o a Marco—, Carolina es muy insegura. —Suspiro—, por eso evadió tus insinuaciones sobre querer casarte, pero, al mismo tiempo, teme que no vuelvas a pedírselo.

—*Marco.* —Escucho decir. En su tono de voz hay enfado—, *Vanesa no cree que seas lo suficientemente maduro como para tener una relación duradera.*

«Ay, no».

—Daniel —sigo yo—, Carolina suele sentirse de menos cuando está contigo. Le aterra que seas tan importante.

—*Lo mismo con Vanesa, Marco*.

«Es cierto».

—Daniel —continúo sintiendo ganas de hacer una pataleta—, como su anterior novio la engañó, porque, según él: «Caro es aburrida», ahora ella te dice que sí a todo para que no te aburras.

No los miro, sigo de cara a la puerta del baño.

—*Marco, Vanesa no te perdona no haberle asignado un escritorio. La hiciste sentir invisible. Piensa que...*

—¡Carolina, ya! —intento pararla.

—*Piensa que...* —sigue mi amiga— *antes de querer ayudarte a salvar la presidencia de Grupo M, realmente no te importaba qué le pasara.*

—Daniel, en realidad Carolina sí estaba muy afectada después del incidente en la librería —digo y la escucho maldecir—. ¿Lo recuerdas? Cuando llegaste y no la saludaste. No durmió ni comió bien después de lo que pasó, pero no te lo dijo para que no sospecharas desde hace cuánto te ama.

—*Marco* —responde enseguida—, *Vanesa detesta su salario. Dice que es inhumano. Si sigue en Grupo M es solo para verte.*

—Daniel, Carolina duda que realmente olvidaras a tu ex y teme que la perdones si vuelve.

—*Marco, Vanesa quiere saber si tienes en tu teléfono los números de las zorras con las que te acuestas. Y las llamo «zorras» porque así las llama ella.*

«¡Diablos!».

—Daniel —sigo—, cuando tía Inés le preguntó a Caro qué pensaba que viste en ella, su respuesta fue: «no sé».

Le escucho enfurecer, pero antes de que diga algo, Carolina habla:

—*¡Marco, Vanesa una vez robó tinta de una impresora de Grupo M!*

Mi boca se abre en una enorme «O».

—Daniel —respondo a continuación—. ¡Carolina primero te leyó en un *ebook* pirata!

—*¡Eso ya lo sabe, Vanesa!*

—Ah, ¿sí? —Busco qué más decir—: Pues cuando no teníamos idea de cómo te ves. —Miro de reojo a Daniel—, Caro juraba que no eras guapo. Es más, dijo que los mejores escritores de romance son viejos, aburridos y feos.

—*Marco, Vanesa siempre te ha querido reclamar que no le pagues horas extra.*

«Ah, mierda». Golpeo la puerta del baño con el zapato.

—Daniel, Carolina recuerda que en un correo dijiste que lo que más extrañabas durante tu encierro era el sexo. Por eso ahora piensa que...

—*¡Vanesa!*

Ignoro a Carolina y sigo:

—Dani, querido. —Bajo el tono de voz—, deberían planear más salidas al cine o restaurantes. Qué se yo. Para hacer otra cosa que no sea...

—*¡Marco! A Vanesa le encantó la noche que tuvieron. No recuerda todo lo que pasó porque estaba ebria, pero lo poco que sí recuerda no lo supera.*

Ah, yo la mato.

—Daniel, Carolina estuvo dando *spoilers* de *La cama* para que la gente no te leyera.

—*¡Porque no quería que nadie más se traumatizara!* —se defiende—. *Marco* —agrega en dos

por tres—, *antes de que se descubriera lo de la porno novela y todo se fuera al carajo, Vanesa tenía planeado terminar su historia con una boda.*

—¡Es literatura erótica, no porno novela! —grito y sigo escupiendo—: Daniel, deberías buscar una reseña que Carolina publicó sobre *La cama*, dijo que no recomienda a nadie comprarla.

—*Mierda, no la he borrado.* —Escucho que maldice.

Y así seguimos un buen rato hasta que las dos por fin callamos. Entonces Marco, con un tono de voz condescendiente y, por demás, paciente, pregunta:

—¿Ya terminaron?

Me giro para mirarlo a él y a Daniel, me sorprende ver que ambos están fumando.

«Ay, ¿a qué hora empezaron?».

Carolina, por otro lado, abre la puerta del baño y contesta «eso creo» a Marco, pero está mirando sus pies. Es obvio que no quiere mirar a la cara a Daniel. Al menos no mucho más de lo que yo quiero mirar la de Marco.

La cagamos.

—Vamos —le dice Daniel a Caro, y aunque ella no lo mire, toma su mano—, en el camino de regreso hablamos.

Caro susurra «hasta luego» con un gesto discreto. Estamos en tantos aprietos que no nos queda otra opción que perdonarnos.

Yo tampoco quiero mirar a Marco. Él parece comprender y, sin decir nada, apaga su cigarrillo y con otro gesto me pide seguirlo hasta el vestíbulo. Cerca, despidiendo a invitados que todavía no se han marchado, se encuentran su abuela y Glenda.

—¿A dónde van, Marco? —pregunta la abuela.

—Iré a dejar a Vanesa —responde, dudando.

¿También hablaremos en el camino? Rayos.

—No es necesario, querido —responde esta, acostumbrada a tener la última palabra—. Como ustedes son pareja no veo problema en que pasen la noche aquí.

—Esta también es tu casa, hijo —añade Glenda—. Lleva a Vanesa a la que era tu habitación. Una chica del servicio ya les habilitó el baño y les preparó la cama.

Doy un traspié. «Maldita sea». Marco busca mi cara, pero bajo la mirada.

—¿Saben qué? Es buena idea —dice sorprendiéndome y me pide seguirlo a la que era su habitación cuando todavía vivía en esta casa.

«Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda».

Capítulo 41



Marco me dejó en su habitación, salió y regresó con una *laptop*. Después se instaló en una mesa.

No me mira.

No me habla.

No me *nada*.

Lo espero sentada en la esquina de la cama. Espero cualquier movimiento en falso, pero es Marco. Lo conozco, seguro que está enfadado.

Ahora sabe por qué motivo estoy con Armando y cómo me siento respecto a él: insegura. Amo a Marco, pero sé mejor que nadie que es inestable. Desde que pasé la noche con él me aterroriza pensar que, de haber algo más, me arriesgaría a que se canse y me bote. Y eso no podría soportarlo. Por eso elegí a Armando: Necesitaba estabilidad. Sin embargo, es obvio que he hecho las cosas mal.

—No has actualizado Wattpad —dice de repente, haciéndome respingar. Aun así, sigue atento a la pantalla de su *laptop*.

—Yo... —Me tomó con la guardia baja. Me preparé para reclamos, no para hablar de Wattpad. ¿Qué hace él ahí?—. Solo me falta publicar el epílogo. Lo haré pronto... creo.

El epílogo y se acabó la novela. No más Vanesa *la escritora de literatura erótica.*

—Tus lectores están reclamando.

—¿Que no actualicé?

—En parte.

No los culpo.

—¿En qué nivel están los reclamos? —pido saber—: «Vanesa, quiero saber qué pasa. Por favor, publica» o «¡Te mataré si no actualizas hoy mismo!».

Marco ríe. ¡Los dos reímos!

—«¡Te mataré si no actualizas hoy mismo!».

—No deberían desesperarse. —Miro mis uñas, necesitan retoque—. Ya solo falta el epílogo.

Esta vez su rostro se torna serio.

—¿Dejarás a Carlo y a Valentina separados?

¿Importa, acaso?

—Bueno. —Ladeo la cabeza hacia un lado—, Valentina ya tiene al doctor que la auxilió.

—Pero los lectores no saben qué pasó con Carlo.

¿También me está reclamando?

—¿Con Carlo?

—Sí. Qué está sintiendo, si está sufriendo. —Mira de mí a la *laptop*—. Yo veo muy raro eso de que esté con una supermodelo.

—¿Acaso lo estás defendiendo?

—Él en capítulos anteriores no mostró ser *tan* superficial —agrega y confirmo que está indignado—. Debe de haber algún motivo para que se comporte así.

—No sé. Ya no quiero escribir esa novela.

No quiero meterme en más líos.

—¿Ya no? —pregunta con reserva—. Pero si está en primer lugar.

Me incorporo de nuevo.

—¿Primer lugar? ¡¿Soy primer lugar en Wattpad?!

—Ven a ver.

Corro hacia la *laptop*. Esto *tengo* que verlo.

«Es cierto». Miro el título de la novela y un irreal: #1.

—Primer lugar —repito mirando con ilusión ese número y la cantidad de votos y comentarios —. Lo logré —digo casi llorando.

—Esto hay que celebrarlo —decide y sale de la habitación.

Yo aún miro con cara tonta la pantalla.

Cuando regresa trae dos copas y una botella de champán. Abre la botella y le ayudo a llenarlas.

—¡Por haber follado a tu jefe! —brinda y me parto de la risa.

Bebo casi todo el contenido de mi copa y lo que resta se lo lanzo a Marco, que también ríe. A continuación, bebe de la suya, y, teniendo la boca llena de champán, se acerca y me besa. Así descubro una nueva forma de beber alcohol.

Mi cuerpo trepita, sobre todo mi estómago, que de momento no tiene un bebé, pero sí unicornios de colores y mariposas.

Nos separamos y nos sirve más champán.

—Hasta intenté chantajear a Daniel para lograr esto —le cuento.

«¡Ah, qué recuerdos!». Pero lo logré. ¡Por fin lo logré!

—Felicidades —dice. «¡Quiero besarlo de nuevo!»—. No era para menos después de tanta publicidad que nos dieron.

El escándalo. Que me recuerde eso me deprime de nuevo. Es cierto. No estoy en el primer lugar por mérito propio, estoy por un escándalo que se propagó en redes sociales.

Me alejo de él y de la *laptop.*

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada.

—¿Nada? De nuevo lloras... pero ya no parecen lágrimas de felicidad.

Ahora son de miedo, enojo y vergüenza. ¿Qué pasará cuando todos sepan la verdad? Que mi jefe ni me ponía atención, que no hay bebé, que todo es teatro.

—Vanesa… —Quiere seguir brindando, pero lo alejo.

—¿Hay alguna crítica sobre la novela? —pregunto, pidiendo que lea más comentarios.

Quiero saber si me leen porque les gustó la historia o por el escándalo.

—Que la novela es cliché —responde sentado frente a la *laptop*—. Que ya no le copies a otras historias.

—¿Cliché? ¿Copiar? —Ahora me siento indignada—. ¡Mi historia no es cliché!

—Por eso considero que deberías continuarla. No sé, dale un giro inesperado.

—Está bien. ¿Mato a Carlo? No es cliché hacer eso.

—¿Qué? ¡No! —Se remueve en el asiento—. Mata al doctor, en ese caso. Tus lectoras aman a Carlo.

—No voy a matar al doctor.

Esboza una mueca y sigue leyendo comentarios:

—«Lo del doctor lo veo muy forzado —cita con voz dramática a uno de mis lectores—, Valentina ama a Carlo».

Resalta el «ama a Carlo».

—¿Forzado? —repito pensando.

Está bien. Creo que sí se vio forzado que metiera al doctor Román en el último capítulo y quiera resolver todo en el epílogo. Y, sí, mis lectoras aman a Carlo.

—«No puedo creer lo que hizo Carlo —continúa leyendo otro comentario—. Él nunca mostró ser un mal hombre. ¿Darle la espalda a Valentina y a Marquito? Yo creo que se siente presionado por su padre...». ¡Ajá! Esta lectora sí comprende a Carlo.

Vuelvo a reír.

—¿En serio?

—Sí —afirma, orgulloso—. Y pide conocer su versión.

—No, eso no. Yo solo escribo desde el punto de vista de la protagonista.

—Muy mal. Toda historia tiene muchos puntos de vista. ¿Cómo dice aquella frase? «El lobo siempre será el malo si solo escuchamos a Caperucita».

—¿Eres el lobo? —pregunto riendo.

—Tal vez, pero tú no eres ninguna Caperucita.

Le muestro la lengua a modo de reproche y me vuelvo despacio hacia la cama. Necesito descansar.

—¿Cansada? —pregunta, listo para leer más comentarios.

—¿Te parece poco lo que discutí con Carolina? —Me siento y enseguida me saco los zapatos. No obstante, pronto caigo en la cuenta de que le recordé por qué está enfadado—. Oye, lamento eso —agrego con rapidez—. Carolina y yo somos raras.

Coge la *laptop* y camina hacia la cama.

—¿Vamos a dormir juntos?

—¿Qué tiene de malo? —contesta sentándose en la cama para después acomodar la *laptop* sobre su regazo.

—No voy a traicionar a Armando —advierto con duda.

«¡Pero si acabas de besar a Marco!».

Apenas termino de decir eso, se echa a reír.

—¿Qué?

—¿Traicionar a Armando? ¿Me amas a mí y estás con él, y es a Armando a quién estás traicionando?

Ah, mierda.

—No estaba segura de tus sentimientos sobre mí —digo, mirándolo demasiado cómodo a mi lado—. Todavía no lo estoy del todo. Responde algo. —Me muestro desafiante—: ¿Si Daniel no te hubiera hablado de mí, de pura casualidad, me habrías notado?

—¡Te noté, Vanesa!

—Pero ¿para amarme? ¿Hubieras reflexionado por ti mismo lo que significo para ti?

Hasta da vergüenza preguntarlo, pero, por otra parte, no lo niega.

—Necesitaba un incentivo —admite.

—Exacto. Y yo necesitaba a un Armando.

—¿Y todavía lo necesitas?

«¿Qué?».

—Su abuela está enferma. No puedo terminarlo.

—Eso no está bien.

—¿De qué hablas?

—De que seas *honesta*.

«Honesta».

Vuelve su atención a la *laptop*. Yo, por otro lado, molesta, cojo mi teléfono y reviso los mensajes entrantes. No se trata de tenerle compasión a Armando, es que ya lo he lastimado demasiado.

Carolina: ¿Cómo te fue?

Vanesa: Más o menos. Estamos medio hablando, medio discutiendo. ¿Tú?

Carolina responde rápido.

Carolina: Todo bien ♥

Vanesa: Me alegro. Por lo menos una de las dos debe ser feliz.

Carolina: Todo saldrá bien. Sé honesta cuando hablen y tendrás buenos resultados. A mí me funcionó con Daniel.

«Honesta». ¿Carolina también considera que soy deshonesta? De acuerdo, no soy honesta, pero... ¡No quiero lastimar a Armando!

Me salgo de la conversación y le escribo a él.

Vanesa: Hola. ¿Cómo sigue tu abuela?

No espero demasiado una respuesta.

Armando: Estable. Gracias por preguntar.

Vanesa: Estoy segura de que mejorará.

Armando: ¿Tú cómo estás? ¿Qué harás este fin de semana?

Miro de reojo a Marco, sigue ocupado con la *laptop.*

—¿Qué haces?

A lo mejor necesita a su «asistente».

—Abriendo una cuenta en Wattpad.

Salto de la cama.

—¡¿Qué?!

—Escribiré mi versión de la historia —dice, serio.

—¡Marco!

—Pero no quiero llamar a mi novela *Me voy a follar a mi asistente*. ¿Alguna idea?

—¡Para ya con eso! ¡Ya nos hemos metido en suficientes problemas por mi culpa!

—Quiero que tus lectoras sepan lo que opina Carlo —insiste.

Hago mi teléfono a un lado y le quito la *laptop*. Parece confundido, hasta que ve lo que estoy haciendo.

—Lo haremos de la siguiente forma —propongo ingresando la contraseña de mi cuenta de Wattpad—: Escribe un capítulo desde el punto de vista de Carlo, pero… sin alterar lo ya escrito. Hay una trama que debe ser respetada. Después de tu capítulo añadiré el epílogo.

No está del todo conforme, pero acepta. Le explico en dónde y cómo publicar un capítulo nuevo y cojo de vuelta mi teléfono.

Vanesa: Todavía no sé.

Armando: Te gusta hacer maratón de series o películas. Haz eso o visita a Carolina :)

Hablando de ella, me está escribiendo.

Carolina: ¡Me dejaste en visto!

Es que no sé qué responderle.

Vanesa: Estoy siendo honesta, Carolina Navarro.

Carolina: No lo suficiente. Ni con Marco ni con Armando.

Vanesa: Mmm.

Carolina: Mmm.

¿Qué nivel de honestidad quiere? ¿Que le diga a Armando que ahora mismo estoy con Marco? Bueno, no estoy haciendo nada malo. Se lo escribiré.

Vanesa: Estoy con Marco. Su familia le pidió traerme a cenar.

También invitaron a Daniel y a Carolina.

Agregué eso último para que no se enfade.

Armando: Oh. ¿Y Marco te irá a dejar a tu apartamento? Pídeselo a Daniel. Seguro que lo hace.

Estoy en problemas.

Vanesa: Voy a dormir aquí. Es gracioso cómo resultó todo. Ya sabes cómo es la mamá de Marco. Jeje. Pero pierde cuidado, estamos "separados".

Armando no responde.

Vanesa: Está ocupado en una *laptop* mientras tú y yo hablamos.

Sigue sin responder.

Vanesa: Ya le advertí que dormirá en un sofá.

Molesta, le escribo de vuelta a Carolina.

Vanesa: En menudo problema me acaba de meter la bendita «honestidad».

Carolina: ¿Qué pasó?

Vanesa: Armando sabe que estoy con Marco. Se lo dije.

Carolina: Una cosa es ser honesta y otra, muuuy diferente, es ser estúpida.

Vanesa: ¿Qué tiene de malo que lo sepa? Marco y yo no estamos haciendo nada malo.

Nos besamos. Bueno, él me besó primero. También debo aclararle eso.

Carolina: Le heriste, Vanesa. Hay diferentes formas de decir las cosas.

Vanesa: No se lo dije de mala manera.

Carolina: ¿Cuánto apostamos a que se lo dijiste en un mensaje de WhatsApp?

Vanesa: ...

Carolina: Ya ves. Ponte en su lugar.

Le insisto a Armando.

Vanesa: ¿Estás ocupado? ¿Te llamo?

No hay respuesta. Lo llamo, pero no contesta.

Después miro a Marco, continúa ocupado escribiendo su parte de la novela.

—¿Qué pasa? —pregunta al notar mi preocupación.

—Me metí en un problema por ser «honesta».

¡Es su culpa por también pedirme serlo!

—No se supone que ser «honesto» te haga sentir bien. Se es honesto porque es lo correcto.

Ouch.

Apago mi teléfono y devuelvo la atención hacia él. Es un buen espectáculo. Sus largos dedos van y vienen por el teclado, y es mejor observarlo que pensar qué tanto acabo de arruinar todo con Armando.

—¿Qué tanto escribes? —pregunto y me acerco más a él para ver.

—No —dice escondiendo de mí la pantalla—. Arruinarás el proceso creativo. Lo leerás junto con tus lectores.

Esbozo una mueca de aburrimiento y me acomodo lo mejor que puedo en mi lado de la cama. Qué día. Y no puedo ver qué escribe, pero sí sus manos y sus gestos. Estos van de serio a risueño a otra vez serio. Luego ríe un poco.

—Oye, mi novela no es una comedia. Es seria —le advierto.

—No te preocupes por eso. —Sonríe y continúa escribiendo.

Me pregunto en qué posición dejará a Carlo.

Más tarde, todavía observándolo, lentamente... me duermo.

Capítulo 42



Cuando abro los ojos me percato de que Marco aún se encuentra a mi lado... despierto.

—¿No has dormido nada? —pregunto cubriéndome la boca al bostezar. Seguro que tengo mal aliento.

Me pregunto qué hora será y qué hace aún despierto.

—Cinco de la mañana —avisa al verme buscar mi teléfono entre las sábanas.

—¿Dormimos juntos? —pregunto una vez reflexiono en dónde y con quién estoy.

Ahora mi cara es de alarma. Anoche no estaba borracha y recuerdo bien haberlo enviado al sofá.

—No soporté la incomodidad del sofá —contesta estirando los brazos. No tiene camisa ni pantalones. ¡¿También le incomodaba la ropa?! «Cielo santo»—. No pongas esa cara. No pasó nada.

—Por supuesto que no pasó nada.

De todas formas, si Armando se entera...

Me siento en la cama, me cruzo de brazos y miro hacia cualquier lado, menos hacia donde se encuentra él. Estoy enfadada.

—No te enojes.

—Le dije a Armando que estaríamos separados.

—No estamos *exactamente* juntos —asegura señalando el pequeño espacio entre nosotros.

¡Ah, qué consuelo! Esto va de mal en peor. Me cuesta ser indiferente a lo que hace. Armando no me habla y también está lo de Wattpad... ¡Wattpad!

Devuelvo mi atención a Marco. Él, por el contrario, mira la mitad de mi teta, que se escapó de mi vestido de noche. La devuelvo de inmediato a mi sujetador.

—Actualizaste mi novela —le recuerdo—. ¿Qué tal te fue?

Temo esa respuesta.

—Bien. —Sonríe—. Me desvelé leyendo comentarios.

—¿Te desvelaste?

—Sí. —Bosteza—. No he dormido nada.

Cuando lo hace levanta los brazos y... «Ah, qué músculos tan perfectamente torneados. Podría morderlos y babear sobre ellos. ¡Ah, enfócate, Vanesa!», me regaño.

—¡Marco!

—A tus lectores les gustó el capítulo. Dijeron que ha sido el mejor de todos.

—Oye, tampoco —me defiendo—. El capítulo catorce recibió muchos halagos.

Marco coge la *laptop* de la mesa de noche que hay a su lado.

—¿Quieres leerlo?

Asiento y la tomo de sus manos. Quiero leer qué tan buenos son esos comentarios.

—No mataste al doctor, ¿cierto? —pregunto con miedo y enciendo el aparato.

—No, pero sí se fue del país.

—¡Marco!

—Lee, Vanesa —insiste señalando la pantalla.

Una vez enciendo el aparato y lo acomodo sobre mi regazo, ingreso en Wattpad.

«Vaya, el capítulo sí está siendo muy comentado».

> Capítulo 21
> Carlo está de pie frente al mar, recordando con nostalgia la última vez que vio a Valentina. Han pasado cinco años...

—¿Cinco años? —le pregunto interrumpiendo la lectura.

—Buen giro, ¿no? —dice, orgulloso de sí mismo—. Anda, sigue leyendo.

Otra vez vuelvo la atención a la pantalla.

> La extraña tanto que envió a un investigador privado a espiarla, y, con asombro, vio las fotografías que le mostró, donde se aprecia lo grande que está su hijo, a quien Valentina llamó Marquito.

—¿Investigador privado? —le pregunto.

—Me gustan las novelas policíacas.

Niego con la cabeza y sigo leyendo.

> No ha vuelto a ver a la insulsa modelo que le sirvió de pantalla para alejar a Valentina, la mujer que aún ama...

—¿Qué es esto? —pregunto releyendo—: «La insulsa modelo que le sirvió de pantalla para alejar a Valentina».

—La versión de Carlo —dice, serio.

—Mis lectores lo tienen que odiar, Marco. Escribiendo «la mujer que aún ama» no lo voy a lograr.

—¿Por qué lo tienen que odiar? —pregunta cruzado de brazos.

Está enfadado.

—Para que acepten que Valentina no se quedará con él —respondo con timidez. Puede ser mi novela, pero este hombre sigue siendo mi jefe.

—Pésima excusa.

—¡Marco!

—Carlo tiene su versión —defiende—. No es un idiota insensible. Si vas a dejarlos separados, bien, pero es justo que todos, en especial tú, sepan lo que opina.

Después de decir eso sale de la cama y camina con actitud distante hacia el baño. No sigo leyendo, no estoy de humor para lidiar con esto. Se supone que Valentina aceptó que no puede estar con él y encontró el amor verdadero con el doctor Román. Carlo fue una aventura, no algo serio.

«Si vas a dejarlos separados, bien, pero es justo que todos, en especial tú, sepan lo que opina».

¡Y no quiero saber lo que opina! Carlo es un hombre inmaduro e inestable, que encima está demasiado ocupado tratando de quedar bien con su padre. Valentina le teme a eso. Ella necesita la estabilidad que le brindará el doctor Román.

«Pero Marco demostró que cambió». «Dice que me quiere».

Me da miedo pensar en eso. ¿Y si nada es lo que parece y solo es atento conmigo porque lo estoy ayudando a sostener la farsa frente a su familia y Grupo M?

Tengo miedo. No sé si aceptar lo que quiero, lo que siempre he querido, o luchar por lo que creo que necesito: Armando.

¿Por qué pongo excusas? No lo amo. Yo no lo amo. Me sentí capaz de llegar a amarlo, pero... ¡Dios! ¿Por qué Marco decide ser perfecto justo ahora?

Todo es tan confuso.

Cuando sale del baño, hablo antes de que él diga algo.

—Es porque te admiro.

Me observa sin comprender por qué digo eso.

—Querías saber por qué me enamoré de ti —le recuerdo—. Es porque... te admiro.

Hace su camino hasta la cama y se acomoda sobre las sábanas para darme su atención.

—Bueno... Yo siempre me he enamorado de idiotas —explico.

—Gracias por lo que me toca.

—¡No! Me refiero a que en la preparatoria y en la universidad salí con idiotas. Ya sabes, «chicos malos», de esos que no toman nada en serio. Dios, Carolina los odiaba. Decía: «Te mereces algo mejor que esto». Yo... me acostaba con ellos, salíamos... pero me partieron mucho el corazón. Todo era tan...

—¿Frívolo?

Asiento.

—Sí. No recuerdo a ninguno que realmente valiera la pena. Y para ellos yo era...

No puedo terminar.

—Una noche de sexo —concluye.

—Sí, una o dos —admito, avergonzada—. Un polvo y ya.

«¿Por qué salí con idiotas?».

—Pensé que estaba bien. Era joven y tenía que «vivir la vida». —Me río sin ganas de hacerlo —. Carolina, por el contrario, quiso esperar a alguien especial. Yo salía con cinco chicos por cada uno que ella bateaba.

—No te compares con ella —me pide—. Ya no te compares con nadie, por favor.

—Es mejor que yo. Es más seria, más sensata... En cambio, yo...

—Son diferentes, Vanesa. Cada una es especial a su manera. Yo. —Se señala a sí mismo— te amo tal como eres: impredecible, alegre, ocurrente. No te da miedo ser tú misma.

—¿Así es cómo me ves? —Sonrío.

No siempre es malo escuchar a las personas decir lo que opinan de ti.

—Sí, así. —Asiente—. La mayoría de mujeres que frecuento tratan de poner su mejor cara cuando nos vemos, utilizar lindas palabras y… está bien, pero tú, Vanesa, por el contrario, pareciera gustarte poner a prueba la paciencia de cualquiera...

—¡Lo hago sin querer! —justifico—. No es que vaya por ahí tratando de llamar la atención.

—Te ayuda a mostrarte tal como eres. Y tú eres especial de esa manera. De esa inaudita manera.

Lo abrazo y le agradezco su apoyo moral a pesar de mis constantes estragos.

—Estoy tan acostumbrada a leer heroínas que son virginales y tímidas que olvido que las locas también tenemos buenas historias —admito.

—Geniales historias. Ahí está *Me voy a follar a mi jefe*.

Nos codeamos el uno al otro, pero no cojo de vuelta la *laptop*. No quiero leer qué más escribió. Siento que va a doler y eso no me ayudará con Armando.

—Entonces, ¿me amas porque me admiras?

Hago un gesto afirmativo y continúo explicando.

—Cuando llegaste a Grupo M todos juraron que eres inmaduro, mujeriego y que no estás hecho para ser jefe, pero yo no estuve de acuerdo. Sí en lo que respecta a ser inmaduro y mujeriego —aclaro—, pero eres buen jefe.

—¿Ya ves? A *eso* me refiero. —Vuelve a estirar la boca en una sonrisa y ladea la cabeza hacia un lado—. Me gusta tu sinceridad.

Sin embargo, cuando trata de tomar mi mano la aparto.

—Te esfuerzas —sigo—, mucho más de lo que tu padre quiere reconocer o merece. Tú te desvelas por esa empresa.

Nadie mejor que yo, como su asistente, lo sabe. Vi de cerca cuánto cambió al adquirir la responsabilidad de dirigir Grupo M. Da todo de sí. Por eso me enfada que el señor Maldonado lo haga de menos o, peor todavía, a un lado por Salvador o algún otro.

Marco parece conmovido de que al menos yo me percate de que siempre, sin importar cuándo y dónde esté, trate de hacer las cosas bien.

—Aunque todo parezca estar contra ti, no te rindes.

—Trato de ser mejor.

—También están tus hábitos raros.

Arruga la frente.

—¿Hábitos raros?

—Los describí en mi novela. —Ríe al recordar—. No puedo creer que colecciones tubos de pastas de dientes.

Niega con la cabeza.

—Heredé esa colección de mi abuelo. Yo solo sigo lo que inició.

Sigue siendo raro, pero rápido me doy cuenta de que sus ojos brillan cuando habla de él. Eso es nuevo.

—No te gusta la melodía *Para Elisa*.

—No. Cuando mi abuelo murió mi padre tenía esa melodía como tono de llamada entrante —recuerda, triste, y de nuevo puedo ver lo importante que era su abuelo para él—. Lo llamaron del hospital para avisarnos. La asocio con ese dolor. —Cavila un poco—. ¿Cómo te diste cuenta de eso?

—No fue difícil. Cuando Recursos Humanos trató de «mejorar» el ambiente de trabajo con música clásica me pediste ir a decir que quitaran esa melodía.

—Cierto. Y no funcionó eso de la música clásica.

Es divertido recordar.

—Gloria se dormía sobre su ordenador. Hasta roncaba.

—Sí.

—Y odias el arroz —sigo.

—No, no lo odio, lo detesto. —Resopla.

—¿Por qué? —Siento la terrible necesidad de saber todo de él.

—Tuvimos una época mala y mi madre solo cocinaba eso. Para todo, la guarnición era arroz.

—¿Época mala?

No puedo imaginarlo contando centavos.

—No siempre lo tuve todo, Vanesa.

Saber eso me ayuda a verlo con nuevos ojos.

—Te gusta Oasis —sigo—. Cuando tienes música en tu despacho repites dos o tres veces sus

canciones. Y también las cantas.

—¡No las canto! —Esconde la cara, avergonzado.

—Te atrapé muchas veces —lo acuso.

Se rinde y asiente.

—Está bien, las canto.

«¿Ves que te conozco bien?».

—Admito que... descargué su música para también escucharla.

—No existe mejor canción que *Wonderwall* —dice convencido y le muestro que estoy de acuerdo, aunque *Oops!... I did it again* siga siendo mi canción favorita de todos los tiempos.

—Por ser tu asistente sé muchas cosas sobre ti: adoras el café, te desesperan los comentarios sobre el color de tus ojos, no te gusta ir al doctor, eres silencioso cuando el día es lluvioso, te gusta el pan con mantequilla con una pizca de ajo y le tienes miedo a...

—¿A qué?

Duda que sepa a qué le tiene miedo.

—A tu padre.

Su rostro se endurece tras la mención del señor Maldonado. Aun así, no niega o afirma que le teme.

—A oír lo que opina de ti —agrego—. Pero no te rindes. No eres del todo un «idiota». A lo mucho uno en «recuperación».

Coge mi nariz para tirar de ella con ternura.

—A mí me avergüenza no saber mucho de ti —cambia de tema—. Háblame de algún hábito extraño que tengas.

Tampoco insisto con el tema de su padre y pienso con detenimiento qué responder sobre mi persona.

—Sigo cuentas de *Food Porn* en todas mis redes sociales.

—¿Qué?

—*Food Porn.* —Me rasco la nariz para ocultar lo avergonzada que me siento—. Ya sabes, lo llaman «el arte de fotografiar comida irresistible». Babeo sobre mi teléfono mirando todo eso.

Niega con la cabeza sin dejar de sonreír. Me gusta ver sus ojos arrugarse en las esquinas cuando ríe.

—¿*Food Porn*? —repite sin poder creerlo.

—No soy una persona interesante.

—Créeme, Vanesa, eres interesante.

—Busca alguna cuenta *Food Porn* —lo animo y obligo a ingresar en Twitter. Entonces miramos, una tras otra, fotografías de hamburguesas, pizzas con doble queso y papas fritas.

«Ya me dio hambre».

Alguien toca la puerta cuando Marco y yo todavía vemos comida. Él sujetando frente a su cara el teléfono mientras yo recuesto la cabeza en su hombro.

—Adelante —habla y hace pasar a quien esté del otro lado.

Es Glenda y nos mira con ternura.

—Veo que se están entendiendo bien —dice al vernos juntos. Demasiado juntos, quizá.

Quiere que termine con Armando y me quede con su hijo.

De ese modo, en lo que Marco se acomoda de nuevo, Glenda me pide ponerme de pie y acompañarla. Es sábado y quiere «apapachar» a su nuera, que será mamá.

—Ya conociste a mi suegra —señala—. Es una mujer seria. Me prometí que yo sería más

accesible que ella con mi nuera.

«Sé que eso no es una amenaza, pero...».

Una vez me doy una ducha y visto con otra ropa que ella misma me presta, salimos de la habitación y bajamos al primer piso de la casa.

—¿Durmieron bien? —pregunta, además, aprovechando que Marco ya no está cerca. ¿Le habrá prohibido insistirme en dejar a Armando?

Mis palabras no salen con facilidad.

—Lo intentamos.

—Yo sigo esperando que Cupido haga de las suyas. Bueno, ya lo hizo —se corrige—, pero ahora ustedes deben recapacitar.

«¿Recapacitar?».

Glenda llama al chófer y paseamos juntas por la ciudad. Ella lo llama «día de chicas». Desayunamos y después visitamos un *spa*. Ahí recibo un masaje relajante, arreglan mis uñas y recortan mi cabello.

—Eleazar nunca quiere venir. Ojalá tú sí puedas convencer a Marco.

Esbozo una sonrisa lánguida cada vez que hace un comentario en el que da por sentado que estaremos juntos. Es extraño pensar en eso al recordar que, de hecho, por ese motivo empecé a escribir mi novela. Quería tener una relación con Marco. Pero querer es fácil.

Más tarde compramos otras cosas para el «bebé».

—Aunque suene irónico, y no lo aparente —dice—, a mi suegra le gusta tejer y anoche la vi preparar su material de costura para hacerle ropita a Marquito.

Pese a que ese comentario me da cargo de conciencia, me lo paso bien con Glenda. Por lo que trato de olvidar tanto problema y, por sugerencia de ella, procuro pasarla bien. Es fin de semana.

—Lo pensé y podemos decorar una habitación del apartamento de Marco —propone mientras visitamos un almacén que vende muebles para bebés. Yo le sigo el juego. «Esto es temporal», me digo, «es temporal».

Aun así, espero que el juego no dure mucho tiempo, porque solo de pensar cuánto le partirá el corazón saber que no hay bebé me lo parte a mí también.

Escogemos los colores celeste y blanco para pintar la habitación de Marquito y después buscamos telas que convienen para mandar a confeccionar una alfombra especial y cortinas.

En un rato libre reviso mi teléfono. Armando aún no responde mis mensajes o devuelve mis llamadas.

Sigue molesto.

Vanesa: ¿Cuándo regresas?

Ya no estoy con Marco. Paso el día con Glenda :)

Nada.

Carolina tiene razón. Lo arruiné de nuevo. Tendré que aclarar esto con él cuando nos veamos, tal como era el plan inicial. No recuerdo si me dijo cuándo regresará de Deya.

Con Glenda subo de vuelta a la camioneta que nos ha llevado por toda la ciudad.

—Solo falta un lugar para visitar —dice, animada.

Qué bien, porque debo regresar a casa. Y con *a casa* me refiero al apartamento que comparto con mamá.

No pregunto qué lugar visitaremos ahora. Conociendo a Glenda, debe ser otro de esos sitios que solo frecuentan las damas de alta sociedad. Y por no preguntar es que me sorprendo cuando

reparo en que la camioneta se estaciona frente a una clínica médica.

A continuación toma con cuidado mi mano.

—Tranquila, no tengas miedo —dice al advertir que en realidad lo tengo—. Hice una cita con un gineco-obstetra de mi entera confianza. —Siento la boca seca—. Odié cuando anoche los atacaron a ti y a Marco por no saber nada del bebé. Aquí te harán una ecografía y un chequeo completo.

«¡¿Que qué?!».

El chófer nos abre la puerta de la camioneta para que bajemos. Lo hago tambaleando y Glenda me coge del brazo para entrar juntas en la clínica.

¿Un gineco-obstetra? ¿Ecografía?

Mierda.

Mierda.

¡Mierda!

¿Ahora cómo salgo de esta?

Capítulo 43



Mi corazón palpita tan rápido que temo se me escape del pecho. Camino del brazo de Glenda hacia el elevador que nos llevará al consultorio del médico.

«Glenda está por saber que eres una mentirosa, Vanesa».

Tiemblo y aún siento la boca seca pese a que estoy sudando. Aterrorizada, y ya de pie en el elevador, llamo a Marco. Espero y espero... No contesta. ¡No contesta! ¡Mierda! Tiene que ayudarme a detener a su mamá.

—Le pediremos al doctor Baltodano que te oriente sobre qué alimentos evitar y cuáles comer más. Y no te preocupes, él mismo te hará el examen transvaginal.

«¡¿Transvaginal?!».

Glenda me da sugerencias, pero sigo pendiente de mi teléfono. Tengo un mensaje de mamá.

Mamá: Saldré tres días de la ciudad con la asociación Sonríe. ¿Te llevaste tu llave? Como imagino que no, te dejé una copia debajo del felpudo. Y, por favor, llama a tu papá, Vanesa. Explícale tú misma todo ese asunto de tu jefe y el bebé.

No sé qué es peor, si enfrentar a Glenda... o a papá.

También le tengo miedo a mi papá.

Nos distanciamos cuando le pedí que dejara de pagarme la universidad. Quería imponer su voluntad sobre mi vida y elegí no permitírselo. Ahora pensará que todo lo que me pasa es por su falta de orientación. Y quizá no esté tan equivocado. Soy impulsiva, un desastre total, y esto que está por pasar es la prueba.

—No estés nerviosa, cariño —insiste Glenda para animarme—. Debemos confirmar que todo esté bien con Marquito.

Caminamos por un pasillo que asemejo al corredor de la muerte y al final nos detenemos frente a una puerta que tiene una placa que indica «Dr. Baltodano».

Ese es el nombre de mi verdugo.

Cerca de nosotros se encuentra el área de recepción. Hay más gente esperando, pero Glenda avisa que venimos recomendadas y que llegamos a tiempo para nuestra cita.

«Mierda». Ni siquiera puedo tratar de calmarme tomando aire porque detesto el olor a consultorio médico.

Miro de reojo a Glenda. Es rubia y de estatura tan alta como yo, pero más distinguida. La señora se conserva bien a pesar de tener hijos grandes. También tiene buen carácter. Daniel aseguró que es comprensiva, tal vez debería decirle la verdad... Tal vez...

—Glenda —musito.

—¿Sí, linda?

La miro. La expresión en su rostro es amable. «No puedo. Es Marco quien debe decírselo».

—Necesito agua. —Me libero de su agarre y hago mi camino hasta el dispensador.

A tiempo, la recepcionista avisa que ya podemos pasar. De ese modo, con las manos temblando, me sirvo agua en un vaso de papel y alcanzo a Glenda en la puerta.

Entramos juntas en el consultorio del doctor Baltodano.

Es un hombre mayor. La recibe atento y esta le platica cómo va el tratamiento para la tiroides de su amiga Tuti. Después me presenta.

—Hola, Vanesa —me saluda y me pide ponerme una bata.

Mierda.

Mierda.

¡Mierda!

Entro en el vestidor con la bata en mi mano y comienzo a desvestirme.

No puedo permitir que Glenda sepa la verdad de esta manera. Por eso, mientras termino de prepararme, busco otra vez mi teléfono y, con urgencia, le escribo un mensaje a Marco.

Vanesa: ¡TU MAMÁ ME TRAJO CON UN OBSTETRA! ¡VAN A SABER QUE MENTIMOS!

Salgo del vestidor con el teléfono en mano.

—Guarda ese teléfono un momento, Vanesa —me pide el doctor justo cuando este indica que Marco ya vio el mensaje y está escribiendo. «¡Mierda!»—. Esto solo tardará un momento.

Hago lo que me pide y me empieza a explicar que hará conmigo un examen transvaginal.

—¿Cuántas semanas tienes de embarazo? —pregunta en lo que me acomodo sobre mi espalda en la camilla y doblo las rodillas.

—No tengo idea —admito casi lloriqueando.

—No te preocupes —dice mientras prepara un objeto fálico que llamaré «el coso» y un aparato que, por el momento, muestra una pantalla negra—. En un momento lo sabremos.

Se supone que en la pantalla debe aparecer Marquito o, cuanto menos, el saco en el que está metido. Se supone.

Mi ritmo cardíaco se acelera.

El doctor introduce «el coso» dentro de mí mientras él, Glenda y yo observamos la pantalla. «¡Haz algo, Marco Maldonado!».

—Marco me está llamando. —Escucho decir a Glenda. «¡Bien, lo invoqué!»—, pero le regresaré la llamada cuando salgamos.

«¡AH, MIERDA!».

—¿Estás bien, Vanesa? —me pregunta el doctor al ver mi cara de sufrimiento—. No duele, ¿o sí?

Niego con la cabeza. Ni siquiera puedo pensar en la incomodidad.

De ese modo, poco a poco, miro arrugarse la frente del doctor mientras observa la pantalla negra y mi tensión va en aumento. Glenda está a segundos de descubrir que Marco y yo mentimos.

—¿Pasa algo? —pregunto para que escupa ya.

Duda en responder y sigue «explorando».

El teléfono de Glenda suena y esta vez sí contesta.

—¿Tuti? —saluda—. Sí, traje a Vanesa con Baltodano.

¡Es su amiga Tuti, la conozco y la distraerá un buen rato!

Abandona la sala para platicar a gusto con su amiga, pero yo sigo pendiente de cada reacción de Baltodano. Parece concentrado. *Demasiado* concentrado. ¿Ya lo sabe?

—Por favor, no diga nada —suplico en voz baja, esperando que Glenda no regrese pronto—. Ellos... la familia del papá... no saben nada.

Baltodano deja de ver la pantalla y se vuelve hacia mí luciendo más ceñudo. «Doble mierda».

—En algún momento se darán cuenta, señora —dice. «Entonces ya lo confirmó. Ya confirmó que no hay bebé»—. Esto no se puede ocultar.

«¡Ya lo sé!».

—Pero... Pero...

—Cuando el tiempo pase y vean que... —Mira mi vientre.

Sé a lo que se refiere. No quedará duda cuando adviertan que no crece, pero para entonces, espero, Daniel y Armando ya habrán ayudado a Marco a poner al descubierto a Salvador y a Nicole

—Por favor —le ruego, sintiendo ganas de llorar.

«Tiene que ayudarme».

—Yo puedo callar si así lo desea. No puedo decir nada si usted se niega, pero su suegra… —Mira de reojo a la puerta— querrá que le explique qué hay aquí. Además de paciente, es amiga.

Enseguida señala mi vientre y la pantalla.

—Sacaré una imagen por si quiere enseñarla a alguien de su confianza.

«¿Enseñar qué? ¿La imagen de un vientre vacío? ¿Para qué?».

Pienso en todo lo que ha pasado. Nadie merece más mentiras: mis compañeros de Grupo M, la familia de Marco, mamá, papá, los lectores...

Yo misma siento que no puedo continuar con esto. ¿Mentir sobre el resultado de una ecografía? Eso es ir demasiado lejos.

Siento tensión en cada parte de mi ser y digo a Baltodano que ya no quiero continuar.

«Ya no quiero continuar».

De vuelta en el vestidor, me preparo y, al salir de este, aprovechando que no veo por ningún lado ni a Glenda ni al doctor, salgo de la sala al pasillo y camino hacia el elevador.

«Ya no quiero continuar».

Lo pienso y hay *tanto* en una sola frase.

—¡Señora! —Escucho que me llama Baltodano desde la puerta, pero ya estoy dentro del elevador.

No puedo más. ¡No más! Son demasiadas mentiras ya y Marco tendrá que comprenderme.

«Ya no quiero continuar». ¡Necesito aire!

Me niego a alcanzar un nuevo nivel de cinismo al mentir sobre una ecografía. No con Glenda o la gente que, con amabilidad, me envió ropa, pañales y dinero creyendo que con eso ayudarán a Marquito.

No puedo seguir. No puedo quedarme y mirar a los ojos a Glenda cuando pida ver la primera «fotografía» de su nieto.

¿Qué excusa le daré? Peor aún, ¿qué excusa le dará Baltodano luego de que le pedí mentir por mí? ¿Más tarde qué le dirá ella al señor Maldonado?

Todos querrán ver al «bebé», saber qué tal avanza y cuánta ilusión me hace esperarle.

Es mucho que ocultar.

Busco mi teléfono en el bolsillo, lo cojo y me doy cuenta de que tengo una llamada entrante de Marco. ¿Contesto? No, porque si me pide ayudarlo no me podré rehusar y seguiré mintiendo más y más... Corto la llamada y busco mi conversación con Carolina en WhatsApp.

Vanesa: AYUDA.

Tal vez ella sepa qué hacer, o por lo menos qué decir para consolarme, pero no responde rápido y me desespero. Mientras me ingresan dos mensajes nuevos: uno de mamá y otro de

Marco.

Primero leo el de mamá.

Mamá: Tu papá INSISTE en hablar contigo. No deja de llamar. Tienes que darle explicaciones, Vanesa.

Papá. Bien, «eso» parece un buen plan. Después miro el mensaje de Marco.

Marco: LLÁMAME URGENTE. Estoy al teléfono con mamá. TENEMOS QUE HABLAR.

¿Por qué? ¿Baltodano, a pesar de haber prometido que no, dijo la verdad a Glenda? ¡No más!

Cuando el elevador llega al vestíbulo salgo corriendo y me voy fuera del edificio. Quiero llorar, pero al menos ahora tengo un plan.

De pie, frente a la avenida principal, agito la mano para detener un taxi. Nadie me sigue, pero no quiero estar más tiempo aquí. «No puedo más». Me subo en el primer taxi que se detiene y lo guío hacia las afueras de la ciudad.

¡No puedo más! Más llamadas y mensajes entrantes: Marco, Glenda, Carolina… Incluso mamá llama, pero ahora tengo un plan: Alejarme. Necesito pensar cómo salir de esto sin lastimar a alguien más, porque, sumado a todo lo que he liado ya, sobre todo lastimé a Armando.

Me traje de «corbata» a todo el mundo y fracaso cada vez que intento hacer las cosas bien. Soy de lo peor y tengo que parar. De manera que arrojo el teléfono por la ventana del taxi y me dejo caer lo más que puedo sobre mi asiento. Llegué a mi límite.

No quiero saber más.

No quiero contestar más mensajes o llamadas.

No quiero enredar esto más.

Necesito tiempo.

Cansada de todo, me suelto a llorar. El taxista se compadece de mí y me ofrece un pañuelo.

—Todo estará bien, señorita. Ya vamos a llegar.

Agradezco su apoyo y miro por la ventana. ¿El doctor Baltodano le dijo la verdad a Glenda? ¿Glenda estará regañando a Marco? ¿Llamaron a Carolina? Y el lunes lo sabrán los empleados de Grupo M, que además recaudaron dinero para ayudarme. Es demasiado humillante y vergonzoso. ¿Por qué me permití que llegara a tanto, Dios? Pero ahora tengo un plan. Uno cobarde, pero necesito pensar. Por eso cuando el taxi aparca me siento a salvo.

Esto tiene que funcionar.

El ruido del taxi alerta al único habitante de la casa en cuyo frente aparcamos y, con sigilo, abre la puerta para ver quién es.

—¿Vanesa?

Intento limpiar con el dorso de la mano las lágrimas, pero es en vano; por lo que mejor me vuelvo hacia él y lo abrazo, temiendo que esté enojado.

—Hola, papá.

—¿Estás bien? —pregunta, asustado, al ver caer lágrimas—. ¿Qué pasa? ¿Algo le pasó al bebé?

«¡¿Qué bebé?!».

Que crea que mis lágrimas se deben a eso solo me hace llorar más. Mamá aún no le ha explicado que no estoy embarazada, que todo es una mentira...

Papá le paga al taxista y me pide entrar en casa. Vive solo, y lo agradezco, porque ahora más que nunca necesito sentirme en confianza. Quiero hablar.

—¿Qué pasa, Vanesa? —insiste cuando estamos dentro—. Estuve llamando a tu mamá porque ya no me cuentas nada.

—Lo lamento.

—¿Estar embarazada? Leí en un periódico que...

Niego con la cabeza y otra vez lo abrazo.

—Antes de decirme o preguntarme más, hazme un favor —ruego.

—Lo que sea.

—Déjame quedarme unos días en tu casa. Necesito de ti. Regáñame y oriéntame otra vez. Sé estricto.

Papá acepta.

Me distancié de él buscando libertad y lo arruiné. Necesito su mano firme. Esta mi última esperanza.

Se compadece de mí y me acompaña hasta la habitación en la que me quedo cada vez que lo visito. Me prepara un té y me deja sola luego de prometerle que después de descansar un poco hablaremos.

Sola. Así estoy. Así me siento.

Dios, me he equivocado *tanto*. Siempre arruino o lío todo. Marco debe estar odiándome por dejarlo con todo, pero necesito tiempo para pensar.

No más.

Capítulo 44



—¿No vas a salir a cenar? —me pregunta papá al otro lado de la puerta.

¿Ya es hora de cenar? Estaba tan desconectada del mundo que no me di cuenta.

—No castigues a tu estómago, Vanesa —agrega.

No tiene que preocuparse por eso. No soy del tipo de personas que dejan de comer cuando están tristes, al contrario. Menos mal que la nevera de mamá está repleta de comida sana que me mantiene relativamente delgada.

Pasé la tarde tarareando canciones tristes y haciendo, por milésima vez, un recuento de los daños. En casa de Marco ya deben de saber que lo del bebé es falso. Me pregunto cómo reaccionaría el señor Maldonado. O quizá Glenda se calló, pero Marco dijo que ella no le esconde nada a su marido. O, en cambio, puede que el doctor Baltodano no haya dicho nada...

¡La incertidumbre me mata! Pero ahora no tengo teléfono y, por horrible que sea, eso me da paz.

«Idiota, solo tenías que apagarlo». Pero era una tentación tenerlo. Además, al volver diré que no contestaba porque me lo robaron.

Salgo de la habitación y acompaño a papá a la mesa, se muestra complacido de verme comer. Es más, cuando termino mi porción de macarrones con gusto observa que me sirvo más.

—Me retracto de lo de castigar a tu estómago —dice sonriendo.

—Últimamente tengo mucha hambre.

—Es justificable si estás embarazada.

Espera una respuesta y ahora que estoy más tranquila puedo hablar con claridad.

—Lo del bebé es una farsa. Mi hambre se debe a la tensión o el estrés. Como prefieras llamarlo.

—¿No estás embarazada?

Hay confusión en su gesto.

Titubeo.

—No sé cómo empezar.

—No sé, Vanesa. —Ensarta una y otra vez el tenedor en sus macarrones—. ¿Disculpándote por abandonar la universidad?

Ya mencioné que mis padres son muy diferentes. Él es serio, metódico, estricto… Mamá, por el contrario, es un alma libre, una artista, una *hippie*. Y yo estoy justo en medio, todo el tiempo preguntándome hacia qué lado es mejor batear.

—¿No te arrepientes? —continúa.

—Steve Jobs abandonó la universidad y tuvo éxito —respondo moviendo los macarrones con mi tenedor.

No me gusta hablar con él sobre mi futuro, detesta mi falta de compromiso y yo que él se meta.

—Tú no eres Steve Jobs, Vanesa.

«No me digas».

—Pero también sé lo que quiero.

—Permíteme diferir con eso.

Lo miro intentando comprender a qué se refiere.

—Según recuerdo, estás aquí porque no sabes qué hacer.

De acuerdo, eso es cierto.

—Admito que estoy metida en muchos problemas.

—Cuéntame, a lo mejor te puedo ayudar.

Y me va a regañar, pero acepto que lo merezco. Ya lo dije: necesito la mano firme de papá.

—Tú sabes que entre los motivos que me hicieron abandonar la universidad está que quería trabajar...

—Y no era necesario, yo te daba dinero.

—Que me decías cómo gastar. Necesitaba independencia, papá.

Carraspea y me pide continuar.

—Inicié como pasante en Grupo M...

—Es una buena empresa.

—Sí. Primero fui asistente del dueño, después de su hijo.

—¿El que protagoniza tu novela?

«Mierda».

Mis mejillas se tiñen de rojo.

—Sí. Él.

—Lo cual dice mucho sobre tu ética profesional, Vanesa.

«¿Qué?».

—Al corazón no se le puede mandar —justifico—. Yo... me enamoré de él. Es un buen hombre.

—¿Entonces debo asumir que todo lo que dice la novela es cierto?

Respingo.

—¿Leíste mi novela?

«¡Mierda a la enésima potencia!».

—No llamabas. Necesitaba saber qué pasa.

Inhalo y exhalo.

—De acuerdo, esto es muy vergonzoso para mí.

—Asume tus responsabilidades.

—Mi jefe, obviamente, no sabía de la novela —continúo, de nuevo jugando con el tenedor—. Su hermano y la cómplice de él me descubrieron y trataron de chantajearme para que lo difamara a cambio de no mostrar la historia. Yo... elegí estar del lado de Marco. Ese es el nombre de mi jefe.

—Hiciste lo correcto.

Lo sé, y lo volvería a hacer.

—El hermano de Marco le quiere quitar la presidencia de Grupo M. Marco necesita pruebas en su contra para demostrar quién es él a su padre. Por eso fingíamos que todo lo que dice la novela es verdad. Es necesario mantener la farsa. Sin embargo, en el camino hubo muchos malos entendidos: Glenda, la madre de Marco, cree que tendrá un nieto; ¡en general todos creen que tendré un hijo! Eso es parte de la trama de la novela, mas no de... Tú sabes. Yo nunca tuve una relación con Marco. Es solo un error… una calamidad tras otra fuera de control.

Mi explicación sale a borbotones, pero, por fortuna, papá me interrumpe y dice:

—Entiendo.

¡Menos mal!

—Le mentimos a mucha gente y no lo merecen. Por eso me siento...

—Culpable.

—Sí.

Papá asiente.

—Entonces... lo único real en la novela es que estás enamorada de tu jefe.

—Sí.

—¿Y él que siente por ti?

Me pone nerviosa pensar en eso.

—No estoy segura —admito y papá arruga el entrecejo—. Dio a entender que me ama, pero tengo miedo de que esté confundido y que diga eso por la emoción del momento. Ya sabes, que en realidad lo que siente por mí solo sea agradecimiento… o no sé.

—Podrías tener razón en eso —explica y eso me pone triste hasta que agrega—, si no fueras mi hija.

—¿Si no fuera tu hija?

Ahora soy yo la que no comprende.

Él sonríe orgulloso.

—No me vengas a decir a mí que alguien no se puede enamorar de mi hija favorita.

—Soy tu única hija.

—Y mi favorita. La cosa es que solo el tiempo te dirá si lo que dice el tal Marco es verdad. Dale la oportunidad de demostrar si lo es.

Dejo caer el tenedor y me cubro los ojos con las manos.

—Es que ese es otro problema que tengo. No puedo darle una oportunidad.

—¿Por qué?

—Tengo novio.

—¡¿Qué?!

Dejo caer las manos porque si admito esto frente a papá será mirándolo a la cara.

—Es buen tipo —prosigo—. Su nombre es Armando Calaschi. Es el mejor amigo del novio de Carolina.

—¿Pero?

—Yo no lo amo. Me lie con él para confundir a Marco.

—Entonces termínalo.

Papá lo hace ver tan sencillo…

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Su abuela está en enferma. Es un buen tipo y no merece ser herido.

—¿Y sí merece ser utilizado o subestimado?

Bajo la mirada.

—No tengo el valor de… Yo...

—Esto es diferente. Te da miedo decirle la verdad.

—También.

—Pero si de verdad es un buen tipo lo entenderá.

—¿Y si no?

Papá se cruza de brazos.

—Mucho mejor porque no te sentirás mal por dejarlo.

—Lo haces ver todo tan fácil —digo, agobiada. No puedo con *tanto*—. ¿Cómo empiezo? ¿«Armando, no te amo, terminamos»?

Mira hacia otro lado, pensando.

—¿Qué tal: «Armando, lo lamento, pero... bla bla bla»? Porque primero tienes que disculparte.

—Lo sé. Y de todas formas él ya lo sabe. Tiene claro que no lo amo.

—¿En serio? Sigo sin comprender por qué sigues con él.

—O *creo* que lo sabe. Lo enredo todo, papá. No hago nada bien.

Hago a un lado mi plato y dejo caer la cabeza sobre la mesa.

—Mátame, papá. Libera al mundo de *Calamity* Vanesa.

Suspira.

—¿Recuerdas que ya mencioné la falta de ética? Lo único claro aquí es que con el tal Armando es el mismo problema.

—Yo solo quería evitar lastimar a alguien más.

—Pero te haces daño a ti misma con tantas mentiras.

—¿Entonces qué hago?

—Empieza a decir la verdad.

La *honestidad*. Marco y Carolina también lo mencionaron. Pero es tan... difícil.

—¿Soy una mala persona?

Papá alcanza mi mano y la acaricia.

—No. Créeme que todos alguna vez echamos a perder todo.

—Tú no. Tú haces todo bien.

Resopla.

—Si fuera así aún estaría con tu madre.

Levanto la cabeza para mirarlo. Sé que ellos se amaban.

—Nunca me han dicho por qué se separaron —digo esperando que me explique. ¡Ya tengo edad suficiente, ¿no?! «Y sería buen material para otra novela».

—La quise cambiar —lamenta.

Abro mucho los ojos.

—¿Por otra?

—No, mucho peor. Le pedí ser como yo quería que fuera. Y eso nunca funciona.

Pensé que sería difícil explicarle todo a papá, pero resultó alentador y revelador. Necesitaba lo que me está dando: perspectiva. Papá es práctico.

—Lo lamento. Lamento todo esto. También lo tuyo con mamá...

—Está bien. Yo ya lo eché a perder, pero tú estás a tiempo. Habla con Marco y con Armando, con honestidad.

—¿Y qué hago con lo de la novela? —Hago un mohín—. Todos creen que es verdad.

—Ese problema es de Marco, no tuyo.

—¿De Marco?

—Es su padre, su madre, su hermano... su empresa. Es él quien debe resolverlo.

—Pero...

—Tú solo estás ayudando. Y lo haces por él, no por ellos.

«Es cierto».

—Pero tendré que aceptar que mentí —insisto—. Fingí estar embarazada.

—Es una mentira, sí, pero accediste por una buena causa. Si te aprecian, lo entenderán.

—También puedo perder su confianza. Mis compañeros de trabajo, Glenda...

—Es un riesgo, pero es lo correcto.

—Además hui —agrego, sintiéndome fatal—. La mamá de Marco me llevó a un chequeo de rutina y hui de allí.

—Estuvo mal. Cuando le digas la verdad explícale por qué lo hiciste. ¿Temiste enfrentar todo en ese momento?

—Fue vergüenza, miedo... Es tanto, papá.

—Pero es hora de empezar a decir la verdad.

Le pido su ordenador portátil y lo instalo en mi habitación. «Es hora de empezar a decir la verdad». Abro mi correo electrónico y lo miro sin saber por dónde empezar. Está repleto de notificaciones de Wattpad. El capítulo que escribió Marco continúa teniendo muchos comentarios. Lo leeré después de escribir esto.

Cliqueo sobre la opción de: «Redactar correo».

> **De:** Vanesa Salcedo
> **Fecha:** Abril de 2016, 21:03
> **Asunto:** Hola
> **Para:** Armando Calaschi
> Hola.
> Lamento hacer esto por correo, pero no contestas mis llamadas y la verdad es que soy mejor explicándome por escrito. O eso espero.
> Lo lamento tanto, Armando (En este correo leerás muchas veces «lo lamento»), pero echo todo a perder contigo porque todavía amo a Marco. Y no digas que esto es noticia. Lo intenté, pero no funcionamos...
> No. La verdad es que no lo intenté. Eres un maravilloso ser humano, pero no puedo entregarte un corazón que ya tiene dueño.
> Lo lamento.
> Lo lamento.
> LO LAMENTO.
> Sé que pasas por un mal momento, pero será peor si te sigo engañando. Debo detener ya las mentiras.
> Tienes derecho a odiarme. Yo me odio por hacerte esto. Y también le ruego al cielo que pronto encuentres a alguien que te ame como mereces.
> ¿Qué más puedo decir? LO LAMENTO. Te utilicé y no estuvo bien. Agradezco tu infinita paciencia y te pido perdón por hacerte perder tu tiempo. Vales oro.
> Si me das la oportunidad, y si así lo quieres, puedo seguir siendo tu amiga.
> Con cariño,
> Calamity Vanesa.

Doy clic en «enviar» y cierro mi correo electrónico rogando que no me odie demasiado después de leer eso.

Ahora debo resolver mi asunto con Marco.

Lo primero que elijo hacer es leer el capítulo que escribió en mi novela. Lo llamó: «La versión de Carlo». Medito. ¿La versión de Carlo? Porque si algo aprendí gracias a Carolina es a leer entre líneas.

«Bien. Ahora tienes toda mi atención, Marco».

Capítulo 45



Este es uno de esos momentos donde toca reflexionar y mirar con ojo crítico a dónde te trajo la vida. ¿Es esto lo que quiero? ¿Es esto lo que necesito? ¿Es esto lo que merezco? Estoy dudando, pero la verdad es que: ¿quién realmente es franco consigo mismo con qué quiere, qué necesita o merece? Nadie. Por eso confiamos en que una fuerza superior lo sepa y que nosotros, los mortales, mientras tanto, hagamos bien las cosas para recibir bendiciones nuevas.

Estoy por leer lo que Marco llama: «La versión de Carlo» y tengo miedo. Durante mucho tiempo lo amé de lejos... y es que es más seguro amar de lejos. Tú esperas saber qué pasará si te acercas, lo imaginas, lo sueñas... pero cuando en realidad sucede, como es mi caso, aterra. Ahora dos personas escriben esta novela. Antes yo decidía sobre mis personajes, elegía qué cosas le diría Carlo a Valentina, cómo finalizaría cada capítulo... dónde terminarían, pero ahora existe una versión de «Carlo».

Ahora el rumbo de esta historia lo deciden dos. Porque si algo tengo claro es que en el mundo real las historias de amor las escriben *dos*.

Entro en mi cuenta de Wattpad y busco lo que escribió. Me prometí leerlo manteniendo la mente abierta, con el cerebro y el corazón como críticos al mismo tiempo.

> Capítulo 21
> **La versión de Carlo**
> Carlo, en solitario, como siempre ha preferido estar, camina frente al mar recordando con nostalgia la última vez que vio a Valentina. Han pasado cinco años. Parece poco para quien no extraña, sueña o ama, pero para Carlo ha sido un siglo de tormento, castigándose día y noche por dejar ir a su verdadero amor.
> No ha vuelto a ver a la supermodelo que le sirvió de pantalla para alejar a Valentina, la mujer que aún ama.
> —Fue una mala jugada —admite para él mismo—. Un amor que se alimentó durante muchas noches de insomnio no se olvida al llegar la mañana.
> Aún es temprano, el sol apenas se asoma en el horizonte, el horrible lugar que es el mundo pronto empezará a despertar. Pero Carlo es uno de esos hombres que no pueden comenzar el día sin beber un café o leer las noticias.
> —Valentina —dice en voz baja, caminando, triste, sobre la arena de la playa. La extraña.
> Extraña a esa ocurrente y dulce mujer. Le hace falta su optimismo, su alegría, sus pequeños errores que rompían la rutina. No era el café de las mañanas que puntualmente le traía Valentina, se dice, sino quien lo traía. Valentina era más que una simple asistente, era alguien con quien contar.
> Era una mano amiga.
> Era una aliada.
> Era su café de las mañanas.
> Por eso ahora no sabe cómo empezar. Tuvo mucho tiempo para reflexionar esto. ¿Por qué Valentina es tan especial? ¿Qué tiene ella que él no pueda encontrar en otra? ¿Por qué elegir amarla? Carlo no sabía cómo responderse esto hasta que una tarde leyó la historia que Valentina escribió sobre él.
> Era un secreto. Nadie más que ella podía leerla. Sin embargo, cuando esta casualmente llegó a sus manos, al leer se cuestionó si realmente era ese hombre que Valentina veía como protagonista de una novela. ¿Era Carlo un príncipe azul o una mala imitación de uno? Leer a Valentina describirlo como el hombre perfecto le hizo ver lo imperfecto que realmente es. Carlo era un cobarde que no podía enfrentar a su hermano y a su padre, era un empresario incapaz de enfrentar todo solo; además, prácticamente se estaba volviendo un ebrio.

Pero Valentina vio más allá. Para ella, él era un héroe lo suficientemente capaz de salir adelante y, de paso, ayudar a otros. Saber eso cambió la forma en la que veía todo. Cambió, incluso, la forma en la que se veía a sí mismo... y quiso ser mejor. Se prometió ser ese hombre que Valentina describió en la ficción. Se prometió ser ese hombre con el que ella soñó, porque tal amor no merece menos.

Aquella trágica mañana, cuando ella lo visitó en su oficina, él se encontraba tenso por las noticias que su padre tenía para la empresa; por lo que, al escuchar sobre un bebé, sintió miedo. ¿Cómo sería capaz de cuidar de un bebé si no podía cuidarse él mismo o de su empresa? Se sentó y meditó eso un largo rato. ¿Cómo? Después recordó que la tenía a ella: Valentina, la compañera perfecta. Salió de Grupo A, y reflexionándolo todo, caminó por las avenidas principales de la ciudad hasta que, finalmente, se detuvo frente a un almacén de cosas para bebés. Entró y avanzó hacia lo primero que captó su atención. No veía las horas de mostrárselo a Valentina, y al mismo tiempo decirle que lamentaba haber sido un desconsiderado con ella y el bebé. No obstante, cuando fue a buscarla para aclarar las cosas, Carlo, tristemente, descubrió que la había perdido...

Peor aún, había llegado a la vida de la mujer que ama un hombre en el que ella sí confiaba para hacerla feliz, tanto a ella como a su hijo.

¿Cómo competir contra eso? Carlo conocía al doctor Román y no tenía nada que decir en su contra. Es un buen hombre. El tipo de hombre que Valentina merece y necesita.

A Carlo solo le quedaba esperar que ella amara a Román, porque tampoco sería justo no darle una oportunidad a Carlo si Román solo era un ave de paso.

—Merezco mi oportunidad —se dijo—. Tardé en darme cuenta de que siempre tuve una mujer valiosa a mi lado, pero ahora soy mejor persona para ella, para mi hijo y para mí mismo.

La extraña tanto que envió a un investigador privado a espiarla, y, con asombro, vio las fotografías que este le mostró; ahí pudo ver lo grande que está su hijo, a quien Valentina llamó «Marquito».

—Ojalá recapacite y me dé la oportunidad de demostrar que he cambiado. —Suspiró, pidiéndole al cielo que Valentina regrese—. Ya no soy aquel hombre que olvidó darle un escritorio propio, ahora soy ese que busca cualquier espacio, aunque sea pequeño, para formar parte de su vida, aunque ya no me vea como el protagonista.

Carlo se despidió del mar y caminó de regreso a su casa, a la que solo llamaría hogar cuando su amor y su hijo volvieran; y, buscando entre sus memorias, recordó una canción que sintió la necesidad de dedicarle. Ella, la que siempre estuvo allí, quizá sintiéndose invisible... pero es absolutamente necesaria, como el café de las mañanas.

Repito cien veces la canción que Marco dejó al final del capítulo y permito que cada nota se mezcle con mi llanto. ¿Qué más me queda cuando lo único que quiero hacer es ir a buscarlo?

► *Wonderwall* – Oasis.

Capítulo 46



—¿A dónde vas? —me pregunta papá cuando me ve intentar salir a toda prisa.

—Con Marco —respondo buscando mi bolso en cada sofá de la sala de estar.

Soy tan desordenada.

«¿¡Dónde rayos dejé mi bolso!?». «A lo mejor se quedó en el taxi».

—Son las diez de la noche, Vanesa —me regaña.

¿Qué edad tengo? ¿Catorce? Pero como estoy en su casa debo acatar sus reglas.

—Ya sé —me disculpo, pero debo llegar cuanto antes con Marco—. ¿Me llevas en tu coche?

Sin pensarlo dos veces, le pongo mi mejor cara de: «Por favor, papi», añorando aquella época cuando se desvelaba conmigo leyendo cuentos infantiles.

Él coge aire.

—Vanesa, estás en este tipo de problemas por ser impulsiva —me recuerda y señala un reloj en su pared—. Es tarde y no hace mucho dijiste tener mucho en qué pensar.

Hace énfasis en «mucho».

—Es que yo... Marco...

Tengo tanto que hablar con él, aun así, papá tiene razón. Me pasa de todo por no pensar antes de actuar.

—A mí no me has defraudado, Vanesa —continúa—. Todavía no.

«¿Todavía no?». Es bueno saberlo porque ya decepcioné a suficientes personas. Incluida mamá.

—Lo lamento —digo y dejo de buscar mi bolso—. Es solo que... —Me señala el sofá, quiere que hablemos— me acabo de enterar de que Marco me ama. ¿Recuerdas que lo dudaba? Ya no.

—Enhorabuena. —Me da palmaditas en la espalda—. Marco tiene buen gusto si ama a mi hija.

—Y quería...

—¿Ir a decirle que ya pueden estar juntos? Bien. ¿Y qué pasa con Armando?

—Terminé con él —aclaro—, aunque no de la forma correcta... creo. —Le muestro una mueca de culpa—. Le escribí un correo.

—Vanesa...

—¡Es que no responde mis llamadas!

—Deberías esperar su respuesta.

Me encojo de hombros.

—Tienes razón —admito. Ahora sí merezco una medalla de oro en arruinarlo todo—. Él no ha respondido y yo ya iba corriendo a...

Me siento tonta solo de pensarlo.

—¿A qué?

—A terminar de escribir mi final feliz.

—¿No crees que es demasiado pronto para que tu historia tenga un final?

Cierto. Aún hay tantos problemas sin resolver. «Qué ansiosa eres, Vanesa».

—Por lo menos tengo la esperanza de que sea un final feliz.

—Creo que, en este caso, eso depende de ti —aconseja y esta vez coloca su mano sobre la mía —, pero no te agobies pensando si tendrás o no un final feliz. Esto no es una novela —me recuerda como si temiera que confunda la parodia que sugirió Daniel con *Me voy a follar a mi jefe*—. Porque si aún no piensas morirte, te queda toda una vida de giros inesperados y personajes que agregar o quitar.

—Creo que ese es uno de los mejores consejos que me has dado —agradezco.

—Se hace lo que se puede con la experiencia que uno tiene. Ahora, ¿qué te parece si vemos una película?

Alcanza el control remoto de la televisión y busca algo que esté bien para los dos. Él ama las películas de acción y yo el romance, de manera que terminamos viendo *el Señor y la Señora Smith*, con Brad Pitt y Angelina Jolie.

No me agrada del todo la idea de dejar para después lo de buscar a Marco, pero le debo esto a papá. Además, tiene razón en que debería esperar la respuesta de Armando.

—¿Sabías que son pareja en la vida real? —pregunto señalando a Brad y a Angelina.

—¿En serio? —Abre la boca con sorpresa—. Ella es guapa.

—Los dos son perfectos —le digo a él y a todos—, nunca van a terminar.

—Vanesa...

—¿Qué? —pregunto defendiendo mi punto. «Brangelina» es mi pareja favorita—. Son geniales, papá. ¿Ves los Óscar? Siempre son lo mejor de la noche.

—A lo mejor habrá algún giro inesperado.

¿El fin de «Brangelina»? Jamás.

—Eres cruel con ellos —lo regaño—. Y nadie puede ser cruel con Brad y Angelina, adoptan niños.

—Yo quiero mi oportunidad.

—¿Con Angelina? —Le golpeo con una almohada, pero estoy riéndome—. Eres de lo peor.

—Yo me quedo con ella y tú con Brad. ¿Qué opinas?

—No, Marco no tiene nada que envidiarle a Brad.

—Tendría que conocerlo.

—Pronto, papá —digo suspirando, porque ahora más que nunca tengo esperanza—. Esperemos que sea pronto.

—No me has dicho si tu mamá lo conoce.

—Hasta lo dejó entrar en mi habitación, ¿puedes creerlo?

Papá va y viene de la sala a la cocina con palomitas y sodas.

—Típico de tu mamá.

Le hago un gesto afirmativo.

—¿Y qué harías si te pusieran a elegir entre Angelina y mamá? —pregunto. Con todo y eso, no responde rápido y otra vez me suelto a reír—. ¿De verdad lo estás pensando?

—Tu mamá tampoco tiene nada que envidiarle a Angelina Jolie —asegura y me enternece oír eso.

Me entretengo mirando la película, sin embargo, al mismo tiempo pienso en cuánto tendré que esperar para ir a buscar a Marco. ¿Un día? ¿Una noche? ¿Dos horas más?

Cuando la película termina regreso a mi habitación y me acomodo en mi cama con la *laptop* sobre mi regazo. Releo la novela capítulo por capítulo y, por último, releo muchas veces el que escribió Marco. Lo extraño, anoche se portó de lo mejor conmigo mientras lo único que hice yo fue quejarme y hablar de Armando.

Armando... No ha respondido mi correo. ¿Qué debería pensar al respecto?

«Debe ser por su abuela».

***

Como mamá es mi reloj despertador y me deshice del teléfono, la mañana del domingo despierto tarde. Con un ojo abierto, doy vueltas sobre la cama y, cuando por fin abro los dos, me entretengo reflexionando: «No fue correcto huir; fue cobarde, pero Dios sabe que lo necesitaba. Me estaba ahogando».

El olor a *hot cakes* [39] al final consigue hacerme salir de la cama. Me doy una ducha, me lavo los dientes y la cara y después, en bata, hago mi camino hasta la habitación de papá para buscar en su armario una camiseta y unos pantalones de chándal. Soy el tipo de mujer que ama vestirse coqueta, pero hoy quiero estar cómoda.

—Sabía que esto te despertaría —dice cuando me ve entrar en la cocina. Tiene una torre de *hot cakes* junto a él.

Otra vez respiro el aroma de la felicidad y me preparo un té.

—Sírveme tres —pido.

—Oye, ayer cenaste bien —responde y me entrega un plato con tres *hot cakes*. Mientras busco un lugar en la mesa—. Eres comelona, pero admito que me estás sorprendiendo.

Le pido sentarse a mi lado y me acerco a él de manera confidente:

—Aquí entre nos, hace un par de días me percaté de que un par de pantalones ya no me cierran. Tuve que recostarme sobre la cama para ajustarlos, y eso solo confirma una cosa...

Pongo mi mejor cara de seriedad.

—¿Qué? —inquiere, preocupado.

Estiro la boca en otra sonrisa y busco la miel para también echarle a mi propia torre de *hot cakes*:

—Que, por primera vez en su vida, Vanesa Salcedo deberá terminar una dieta.

Papá se echa a reír y nos hacemos compañía el resto de la mañana. ¿Cómo pude enfadarme con él? Ahora me doy cuenta de cuánto lo extrañé.

—Anoche recordé que me leías cuentos antes de dormir —digo.

—Me hacías leerte dos o tres. No te dormías rápido si me negaba.

Lo que también me hace recordar mi tonto intento de convertirme en Dr. Seuss o Roald Dahl.

—¿Sabías que traté de escribir un cuento para niños?

Me mira, curioso.

—Es gracioso saber eso si tomas en cuenta lo que has escrito hasta ahora.

—Ay, no. —Casi me atraganto—. ¿También leíste el *fanfic* gay de *La Cama*?

«El de Donoso con su jardinero».

—¿Tu qué?

«¡Ah, mierda, ese no lo ha leído!».

Cambio mi gesto a uno inocente.

—Nada.

Papá, como es costumbre, me dirige una mirada estoica y se sirve más desayuno.

—Mejor cuéntame de qué iba esa historia.

—Se llamaba *El osito que saltó sobre un arcoíris* —respondo bufando.

En buen lío me metió Daniel al hablar de osos.

—¿Se llamaba?

—Es que fue una mala broma, papá.

Niega con la cabeza.

—Ajá. ¿Y cómo iba?

¿Quiere saber sobre el osito? Me echo a reír.

—Era un osito que saltaba sobre el valle de la Alegría cuando de pronto conoce a una hormiguita.

—Un oso y una hormiga —repite. Toma el asunto con seriedad y eso solo me hace reír más—. Es una buena pareja, Vanesa.

Ahora mi cara es de asombro.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí. Una hormiga es subestimada por su tamaño mientras que un oso es autosuficiente. Me refiero a que los osos trabajan solos. Las hormigas, por el contrario...

—¡Ellas no! —Salto al darme cuenta de lo que intenta sugerir y, rápido, tengo una gran idea—. Oye, puedo hacer que la hormiga le enseñe una lección de compañerismo al oso.

Papá sonríe.

—Sí. Suena bien.

Me contagió. Ahora, al igual que él, pienso en el cuento de forma crítica.

—Y no solo la hormiga le puede enseñar una lección al oso —añado, terminando lo que queda de mis *hot cakes*—. El oso también le puede mostrar a la hormiga que el tamaño no importa, que ella también puede hacer muchas cosas a pesar de ser pequeñita.

—Me gusta.

Cojo una de las servilletas de papel que tengo cerca y papá me busca un lápiz para anotar.

La mañana se me va rápido escribiendo. Me anima que papá escuche atento cada idea que viene a mi mente.

—Oye, y lo del arcoíris no tiene que ser literal —digo. Ya escribí sobre seis servilletas y me falta más—, puede simbolizar la amistad entre ellos. *El osito que saltó sobre un arcoíris* —repito pensando en el título—. Eso es. Salta a la felicidad porque tiene una nueva amiga.

—¿Ves? Ya lo tienes —aplaude y se pone de pie para prepararnos algo más para comer. Hemos pasado tanto tiempo metidos en el cuento que ya llegó la hora del almuerzo.

> El oso tiene más amigos de su tipo, sin embargo, ninguno le había enseñado tanto como la hormiga. Iba buscando un arcoíris para saltar, pero encontró algo más valioso: Amistad.
>
> Fin.

Una vez escrito el final, le entrego a papá el borrador completo para que lo lea.

—Me encanta, Vanesa.

—¿En serio? —Me mordisqueo las uñas. Me pone de los nervios recibir una crítica suya—. ¿No suena tonto?

—No. Es encantador.

Echa un vistazo a cada una de las servilletas y sus gestos de orgullo me llenan de felicidad. En eso estamos cuando escuchamos a alguien tocar la puerta con desesperación.

—¿Quién podrá ser? —cuestiona y camina hacia el vestíbulo.

Por lo visto no esperaba visitas.

Me acerco a la estufa para vigilar la comida que prepara. Sufriría si se quema, muero de hambre.

—¿Carolina? —Escucho que pregunta, asustado.

¿Carolina está aquí? Genial. No va a creer que terminé el cuento del osito. Apago la hornilla de la estufa y también salgo al vestíbulo.

—Señor Salcedo, ¿Vanesa se ha comunicado con usted? —Escucho que pregunta ella. Su voz suena desesperada. Eso me asusta y me apresuro a entrar en su campo de visión.

—¡Dios santo, gracias al cielo que estás bien! —exclama al verme y salta a abrazarme. Eso me sorprende más—. ¿Por qué demonios no contestas tu teléfono?

—No lo tengo.

—Todos creen que los Govea te secuestraron.

—¿Govea? —Escucho que pregunta papá—. ¿Los Govea del casino?

La familia de Nicole. «Ah, mierda».

—Estoy bien —le respondo a mi amiga—, tranquila.

—Te hemos buscado por todos lados —dice y me coge por los hombros. Pocas veces la he visto tan fuera de sí—. Ninguno ha dormido, Vanesa. Daniel, Glenda, Marco... ¡Todos te hemos buscado! Fui una tonta al no pensar rápido que podrías haber venido con tu papá... pero sé que, cual fuera el caso, harías lo que sea para evitar su regaño. Decidí venir porque ya no sabía en dónde más buscar. Tu mamá también está preocupada.

Así que la cagué de nuevo.

—Lo lamento tanto... —empiezo a disculparme, pero Carolina me detiene.

—Es que eso no es lo peor. El señor Maldonado, Glenda, Marco y Salvador están reunidos.

—¿Qué? ¿Por qué?

«Jesús, ¿qué tanto lo arruiné esta vez?».

—Salvador dijo que los Govea te tienen y que si Marco no firma unos documentos... —Camina de un lado a otro. Necesito que me explique todo—. ¡Dios, Vanesa! Daniel pasó la mitad de la noche redactando un documento que Salvador le pidió a Marco en el que autoriza que Grupo M respalde un negocio de los Govea.

—Lavado de dinero —recuerdo, sintiéndome peor.

Carolina asiente.

—Hay que hacer algo.

Miro a papá, debido a la impresión sujeta con fuerza las servilletas que tienen escrito mi cuento del osito. No las dejó en la cocina por apresurarse a abrir la puerta. «Ay, papá, estoy de vuelta en el mundo real».

—Papá... —intento explicarme.

—Debes ir. Ven acá. —Corro hacia él y lo abrazo—. Llámame cuando puedas.

—Gracias por todo.

Carolina y yo salimos a toda prisa. Afuera nos espera el taxi de Gabo.

—¿Y Daniel?

—Está con Marco. Armando no está respondiendo llamadas.

Me duele saber eso.

—Es que está molesto conmigo —explico y me apresuro a entrar en el taxi.

—No es eso —dice y también sube al vehículo—. Su abuela murió anoche.

Lo que me faltaba para sentirme peor. ¿Acaso esto puede empeorar todavía más?

Capítulo 47



Marco

En la empresa no hay nadie excepto yo, pero mamá es la segunda en llegar.

—Menos mal, la puerta principal está abierta —dice al entrar en mi despacho.

—Hice venir al portero.

Camino de un lado a otro cual león enjaulado. Necesito saber que mi familia estará bien. Y al decir «mi familia» incluyo a Vanesa.

—¿Al menos has dormido? —pregunta.

—¿Durmió Vanesa, mamá? —respondo, molesto—. ¿Cómo pudiste dormir tú sabiendo cuánto peligra?

—No dormí —contesta cabizbaja.

«¡No te desquites con ella!», me regaño. Paso ambas manos sobre mi cara, me saco la corbata y me coloco en cuclillas frente a mamá una vez toma asiento.

—Lamento haberte gritado, estoy por volverme loco.

—Está bien. Yo tampoco puedo conmigo misma —responde con pesadez—. ¿Qué quiere de nosotros Nicole Govea?

Me pongo de pie para evitar contestarla cara a cara. ¿Cómo explicarle que uno de sus hijos es un reverendo hijo de puta? Tomando en cuenta que su verdadera mamá no es la mía, y que lo de «hijo de puta» es solo un decir, pues sé que la madre de Salvador era una buena mujer. Lucifer fue quien parió a ese mal nacido.

—No debí permitir que se marchara —dice ahora, refiriéndose a Vanesa—. Pensé que iba a salir a tomar aire. Es lógico pensar eso si tomas en cuenta que...

—Vanesa no tiene idea, mamá —respondo, ahora intentando prepararme un café con las manos torpes y temblorosas—. Ella todavía cree que es parte de una farsa.

Se acerca a consolarme.

—No es tu culpa.

—Sí lo es. Persuadí a Vanesa para que mintiera. La arrastré a esto... a ella, que me idolatra y me es leal, más que nadie, pero mira las vueltas que da la vida.

Nervioso, aún intento preparar mi café.

«Necesito mi café de las mañanas».

Mamá se percata de que, debido al nerviosismo, no puedo ni coger bien la taza y me aparta. A continuación, ella misma me lo prepara. No puedo pedir más. Solo mamá y Vanesa saben cómo me gusta.

—Debes decirme qué quiere Salvador —dice.

—Créeme que no quieres saberlo.

Mamá me mira con tristeza.

—¿Crees que no sé cómo es mi hijo?

—No lo es —le recuerdo.

—Pues lo crie como si lo fuera.

—Ese idiota no te aprendió nada bueno, mamá. Tampoco de papá.

—¿Por qué no me cuentas qué quiere? —suplica—. ¿Prefieres que me entere por él? Tu padre también merece saberlo.

En eso tiene razón. Es mejor que yo les explique.

Me entrega el café, bebo un sorbo y lo dejo sobre mi escritorio.

«Quizá debí pedirlo más cargado».

—Papá padece del corazón, por eso dejó la empresa. Y ahora...

—¿Ahora qué? ¿Por qué nos tratas de proteger, Marco? Sé que nos estamos hundiendo y quiero saber por qué. ¿Qué te dijo Salvador cuando llamó?

—Lo que sabes, que los Govea tienen a Vanesa y que la matarán si no firmo unos documentos.

—¿Pero por qué los Govea?

Paso ambas manos sobre la cara. El estrés y la falta de sueño me tienen mitad hombre y mitad zombi.

—Empieza a explicarme.

—Salvador persuadió a papá para que Nicole Govea trabajara como mi asistente. El objetivo detrás de eso era conocer los movimientos de Grupo M y confirmar si podían utilizar esta empresa como respaldo.

—¿Y por qué Salva permitiría eso?

—¡Por Dios, mamá!

Dejo que ella misma saque sus conclusiones.

—De nuevo tiene deudas de casino —concluye, aceptando por fin a qué engendro tiene como hijo postizo.

—A que te da gusto no haberlo parido.

Esto es difícil para ella. Para todos.

—Esto matará a tu padre.

—Ver a Grupo M en los noticieros, de ser descubierto algún fraude o lavado de dinero vinculado a los Govea, también lo hubiera matado —respondo, molesto.

—¿Y qué esperabas para decírselo?

—Tener pruebas. Mis abogados recaudaron algunas. Quería tener algo bien sustentado para aclarar todo con papá. ¿Me hubiera creído sin pruebas, mamá?

No lo niega.

—¿Papá viene con Salvador?

Ella asiente.

—Y sin saber lo que le espera —dice—. La noticia del embarazo ya lo infartó un poco.

A él, a mí, a mamá, a todos.

Intento volver a coger mi café, pero este resbala un poco al escuchar que alguien más llama a la puerta.

—*¿Se puede?* —pregunta y reconozco al instante la voz de Daniel.

—Pasa.

Trae un sinfín de hojas con él.

—Aquí tienes tus pruebas —dice entregándome todo y le pido que tome asiento—, aunque creo que ya no será necesario desenmascararlo a él o a Nicole.

Así es, mi hermanito está a punto de mostrarse como la rata que siempre ha sido. Mamá, igualmente sentada en una de las sillas frente a mi escritorio, está llorando. Ha tenido muchas impresiones en menos de veinticuatro horas.

—Todo va a salir bien, Glenda —intenta consolarla.

—¿Cómo? —inquiere, dolida—. Vanesa no aparece y Salva nos está traicionando. Uno de nosotros nos traiciona.

—A él solo le importa su pellejo, mamá —intervengo, sintiéndome mal por ella y por papá.

—Esto es demasiado extraño —dice Daniel, mirando, pensativo, cada documento—. Todo está pasando demasiado rápido. Si los Govea tuvieran a Vanesa no tendrían tanta prisa, ya tenemos ejemplos de su proceder.

—No podemos estar seguros —respondo.

—¿Salvador siguió a Vanesa? ¿Ella lo buscó? Porque estoy casi seguro de que solo está aprovechando la situación.

—¿Carolina sigue buscando a Vanesa? —pregunto.

—Fue a la casa de su papá, pero duda que esté allá. Ellos dos están enfadados. Le llamaré en un rato.

Dejo salir aire de mí.

—Puede que Salvador esté mintiendo, pero tampoco puedo arriesgarme —digo mirando de Daniel a mamá—. ¿O tú qué opinas, mamá?

Me mira con desconsuelo.

—¿Y si la tiene? Es arriesgado rehusarnos a firmar.

—Hablando de eso, ¿traes el documento? —le pregunto a Daniel.

Busca entre las hojas que trajo y me entrega todo.

—Como tu abogado, solo te voy a recordar que si firmas esto Grupo M es cómplice de cualquier movimiento que realicen los Govea, y que te vincula directamente por ser el representante legal.

Vanesa

—A veces no sé qué hacer contigo, Vanesa —dice Carolina, intentando encender su teléfono. Se quedó sin carga por estar averiguando de mí toda la noche y la mañana, y el teléfono de Gabo no tiene «crédito».

—Lo lamento tanto. De verdad.

—Y no iba a contestar —añade refiriéndose a Daniel—. Ya me había enviado un mensaje informando que no me escribirá hasta que termine la reunión. Yo le aseguré que no te encontraría en casa de tu papá. Es el último lugar en el que pensé en buscar.

Lo mejor es intentar llegar lo antes posible.

Carolina me explicó a detalle por todo lo que les hice pasar. Necesito llegar cuanto antes con Marco para no les firme nada a Nicole y a Salvador.

—*Güera*, te comenté tus fotos del *feisbuc* —me cuenta Gabo y después mira a mi amiga por el retrovisor—. Oye, a ti también te enviaré solicitud de amistad.

Gabo es nuestro taxista de confianza por ayudar siempre a Marco, aunque eso viene con el paquete de ser confianzudo e imprudente.

—¿Genial? —cuestiona Carolina, mirándome.

Me encojo de hombros.

—Tú no me has dado *laics* —me acusa.

—Prometo hacerlo hoy mismo.

—Oye, ¿el Marquis ya no bebe o buscaste otro *tacsi*?

—¿El Marquis? Y es taxi, no *tacsi*.

—Así le digo yo al *güero* —contesta él.

—Respétalo.

—Al menos él me da propina.

Hago girar mis ojos.

—Pues a él le estorba el dinero.

Ir discutiendo con Gabo me desestresa. Aun así, quisiera poder volar para llegar más rápido.

—¿Para dónde vamos? —pregunta al entrar en la ciudad.

—A Grupo M —indica Carolina.

—¿Están en Grupo M? —pregunto sin poder creerlo—. Pero es domingo.

—Ahí citó Salvador a todos.

Claro, tenía que hacer esto lo más dramático posible.

—¿Supiste que me fui de la clínica sin avisar? —le pregunto a Carolina, esperando escuchar de ella qué piensan los demás respecto al bebé falso—. ¿Glenda o Marco no te comentaron nada?

—No, solo me dijeron que te marchaste. No sé cómo está el panorama. Lo lamento.

«Rayos».

—Todo va a salir bien, Vane —me consuela.

O tal vez no, pero bueno, llegó la hora de afrontar las consecuencias de mis acciones y decisiones.

A Gabo no le resulta difícil encontrar estacionamiento por ser domingo. Carolina le paga y pronto las dos bajamos a toda prisa de su *tacsi*. La puerta principal de Grupo M está abierta. Marco, sin duda, pidió venir al de seguridad y al portero. A quien fuera necesario.

Entramos.

Es extraño correr sobre un vestíbulo desolado, pero afortunado si buscas un elevador vacío.

—Que Marco no haya firmado... que Marco no haya firmado —repito, mordiéndome las uñas.

Porque no me perdonaré si lo hizo.

Marco

En la sala de reuniones ya nos encontramos mamá, Daniel y yo. Escucho pasos acercándose. Segundos después a nosotros se unen papá, Nicole, el abogado de los Govea y Salvador.

—Soy la representante legal de mi familia —explica Nicole a todos.

—No seas descarada —le gruñe mamá.

Papá la mira confuso. No comprende por qué la trata mal.

Esta vez mamá se dirige a Salvador.

—Explícale a tu padre para qué nos citaste —exige.

Papá mira de mamá a mí y de mí a Salvador.

—¿De verdad harán esto más difícil? —pregunta mi hermano con cinismo—. No estoy contento por arriesgar nuestra empresa, pero créanme que es necesario.

Necesario para salvar su propio culo.

—¿De qué hablas, Salva? —pregunta papá.

—A ti no te importa la empresa más que tú mismo —mascullo, que aún no puedo creer que este engendro y yo tengamos algún tipo de parentesco.

Vanesa

El elevador no sube rápido. No lo suficiente. ¿Por qué el tiempo marcha «lento» cuando tienes prisa?

—Me alegra ver que tú y tu papá se reconciliaron —dice Carolina intentando que piense en algo más que salir volando.

«¡Sí, carajo!».

Me arrepiento de ser impulsiva, pero no de haber buscado a papá.

—Me di cuenta de que él sólo intentaba ayudarme —admito—. Por cierto, me animó a terminar de escribir *El osito que saltó sobre un arcoíris.*

—¿En serio? Genial, ahora solo te falta actualizar *Me voy a follar a mi jefe.*

—Cierto. Lo haré a partir de ver qué sucede hoy.

Faltan dos pisos para llegar a donde se encuentra Marco.

Miro con impaciencia los botones del elevador.

Marco

—Salvador, me dijiste que esta reunión es porque tienes algo que decirme —dice papá, molesto por no saber qué sucede—. ¿Qué?

Salvador observa con interés a Nicole, la mente maestra detrás de esto. Mi hermano no tiene la inteligencia suficiente para fraguar todo. A él no le interesaba Grupo M antes de tratar con ella. Está en esta situación porque tiene una deuda y teme morir a manos de los Govea, lo que me hace cuestionar si solo hago esto por Vanesa. ¿Quiero que los Govea maten a Salvador?

—Explícale a papá —exijo—. Ten el valor de decírselo tú mismo.

Salvador tiene ojeras, se ve sucio y cansado. ¿Cuánta presión deben de estar ejerciendo sobre él Nicole y su familia? Siento un poco de compasión por mi hermano. Sin embargo, sé que él no tiene la misma consideración con Vanesa. Lo observo con enfado mientras afloja el nudo de su corbata y se sienta en una de las sillas de la sala.

—Papá... —empieza—. Yo... Bueno... Tengo otra deuda de casino.

Mi padre cierra lentamente los ojos. Desde ya sospecha, no es un hombre tonto. Ya debe suponer qué pretende mi hermano y qué tanto se ha dejado manipular por los Govea.

—Si no pago me matarán —explica simulando estar avergonzado.

Pero no creo que lo esté.

—¿Y qué pretendes hacer? —le pregunta con decepción, que es peor que su tono de regaño.

—Hay algunos negocios que tiene el padre de Nicole —explica él. En tanto, mi madre y yo la miramos con odio—. Él no quiere a la policía detrás. Necesitan una empresa que sirva de...

Los puños de papá se cierran.

—¿Pretendes vincular a Grupo M con lavado de dinero?

—¿Cuánto dinero es? —pregunta mamá interrumpiendo y mira, digna, al abogado de los Govea—. Tal vez podemos pagarlo.

—Ya no queremos el dinero —interviene Nicole poniéndose de pie y con actitud de ahora ser quien manda en esta empresa—. Es mejor negocio contar con avales de esta empresa, pero no pongan esas caras —ríe—, tampoco queremos que las autoridades arruinen todo. Haremos esto discretamente. Ustedes también recibirán compensación por ello.

—¡Es dinero sucio! —grita papá golpeando la mesa—. ¡No levanté esta empresa vendiéndome a los Govea o a algún otro!

—No mataremos a nadie, Eleazar —rebate Nicole. ¿Desde cuándo lo tutea?—. Bueno, todavía no. Porque si Marco, que es el representante legal de Grupo M, no firma, Vanesa morirá.

—Queremos pruebas de que tienes a Vanesa —dice Daniel resguardando los documentos que, con mi firma, servirán a los Govea para respaldarse en la buena imagen que tiene Grupo M.

—¿A Vanesa? —pregunta papá mirando a Salvador sin comprender. Quiere escuchar de él cualquier explicación.

—No aparece desde ayer —explico al ver que Salvador no dice nada—. Nicole asegura que ellos la tienen.

Papá esta vez mira con resentimiento a Nicole. Por primera vez la ve como realmente es.

—Eso es aún más sucio —dice.

—Es nuestra garantía —insiste ella.

—Daniel tiene buenas razones para suponer que no tienen a Vanesa —interviene mamá—. Antes de que Marco firme pedimos pruebas.

Nicole sonríe.

—Claro, puedo pedirle a la gente de confianza que les traiga un dedo o una oreja suya.

—Queremos hablar con ella —interviene Daniel con determinación.

«Entiende que no me puedo arriesgar».

—Tú no eres nadie para pedir nada —devuelve Nicole, enfadada de que dudemos.

—Es mi abogado —respondo, dando así mi aval para que Daniel pueda opinar.

Papá deja caer sus manos sobre la mesa.

—Marco no firmará nada —decide—. Lo haré yo.

—Papá, no puedes —musito mirando de él a Daniel. Quiero que este le recuerde que yo represento legalmente a Grupo M.

—Yo te puse en esta situación —contesta dirigiendo su atención a Salvador—. Tenía razones para no confiar en Salva y le di otra oportunidad. Encima le creí las cosas malas que dijo de ti y di mi visto bueno para que Nicole te vigilara. Debí imaginar que...

Las palabras de papá afectan notablemente a Salvador. ¿Tendrá, al menos, un ápice de remordimiento?

—Papá... —intenta decir.

—¿A Vanesa, Salvador? —le interrumpe—. Está embarazada... Embarazada de tu hermano.

—Papá. —La voz de Salvador se quiebra al intentar explicar—, ellos me matarán si no les facilito esto.

—Intentamos ayudarte —le recuerda—. Te enviamos a rehabilitación, te esperé hasta que concluiste la universidad a tu propio ritmo... Incluso confié en ti antes que en Marco para sostener esta empresa. Te di oportunidad tras oportunidad… ¿Por qué me haces esto?

Los ojos de mi hermano se cristalizan. Eso hace llorar a mamá.

—Intenté persuadir a Vanesa —dice—. Si llegamos hasta acá es porque ella...

—No me entregó —interrumpo—. Vanesa no me entregó.

—Lo del bebé es una farsa —continúa, intentando defenderse—. Nada de lo que escribió en su novela es verdad.

—Es mitad verdad —corrijo.

—Eso es lo que menos importa en este momento —dice papá extendiendo su mano hacia Daniel para que le entregue los documentos que asociarán a Grupo M con los Govea—. Estás por entregar a tu familia a una mafia.

Nicole ríe al escuchar eso.

—¡Pero Marco también mintió! —añade desesperado—. ¡Él y Vanesa!

Papá lee el documento que debemos firmar.

—Y esa era tu oportunidad para recapacitar —dice—, pero seguiste con esto, ¿no?

—Esto no es sobre Marco y tú —interviene mamá mirando a Salvador con enojo—. Él no te trajo a esto. Te metiste tú solo.

—Basta de tanta cháchara —interrumpe Nicole—. Si Marco no firma ahora mismo...

—Ya dije que firmaré yo —insiste papá, molesto—. Si pasa algo seré yo quien vaya a prisión.

—No eres el representante legal de Grupo M, Eleazar —responde Nicole, harta de esperar—, es Marco. Y hacer un traspaso tomará demasiado tiempo. Es Marco quien debe firmar. Ya. Ahora.

—¡Que no! —protesta.

Le recuerdo que es por Vanesa y le ruego que me entregue a mí los documentos. Por lo que, dispuesto a tampoco correr riesgos, por fin accede y firmo cada uno.

No nos vamos a arriesgar a que...

—¿Qué es eso? —pregunta mamá mirando la puerta. Todos guardamos silencio y escuchamos unos pasos apresurados—. ¿Citaste a alguien más? —cuestiona enseguida a Salvador.

Él niega con la cabeza y observa a Nicole, que luce preocupada e intenta arrebatarme los documentos ya firmados.

«Tal vez Daniel tenga razón y no tienen a Vanesa».

Vanesa

Cuando la puerta del elevador se abre en nuestro piso, corro en medio de las filas de cubículos. Carolina me sigue. Debemos llegar cuanto antes al despacho de Marco.

Este piso luce igual a como lo suelo encontrar cuando llego temprano.

Entro de golpe y no hay nadie.

«¡No!».

—¡La sala de reuniones! —le grito a Carolina de vuelta en el pasillo y le señalo mi derecha para que corramos hasta la última puerta.

Escucho voces.

«¡Bingo! ¡Ahí están reunidos!».

Al entrar me caigo de bruces a los pies del señor Maldonado. «Genial, y pretendía hacer una entrada triunfal».

—¿Vanesa? —pregunta Glenda, sorprendida. Me incorporo y la miro con pena.

Tengo tanto que explicarle.

A continuación doy un vistazo a los demás en la mesa: Un señor canoso que no conozco, Daniel, Salvador, el señor Maldonado... ¡Marco!

Me observa boquiabierto. «¡Dime que no has firmado!». Adivinando mis pensamientos, vuelve la vista a los documentos que tiene en su mano y los rompe en varios pedazos. Nicole, con su mano extendida hacia ellos, emite un chillido y salta donde está con horror.

«Maldita sea, llegué a tiempo».

—¿Cuál es el número de teléfono del portero? —pregunta Daniel—. Le pediré que envíe seguridad.

—Les recuerdo que aún tenemos pagarés[40] firmados por Salvador —dice Nicole procurando conservar la «calma»—. Y si Marco no firma...

—Pues no firmaré nada —responde este lanzando al aire los pedazos de lo que queda de los documentos—. Que afronte las consecuencias de lo que hizo.

—¡No, no! —exclama Glenda llorando—. Pagará. Les prometo que pagará —le dice a Nicole con tono de súplica—. Hoy mismo tendrán el dinero.

El señor Maldonado niega con la cabeza y, lentamente, rodeo la mesa hasta situarme junto a la silla de Marco. Él se pone de pie y me abraza.

—¿Dónde demonios estabas? —pregunta, en parte feliz y en parte molesto.

—Me marché porque tenía miedo —confieso—, pero voy a explicar todo. —De ese modo me alejo de Marco y me dirijo a todos en la mesa—. Tengo algo que confesar —empiezo armándome de valor—: Lo que escribí en mi novela no es verdad. Marco y yo no tenemos nada. —Lo miro, rogándole con mi gesto que me perdone, pero es necesario decir la verdad—. Lo del bebé tampoco es cierto. Yo... no estoy embarazada.

—¿De qué hablas, Vanesa? —pregunta Glenda, pasando de feliz a confusa.

—Lo siento tanto —contesto acercándome a ella—. No estoy embarazada, Glenda —repito—. Por eso hui de la clínica. Tenía miedo de mirarte a la cara cuando descubrieras la verdad, porque, de nuevo, aclaro que mentí. —Vuelvo a mirar a Marco—. Quiero decir, mentimos... pero por una buena causa. El señor Maldonado quería quitarle la empresa a Marco y Salvador les quería hacer daño.

Marco está escuchándome, sin embargo, sin aclarar nada, desabotona los primeros botones de su camisa.

«¿Le… aprieta?». Es la señal de que está tenso.

—Lo siento —le digo—, pero ya saben la verdad sobre Nicole y Salvador. Es mejor que sepan lo demás.

De pronto escucho a Nicole murmurar «estúpida».

—¿De qué hablas, Vanesa? —Escucho que pregunta el señor Maldonado.

Al instante Marco me observa como si estuviera a punto de darme la peor de las noticias.

—Vanesa —dice trastabillando—, tú... Bueno, lo que pasa es que... sí estás embarazada.

Niego con la cabeza.

—Ya no hay nada que temer —intento tranquilizarlo y me vuelvo hacia el señor Maldonado—. ¡Y usted tiene que confiar más en Marco! ¿me oye? Él daría su vida por esta empresa. Viene temprano y se va tarde para cumplir las metas que usted impone… ¡y más!

El señor Maldonado tiene la amabilidad de bajar la cabeza. Ya debe de tener claro en quién de sus dos hijos vale la pena creer.

—Vanesa. —Vuelvo a escuchar la voz de Marco—, estás embarazada.

Me río y observo a Carolina que, del mismo modo, sin saber qué opinar, mira confusa a Marco. En definitiva, debo hacer dieta. Ellos creen que esta panza tiene un bebé y no grasas saturadas.

—Marco, ya no es necesario que sigamos con esto —respondo con tono conciliador y esta vez me vuelvo hacia Glenda—. El doctor Baltodano te lo explicó, ¿no? Tiene razón al decir que esto es algo que no se puede ocultar. —Señalo mi vientre—. Es mejor decir la verdad.

Glenda coge aire, y quizá paciencia, y con su amable voz explica:

—Vanesa, cariño, por eso te esperé después de que saliste corriendo. Le saqué la información a Baltodano y él solo quería darte indicaciones sobre los cuidados que debes tener ahora.

«¿Qué cosa de qué?». De nuevo miro a Marco, que no está mirándome. ¿Por qué me evade? Ahora desabotona las mangas de su camisa. ¿Qué le tiene tan nervioso?

—A ver, a ver —logro decir, como si tratara de detener el tráfico—. No estoy embarazada, el mismo doctor insinuó que debo dejar de fingir porque en algunos meses será imposible no notarlo.

—Claro —explica Glenda—, pero él se refería a que será imposible ocultar que esperas *gemelos*. Él asumió que tú querías callar que...

Creo que me estoy mareando.

La interrumpo con la mano.

—No. No. No… —insisto y Marco rodea la mesa para situarse a mi espalda—. Y-Yo m-me fui a hacer una prueba de sangre —explico, pero titubeo—. Nicole dijo que...

—¿Tú la viste, Vanesa? —me pregunta Carolina, que está pálida y preocupada—. Porque me dijiste que tampoco la leíste. Nicole te la arrebató.

Siento la boca seca.

El señor Maldonado le lanza una mirada de advertencia a Nicole, que, enfadada, pone los ojos en blanco y coge su bolso. Entonces saca mi prueba de sangre y me la entrega.

«Mierda».

Mis manos tiemblan al desdoblar la hoja. Parafraseo al leer la fecha y mi nombre hasta que mis ojos finalmente encuentran la palabra «positivo».

Doy dos pasos hacia atrás.

«Mi madre en tanga».

Siento que alguien me toma por los hombros para evitar que me caiga. Es Marco.

—¡Y son gemelos! —Escucho que celebra Glenda.

«¿Gemelos?».

Ya que Marco está detrás de mí y este piso desde siempre ha estado divinamente alfombrado, sin nada que agregar, hago lo más inteligente y «maduro» que se me ocurre...

Me desmayo.

«¿Por qué no termino de salir de una para entrar en otra?».

Capítulo 48



Vanesa

Marquito uno y Marquito dos.

Sigo en *shock* y sé que Marco también un poco. Es decir, no es solo un bebé. Son dos. No me quejo, vaya... uno de mis sueños es ser mamá, pero ¿gemelos?

Carolina, que tampoco sale del asombro, me entrega un vaso con agua. Ella, Daniel, Glenda, el señor Maldonado, Marco y yo aún nos encontramos en la sala de Grupo M. Salvador y Nicole se marcharon. Y aunque no creo que se den por vencidos, de momento el resto nos enfocamos en los gemelos.

¡Gemelos!

¿De verdad a alguien le sorprende que me pase esto? «Hola, soy Vanesa y tengo la suerte del Coyote y el Pato Lucas juntos».

Otra vez doy mi atención a Marco.

—Tenías que meterla y sacarla —digo en voz baja—, no meterla y hacer un copia y pega.

Me muestra una sonrisa media y se sienta junto a mí. En esa posición me pide mirarlo y toma mi mano.

—Todo va a estar bien. Lo prometo.

Hace que todo parezca fácil.

—No puedo sacar un recipiente de la nevera sin botarlo todo y ustedes esperan que dé a luz a gemelos.

No puedo imaginar qué tan doloroso es. La idea me aterra.

—Yo por eso solo tuve un hijo —dice Glenda, confirmando en un espejo que, a pesar de haber llorado, su maquillaje sigue intacto—. Pase horas esperando dilatar lo suficiente para que después Marco no saliera tan fácil.

—No estás ayudando, mamá —la regaña.

—Perdón, cielo —se disculpa con ambos—. Seguro que a ti te resulta más fácil, Vane. Ya ves cómo ha avanzado la ciencia.

—En realidad, dar a luz sigue siendo difícil —comenta Carolina.

—Tú tampoco ayudas —le reprocho mientras siento que ya estoy pujando—. Dios, y regalamos todo —le recuerdo a Marco—, las cunas, los pañales... todo.

—Estaremos bien —dice abrazándome—. Y han enviado más cosas. Todo está en la bodega.

—Si en serio nos harán los padrinos, podemos regalarles un par de cosas —interviene Daniel.

Carolina asiente.

—Cuenta con eso. —Suspira Marco.

—Ya pasa de mediodía —avisa Glenda mirando su reloj—. ¿Qué les parece si comemos fuera?

Soy la primera en ponerse de pie. Ya decía yo que no era normal tener más hambre que de costumbre.

«Siempre tienes más hambre que de costumbre, Vanesa», me recuerdo.

Por otro lado, es extraño caminar junto a Marco y no detrás de él siguiéndole con alguna bandeja, su agenda o carpetas. Ahora me trata como si fuéramos algo más que jefe y asistente. Por mi parte apenas asimilo que seré la mamá de sus hijos.

—Supongo que aún no hay propuestas de nombres —dice Carolina con todos caminando hacia donde se encuentran los elevadores.

—Marquito uno y dos —respondo.

—¿Es broma? —pregunta Daniel.

«Por el momento no».

Glenda se distrae proponiendo más nombres que no me gustan nada. Marco, mientras, se acerca a mi oído para susurrar:

—¿Por qué no me dijiste que sospechabas estar embarazada? Te hubiera acompañado a hacerte el examen.

—Me costó aceptar que no te disgusta la idea —admito.

—¿Por qué?

—No somos pareja.

Iba agregar un «duh», pero supongo que debo verme más formal si seré mamá.

Mi respuesta deja a Marco pensando. ¿En qué? No sé, porque tampoco he podido comentar con él lo que escribió en mi novela.

Tenemos tanto de qué hablar.

—¿Ya asimilaste lo de ser papá?

—Me sorprendió la noticia, pero, aunque no lo creas, me da mucha alegría serlo.

—¿Aunque sea yo la mamá?

—Sobre todo porque eres tú la mamá.

«Awwwww».

Bajamos al vestíbulo y nos distribuimos en dos vehículos. Glenda propone ir a por comida china. Mi respuesta es: «lo que sea». Mi propósito de hoy es devorar una vaca completa, pero que mamá y el resto de Greenpeace no sepan eso, por favor.

Marco

A las tres de la tarde regreso a mi apartamento. Tuve toda la intención de traer a Vanesa conmigo, pero su mamá llamó preguntando si ya todo estaba bien y tuve que llevarla al suyo. La iré a buscar más tarde para que hablemos.

El día anterior, cuando supe que seré papá, sentí miedo. Mi padre tuvo dos hijos y se equivocó muchas veces al creer que hacía lo correcto. ¿Qué si me pasa lo mismo? ¿Qué si Marquito uno y Marquito dos crecen odiándome o algo peor? Me pone nervioso pensar en eso. Sin embargo, no pruebo ni una sola gota de alcohol. Me prometí cambiar para ser el tipo de hombre que Vanesa dice que soy, y ahora más que nunca lo asumo como reto. Si tendré hijos no puedo ir por la vida siendo un irresponsable. Quién diría que hoy pensaría así. Llamaría loco al que me lo hubiera dicho hace un año.

Camino por el apartamento sintiéndolo chico. Debería pensar en comprar una casa, lo que me recuerda mi plática pendiente con Vanesa. ¿Me dará una oportunidad? ¿Y si no deja a Armando? No la vi entusiasmada por contarle lo de los gemelos. ¿Cómo lo tomará él cuando lo sepa? ¿Qué si no le importa y quiere quedarse con Vanesa a pesar de todo? No, eso no... Vanesa y los bebés son mi familia.

Escuchar el timbre de la puerta me saca del estupor, y cuando abro me sorprende aún más ver a papá.

—¿Puedo pasar?

No recuerdo que me haya visitado antes. Todavía se le ve confuso por lo que pasó hoy. Me hago a un lado para que entre.

—Lamento incomodarte —se disculpa.

—Está bien. No estaba ocupado —digo y le dejo seguirme hasta la sala de estar—. ¿Y a qué debo el honor?

—Necesito que hablemos.

—En la comida estuviste callado.

Mientras mamá organizaba en voz alta los *baby shower*, bautizos y graduaciones de mis hijos, papá se mantuvo en silencio.

—Estuve pensando.

Supongo que Grupo M lo tiene preocupado. Él confiaba en Salvador como un buen capitán para el barco.

—Hablé con Daniel —digo para que ya no se preocupe—. No cree que los Govea insistan. Más si se les paga lo que...

—No vengo a hablar de Grupo M, Marco —me interrumpe.

—¿Entonces?

Nos sentamos y le veo tomarse un tiempo para pensar. ¿En qué? Un padre pensativo es un padre más difícil de descifrar que uno molesto.

—Lo lamento —confiesa.

—No fue tu culpa. Confiaste en tu hijo. Él confió en Nicole.

—No es Grupo M lo que me tiene preocupado, Marco —insiste—. Tú realmente haces un buen trabajo.

Me remuevo en mi asiento y le pongo mi mejor cara de: «¿en serio?». Lleva meses diciéndome que nunca hago lo suficiente.

—Yo sé que no he sido un buen...

—¿Jefe? —pregunto, interrumpiendo—. No. Es que tus zapatos me quedaron grandes, todo el mundo lo sabe.

—Un buen padre —se corrige—. Procurando ser un buen jefe, uno exigente, olvidé que eres algo más que mi empleado.

«¿Quién es este hombre y qué hizo con mi padre?».

—Dijiste que debemos apartar lo personal de lo laboral, y que en Grupo M no eres mi papá.

—Es que ese es el problema. Fuera de Grupo M tampoco lo he sido.

¿Eleazar Maldonado reconociendo un error? Algo que me sorprende más que ser padre de gemelos.

—No te preocupes por eso —intento disculparlo—. No tengo cinco años, debo madurar. Tú lo dijiste, me falta...

—Deja de justificarme, Marco. Creo que ya es tarde para corregir lo que hice mal con Salva, pero al menos déjame aclarar mi situación contigo. ¿Sabes cuánto tiempo me llevó levantar esa empresa? —pregunta y niego con la cabeza—: Diez años de errores y aciertos, y pretendí que tú lo supieras todo desde el inicio, pero lo cierto es que... lo hiciste mejor de lo que pensé. Y estoy seguro de que te seguirás superando.

—Eres un buen maestro.

—Que te exige demasiado.

—Y por eso soy cada vez mejor. Ahora lo soy. Te prometo que así lo veo.

Nunca había visto a mi padre llorar. Y tampoco lo hace en este momento, pero sí procura no perder su temple.

—¿No tienes resentimientos? —pregunta. Parece dudoso.

—Antes los tenía, pero ahora que también seré papá... siento miedo.

—Lo harás bien. Eres un buen jefe y también serás un buen papá.

—¿Te parece?

—Y cuentas con Vanesa.

—A quien me advertiste que no debía seducir.

Porque si no me atreví a intentar algo con ella fue por su amenaza inicial.

—Y a quien olvidé advertírselo fue a ella.

Me río.

—¿Y qué opinas de nosotros?

Se muestra dudoso.

—¿Puedo opinar?

—Claro.

—No sé si te contó que en su primer día conmigo equivocó mi almuerzo con el del encargado de auditoría.

—No.

Llama mi atención escuchar a papá hablar de Vanesa.

—Tú sabes que soy estricto. Pensé en pedir a Recursos Humanos que le llamaran la atención por distraída, pero me dio una buena razón para no hacerlo.

—¿Qué razón?

—Cuando le hice ver su equivocación me dijo: «mire el lado positivo, el otro no traía postre».

Vuelvo a reír.

—Se empezó a ganar mi afecto —agrega—. Y llamó mi atención que a partir de esa equivocación se esforzó cada vez más y más, hasta llegar a ser una estupenda asistente.

—Es buena.

—E imagino que será mejor siendo una esposa.

«Esposa». Papá no sabe que eso no está resuelto.

—Y tú serás un buen abuelo —respondo.

Papá no es un hombre emotivo; en mi familia solo mi madre lo es, de modo que solo nos damos la mano, pero con eso basta para darme cuenta de que hemos mejorado.

Capítulo 49



Vanesa

—¿Entonces estás embarazada? —Hago un gesto afirmativo y mamá me abraza—. ¡Qué gran noticia! Fue buena idea lo de la prueba.

—Aunque me la quitaron.

«Maldita Nicole».

—Eso ya no importa. Un embarazo. ¡*Wow*!

—Y no solo eso, serán gemelos. Tú podrás cargar uno y papá otro.

La cara de mamá se ilumina y del mismo modo se queda estupefacta durante unos segundos.

—Esto me sorprendente cada vez más. Vanesa, por Dios. ¿Dos bebés?

Asiento.

—Hay mucha caca de bebé en mi futuro, mamá.

Pensé que diría algo tipo: «pero, Vanesa, tú ni siquiera te despiertas temprano o arreglas tu armario». Sin embargo, según ella el instinto maternal brotará y me ayudará a hacer las cosas bien. Y, si no, también le puedo buscar a mis hijos un psicólogo.

Es broma.

—Sé muchas recetas de batidos que te ayudarán a nutrirte —asegura, feliz.

«¿Batidos? Mierda». Pero así es mamá, por lo que trato de no esbozar muecas para no decepcionarla.

—¡Genial!

Mis padres son diferentes, eso lo tengo mucho más claro desde ayer, pero a los dos los amo por contribuir a lo que soy ahora.

—Tú siendo mamá —repite dos veces como si no pudiera creerlo y suspira—, y yo siendo abuela. ¡Hay que celebrar! ¡Hay que celebrar, Vanesa!

Saca el teléfono de su bolsillo y pone *I'm alive* a todo volumen. Después corre a la cocina a preparar un batido de mora, fresa y leche de almendras. Es su batido especial. ¡Al diablo el champán, mamá brinda con batidos!

—Mi hija será mamá —dice orgullosa de mí y de sí misma—. Apenas lo creo.

Ya somos dos, pero nadie puede decir que no tengo amor para dar. Tal vez confunda la botella del champú con la loción para bebé a la hora de meterlos en una bañera, pero nadie podrá negar que ya los amo.

Carolina me entrega la pintura de tela que le pedí traer. «¡Bien!». Ya la quería tener en mis manos.

Cuando salimos del lugar en el que almorzamos, busqué una tienda de artículos para bebés y compré dos camisetas pequeñas. Marco cuestionó el porqué, pero le dije que más tarde le daría una sorpresa.

—Deberíamos buscar a la venta en Amazon o eBay —dice Carolina—. Seguro encontramos.

Me niego.

—Yo las quiero hacer.

—¡Carolina, hoy es fresa con mora y leche! —avisa mamá desde la cocina.

Carolina también ha sido nutrida por ella, pero eso no le exime de soltar muecas.

—¡Genial, señora Salcedo!

Hago espacio en la mesa de la cocina y después la limpio para colocar enseguida una junto a la otra el par de camisetas. Carolina se encarga de abrir el frasco de pintura.

—Otra mujer se hubiera preocupado por cosas más normales al saber que está embarazada —me regaña—, pero tú, Vanesa...

Deja el comentario en el aire y me entrega la pintura. Después me observa escribir *Ctrl + C* en una camiseta y *Ctrl + V* en la otra.

Y de esa manera consigo que se eche a reír.

—Con estas saldrán del hospital —anuncio.

—Tú no cambias —dice todavía riendo, pero mira con ternura las camisetas—. Aunque... qué más da, me siento feliz por ti —añade y me abraza—. Eso sí, debo admitir que no te imagino como mamá.

Estamos en la etapa de negación.

—Yo tampoco —admito rascándome la cabeza—. ¿Quién me imagina como mamá? Pero ya tengo este par de camisetas, un buen comienzo para Vanesa.

Conocer a Carolina está en el *top* de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Somos distintas, pero eso es lo que hace especial esto: nosotras nos complementamos.

—Y pensar que hace un año solo éramos un par de fracasadas —recuerda.

—Ahora también lo somos —respondo levantando ambas cejas y reímos—, pero ahora tú tienes un novio escritor y yo seré mamá.

«Mamá». Me gusta repetir la palabra.

—Novio no —anuncia un tanto tímida y me muestra el anillo nuevo en su dedo—. Ahora es mi prometido.

—Tú, hija de... ¡¿Por qué no me habías dicho?! —Salto y la abrazo hasta el punto de casi llegar al estrangulamiento—. ¡Se ve hermoso! ¡Hora de admitir que Donoso por fin hace algo bueno!

«Ojalá sea mejor esposo que escribiendo finales felices».

—Y ya es hora de que se lleven bien, ¿no crees?

Se cruza de brazos. Nunca se acostumbrará a que viva en guerra con el escritor modelo.

—*Nah.* Todavía me debe un iPhone. Ahora que me quedé sin teléfono es un buen momento para recordárselo.

Continúa cruzada de brazos.

—Sigo sin poder creer que me vendieras por un iPhone.

—No uno cualquiera. El más nuevo. —Hace girar sus ojos—. Oye, ¿y cuándo tendrán hijos?

La pregunta tiene el efecto deseado. I.n.c.o.m.o.d.i.d.a.d

—Apenas nos comprometemos y tú ya quieres niños.

Su cara de alarma lo es todo.

—Marquito uno y Marquito dos necesitan primos. Yo no tengo hermanas o hermanos, Caro.

—Tal vez viéndote me den ganas. —Lo piensa—. En todo caso, cuando salgamos a pasear yo puedo cargar a un bebé y tú a otro.

Es un buen plan.

—Conseguiré que te den ganas de tener uno propio. Ya verás —insisto.

Lo tomo como una misión, mi poder de convencimiento es único.

—Vanesa...

—Una Carolina o un Danielito.

—Vanesa, basta.

Me detiene y ya no insisto, pero habrá tiempo para convencerla.

—¿Y qué, has hablado con Armando? —pregunta ahora. Y así mi tarde se oscurece un poco.

—No me mates...

—¿Qué hiciste, Vanesa?

—Lo terminé por correo.

Si sirve de algo, tengo cargo de conciencia.

Carolina cuenta hasta diez y dice:

—Veamos lo positivo, al menos ya le hablaste claro.

—Exacto.

—Daniel está preocupado por él. Piensa en ir a buscarlo a casa de su abuela.

—¿Han hablado?

—No. Aún no contesta llamadas.

La sensación de culpa me invade.

—En parte es mi culpa.

—Sí, pero él tenía claro que tú quieres a Marco.

—Pero le prometí intentarlo.

Me prometí ser la mujer que merece tener.

—Él no merece estar triste —agrego.

—De acuerdo, pero tampoco merece que lo estén engañando.

Es cierto.

Si me cuesta ser honesta conmigo misma, cuánto más con Armando. Todavía tengo mucho por mejorar.

—¿Y qué puedo hacer? —pregunto intentando reparar mis errores con él—. ¿Lo busco para que hablemos? ¿Dejo que pase el tiempo?

—Daniel sugiere darle espacio.

—Bien.

Carolina se queda el resto de la tarde conmigo y con mamá para ayudarnos a acomodar las cosas que ya tengo para los bebés, lo que resultó terapéutico para asimilarlo mejor todo. Aunque, a decir verdad, cuanto mejor lo digiero más ansiosa me siento.

¿Ya está?

¿Ya pasó?

¿Qué sigue ahora?

Daniel vino a por Carolina al final de la tarde... trayendo algo con él *muy* importante. De modo que al caer la noche recibo mi primer mensaje de WhatsApp en horas.

Marco: Vnes tnneos q hablr. 41

Mi cara no tiene precio.

«Lo mataré».

Vanesa: ¡¿ESTÁS BEBIENDO?!

MARCOOOOOOOOOO MALDONADOOOOOO.

Marco: Es broma.

Vanesa: MARCOOOOOOO

Marco: Me contaron que ya tienes teléfono y quise saludar.

Vanesa: Un oportuno regalo que me debía el padrino de los bebés. \(u-u)/

Marco: Ya veo. ¿Y cómo están?

Vanesa: ???? Mmm... Supongo que debo acostumbrarme a que me hables en plural.

Marco: :)

Vanesa: Estamos bien, aunque en lo personal me siento confundida con los síntomas... Yo casi siempre tengo hambre y sueño.

Marco: Jajajaja.

Salgo de mi cama, tomo fotos a las camisetas que pinté y se las envío.

Las amará.

Tiene que amarlas.

Vanesa: Mira...

Marco: Adorable.

¡Bien!

Vanesa: Cuando vi tu mensaje estaba entretenida buscando en internet ropa para bebé.

Marco: Y creo que podemos conseguir para ti una que diga “Sobrecarga de equipaje”.

Vanesa: Tonto.

Yo llamándole «tonto». Eso es un *gran* cambio.

Marco: Lástima que solo son dos. Podríamos haberlos disfrazado de Los Vengadores, La liga de la Justicia o el Escuadrón suicida.

Vanesa: ¿Solo DOS? Tampoco :) te :) pases :)

Marco: Jajajajjajaja.

Vanesa: Pero pueden ser Batman y Robin.

Marco: No. Que ambos sean el héroe principal. Tipo Batman Vs. Superman.

Vanesa: Y si hay una fiesta de disfraces, pueden ir como *Los Tres Mosqueteros*.

Marco: ¿*Los Tres Mosqueteros*?

Vanesa: Porque te tendrás que incluir :)

Mi cara de estúpida mientras hago planes debe ser única, pero se siente bien.

Marco: Cierto. Aunque, mejor aún, también podríamos ser *Los cuatro fantásticos*.

Vanesa: ¡Oye, sí!

Marco: Jajajajaja.

Nos escribimos durante un largo rato. Los dos queremos hablar y hablar sobre los bebés, pero nada sobre nosotros, creo que en ese caso debemos hacerlo en persona.

Es lo mejor.

***

Hay festejo en la oficina cuando doy la noticia a todos, aunque no aclaro nada sobre Salvador o Nicole, eso se lo dejo a Marco de considerarlo necesario. Tampoco explico que lo del embarazo

era «mentira», suficiente caos tengo todavía en redes sociales por lo de la novela.

Daniel tenía razón. Una vez que algún otro desafortunado hizo «algo», cesó notablemente lo de querer saber todo de la asistente enamorada de su jefe, sin embargo, agradezco que esto me ayudara a darme cuenta de que todavía hay gente buena. Gente que no te juzga, que aún busca ver el lado bueno de las cosas y te acepta.

—Un blog de noticias quiere entrevistarte —anuncia Gloria y, sin pensarlo, le pido decir que no.

—No doy entrevistas. No pienso hablar en público de mi relación con Marco.

Hacer eso avivaría el escándalo. Aun así, esto no ha acabado, pues verlo llegar a la oficina me recuerda que no he puesto punto final a mi novela.

Nuestra novela.

—Buenos días, jefe —lo saluda Constanza y después más compañeros.

Como cosa rara, Marco llegó tarde hoy.

—Enhorabuena por la doble bendición —lo felicita Gloria.

—Usted es mi héroe, jefe —lo halaga Charlie—. Gemelos. —Muestra un gesto de orgullo—. Mis respetos por eso.

«Y eso que no sabe que fue a la primera», medito sonriendo.

—Usted es poco menos que Ironman —continúa—. ¿Cuál es su secreto? Cuente.

Me sienta bien ver sonrojar a Marco. Me pregunto si se acostumbrará a que los empleados lo traten de una forma más familiar. Es como si al saber más de él, gracias a la novela, se hubiera roto una barrera de formalidad.

—En un momento le sirvo su café, jefe —aviso.

—Bien, bien... Te espero.

Sin pensarlo dos veces, y evitando más halagos porque no le sienta bien llamar la atención, se encierra en su despacho. Al servirle café puede ser el momento idóneo para que hablemos, no obstante, ver a Salvador salir del elevador me toma desprevenida a mí y a todos, aunque nadie le da la cara. Yo porque sé la verdad sobre él, los demás porque «algo» sospechan. Son pocos quienes lo saludan, pero no importa, él mismo ignora a la mayoría, lo que aviva los recelos.

—Que nadie nos interrumpa —le pide a Gloria y comprendo que la indirecta es para mí.

De esa forma se despide.

Miro el reloj. Estoy pendiente porque debo servir el café... pero Salvador no sale...

Y no sale.

Y me encuentro aburrida, aun esperando, hasta que de pronto escucho un disparo.

Capítulo 50



Marco

«Ya quiero estar a solas con Vanesa».

Miro la puerta esperando que en cualquier momento entre con mi café. Hasta sé qué le diré y cómo. Para empezar, me pondré de pie y le pediré que no me interrumpa, al menos unos minutos. «Eso es importante con ella». Después, asumiendo que no ha leído lo que escribí en su novela, le diré mi lista de razones por las que debemos estar juntos. Y ninguna incluirá a los gemelos, para que no piense que la quiero solo por eso.

También le pediré que deje de jugar con Armando. Ella no lo ama. Basta ya con eso. Debe darnos una oportunidad. ¡Por amor al cielo, debe hacerlo! Por último, le mostraré el anillo de compromiso que tengo guardado en uno de los bolsillos de mi saco.

Miro mi despacho.

¿Qué pensará de que le proponga matrimonio aquí? A mí me parece creativo porque aquí nos conocimos, aunque puede ser que le moleste y prefiera una cena elegante.

Lo pienso...

No. Le gustará.

Yo sé que le gustará.

Ella prefiere lo significativo. Además, en su novela Carlo le pide a Valentina estar con ella cuando los dos se encuentran en el despacho.

Miro el picaporte girar y cojo aire. También sonrío pensando que se trata de Vanesa. Pero no...

Es Salvador.

—¿Puedo entrar? —pregunta riendo por lo bajo—. Oh, espera, ya estoy dentro.

Cierra la puerta y, con pasos silenciosos, camina hasta mi escritorio.

Bonita forma de arruinar mi día.

—¿Qué quieres? —pregunto con frialdad y trato de distraerme con algo más.

—Saludar al presidente de esta empresa —dice y toma asiento en una de las sillas frente a mi escritorio sin que le autorice—. Porque eso eres, Marquito, el presidente de esta empresa, y así será hasta que mueras.

Hay resentimiento en sus palabras. Trato de ignorarlo y, sin ganas de tenerlo aquí, sigo con mi trabajo.

—Ahora lo tienes todo, ¿no? —continúa, queriendo provocarme—. La empresa, dinero, una mujer que te ama y que está embarazada de ti... Serás papá, Marco. Y también tienes la confianza de tu propio padre. Justo lo que querías.

No puedo seguir ignorándolo.

—Tú también tuviste mucho de eso, Salva —le recuerdo. Me siento molesto—. Eso y mucho más... Y lo arruinaste.

—Porque siempre lo arruino todo, ¿no?

—Lo has dicho tú, no yo.

Lo escucho suspirar y después me observa hacer una llamada al encargado de mantenimiento. Quiero que retiren el escritorio de Nicole.

—¿Sabías que papá no quiere verme?

—Tienes que volver a ganarte su confianza —respondo, tratando de ponerle más atención al ordenador porque quiero que se marche—. Pero ahí tienes a mamá. Ella pagó tu deuda, ¿no?

—Hasta el último centavo, pero eso no fue suficiente, Marco.

Consigue que le dé toda mi atención.

—¿De qué hablas?

—Arruiné el plan de tener el control de esta empresa. Me matarán a pesar de pagar mi deuda.

Escuchar eso me hace pensar en el hombre sentado frente a mí como algo más que un traidor. Es mi hermano.

—Tienes que denunciarlos —digo, intentando buscar una solución.

Salvador se echa a reír como si hubiera dicho lo más estúpido que ha escuchado hasta hoy.

—¿Denunciarlos? No sabes con quienes tratas, pero, tranquilo, Vanesa y tú están a salvo. De nada les serviría matarlos. Fui yo quien lo echó a perder todo. Es a mí a quien buscan.

Sé que es un hijo de puta, pero insisto en que es mi hermano.

—¿Te siguen? —pregunto, preocupado—. Debes huir. —Busco mi teléfono—. ¿Hago una reserva en algún vuelo? Debes marcharte lejos. Huye.

—¿Huir? —ríe otra vez—. Estoy cansado, Marco. Estoy... demasiado cansado.

Hago a un lado mi teléfono y observo a Salvador con más detenimiento. Tiene ojeras; en general luce famélico y su piel suda. Nunca ha sido un tipo que irradie salud, los vicios no lo permiten, pero esta vez sí se ve desmejorado.

—Debe haber algo que puedas hacer. Algo que podamos hacer.

Ahora solo sonríe.

—¿Me quieres ayudar a pesar de que golpeé e intenté hacerle daño a Vanesa? —pregunta sin poder creerlo.

—Bueno... Te puedo ayudar mientras te golpeo.

Observa las cosas sobre mi escritorio como si tratara de tomar una decisión. ¿Por qué lo piensa? ¿Tan mal está todo que huir no es la solución?

—Siempre fuiste el mejor, Marco. Yo, por el contrario, pasé mi vida intentando que... no me opacaras —dice sacando una pistola de su saco. «No puede ser». Me incorporo en mi asiento y trato de estar alerta—. ¿Sabes por qué papá siempre te exigió mucho mientras a mí me lo puso todo fácil? —Ni siquiera trato de responder. Esta situación es confusa, porque a pesar de tener con él un arma... luce triste—. Porque de ti siempre espera más —se contesta él mismo.

Al terminar de decir eso apunta la pistola en mi dirección.

«Oh, Dios».

—No lo hagas —digo automáticamente.

—Y de mí no espera nada —continúa con tono lastimero—. Cuando se trata de mí solo reza en silencio para que regrese al buen camino... Por eso fui su primera opción para ser el presidente de esta empresa, ¿sabes? Quiso darme una oportunidad, más responsabilidad, y así ayudarme a encontrar... mi camino, porque estaba seguro de que tú podrías sin él.

Observo a Salvador empezar a llorar, pero, aun con todo eso, no baja el arma.

—Sabía que tú, a diferencia de mí, no necesitas que te ponga las cosas fáciles, pero no importó. Yo... ya estaba hasta el cuello de deudas, por eso rechacé la oferta y traté de huir de los Govea. Pero no puedes huir de los Govea. Me encontraron, entonces volví a casa y escuché a

papá hablar de lo bien que llevas la empresa... y lo puse en tu contra —admite—. Él confía en que puedes hacer todo cada vez mejor. A eso me aferré para atacarte y venderle la idea de que yo ya estaba listo para... ser lo que siempre esperó que sea.

—Intentaron ayudarte —digo sin apartar los ojos del arma—. Papá, mamá, tus amigos... yo mismo. Todos intentamos ayudarte.

—Pero soy adicto. Miro atrás y no recuerdo en qué momento lo eché todo a perder, pero eso no importa ahora. Soy una bomba de tiempo... y estoy por explotar. —Sigue llorando—. Llegué a un punto en el que hasta el dinero que papá me da para comida lo apuesto.

—Necesitas ayuda —respondo mirando del arma a él—. Yo puedo conseguirte ayuda. Solo permíteme...

Intento coger el teléfono, pero aborto la idea al verlo acercar más el arma.

—¡No! Es tarde. ¿Sabes qué hice antes de venir aquí? —Niego con la cabeza. También estoy sudando. «No quiero morir»—. Hablé con mamá. Según ella la busqué para agradecerle pagar mi deuda, pero se sorprendió al ver que no. Lo que hice fue pedirle que me diera sus joyas. —Salvador saca un par de anillos de su bolsillo—. Aquí solo tengo algunas —dice y me las muestra—, las demás se encuentran en mi coche. Me las dio, Marco. ¡Me las dio! Lloró… pero me las dio. Ella no es mi verdadera madre, pero me dio sus joyas.

—Es tu mamá, Salvador. Jamás ha dicho lo contrario. Eres tú el...

—¿El qué? ¿El desagradecido? Ahora papá no quiere verme y de paso también la defraudé a ella. Mientras tú, Marco, no puedes hacerlos sentir más orgullosos. —A continuación quita el seguro de la pistola y la prepara para disparar. «Dios, por favor»—. Están felices porque les darás nietos. ¿Qué se siente, Marco? ¿Qué se siente al tenerlo todo?

Levanta aún más la pistola para apuntarme directo al rostro.

—Lo dices como si hubiera sido fácil —digo sintiendo un horrible nudo en la garganta. «Voy a morir»—. A mí también me ha costado.

—No tanto.

—Salvador, por favor.

—¿Qué? ¿Tienes miedo? ¿No quieres morir hoy?

—No, por supuesto que no.

—Claro. ¿Por qué, si lo tienes todo?

Ríe de nuevo, pero es una risa llena de dolor.

Por otro lado, cada vez que asegura que lo tengo todo muestra resentimiento. Lo que me hace pensar que siempre creí que, de los dos, él era el más afortunado. Él tuvo más atención por parte de mis padres y, como ya dijo, todo se lo pusieron más fácil, pero, ahora que lo pienso, no era favoritismo. Fue... lástima.

Empezó a fallarles desde que era un adolescente, y así continuó. Mi hermano pasó por todo: alcohol, drogas y, al final, juegos de azar. Al principio papá lo justificó alegando que tal comportamiento se debía al dolor de haber perdido a su madre. «Es solo una etapa», aseguró, y no le pusieron mucha atención hasta que lo vieron caer más bajo, pues a veces los padres esperan que tú mismo recapacites.

Vi ir y venir a Salvador de centros de rehabilitación, terapeutas, retiros religiosos y cualquier cosa que papá y mamá considerasen que podía ayudar. Toda la atención la tenía él mientras yo... de alguna manera crecía solo. Quién iba a decir que hasta tener un arma apuntándome comprendería el porqué de todo eso.

—¿Le echas la culpa a nuestros padres? ¿Es culpa de ellos que arruinaras todo?

—No. Llegó un punto donde la culpa dejó de ser de ellos... o tuya.

—¿Entonces por qué me apuntas con un arma?

«No quiero morir». Siento la boca seca y mis manos tiemblan.

—No te hagas el listo o disparo —amenaza—. No intentes nada.

—¿Por qué?

Si voy a morir al menos quiero saber por qué.

—Porque no te había felicitado por tus bebés —responde, aun llorando. «¡¿Qué?!»—. Y porque quiero que me digas qué se siente al estar a punto de perderlo todo.

Cierro los ojos.

—No digas eso.

—¿Qué sientes en este momento, Marco? Descríbeme qué sientes al saberte en mis manos.

—Miedo —admito y también trato de negociar—. No dejes a mis hijos sin papá... Y no les causes este dolor a tus padres.

—Eso conseguiría al matarte, ¿no? —se pregunta. Sus ojos están rojos, aunque no sé si se debe al llanto o porque quizá está drogado—. Causar más dolor.

—Estoy seguro de que papá no te habla porque no sabe qué más hacer o decir para ayudarte —respondo procurando ganar tiempo. Necesito que alguien entre en mi despacho para que Salvador se distraiga un segundo y yo intente arrebatarle el arma—. Y estoy seguro de que mamá ya te perdonó. Tú le importas más que sus joyas.

Nadie entra. «¿Qué hago, Dios?». Dejo de ver el arma y lo miro directo a los ojos.

—¿Quieres que te diga qué siento? —pregunto temblando. Él puede disparar en cualquier momento—. Bien, lamento no haber hablado con Vanesa anoche. No debí pensar que lo podía dejar para mañana, porque tengo un anillo de compromiso en un bolsillo de mi saco... y estoy pensando en que no podré dárselo. —Mi voz se quiebra—. Y me causa todavía más dolor saber que no podré conocer a mis hijos... Y, como si no bastara, también lamento el dolor que sentirán nuestros padres al saber que uno de sus hijos mató al otro. Porque ellos no solo llorarán por mí.

—Así que eso sientes —dice en voz muy baja.

Asiento mientras observo a mi hermano temblar sin dejar de apuntarme con el arma.

—Es todo lo que necesitaba saber —añade y percibo en su rostro que intenta coger valor.

Va a disparar.

Cierro los ojos y me imagino en un cuarto de hospital recibiendo a mis hijos en los brazos de Vanesa. Quiero morir pensando en ellos.

Entonces escucho un disparo.

Mi cuerpo se tensa y me yergo aún más en mi asiento. Tomo aire y espero. No caigo. Pensé que el disparo me haría caer, pero… no... Y el dolor que me invade es solo tensión. «¿Qué pasa?». No siento nada, aunque quizá eso es lo que debo sentir: nada.

Abro los ojos y observo mi pecho y mis brazos. No hay sangre. No hay nada. Estoy bien.

Enseguida miro al frente, buscando a Salva. No está. Con miedo, me pongo de pie y rodeo mi escritorio.

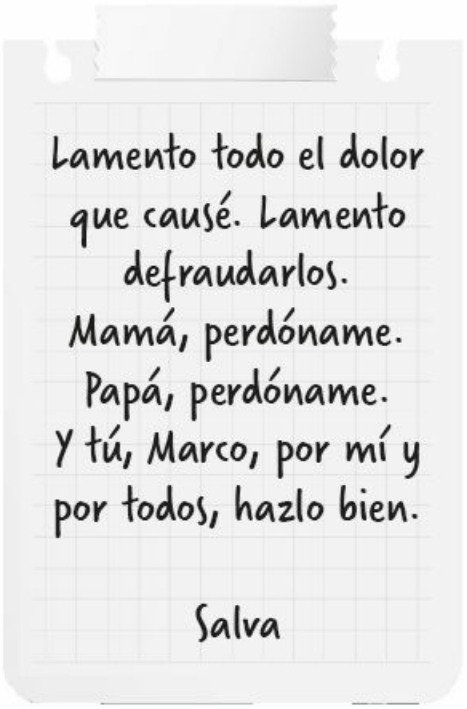
Primero veo su mano, después sangre que, poco a poco, tiñe más oscuro mi alfombra color gris. Continúo rodeando el escritorio y doy dos pasos hacia atrás cuando por fin veo a mi hermano... está recostado sobre uno de sus brazos. «¿Por qué, Salvador?». Me arrodillo junto a él y no pienso en nada más que seguirme preguntando por qué.

Capítulo 51



Marco

Con miedo, pero sumo respeto y paciencia, Vanesa y Gloria me apartaron del cuerpo de Salvador, llamaron a la policía y explicaron lo sucedido. Me retuvieron un par de horas para interrogarme. Sin embargo, no quedó duda de lo que pasó: suicidio. Lo comprobó la posición del cuerpo, las huellas en el arma y la nota de despedida que mi hermano dejó en su coche. Y sobre esta aún se encontraban las joyas de mamá.



Fue terrible dar la noticia a mis padres y, peor aún, verlos leer esa nota.

La gente tiene razón al decir que cuando alguien muere se suele olvidar lo malo y, por el contrario, se exalta lo bueno; pues recuerdo a Salvador como una persona alegre y capaz de influenciar en los demás.

«¿Por qué no usaste eso de forma positiva? ¿Por qué tuviste que elegir mal?».

Cansado, y porque era necesario, envié a los empleados a sus casas y vine al apartamento. Mis padres, necesitados de consuelo, se encuentran con sus amigos más cercanos, pero yo quiero estar solo. Necesito estar solo. Me siento tan... culpable.

«¿Pude hacer algo más que solo hablar? ¿Hay algo que no dije para evitar que tomara esa decisión? ¿Debí intentar ayudarlo un poco más en lugar de juzgarlo?».

Mi cabeza está llena de preguntas. Y, al mismo tiempo, intento luchar con los demonios que tengo dentro desde hace mucho.

«No voy a beber. Debo ser fuerte».

Veo la botella frente a mí como si fuera una amante peligrosa.

«No voy a tocarte. Ya no más». ¡Pero eso no aleja las preguntas!

«¿Pude hacer algo más? ¿Hubo señales que no vi? ¿Mis padres se preguntarán si pude evitarlo? ¿Me culparán?».

Trato de alejarme de la botella.

«No voy a tocarte. ¡Ni siquiera voy a mirarte!».

Paso un par de minutos más de agonía hasta que escuchar el timbre me saca de un infierno personal.

«Quién seas, vete...».

La idea de que algún extraño venga a visitarme para darme el pésame me enfada. Soy el tipo de persona que prefiere vivir el dolor en soledad. Necesito silencio. Necesito pensar. No quiero hablar con nadie.

Pero el timbre vuelve a sonar.

«Vete... Quién seas, vete».

La imagen de Salvador apuntando en mi dirección con la pistola no sale de mi cabeza. En sus ojos vi decisión; sabía que iba a disparar, la decisión estaba tomada. Lo que nunca imaginé fue que...

«¿Por qué, Salvador?».

Esta vez, en lugar del timbre, escucho que alguien grita.

—*¡Sé que estás ahí! ¡Por favor, abre!*

«Esa voz».

Camino hacia la puerta dando largas zancadas y abro.

Ahí está ella.

Vanesa.

—Quería saber si puedo ayudar en algo —dice. Puedo notar que se pregunta si hizo bien en venir; incluso mira hacia su derecha, como si considerara la posibilidad de marcharse. Tal vez mi semblante confuso la hace dudar que me da gusto verla—. Sé que no es buen momento y que tampoco está en mi contrato de trabajo ayudarte en tu apartamento, pero...

Se muerde el labio inferior al intentar explicarse y ver su rostro contorsionarse al pensar que la voy a echar me conmueve.

Porque jamás haría eso.

—Y es que no hemos dejado nada en claro —continúa al mismo tiempo que coloca un mechón de cabello detrás de su oreja, lo que sigue indicando que está nerviosa—. Y sé que no es el momento oportuno para decir esto, pero... —Coge un poco de aire—. Ay, Marco, quiero que sepas que me puedes ver como un apoyo dentro y fuera de la oficina... Lo juro.

Doy un paso al frente y la abrazo para que no diga más. No necesito palabras, necesito un ancla; de modo que, para su sorpresa, mis brazos se aferran a ella temiendo que si la suelto se marche…otra vez.

—Quédate —le suplico.

Vanesa da un traspié en mis brazos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta en voz baja, con miedo.

Sé por qué tiene miedo, teme ser una más; me lo dijo, prefiere ser mi asistente el resto de su vida que solo una más.

La suelto y me alejo unos pasos para poder mirarla a los ojos.

—Para siempre —digo con decisión.

Lo he pensado y Vanesa es la indicada. Solo falta que ella me considere a mí el indicado.

—Bien —responde feliz—. ¿Quieres que prepare café?

Asiento como si en lugar de eso ofreciera aire a mis pulmones y la dejo pasar. Vanesa, todavía dudosa, se quita el abrigo que trae puesto y lo deja en el perchero junto a la puerta. Después camina directa a la cocina. Yo, mientras, me siento en un banquillo del desayunador y, atento a cada movimiento, la miro prender la cafetera, echarle agua y colocar dentro café. En tanto espera a que esté listo, busca el azúcar y dos tazas.

Es un hermoso espectáculo verla, porque esto va más allá de preparar café, Vanesa no solo está haciendo eso, es mucho más. Es como si se rompiera una barrera y nos dijéramos el uno al otro que algo tan significativo entre jefe y asistente, como servir un café, a partir de ahora ocurrirá en la intimidad.

Acabo de abrirle las puertas de mi casa.

Acabo de dejarla entrar a mi vida.

Y lo mismo ella conmigo.

—Sacaré unas galletas —digo yendo hasta una alacena porque de ninguna manera pienso dejarla hacer todo. Me esforzaré.

—La mesa en el centro de la sala —responde refiriéndose a una mesa pequeña instalada entre mis sofás.

—¿Qué tiene?

¿Por qué quiere hablar de una mesa?

—Es de vidrio y tiene cosas frágiles encima —explica antes de tragar saliva y limpia el sudor de sus manos en la ropa—. Todo el apartamento hay que acondicionarlo para tener niños pequeños.

Sonrío abiertamente. «¡Se van a quedar!».

—En realidad pensaba comprar una casa.

Y cuando pienso que Vanesa está por saltar de la felicidad, lo que hace es un mohín digno de una niña.

—Pero Carolina va a vivir en el piso de arriba —señala.

Trato de no reír y finjo pensarlo, de manera que, con voz paciente, agrego:

—Está bien, nos quedaremos.

Esta vez sí corre hacia mí.

—¡Abrazo de grupo!

—¿Abrazo de...? —Dejo la pregunta en el aire—. Ah, sí. Los bebés.

—Tonto.

Al separarnos tiro un poco de la blusa que trae puesta y acaricio con ternura su vientre.

—Apenas puedo creerlo —confieso y me arrodillo para besar su ombligo.

«Ya quiero ver a los gemelos».

—Presiento que papá quiere besar algo más que mi vientre —les dice a los bebés.

Levanto la mirada para buscar la suya, que, como algo nuevo para los dos, trata de mostrarse segura al tomar la iniciativa, pese a que aún se siente tímida.

—Estupenda idea, mamá —digo y, con decisión, hago un camino de besos del ombligo a su boca—. ¿La cocina, la sala o mi cama?

—Dejemos para más tarde lo de ser creativos —decide sacándole el nudo a mi corbata—. Empecemos por la cama... Oh, Dios, ¡siempre quise hacer esto! —agrega dejándola a un lado.

—¿Estar conmigo en mi cama? Ya lo hicimos.

—Pero no estábamos sobrios —me recuerda y comienza a desabotonar mi camisa—. Aunque hablo de desvestirte. Siempre quise sacarle la ropa, jefe.

Levanto los brazos, dispuesto a todo lo que quiera hacerme, y eso la hace reír. Y aunque sigue ocupada con los botones, se detiene en el último al escuchar que la cafetera suena, indicando que ya podemos servir el café.

—¿Lo dejamos para más tarde? —pregunta, intentando decidir si abotona otra vez mi camisa.

—¿El café? —pregunto interrumpiéndola y la tomo por la cintura para coger impulso y cargarla sobre mi hombro.

—¡Marco!

Quiero que entremos en mi habitación como recién casados.

—El café es lo que vamos a dejar para más tarde —digo con voz juguetona y camino lo más rápido posible hasta mi habitación—, porque desde hace mucho, usted, señorita, me debe el recrear cada escena de sexo que escribió en esa novela.

—¿Y si la cafetera hace cortocircuito por no apagarla? ¡Agarrará fuego el apartamento, Marco! —grita asustada, pero tampoco pone resistencia.

—Tengo detectores de humo que echan agua —contesto abriendo la puerta de mi habitación y la dejo caer sobre la cama—. Aunque creo que lo único que agarrará fuego aquí son estas sábanas.

Cuando abre la boca, sorprendida ante tal declaración, acorto la distancia entre su pecho y el mío y la vuelvo a besar.

—Finalmente conmigo —digo, dándole un respiro—. Ahora falta que Valentina elija a Carlo.

Eso la hace reír, pero, sin previo aviso, vuelvo a tomar sus labios. Necesito, *me es imprescindible*, seguir besándola.

***

El día terminó con nosotros cenando en la cama para no tener que salir de esta.

Me gusta frotar la nariz con la de Vanesa y después besarla. Quiero que su ropa esté en mi *closet*, su cepillo de dientes junto al mío y que mi almohada huela a ella.

Salgo de la cama para coger mi saco, busco en un bolsillo el anillo de compromiso y se lo muestro.

—¿Aceptas ser la señora Maldonado tres?

—¿Tres? ¿Quiénes son la uno y la dos?

—Mi abuela y mi madre, y ni intentes decirles lo contrario.

Vanesa no aparta sus ojos del anillo.

—Claro que no, ¿pero esto es en serio? —duda tomándolo entre sus manos con cuidado.

—Iba a dártelo en mi despacho, pero ya no parece el lugar adecuado —digo al recordar lo que pasó con Salvador.

Estamos mitad sentados mitad recostados. Vanesa se abalanza sobre mí y me abraza. Ya no solo escribe que me ama, me lo demuestra.

—Yo no quería un anillo. Te quería a ti.

—Para mí es importante que tengas ese anillo.

Y, aunque necesite fingir que no le importa, no deja de mirarlo con ilusión.

***

Pensé que nada nos haría salir de la cama, pero me equivoqué. Vanesa dijo algo sobre tener que hablar ya con Carolina, se vistió y la llamó. Solo me avisó que estarían en una cafetería aquí cerca.

Mientras me tomé un tiempo en la cocina y preparé algo más de comer y café, también llamé a mamá. Está ocupada organizando el servicio funerario de Salvador, pero la animó saber que Vanesa se mudará conmigo.

Y estoy por regresar a la habitación cuando el timbre suena. ¿Otra vez? «Es muy pronto para que Vanesa esté de vuelta», pienso. ¿Quién será hoy y a esta hora? No quiero ver a nadie que no sean mis padres o Vanesa, pero reconozco que estoy de mejor humor que hace un rato, por lo que decido abrir.

Es Daniel. Estrechamos manos y lo invito a pasar. Él acepta, sin embargo, no entra del todo. Es como si tratara de que no cierre la puerta.

—Deberíamos organizarnos y pensar qué haremos mientras ellas salen a platicar —dice y asiento—. Las opciones son póquer, ajedrez, videojuegos o ver la saga de *La Guerra de las Galaxias* cientos de veces más.

—Me parece bien.

Le hago otra señal para que entre, pero sigue sin decidirse.

—¿Cómo estás?

Sé que habla de Salvador.

—Mejor continúa proponiendo qué sagas ver —respondo frotando los ojos con los dedos. Me siento cansado—. ¿Te gusta *Indiana Jones* o te va mejor *Breaking Bad*? Planeaba ver otra vez todas las temporadas.

—*Breaking Bad* suena bien —dice mirando de reojo más allá de la puerta. «¿Qué le pasa?».

—Ellas van a tardar, mejor entra.

—Sí, sí... pero no vengo solo —admite, apenado.

«¿Cómo?». Apenas termina de decir esto y tras él se aproxima Armando.

—Hola —saluda sin mirarme a la cara—. ¿Yo... también puedo pasar?

«Maldición».

—¿Vienes a buscar a Vanesa? —pregunto a modo de hacerle ver que ahora estamos juntos. Aunque suene cruel.

«Porque si piensa que...».

—A los dos —aclara.

Y aunque aún tengo mis reservas, le dejo pasar.

Capítulo 52



Marco

No tengo ningún problema con que Daniel me visite, me agrada, mi incomodidad se debe a la presencia de Armando. ¿Qué hace aquí? ¿Qué intenta?

—Cada vez que te veo no puedo evitar recordar que sueles quedarte con cosas que me pertenecen —digo. Sin embargo, cuando trata de hacer un comentario sobre Vanesa, añado—: Un libro de Derecho, un abrigo que inicialmente le presté a Daniel...

—Sí, recuerdo ese abrigo —interviene este.

Sin otro remedio, les pido tomar asiento y preparo más café.

Armando se comporta con reserva, sobreentendiendo, supongo, que mi comentario anterior también tiene que ver con Vanesa.

—Respecto al libro... —empieza.

—Te lo presté cuando estudiábamos.

—No lo recuerdo —admite esbozando una mueca—. El abrigo me encanta, ese no te lo pienso regresar.

Y estoy a punto de decir algo cuando agrega:

—Es mi premio de consolación por quedarte tú con Vanesa.

Estiro la boca en un mal intento de sonrisa.

Despejó mi duda sobre si realmente la quiere. *La quiere*. Realmente la quiere. El problema es...

—Vanesa nunca te perteneció —dejo en claro, porque no sé qué pretende al venir aquí si sabe que ahora está conmigo.

—A ti tampoco —responde devolviendo el guante—. No sé si lo sabes, pero dudó de que estuvieras listo para una relación seria.

Eso duele.

—Ya no tiene dudas, créeme —me defiendo.

Daniel mira del uno al otro.

—¿Podemos comportarnos con madurez? —interrumpe—. No resolveremos esto si se comportan como un par de niños que pelean por una pelota. Porque hablamos de una chica, no de un juguete.

—Él empezó —respondo al mismo tiempo que me cruzo de brazos—. No sé qué hace aquí, pero quiero que tenga claro que no voy a permitir que...

—No vengo a interponerme —asegura—. Solo quiero hablar con Vanesa.

Su semblante, al igual que el mío, es de cansancio. Pronto recuerdo que también se encuentra de luto y me siento mal por ser hostil.

—Lamento lo de tu abuela.

Después miro a Daniel, que con un gesto demuestra estar de acuerdo en que debo ser amable.

—Y yo lamento lo de tu hermano —dice Armando.

—Es difícil —admito.

Es lo único que se me ocurre verbalizar.

—¿Se sabe algo de los Govea?

—Por ahí están, supongo, pero no darán la cara. Es cruel decirlo de esta forma, pero el problema era con Salva. Nosotros... no les debemos nada.

—Entiendo.

Aunque mejor ir al grano.

—¿Qué quieres, Armando? —insisto en saber.

Con otro gesto, Daniel vuelve a recordarme mantener ligero el ambiente.

—Vanesa me terminó por correo electrónico —empieza.

—Oh. —Disimulo mi sonrisa con una mueca.

—No fue tan doloroso cuando un instante después llamé a Daniel y me dijo que desapareció. Entonces me preocupé por eso.

—Ya veo.

—Y por lo mismo regresé. Quería... ayudar a buscarla.

—Ah.

—Pero lo importante es que ya se encuentra bien.

—Sí, eso es lo importante.

Al cabo de unos segundos nos quedamos en silencio y es incómodo. Estoy sentando frente a Armando y Daniel a un costado, recordándome al árbitro de una pelea. Por otro lado, la actitud de Armando me indica que ya sabe lo de los gemelos, y me siento mal por él; quiere a Vanesa, en su lugar yo estaría devastado, pero tampoco puedo reprimir al cavernícola que hay dentro de mí.

—Lo que pasó con Vanesa fue antes de que ustedes empezaran a salir —aclaro volviendo a intentar ser amable—. No creas que ella y yo...

—Sé que no —dice. No obstante, no añado nada más para forzarlo a contar por fin a qué vino —. Marco, lamento si te incomodo. A ti solo quería decirte que confío en que eres consciente de la maravillosa mujer que es Vanesa. Es dulce, atenta...

—Tengo claro eso —le corto y se siente bien hacerlo—. Y no quieras verte como el bueno, sé lo que tratas de hacer.

—¿De qué hablas?

Observo de reojo a Daniel. Tampoco comprende a qué me refiero.

—Vienes a victimizarte.

—No seas tonto, Marco.

—¿Entonces qué quieres?

—Ya te lo dije: hablar con Vanesa.

—No viene a nada malo —lo secunda Daniel.

Me vuelvo hacia él.

—¿Tú qué harías si un exnovio de Carolina quiere hablar con ella?

—En primer lugar, no lo habría dejado entrar —responde—, y lo echo del edificio. Pero como tú sí dejaste entrar a Armando, ahora te aguantas.

Resoplo y devuelvo mi atención a él.

—¿Sabes por qué me incomoda tu presencia? —cuestiono con enfado, pero no le dejo responder—: Eres perfecto. Desde que empezaste a salir con Vanesa tuve miedo porque tú, lo admito, eres un buen tipo.

—¿De qué hablas? Yo nunca tuve oportunidad con ella. Te nombraba en todas nuestras conversaciones, me hacía ver día y noche cuánto se preocupa por ti...

Me gusta oír eso.

—Yo llegué a la vida de Vanesa cuando ella ya había elegido —continúa—. Siempre fuiste tú, yo fui un paliativo.

Mi confianza ha sido restaurada.

—Entonces... supongo que ya no quieres estar con ella.

Espero que conteste que no.

—¿Por qué no querría estar con ella? —increpa, sorprendiéndome.

Vanesa

Cuando regresé de mi charla de actualización de acontecimientos importantes con Carolina me encontré con un Marco silencioso y distraído.

—¿Qué tienes? —le pregunto en tanto me saco los zapatos y me preparo para volver a la cama.

Llamé a mamá para decirle que esta noche ni nunca más volvería a dormir en casa. Al principio la escuché triste, pero prometió superarlo si la dejo cuidar a los gemelos. No puedo evitar sonreír al imaginar a Marquito uno y dos probando sus batidos.

—Daniel vino —dice.

Tardó en responder, lo que me hace pensar que quizá está preocupado.

—¿Y de qué hablaron?

—Qué haremos mientras ustedes no están.

—Ajá, ¿y qué tramaron?

—Portarnos mal. Muy mal.

Intentó hacer una broma, pero se ve apagado. Y como imagino que se debe a lo que sucedió recién con Salvador, le doy espacio.

Al día siguiente, en la oficina, Gloria me cuenta que empezará a tramitar su jubilación. Me entristece, pero sé que nadie mejor que ella merece un descanso. Fue el hombro de *Calamity* Vanesa durante un largo rato y eso es muuucho para hacer.

—Te quería más tiempo cerca de Marco —digo abrazándola—. Ahora tendré que buscarle una secretaria igual de eficiente y menos sexi.

—Gracias por lo de «menos sexi». —Sonríe acariciando mi vientre. Aún no ha crecido mucho, pero no tarda—. Apenas puedo creer que lograras ser todo lo que deseabas: una colaboradora más tomada en cuenta, la prometida del jefe... —«Sí, todo eso lo dije en mi novela», recuerdo. Ella también mira con emoción mi anillo de compromiso—. ¡La prometida del jefe! —repite y me abraza más fuerte de lo que yo la abracé—. Estoy tan feliz por ti, Vane.

—Siempre has sido mi apoyo en todo. Hasta compartiste conmigo tu escritorio. Te voy a extrañar, Gloria.

—Haría eso y más, aunque no fueras la novia del jefe. ¡Ay, la novia del jefe!

Le digo que baje la voz, pero no me hace caso. Qué más da. A esta hora ya todos en la oficina deben saber que me casaré con Marco.

—¿Y cuándo te vas? ¡No digas *pronto*! ¡No digas que pronto, Gloria!

—Nada de eso. —Sonríe pícara—. De entrada te digo que soy la encargada de organizar el *baby shower* que te haremos aquí en la empresa.

—También te invitaré al que me organizará Glenda.

Me gusta estar cerca de quienes me conocen bien. Ahora que mi vida cambia no quiero olvidar quién soy y de dónde vengo. Quiero seguir escribiendo en Wattpad, quiero seguir comprando

donas fuera de la empresa. Incluso le pedí a mamá el disco de Céline Dion para despertar a Marco con *I'm alive*. No me dan miedo los cambios, ¡me encantan estos! Pero quiero seguir siendo yo mientras avanzo.

Con todo eso, con Gloria y las demás chicas de la oficina estamos preparándonos para salir a almorzar cuando la recepcionista llama. Pero la llamada no es para Marco o algún otro ejecutivo de la empresa. Increíblemente, es para mí.

«¿Para mí?».

Me apresuro a contestar.

—*¿Vanesa Salcedo?* —pregunta la persona al otro lado.

—Sí, ella habla.

Gloria me pregunta quién es. Le hago un gesto de que no tengo idea.

—*La llamamos a su teléfono personal, pero no contestó* —dice la voz. Es una mujer.

Le pido a Gloria que me pase mi bolso. «Maldición». Para que nadie interrumpiera mi primera noche con Marco puse el teléfono en silencio.

—¡Sí, lo lamento! —Intento sonar tan apenada como realmente me siento—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—*Eso espero.* —La mujer en la otra línea ríe. Noto que está nerviosa—. *Le llamamos de una editorial.*

Abro mucho la boca.

—¿Edi... qué?

Siento que mi corazón se acelera.

—*Editorial. Somos nuevos en el mercado, pero su historia nos interesa.*

«¡Mi madre en tanga bailando *I'm alive*!».

Suprimo un grito y alejo el teléfono de la boca.

—Es una editorial. Están interesados en mi historia —le cuento en voz baja a Gloria y a las demás chicas de la oficina, pero estoy saltando. Todas gritan debido a la felicidad y alertamos al resto de compañeros. Incluido Marco, que sale de su despacho para ver qué pasa.

—¡Están llamando a Vanesa de una editorial! —le cuenta Gloria y enseguida lo obliga a saltar con ella.

Y aunque sé que Marco está feliz por mí, todavía parece preocupado. Estaba así anoche, también hoy por la mañana. Sospecho que ya no tiene que ver con Salvador porque, más que triste, luce intranquilo.

Aun así, por el momento me debo concentrar en la llamada. Todavía tengo a la representante de la editorial al teléfono.

—Estoy interesada —digo—. Muy interesada.

—*Me encanta escuchar eso. ¿Qué le parece si nos reunimos a las cuatro en el Starbucks de la quinta avenida?*

—Sí, perfecto.

Tomo sus datos y cuelgo; apenas lo hago grito y salto. Mis compañeros, también contentos por mí, hacen fila para abrazarme.

—¡Oh, Dios! ¡*Me voy a follar a mi jefe* podría tener editorial!

—Esto lo tenemos que celebrar, Vanesa —propone Constanza y más compañeros están de acuerdo.

Todos se apuntan para organizar una fiesta. Sin embargo, a mí me sigue preocupando Marco. Lo alejo del grupo y le pregunto qué pasa.

—Tenemos que ir al aeropuerto —dice.

—¿Qué? —Eso no me lo esperaba—. ¿Para qué?

Mira hacia todos lados antes de responder. ¿Me esconde algo?

—Anoche no solo Daniel vino a mi apartamento. También Armando.

—¿Qué?

—Y quería hablar contigo, pero... le dije que no era buena idea.

—¿Por qué hiciste eso?

Ahora me siento molesta. Marco se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿Temor a perderte?

—¡Eres un tonto!

—El avión que lo llevará de vuelta a Deya sale en una hora —confiesa preguntando de forma implícita si quiero ir.

—Bien, llévame.

Y allá voy, a hablar con mi exnovio, que empezó como mi novio falso para tratar de engañar al que ahora es mi novio verdadero.

Capítulo 53



En el camino al aeropuerto noto a Marco callado. Dijo que Armando lo visitó, pero no entra en detalles respecto a qué platicaron.

—¿Cómo lo viste por lo de su abuela?

—Bien, siempre ha sido fuerte.

—O eso aparenta —respondo.

Pero Marco no me pone atención. Golpea la bocina de su coche porque otro se le atravesó.

—¡Idiota! —le grita al conductor.

Lo miro molesta.

—Tú te adelantaste. ¿Qué te pasa?

—Nada —responde, serio.

¿Nada? ¡«Nada» serán mis nalgas creciendo a causa de un embarazo no planificado!

—Eres un tonto, Marco Maldonado —lo regaño una vez más.

No me contradice y seguimos en silencio el resto del camino al aeropuerto. Al llegar bajo a toda prisa del coche y me apresuro a entrar. Tengo que buscar el área de *check-in* porque una vez Armando pase ese control e ingrese en la terminal no podré hablar con él.

Llego sin problema.

No es cierto, soy Vanesa Salcedo y en el camino tropecé con un grupo de aeromozas, un señor en silla de ruedas y, por último, casi resbalo sobre el piso recién encerado, pese a que hay una señal que indica *no pasar*.

«Mierda».

—¿Señorita se encuentra bien? —me pregunta un anciano que me ayuda a incorporarme.

—¡Sí, sí!

Le doy las gracias y sigo corriendo. «Armando. Armando. ¿Dónde estás, Armando?».

Grito cuando lo veo. Es el cuarto en la fila para entregar el boleto.

—¡Armando! —lo llamo.

Se vuelve para ver si es el Armando a quien llaman y me alegra que sonría al ver de quien se trata. De inmediato camina hacia donde estoy al ver que dos policías me detienen porque no puedo avanzar más sin tener un boleto.

—¡Vanesa!

Llega a mí y nos abrazamos. Hasta parece el final de una película romántica.

—Pensé que me iría sin hablar contigo —dice, su tono de voz se escucha triste.

Y tampoco me suelta. Está genuinamente emocionado.

—Te digo lo mismo. Tú también eres un tonto.

—Marco no quiso que...

—Eso ya no importa.

—¿A él también lo llamaste tonto? Porque realmente lo es si dudó que lo amas.

Asiento.

—Pero sabe que tú también eres importante.

—Aunque no de la manera que quisiera.

Miro hacia abajo.

—Armando, yo...

—Pero me siento feliz por ti.

Vuelvo a alzar la cara.

—¿En serio?

No quiero que me odie.

—Y se lo dije a Marco. Todavía quiero quererte. Todavía te quisiera conmigo... pero sé perder.

—Gracias.

—Eso es lo que te quería decir ayer, Vanesa; yo... no debí presionarte. Es solo que... me dolía que amaras a alguien que, en ese momento, pensé que no lo merecía. Sé cuánto vales y créeme cuando te digo que para mí hubiera sido un honor ganarme tu corazón, pero lo dijiste en tu correo... ese ya tiene dueño.

—Lamento haberte terminado por correo.

—No, estuvo bien, lo enmarcaré, lo pondré sobre mi pared y, con orgullo, les hablaré a mis nietos de Vanesa Salcedo, la mujer que me rompió el corazón, pero que merecía la pena luchar por ella.

Otra vez lo abrazo.

—¿Ves? Por eso quise venir. Tú te mereces que te explique. Mereces que...

—Que me recuerdes con cariño y aceptes que sigamos siendo amigos —termina por mí y corta nuestro abrazo para tenderme su mano—. ¿Amigos?

Acepto.

—¿Por qué estás tomando todo tan bien? —pregunto de todos modos—. No lo merezco.

Estoy acostumbrada a los tipos que arman drama.

—Quiero que me recuerdes bien —asegura pese a que hay tristeza en sus ojos—. Y tú no te mereces menos. El tiempo que estuvimos lejos me di cuenta que no es que no hayas intentado quererme, yo te conocí tarde; tal vez en otra vida llegue a tiempo.

Aprieto con más fuerza su mano.

—Y no debes tener miedo de mostrar tus sentimientos. Lo hablamos, ¿recuerdas? —Asiento otra vez—. Eres dulce, encantadora, hermosa... *muy* hermosa. Mereces que te amen con la misma intensidad que escribes tus novelas. —Niego con la cabeza y agrega—: Porque es así como tú amas y todo debe ser recíproco... Ven, dame otro abrazo. —Lo hago—. Y sé que Marco lo hará bien. Él te ama bien.

—Tú también mereces todo eso —lloro.

—Estaré bien, te lo prometo. Estoy a punto de tomar un avión. Estaré dos meses fuera. —Rompemos el abrazo y nos miramos—. Me daré la oportunidad de atender a una persona que tengo olvidada desde hace mucho y que también merece tiempo.

—¿Quién?

—Yo.

Me suelto a llorar y veo a Armando mirar de mí al lugar donde tiene que hacer *check-in*.

—Me toca. Me tengo que ir.

—Cuídate —le pido.

—Tú también.

Camina de espaldas para no dejar de mirarme.

—¡Y ya no te metas en muchos líos! —aconseja.

Arrugo la nariz y le mando besos al aire.

***

Marco estacionó el coche y ahora tiene la cabeza apoyada sobre la bocina. Abro la puerta del copiloto y subo con él.

—Eres un tonto —le repito—. Estoy contigo, soy la mamá de tus hijos.

—Es que sé que Armando te merece. Y a ti te importa.

—Por supuesto. Es mi primer exnovio que no es idiota. Pero te amo a ti.

Levanta el rostro y me mira.

—Repítelo —pide.

No me di cuenta de lo rápido que lo dejé salir.

—Te amo a pesar de lo tonto que eres por creer que no te amo lo suficiente.

—Y vas a tener a mis hijos —dice convencido y vuelve su atención hacia la puerta del aeropuerto—. ¿Oíste eso? ¡Va a tener a mis hijos!

—Tonto, tonto, tonto —repito.

Al terminar de decir eso me vuelve a abrazar y me besa como si reclamara ser el dueño de mis labios. «¡Un momento, esa última frase es perfecta para el final de mi novela!», resuelvo conteniendo la emoción.

—Tienes que ir a tu reunión con la editorial —dice cuando nos separamos.

—No sé si llegaré a tiempo. —Miro la calle que rodea al estacionamiento. Hay una larga fila de vehículos—. Hay demasiado tráfico.

—Llegaremos —asegura y se apresura a arrancar el coche.

***

Astrid, de la editorial, y su asistente me esperan en una mesa cerca de la entrada del Starbucks, pero mira su reloj. «Mierda». Llego media hora tarde, pero para mí era importante hablar con Armando.

Nerviosa, me acerco a la mesa y saludo.

—Buenas tardes.

Marco intenta alejarse, pero lo invitan a que nos acompañe. Nos sentamos y busco su mano bajo la mesa. Entonces la aprieto con fuerza. Esta es quizá la reunión más importante de mi vida.

—Vanesa Salcedo, ¿cierto?

Hago un gesto afirmativo y miro de Astrid a su asistente.

—Yo... soy la escritora.

—Estupendo —dice—. *Wow*, Vanesa. La historia realmente nos ha conmovido.

—¿En serio? —pregunto con sorpresa. No muchos creen en la literatura erótica—. Sé que puede llegar a ser un poco *shockeante*, pero al final del día es otra historia de amor —digo confiando en la calidad de lo que escribí. Marco, a mi lado, asiente—. Todavía tengo que publicar el epílogo, pero me da gusto que ya tengan una idea general de cómo es la novela.

—¿Hay un epílogo? —pregunta la asistente de Astrid. Parece confundida.

—Sí. Lo mencioné ahí mismo, en la historia. —Esta se apresura a leer las hojas que trae. También luce confusa—, pero la novela está casi lista. Y una amiga me dijo que sigue en el

primer lugar de Wattpad.

—¿Wattpad?

Esta vez soy yo la que se muestra aturdida.

—Sí, Wattpad. ¿No estamos hablando de *Me voy a follar a mi jefe*?

A Astrid se le suben los colores al rostro y mira hacia los lados temiendo que alguien me haya escuchado.

—¿Me voy a qué...?

—Follar a mi jefe —repito, mirando de ella a Marco—. Bueno, ya me lo follé, pero así se llama la novela.

—¿Novela? —pregunta la asistente de Astrid.

«¿Qué rayos?».

—Pero Vanesa le puede cambiar el nombre si lo sienten demasiado candente —interviene Marco, negociando, pues la esencia de la historia no está en el nombre—. Ya lo habíamos hablado.

—Así es —digo para convencerlas. No quiero perder la oportunidad—. Pensamos llamarla *Vanesa entre líos*. Bueno..., *Valentina entre líos.*

Tanto Astrid como su asistente tienen la boca abierta y los ojos arrugados. Su semblante, pese a explicarles todo, continúa siendo de confusión.

—Creo que no nos estamos entendiendo —reconoce—. El osito y la hormiguita en ningún momento follan.

Dice «follan» como si se tratara de una palabra satánica.

—¿El osito y… la hormiguita? —pregunto.

—Sí, esa fue la historia que nos enviaron.

Astrid me muestra el correo electrónico que recibió. Ahí están mis datos, pero el remitente tiene el nombre de papá.

«Cielo santo». Ahora somos Marco y yo los boquiabiertos.

—La historia que queremos publicar es *El osito que saltó sobre un arcoíris* —dice Astrid con orgullo y evidente emoción.

Marco y yo no podemos evitar reír. Reír *con ganas*.

Y es que así es esto. No todo sale como esperas, pero al final, si tienes paciencia, cada cosa se acomoda en su lugar.

Escena Extra



Te presento a Vanesa.

Me estoy cuestionando si al final fue buena idea decirle a papá que me puedo hacer cargo de Grupo M. Esto porque, conociéndolo, preferirá que colapse en el intento a que lleve a la banca rota a la empresa.

«Tú puedes, Marco», me doy ánimos.

Estaciono mi coche, salgo de este y luego del estacionamiento, y, ya de pie frente a la empresa, echo mi primer vistazo al pequeño imperio Maldonado: un edificio de seis pisos repleto de personas dispuestas a engrosar la billetera de papá.

Espero que no me reprochen no visitar antes este lugar. Papá es de carácter «especial» y preferí evitarlo.

Grupo M se dedica a algo complejo: Respaldo financiero. Compramos empresas a punto de quebrar, invertimos en ellas y las devolvemos al mercado vendiéndolas a un mejor precio.

Y esto no debería ser un reto para mí. Es decir, en la universidad más que dedicarme a sacar buenas notas me enfoqué en «conocer gente». Soy «el tipo que conoce al tipo que le venderá al otro tipo», porque debo tener buen ojo para elegir qué empresas comprar, cómo sacarlas de su bache, levantarlas y encontrar un comprador.

«Tú puedes, Marco».

Me vuelvo hacia los negocios situados frente a Grupo M, los hay varios: un banco, una firma de arquitectos, un restaurante y una tienda de postres... de la que, además, está saliendo una hermosa rubia que está comiendo una dona. Llama mi atención porque en una mano trae la dona y un catálogo de revista, y en la otra un bolso y su teléfono móvil. ¿Cómo hacen las mujeres para poner atención a tantas cosas al mismo tiempo?

Cuando cruza la calle atisbo a escuchar un poco de su conversación.

—Mamá me preparó una mezcla de pepino y rábano —dice saboreando el glaseado de la dona con la lengua y mejor no decir el efecto que tiene en mí verla hacer eso—. Qué te digo. Ho-rrible... No, no me compré una dona... —miente, haciéndome reír—. Empiezo la dieta el lunes... pero no este, el que sigue porque ya viene el cumpleaños de papá y preparará comida italiana... Espérame porque me pica la nariz.

Para rascarla, cambia su teléfono de una mano a la otra y luego hace lo mismo con el catálogo, el bolso y la dona. Todo mientras cruza la calle.

—Aunque estamos a un par de meses de diciembre —retoma la conversación—. Mejor empiezo en enero... aunque no me siento gorda. A ver...

Al llegar a mi lado de la calle la veo girarse para poder ver su trasero en el reflejo de una ventana de Grupo M... dándome, así, un buen espectáculo.

—Mmm... Pongámoslo así —dice a la persona en el teléfono, aún observa sus curvas—: Si me pongo de pie junto a Keira Knightley estoy enorme, pero junto a Adele estoy en forma.

Y aunque no me lo pide, mentalmente doy mi punto de vista sobre lo que estoy viendo: rostro hermoso con un aire pícaro, busto firme y bien proporcionado, cintura estilizada, trasero

respingado y piernas de infarto.

—Además, los obreros que trabajan en el edificio no dejan de silbarme —se queja, por lo que yo mismo disimulo que no la estoy mirando—. Deja, les hago mi cara de «los denunciaré por acoso».

Y sí la hace.

Aclaro la garganta para disimular una risa. Después camina hacia la entrada de Grupo M. «Oh, ¿trabaja aquí?». Pero le doy la espalda para evitar que también me denuncie por acoso.

—Ya tengo que colgar, estoy llegando —explica—. Lo harás bien en la entrevista... Sí, tranquila, pronto saldrá algo. Ánimo. Yo recibiré hoy al hijo de papi.

«¿Cómo?»

—El señor Maldonado no deja de repetir que no le quiere confiar a nadie la empresa —continúa y la sigo para escuchar—, pero es su hijo... Sí, lo mismo digo yo. Le va a dar a un plazo para ver si da la talla.

«¿Un plazo?». «Así que papá les ha dicho a sus empleados que no confía en mí». Molesto, entro en la empresa detrás de «término medio entre Keira Knightley y Adele», como ella misma se describe. Sin embargo, la veo colgar y entrar a tiempo en el elevador antes de que se cierren las puertas, dejándome fuera.

«Hijo de papi». De manera que es una de tantas personas a las que debo demostrar que sí puedo manejar esta empresa. «Tú puedes, Marco», repito a mi afuero interno.

Cuando las puertas del elevador se abren en mi piso, camino entre los cubículos procurando mostrarme seguro de mí mismo.

—¿Será él? —Escucho que murmuran los empleados.

—Seguro que sí, mira su cara de «nací entre lujos».

Escuchar eso incrementa mi enojo. Yo he hecho dinero por mi cuenta. Aún no he montado una empresa, pero he trabajado para otras personas e invierto.

—Además viene tarde.

«¿Tarde?» Miro mi reloj. «Cierto», admito y me prometo que será la primera y última vez. A partir de hoy vendré antes que nadie. Debo hacerme respetar.

—¿Tú eres Gloria? —le pregunto a la secretaria más cercana a al despacho de papá.

—Sí —responde, poniéndose de pie. «Bien». La reconocí porque mamá siempre la describe como una mujer mayor bastante agradable—. ¿Usted es el señor Marco Maldonado? —pregunta y asiento—. Bienvenido. Su padre lo está esperando.

Agradezco con un asentimiento de cabeza y entro en el despacho de papá.

—Vienes tarde. —Es lo primero que dice.

—No volverá a pasar. —Suspiro y tomo asiento.

«No debí entretenerme viendo a la rubia».

Papá está sacudiendo un cigarro sobre su cenicero.

—No es fácil estar sentado en este escritorio, Marco —dice sin dejar de observar su cigarrillo —. No es fácil tomar decisiones o asumir que ahora todo está a tu cargo, ¿cierto? Todo lo que pase aquí se te aplaudirá o reprochará.

«Sí, y lo hará él».

—Tengo claro eso —respondo, seguro.

—No me lo parece si te atreves a venir tarde.

«¡Maldición!».

—No volverá a...

—Ya lo dijiste —me interrumpe—. Solo quiero que tengas claro que lo hiciste en tu primer día. Tu secretaria y asistente pudieron asumir que tenías una reunión o viaje. Pero no. Hoy simplemente fuiste irresponsable.

Me hace sentir como un niño regañado.

Alguien toca la puerta y papá le da el visto bueno para que entre.

—Ah, Vanesa —saluda sonriendo.

Me giro para ver quién es. «La rubia». Y trae una bandeja que contiene un vaso con agua y una taza con café. Al verme se muestra confusa, pero rápido vuelve su atención a papá.

—Traje su café, señor —dice tropezando un poco con sus palabras.

¿La pongo nerviosa? ¿Percibe que de nuevo la estoy contemplando de pies a cabeza? Por dentro estoy celebrando que será mi asistente.

—Gracias, Vanesa. —Papá carraspea y le pongo atención—. Marco, ella es Vanesa. Será tu asistente. También se encarga de montar y desmontar la sala de reuniones y atiende a las visitas.

«Una asistente personal».

—Vanesa, él es mi hijo Marco —me presenta papá—. Hazme saber si no se porta bien.

«Claro, tenía que avergonzarme». Vanesa sonríe y procede a servirle la taza con café a papá y a mí el vaso con agua. No obstante, enseguida me pregunta si necesito algo más.

—Un par de hielos.

Cuando está distraída papá se acerca a mí.

—Ni lo pienses, es una buena asistente —me amenaza en un susurro, advirtiendo lo que estoy pensando—. Si te acuestas con ella perderá su trabajo porque eres un cretino que no puede mezclar trabajo y relaciones personales, y Grupo M la perderá a ella.

—He madurado —respondo, digno.

«Adiós, piernas de infarto».

—Demuéstralo.

Una vez dicho eso se pone de pie.

—¿Ya te vas? —le pregunto, asustado.

—Sí —responde y Vanesa, ya de vuelta, se muestra tan confusa como yo—. Tu madre quiere que llevemos a tu abuela de paseo.

Creo que es a papá a quien mamá quiere llevar a distraerse, pues deja Grupo M por problemas en el corazón, de lo contrario nadie lo sacaría de este despacho.

Le pide a Vanesa que cite a todos los ejecutivos a la sala de reuniones para presentarme, después hace lo mismo con los demás empleados y a todos les pide apoyarme. Sin embargo, estos no se ven conformes o seguros de que yo sea capaz de manejar la empresa.

Tengo mucho que demostrar aquí.

Al marcharse papá regreso al que ahora es mi despacho y Vanesa me sigue. No sé por qué. Supongo que debo acostumbrarme a tener una asistente.

Me siento en la silla que hasta hoy ocupó mi padre y doy un ligero vistazo a todo. «Puedo hacerlo igual de bien o hasta mejor que él», me convenzo. Mientras tanto, Vanesa espera indicaciones.

—A partir de mañana vendré media hora antes que todos —digo sin mirarla, porque si lo hago seguro que me demanda por acoso—. Al venir prepara mi café. No puedo empezar el día sin eso. —Pruebo el que dejó sin terminar mi padre y toso un poco—. Yo lo tomo menos cargado —explico y de reojo la miro asentir, obediente—. También me gusta tener a la mano el periódico para leer la sección de finanzas...

«En realidad leo la de deportes».

—Y... necesito mi baño limpio. Mi despacho limpio. ¿Eso te corresponde a ti o al conserje?

—Puedo hacerlo yo.

Una vez más la observo de soslayo. Parece ser la única que no me ve con mala cara a pesar de que hoy más temprano me llamó «hijo de papi».

—Bien —digo y finjo buscar algo en el ordenador para que no sospeche de que en realidad no tengo idea de por dónde empezar.

En la reunión que sostuvimos papá y yo cuando aceptó dejarme a cargo de Grupo M me explicó cómo funciona todo aquí y adicionalmente me dejó un informe detallado sobre la situación de la empresa. «Confía en mi equipo. Cada uno sabe hacer su trabajo», dijo. De igual forma, de acuerdo a mi propia experiencia, también intentaré hacer un par de cosas a mi modo. Por lo demás, recordando que apagué el teléfono para que nadie interrumpiera mientras era presentado, lo saco del bolsillo y lo enciendo. Ahora no deja de sonar. Veinte mensajes entran uno tras otro.

Vanesa alza las cejas.

—La chica con la que salgo es un poco acechadora —explico.

Aunque no tengo por qué.

—Oh.

Mira de un lado al otro, parece incómoda. Tal vez debería retirarla ya y llamarla cuando la necesite.

—Ya puedes...

Y eso iba a hacer cuando el sonido de mi teléfono notifica más mensajes.

—Acechadora —gruño e intento apagarlo de nuevo.

—Si no quiere platicar con ella dígale que está conduciendo y que la llamará más tarde —aconseja... tímida.

Quizá se debate si me molesta que se entrometa. Aunque...hago lo que me dice y funciona. Jeanette deja de enviarme mensajes.

—Buena idea —la felicito—. Te llamaré cada vez que necesite alejar a alguna mujer —bromeo y se sonroja—. Y tú llámame si necesitas alejar a tu novio.

Esa fue una indirecta para saber si tiene.

«Recuerda lo que te advirtió papá, Marco», me reprocho y antes de que responda le indico que puede retirarse.

Esto no funcionará si soy agradable con ella.

Suspiro y esta vez sí evalúo qué hacer primero como nuevo presidente de esta empresa.

Escena Extra



Tu asistente

—Bastante profesional tu asistente —comenta Daniel llamando mi atención.

—Sí. Sí lo es —me apresuro a responder mirando durante un segundo a Vanesa, que sonríe al escuchar mi comentario.

Y estoy pensando en cómo debería sentirme en relación a esta sonriendo halagada porque dije algo que tiene que ver con ella, cuando Daniel agrega:

—Escuché que estudió Administración de empresas.

Y ahora la miro sintiéndome avergonzado por lo poco que sé de ella.

—¿En serio? No sabía eso.

Daniel muestra contrariedad. Le molesta que no sepa mucho de mi asistente.

—También escribe, ¿no? —comenta Armando, haciéndome sentir aún más negligente.

Tengo una asistente que estudió Administración de empresas y que, al parecer, escribe de forma profesional... y no lo sabía.

Devuelvo mi atención a Vanesa, que, de momento, luce abochornada. No parece tomar bien que sepa más de ella y puedo comprender por qué. Me he dedicado a subestimarla y a hacerla de lado por bien de mis bolas, no por ella, ya que tenerla cerca despierta mi instinto cavernícola. En cualquier caso, no es justo para ella.

«No es justo para ella».

—¿Escribe? —pregunto, demostrando con mi tono de voz que quiero saber más del tema.

Además, ¿qué escribe Vanesa? La miro con curiosidad y me atrevo a imaginarla componiendo canciones o redactando poemas.

—Sí, eso me platicó Carolina, aunque no me dijo qué. —Armando le dirige otra mirada expectante a Vanesa—. No sé si artículos, opiniones, novelas...

—Nada de novelas —responde ella, tajante.

«Entonces puede que sí escriba poesía». Asiento al escucharla. «¿A quién? ¿Está enamorada? ¿Qué tienes que decirle al mundo, Vanesa?».

Daniel se encoge de hombros, incómodo. Adjudico tal comportamiento al hecho de que no le gusta hablar de literatura, pues, a pesar de ser un escritor reconocido, su quehacer se enlazó a algo triste.

—Entonces... ¿qué escribes? —le pregunto, procurando romper la barrera que puse entre nosotros.

No tiene nada de malo saber un poco más de Vanesa, que, encima, no alardea al traer a colación su *hobby*, ni siquiera parece querer responder. Es modesta o, peor, reservada en torno a su vida personal y piensa que no debería de entrometerme.

—Bueno, eh...

—¿No eran novelas? —interrumpe Armando—. Eso le entendí yo a Carolina.

«¿Quién es Carolina?».

—No, eh, yo...

Vanesa continúa embrollada con sus propias palabras. ¿Acaso no recuerda qué escribe o solo no quiere decirlo? Está en todo su derecho, en todo caso. Y estoy por pedir a Daniel y a Armando no insistir cuando…

—Cuentos para niños —dice por fin, limpiando en la tela de su falda el sudor de sus manos—. Escribo... cuentos para niños.

«¿Cuentos para niños?».

Daniel suprime una risa, actitud que me molesta, ya que no debería infravalorar a una autora de cuentos para niños solo porque él sea un autor de novelas.

—¿Cuentos para niños? —Sonrío mirando de Daniel a Vanesa, en plan de defender a mi asistente—. Tú tienes sobrinas —subrayo a Daniel, comprometiéndolo—. Deberías leérselos.

—Lo hago todo el tiempo —responde, sorprendiéndome—. A ellas... A ellas les gusta mucho lo que escribe Vanesa.

No salgo de mi asombro. Mi asistente es reconocida en el gremio literato como autora de cuentos para niños y yo ni enterado. «Qué mal, Marco», me regaño mentalmente.

—Menciona alguno de tus cuentos —le pido para ya no ser ajeno al tema.

Ella se sonroja y, una vez más, vacila en decir algo. ¿Tan mal la pone que yo sepa? De modo que, con total seriedad, me pregunto de qué forma me ve Vanesa Salcedo, que teme hablarme de sus aficiones.

—Yo, eh...

Daniel se rasca la cabeza y mira a Vanesa como si la apremiara a hablar ya. «¿Qué diablos?». Me siento derecho, pues, ahora que lo pienso, ¿por qué tanta familiaridad entre Daniel y Vanesa? Lo mismo con Armando. ¿Qué tan cercanos son?

—Bueno, está este de...

—*Un osito saltarín* —responde Daniel por ella.

De nuevo miro del uno al otro.

—Sí, ese... Ese es mi favorito —añade ella más relajada.

Daniel la salvó. «¿Qué pasa entre ellos?».

—¿Así se llama? —pido saber—. ¿*Un osito saltarín*?

—Eh, no, se llama… —Nerviosa, Vanesa balbucea otra vez. «¿Qué tiene de malo que yo sepa?»—. *El osito que saltó sobre un arcoíris*. Eso es. Se llama: *El osito que saltó sobre un arcoíris*.

Daniel se obliga a contener otra risa y a Vanesa no parece importarle la falta de respeto. Insisto en preguntarme por qué tanta confianza entre ellos dos.

—*El osito que saltó sobre un arcoíris* —comento alzando las cejas—. Interesante. Prometo buscarlo.

—Bendito seas, Google —celebra Armando mirándonos a todos. Tiene en sus manos su teléfono móvil.

Y estoy por preguntar en qué red social o blog me sugiere buscar el cuento escrito por Vanesa cuando ella, sorprendiéndonos, corre a quitarle el teléfono.

«¿Qué demonios?».

—Soy autora autopublicada —dice a modo de disculpa, como si de pronto recordara que está actuando de forma extraña frente a su jefe—. Yo misma distribuyo mi historia.

Ella-misma-distribuye-su-historia.

«Guau».

Observo a Vanesa con nuevos ojos. Saber que promueve su trabajo ella misma me hace sentir

admiración, ya que, como empresario novato, también me ha costado abrirme campo.

—Deberías ayudarla, Daniel —le pido.

Considero que él puede ser el contacto que le hace falta a Vanesa para lograr más. «Eso es», me convenzo. «De esa manera resarciré mi negligencia para con Vanesa, convenceré a Daniel para que la ayude».

—Prometo hacerlo —afirma y se lo agradezco.

En cuanto Vanesa se retira, Daniel, Armando y yo charlamos sobre viejos tiempos. No estamos viejos, pero ya han pasado varios años desde que salimos de la universidad y cada uno ha buscado su destino. Destino que, por fortuna, a ellos ha permitido trabajar juntos.

—No me extraña que sean parte del mismo bufete —digo mirando con aprecio del uno al otro.

—Daniel me hizo el favor de conseguirme trabajo con su padre —explica Armando, todavía ojeando con interés su teléfono.

Desde que Vanesa se lo devolvió no ha apartado la vista de este. ¿Nadie le dijo a Calaschi que es de mala educación poner más atención a un aparato que a sus amigos?

—Armando es un gran abogado —agrega Daniel observándolo con orgullo. «Al maleducado de Calaschi»—. Papá no dudó en contratarlo.

En lo que Armando continua más pendiente de su teléfono que de la conversación, me dirijo solo a Daniel:

—¿De dónde conoces a Vanesa?

Francamente, no recuerdo si ya me lo había dicho.

Ríe un poco antes de aclararme.

—Es la mejor amiga de mi novia.

—¿Tu novia?

Me sorprende saberlo, lo acepto. Y no debo de ser el único. Es decir, cualquiera se asombraría al oír que Daniel consiguió rehacer su vida después de todo lo que vivió, pero lo agradezco, me tenía preocupado. Vivimos en el mismo edificio, pero era poco menos que un ermitaño, apenas nos vimos las caras desde que ambos compramos un piso.

Daniel esboza un gesto afirmativo.

—Su nombre es Carolina, y Vanesa, para bien o para mal, es su mejor amiga. Y créeme cuando recalco lo de «para bien o para mal».

—Ya veo.

Intento sacar yo solo mis conclusiones. Pero eso aclara todo, supongo.

Daniel me observa de forma analítica.

—Puedo ver que no sabes mucho sobre Vanesa.

—Nuestra relación es estrictamente laboral —explico y escuchar eso le desconcierta—. Ya no soy el mismo imbécil de la universidad —trato de aclarar, por si se debe a eso que le conmocione que no la conozca bien—. Bueno, sí soy el mismo imbécil en muchos aspectos —admito—, pero no con Vanesa. Ella... Ella es especial.

—¿Especial?

Daniel tampoco sale de su asombro. Un asombro curioso. *Muy* curioso.

Va a ser complicado explicar esto.

—Para mi papá. Él trabajó con ella y le tiene aprecio. —Bajo la mirada. Insisto en que va a ser difícil explicar esto—. Me pidió limitar mi trato con ella.

Daniel niega con la cabeza antes de decir algo más.

—Entonces no es que te sea indiferente —indaga, o al menos eso parece.

Me echo a reír.

—¿Quién te dijo eso?

—Tengo mis contactos —justifica un poco abochornado—, e insisto —agrega, serio—, entonces no es que ignores a Vane porque no te afecte.

«Vane».

—La ignoro, precisamente, porque no me es indiferente —explico esperando que no me juzgue mal—. Tú la viste, es guapa. —Exhalo recordando con veneración sus piernas—. Aunque no voy allí para evitar problemas.

—Sí, suele pasar... —Daniel lo piensa un poco—. Suele pasar que… no notamos el valor de algo hasta que lo perdemos —agrega, filosófico.

—¿A qué te refieres?

No comprendo qué tiene que ver esa afirmación con Vanesa.

—Deberías intentar ser más observador. Como amigo te lo digo.

«¿Por qué?». Empuño una mano y la coloco por encima de mi boca. De momento, y aprovechando que Armando sigue distraído, también estoy meditando...

Daniel dijo ser novio de la mejor amiga de Vanesa, la que, siendo ese el caso, es su *confidente*. ¿Ella le dijo algo a Daniel? ¿Será qué...?

«No puede ser».

—¿Estás teniendo una revelación? —pregunta Daniel con aire divertido. Quién diría que Daniel Saviñon jugaría un papel importante en mi vida pese a ser tan distintos.

—Es tu culpa por no hablar claro —refunfuño.

—Eres un idiota si no lo ves claro —defiende él.

Supongo que sí. Entonces, ¿Vanesa está interesada en mí?

Escena Extra



«Me voy a follar a mi jefe»

No importa cuántas veces he leído el título hasta ahora, pero cada vez que lo vuelvo a hacer me resulta imposible cerrar la boca. Mi boca, que en los primeros párrafos de esta novela es descrita como: «cálida como un café en invierno, y porque también a eso sabe».

Todavía sin poder creerlo, mis ojos van del título al autor, cuyo nombre de usuario, escrito después de un signo de arroba, tampoco es la primera vez que leo: SilviaVanesa.

Y no sabía que «Silvia» es su primer nombre, por lo que, de caer esta carpeta en mis manos sin tener primero el contexto, hubiera dudado. Sin embargo, al comenzar a leer la duda ha terminado.

De principio a fin, *Me voy a follar a mi jefe* tiene descritas situaciones que vivimos Vanesa y yo, muchas estando solos. Para empezar, «Carlo» se empieza a enamorar de «Valentina» al darse cuenta de que, a pesar de no tener «suficientes atributos físicos», en la conversación ella es más divertida que otras chicas que sí son «espectaculares». Ellas, que, en su mayoría, son «modelos». Y enseguida hay intercambios de palabras que Vanesa y yo tuvimos; algunas en la oficina, pero la mayor parte en mensajes de texto cuando yo estaba borracho.

Para confirmarlo repasé nuestro historial de conversaciones en WhatsApp. Al que nadie más que ella y yo tiene acceso. Sin embargo, ella lo narra de una forma que conmueve. Valentina se siente feliz de que Carlo se ría de sus comentarios e insista en seguir platicando. Para «Valentina» un simple «me gusta hablar contigo» es motivo para enamorarse.

Escribió:

Él es perfecto.

Es todo lo que una mujer quiere.

No hay ningún hombre más atractivo que mi jefe.

Es como si sus ojos multicolor reflejaran sus abundantes virtudes.

«¿Qué virtudes, Vanesa?».

Contengo el aliento al leer cada cosa, y, pese a que al principio lo intenté para mantener un ojo crítico, me fue imposible no sentirme conmovido. Así pues, me volvería «Narciso» de la mitología griega de creerme todo lo que dice esta novela. Porque no, no soy así de perfecto, no obstante, con mi autoestima últimamente por los suelos debido a las críticas de papá, la devoción de Vanesa es aire fresco. Un soplo de vida que necesitaba.

Paso las páginas silbando, sonriendo o alzando las cejas al llegar a las escenas de sexo. Porque, diablos, realmente soy bueno. Según Vanesa, «inigualable».

—Y espera a que me pruebes sobrio. —Suspiro porque, desde luego, tenemos que volver a hacerlo. Hoy mismo si es posible, ya que no dejo de aflojar la corbata a medida que nos leo no pudiendo frenar el deseo.

Pese a todo, mi emoción baja cuando vuelvo a leer a «Valentina» comparándose con las mujeres que, según ella, prefiero. En especial Nicole Govea, cuando hoy día no existe ser humano que odie más por víbora.

A Vanesa se le da bien dar forma al amor en palabras, pero no asociar el hecho de que, a diferencia de las «modelos» que ella misma se ha encargado de alejar de mí, *sin ella no puedo vivir*. Me siento derecho en mi silla cuando ese pensamiento viene a mi mente. «Sin ella no puedo vivir». ¿En qué momento…?

Desde que Daniel habló conmigo he estado más atento, he propiciado flirteo entre nosotros, lo intento. Si bien cuando ella me habló de su relación con Armando puse en duda lo dicho por Daniel, aun cuando mientras mi interés por ella fue en aumento. Porque él tiene razón: «No valoras algo hasta que lo pierdes», y antes de caer *Me voy a follar a mi jefe* en mis manos lo creí perdido. Pero ahora leerla da alas a mis sentimientos e insta a corresponderle. Porque, ¿qué es Vanesa, en mi vida, sino la primera sonrisa que veo al llegar al trabajo? Y, como vivo solo, *inclusive* es la primera sonrisa que miro en el día.

¿Qué es Vanesa, en mi vida, sino la que procura mantener todo en orden? Y no hablo de montar y desmontar la sala de reuniones, sino que ella me conoce, lo ha puesto claro en su novela y le importo.

Cada vez que leo algo que me genera un interrogante lo señalo con un *post-it* y continúo. Esta no será la primera vez que revise la novela, y la segunda o tercera vez pienso hacerlo con Vanesa. De ese modo llego por fin al último capítulo publicado y ahí lo destruye todo, nos destruye a nosotros.

Ideó que Carlo, de forma ilógica, porque de ninguna manera su actuar tiene sentido con el del capítulo anterior, se negó a reconocer al hijo de los dos. El pequeño «Marquito». Además, le agregó como pareja a un doctor que tiene semejanza con Armando en tanto a Carlo lo devaluó a traidor.

«¿Por qué?».

Gloria aseguró que Vanesa se siente herida porque la he ignorado los últimos días más de lo habitual, y de ahí su negativa a decirme lo de Marquito. Sin embargo, no encuentro la relación entre las dos cosas. ¿En serio cree que la dejaré sola con lo del bebé? ¿Que al decirme pondré de pretexto a Grupo M para no hacerme responsable? ¿Esa es la imagen que tiene Vanesa de mí? ¿Por qué si capítulos atrás me describió como un hombre maravilloso? ¿Qué cambió? ¿Es mayor su amor por Armando? ¿Él es su nuevo amor?

Aunque tampoco tiene sentido que me haya dejado de querer de un día para el otro.

«Debería platicarlo directamente con ella».

Pensando en eso, cojo la carpeta con la novela, salgo meditabundo del edificio y camino hacia una tienda de regalos cercana. Iré a visitar a Vanesa llevando conmigo un obsequio. «¿Qué preferirá?», pienso evaluando cada cosa a mi paso. Una dependienta incluso se acerca a preguntarme si puede ayudar.

—¿Busca algo en particular?

—Un obsequio para la chica que me gusta —confieso.

La dependienta disfruta de mi honestidad.

—¿Y alguna idea sobre qué le gustaría? ¿Un perfume, bolso o reloj? —inquiere, pero mi atención se desvía hacia la entrada, cuya puerta giratoria acaba de dejar entrar a una mujer con un bebé de más o menos un año en brazos.

—¿Tienen cosas para bebé? —pregunto en automático y la dependienta me hace seguirla hasta el otro lado, donde mis ojos, descritos por Vanesa como abundantes en virtudes, se detienen en un adorable conjunto de ropa para recién nacido bordado todo en color blanco…

… y sé que Vanesa lo amará tanto como yo ya lo amo.

Sobre la autora

Tatiana M. Alonzo es una escritora de fantasía y comedia romántica nacida el 18 de febrero de 1988 en Petén (Guatemala), pero que ha vivido la mayor parte de su vida en la ciudad de Amatitlán, del mismo país. Estudió Psicología Organizacional y se formó como Capacitadora ambiental; sin embargo, su principal pasión siempre ha sido la escritura. Por ello, aprovechando el auge que tienen en la actualidad las plataformas digitales, se dio a conocer publicando borradores de sus escritos en Wattpad, red social para escritores, en la que continúa gozando de excelente aceptación.

Como *fangirl* de todo, su principal objetivo es escribir personajes que enamoran y adora las referencias, por lo que en sus historias siempre encontrarás recomendaciones de música, series y películas. Búscala y síguela en todas las redes sociales como **TatianaMAlonzo**.

---

1 Negocio pequeño que ofrece productos de uso cotidiano.
2 Calidad, clase.
3 Autobús.
4 La ayudó a llegar en su coche, pero no es lo usual.
5 A veces te envío mensajes sin importar la hora o el lugar en el que esté… pensándolo bien, debes interrumpir lo que sea que estés haciendo para venir a ayudarme… Lo lamento. Trataré de encargarme de mí yo mismo.
6 En ninguno. Es decir, estoy en un bar, pero no estoy borracho. ¿Consideras que sería amable contigo solo estando borracho?
7 Demasiado útil.
8 ¿Quieres venir?
9 Stephanie me está llamando.
10 Cierto. Gracias, eres la mejor. No sé lo borracho que estoy, pero sí lo importante que eres.
11 Gracias, Vane.
12 A veces siento que en la oficina nadie me respeta, aún no me ven como mi padre.
13 Escucho al de cómputo hablar mal de mí.
14 Voy a despedirlo.
15 No lo defiendas.
16 Terrible. Es terrible, Vanesa.
17 No, no. Una es histérica y las dos locas. Necesito a alguien que no me moleste.
18 ¿Ya no quieres hablar conmigo?
19 ¿Le has dicho algo?
20 Hola, blanquita (saludo mexicano).
21 Rubio/blanco de piel.
22 Amigos íntimos.
23 Lo siento mucho.
24 Estoy acabado.
25 Ojalá no te hubieras ido.
26 Espectáculos de lucha libre.
27 Rellenar la bebida gratis.
28 Es todo difícil.
29 No puedo, Vane.
30 ¿Por qué, Vanesa?
31 No hablo de la empresa.
32 Tenemos que hablar.
33 No. Tú sabes el qué.

34 Tú también estás despierta.
35 Entonces hablemos. ¿Te llamo?
36 Tenemos que hablar, Vanesa.
37 En serio, tenemos que hablar.
38 Persona que tiene muy marcados los tendones, venas y músculos.
39 Tortitas.
40 Papel de obligación por una cantidad que ha de pagarse a tiempo determinado.
41 Vanesa, tenemos que hablar.